



LA VENDEDORA DE TORNILLOS  
O EL TRATADO DE LAS ALMAS IMPURAS

Pilar Bellver

# **LA VENDEDORA DE TORNILLOS**

**o El Tratado  
de las Almas Impuras**



*Para Simonetta*

© Pilar Bellver  
© Elipsis Ediciones  
Caspé, 12 pral. G - 08010 Barcelona  
Tel. 93 304 28 47

Foto cubierta: Getty images  
Diseño cubierta: EdiGestio

ISBN: 84-935280-1-3  
Depósito legal: B-43.446-2006  
Maquetación: EdiGestio  
Impresión: Romanyà Valls S.A.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## I

Acabo de quedarme en paro. He pactado mi despido, pero eso no hace menos inquietante lo que acaba de ocurrir. Mucha gente suspira por el trabajo que dejo y el sueldo que he estado cobrando. Y casi nadie entendería por qué lo dejo voluntariamente.

Tengo treinta y tres años y ahora, junto a ese número, aparece ya, esta vez sí, una opresión en el pecho cuando toso desde mis adentros; una opresión-aprensión. Un peso en el esternón. Un contener la respiración sin quererlo, que es miedo puro. No sé si voy a salir bien de ésta. No hay fonendo que capte los pitos y soplillos que me oigo yo por dentro.

Creo, además, que estoy empezando a ser vieja. Me desabrocho y me miro y me lo veo venir: se me caerán las tetas; y a mí, que no me han preocupado nunca las palancas, empezarán a preocuparme a partir de ahora.

Pero no tengo hijos, menos mal; no tengo bocas que alimentar, bocas angustiosamente abiertas como las de los *guacherillos*: esos pájaros despeluchados de los documentales de la segunda cadena que mantienen el pico, no ya abierto, sino desencajado, mientras un narrador que todo lo sabe, pero que en nada convence, intenta dar explicaciones a tan horrorosa, brutal, ansiedad de comida. Son una ima-

gen obsesiva para mí esos pájaros *temblones* y su hambre perpetua. Nunca he querido ser madre.

Para mis compañeros de trabajo, lo de irme al paro por voluntad propia no tiene mérito precisamente porque no soy madre. Y digo yo: ¿tanto es lo que no soy como para que la inmensidad de quedarme sin trabajo se reduzca prácticamente a la nada? ¿Qué es lo que no soy que resulta ser tantísimo? No soy la conciencia que una sola breve temporada, dos o tres meses todo lo más, dejó de tomar medidas anticonceptivas contra el curso torrencial de la naturaleza; una naturaleza siempre furiosa y resolutiva y que, en los últimos tiempos, anda, además, definitivamente descompuesta y ya no nos necesita: eso es lo que no soy.

¿Y qué somos en realidad los europeos frente a la naturaleza, cuando no nos queda otra que la de la BBC o la del National Geographic? Ya sólo podemos ser turistas de viajes-aventura contratados en agencias ecologistas, propiedad de camaleones prehistóricos de erizables lomos, venerables dirigentes de la izquierda radical, agencias de elegantes folletos amarillos de papel reciclado que reproducen grabados antiguos para desencadenar el deseo de visita de los cultos. O viajeros de Mundicolor, en el otro extremo de la oferta, que prefiere reproducir fotografías trucadas a todo color. Poco más somos frente a la naturaleza. Y para eso, para ser turistas occidentales en los mundos del *cerosiete*, es mejor no tener la atadura de los hijos.

Lo que me pregunto cuando detecto el tonillo de reproche que ponen mis compañeros ante mi situación de libertad sin cargas es qué clase de traición, y a qué naturaleza infligida, es la mía.

No tengo hijos que hagan aún más angustiosa la precariedad económica en la que voy a verme a partir de ahora. Vale. Pero tampoco tengo una pareja estable de las que (con, sin, sobre o tras papeles) juntan los dos sueldos en una sola soldada. Tampoco tengo, digo, pues, esa (y es precaria y llena de efectos secundarios, sí, pero) tabla de salvación. Tengo, eso sí, miedo. Miedo tengo mucho. Y lo peor es que es un miedo objetivo: está justificado y no es fruto de ninguna distorsión.

Ahora añoro aquel otro miedo físico, sólo físico, infantil, el de los nueve o diez años, el de cuando me quedaba sola en mi casa una larga tarde de invierno. Era un miedo sano que me llevaba –salía de él, con tal de que aprendiera a vencerlo– a la tortura pedagógica de ir a mirar debajo de las camas, y sin encender la luz siquiera. Me obligaba a hacer ejercicios contra sí mismo, porque era un miedo disciplinante. Y así se me quitó, efectivamente, a guantazos, como quien dice, a fuerza de vacunas de empacho de situaciones terroríficas a las que me sometía como un entrenamiento. Mi madre se iba a misa el domingo a las siete y media de la tarde, que en invierno es más noche que un cerrojo, y yo tenía que quedarme sola en mi casa con la sola compañía del partido de fútbol en la televisión. No me gustaba el fútbol, pero ¡acompañaba tanto el locutor y parecía tan impensable una invasión de los muertos vivientes saliendo de debajo de las camas con tanto confortable micrófono de ambiente! En cuanto la tele se ponía a hacer grumos, en una de tantas desconexiones del *centro de emisión territorial* de duración incalculable, en cuanto la emisión se iba además de haberse ido mi madre, el miedo se volvía feroz y ensordecía todo lo

que no fuera aullido a mi alrededor; en cuanto el normal fluir de las imágenes normales se transformaba, de cerebro colectivo que eran, en masa gris chisporroteante y amorfa, me moría de miedo. Quizá sea que, sin imágenes previamente imaginadas por alguien, abandonada de pronto a la descanalización y a la nada sin iconos autorizados, no sólo yo, ni por ser niña, sino cualquiera, incluso un adulto, podría morir de miedo hoy en día.

O en cuanto se iba la luz... ¡Eso sí que era terrible, que se fuera la luz estando sola! No que yo no la encendiese con tal de fortalecerme, sino que se fuera ella, la vencedora de la noche, la corriente madre.

Mi miedo de ahora es un miedo mucho menos combatible. Porque no es un antídoto decirle: «No te preocupes, el paro no existe».

No es un miedo que empequeñezca, como piensan los que me rodean, ni siquiera un poco, ante el hecho de saber que no tengo crías que alimentar; o ante el dado por hecho de que, si quisiera, no me sería muy difícil encontrar otro trabajo, o incluso volver al que dejo. No merma. Porque es un miedo ávidamente dispuesto a alimentarse solo y de sí mismo, como todos los miedos reales, inmune a casi cualquier consideración paliativa venida de su exterior.

Mi miedo nace, y tiene de sobra para autoabastecerse, de un hecho, éste sí, verdadero, constatable y provocador de tales y tan variadas consecuencias, que estoy segura de no tenerlas todas previstas: y es que, en el día de hoy, dejo de ganar seiscientos veinte mil pesetas netas al mes y comisiones por valor de otro millón y medio o dos, netos, al año. Nace de no saber, efectivamente, qué consecuencias me tra-

erá dejar de ganar tanto dinero. ¿O es que no debería de tener miedo sólo porque la decisión la he tomado yo? ¿No tienen miedo, en la batalla, los soldados voluntarios?

*¿Debería más bien, rubia de mí, dada la voluntariedad del gesto, estar hablando en inglés mientras meto en una caja de cartón los escasos efectos personales de mi despacho y miro melancólicamente, pero sin tristeza, el jardín de rascacielos a mis pies, para, en la escena siguiente, poner en marcha mi descapotable y soltarme las horquillas del pelo al viento – ¡qué original y nunca visto símbolo de liberación! –, al mismo tiempo que sube el tema central de la banda sonora y yo marco un número en mi teléfono móvil para que descuelgue del otro lado un mocetón de cuadrada mandíbula y camisa de franela a cuadros que sonreirá al escuchar la noticia que le doy: «Cariño, acabo de dejarlo todo», para avalar la cual, inmediatamente después, se me ve a mí tirar por la borda el teléfono alegremente, sin pensar en lo que cuesta, en el inicio de un plano contrapicado de mí dentro de mi coche sin techo que se irá abriendo más y más, hasta revelarnos que se trata de un plano aéreo, que seguirá abriéndose y abriéndose, hasta que mi deportivo rojo no sea más que un diminuto punto en movimiento a lo largo de uno de los catorce carriles de un enorme puente de la autopista, muy alto, con Manhattan a mi espalda? ¿Es así como quedaría mejor resuelto el brifin de la conjunción de mi envidiable sueldo, la edad que tengo y la locura que acabo de hacer abandonando mi puesto como directora creativa de una agencia de publicidad? ¿Sería yo más creíble desmelenándome con música de fondo y dando con la palma de la mano abierta un golpecito de felicidad autoafirmativa en el volante, ¡yes!, que teniendo miedo? Se me ha olvidado decir que el*

*mocetón de la mandíbula de leñador contesta sobre un fondo de pared hecha con troncos de madera desde algún lugar de Vermont y sosteniendo con las dos manos, calentándose las con él, un jarrillo humeante como el que sostiene el cabañista del anuncio de Nescafé.*

Es verdad que he estado ganando demasiado dinero y a una edad demasiado temprana, así que puede que no sepa encajar bien lo de dejar de ganarlo. Aunque espero que no. Espero que signifique sólo, o poco más, que se acabaron los viajes de Navidad, de Semana Santa y de verano a los opulentos países de nuestra órbita y también a los otros. No estoy mintiéndome a mí misma, creo sinceramente que no mucho más. Ni es una frivolidad que centre toda mi desgracia en la suspensión del turismo de altos vuelos, porque, no habiendo crecido mis veleidades hacia lo yupi parejas al sueldo de yupi que iba adquiriendo, al día de hoy tengo derecho a pensar que, efectivamente, son los viajes el único reseñable lujo al que tendré que renunciar. No he contraído el ritmo de gasto que mi sueldo vaticinaba. Y tampoco tengo deudas que el montante de mi despido no pueda «restañar» (qué verbo, me gusta cómo suena, y sólo en un contexto así puedo usarlo, porque una deuda es lo más parecido que tengo yo a una herida: hasta ahora la vida me ha tratado bien; muy bien, creo. A veces temo que demasiado bien para que pueda salir de mí ninguna otra clase de creatividad que la que dejo. Pero ése es otro cantar, otra clase de miedo).

Me convertí en creativa publicitaria con la misma imprevisión que mi mejor amiga de la adolescencia, la más loca, la más descuidada, la más avariciosa de la vida sin responsabilidades se convirtió, contra mi pronóstico, en esposa, ama

de casa y madre de dos criaturas (estoy segura de que acabarán siendo tres), ansiosas devoradoras, con el pico desorbitado, de la libertad de su madre.

Porque, recién terminada la carrera, yo recortaba los anuncios color sepia rosáceo de *El País*, casi todos, y aquel domingo escribí al mismo tiempo a una agencia de publicidad para ser eso que llamaban «creativa» y a una empresa constructora para ser telefonista-recepcionista.

Y ya antes, un año antes de terminar la carrera, había estado a punto de irme a Guinea Ecuatorial como cuidadora-profesora de los dos hijos de una señora que tenía un marido con un cargo en un organismo internacional. Palabra. Sonará exótico, pero es verdad. Advertí que tendría que volver a España en junio para presentarme a los últimos exámenes y por eso establecimos que junio sería mi mes de vacaciones. Conocí a los niños en Madrid, estuve con ellos unas cuantas tardes, tomé quinina y todas las vacunas, pero no llegué a hacer el viaje porque, a última hora, encontraron a una maestra –auténtica– en paro. No es que yo no le gustase a la señora (al marido no llegué a conocerlo, estaba en Guinea), es que ya me había advertido ella que buscaban a una «maestra-maestra».

Sin embargo, la señora me había comentado (demasiadas veces en dos semanas) que no entendía por qué yo, con mi carrera de periodista y mi expediente, quería un trabajo como aquél. Tuve que confesarle que no elegí mi carrera porque quisiera ser periodista, sino porque era una carrera que no existía en Granada. Entonces, sólo se podía estudiar periodismo en Madrid o en Barcelona. Tenía mis motivos para no querer vivir en Granada, y a Granada me



hubiera tocado ir de haber elegido cualquier otra. Pero, con la distancia, veo que mis explicaciones eran poco creíbles y tal vez la señora no se fió de mí. Me aceptaría, supongo, en un principio, temiendo que no se presentara nadie más, pero no se fiaba de mí. Porque no se puede construir una argumentación convincente sobre la base de negar los beneficios que los demás ven en aquello que nosotros, sin embargo, rechazamos: la negación resulta perturbadora casi siempre y mucho más cuando no va acompañada de afirmaciones sustitutorias. En lugar de explicarle por qué no me interesaban ni mi carrera ni mi futuro como periodista, tendría que haberle explicado por qué deseaba con todas mis fuerzas conocer Guinea Ecuatorial y enseñar las primeras letras a sus hijos.

No es que no me gustara Granada, ni mucho menos, al contrario, no, es que salí corriendo del panorama que allí se me presentaba: una prolongación del que quería dejar atrás, en mi pueblo. Mis padres habían comprado un piso cerca de la universidad, para que, desde mí, que era la mayor, para abajo, fuéramos a estudiar a Granada todos los hermanos, los cinco. Pero ni siquiera los dos años que nos llevamos mi siguiente hermano y yo los iba a tener de libertad, porque, ya desde el principio, me tenían preparado que compartiera el dichoso piso con dos de las hijas de los amigos de mi padre. Eran compañeras de clase (claro, cómo no, en un instituto de pueblo, todos somos casi íntimos), pero no eran mis amigas, y, conociéndolas, en la vida las hubiera elegido yo para ser compañeras de piso. Aunque cada una tenía sus propios y distintos defectos, había dos, peligrosísimos para mí, en los que coincidían ambas: eran cató-

licas convencidas y largas de lengua, informadoras del enemigo, sus madres.

Pase que fuera privilegio de los hombres como mi padre elegir primero él libremente a sus amigos y establecer después, en consecuencia tácita, que las mujeres de sus amigos fueran las amigas de su mujer —«pase», más que nada porque yo no podía intervenir en eso—; pero no estaba dispuesta a admitir la imposición, en mi caso, de las hijas de sus amigos.

Por otro lado, las ganas de salir corriendo me las provocaban también mis hermanos. Mis hermanos, por ser yo la mayor, habían sido mi carga, la carga distribuida entre mi madre y yo (La Madre y La Mayor, siempre más La Madre, claro, que La Mayor, pero La Mayor cada vez más, según iba creciendo), y decidí que se acabó, que no estaba dispuesta a seguir sirviéndoles de fregona cuando se fueran incorporando a la universidad. No porque no. Y porque la alternativa a eso, la única que nos ofrecían aquellos tiempos antemodernos, ya me la conocía yo: negarme a trabajar para ellos, no hacerles nada y entonces el piso estaría hecho un asco y en la cocina hubiera dado pena entrar. No.

O también podía, en lugar de haberme ido a Guinea —por aquel entonces en que mi vida parecía necesitar un capítulo nuevo, más radical que el de simplemente terminar la carrera al año siguiente—, haberme ido a vivir, como insistía él, con una especie de novio fijo que tenía, diecisiete años mayor que yo, casado, pero con demasiadas ganas, incómodas para mí, de divorciarse. Además, éste era padre de un hijo y pretendía pelearle a su madre la custodia. Y sé que la hubiera conseguido, no porque la madre fuera medio-dro-

gadicta, como decía él para justificar las fotocopias que hacía, a escondidas, a sus recetas de *válium*, sino porque él era juez, de Jueces para la Democracia, pero juez.

También estuve dándole vueltas a la idea de irme a Nicaragua, para cooperar. Para cooperar en la defensa contra los yanquis, se entiende, aunque fuera haciendo de maestra, un oficio tan femenino como el de enfermera de los Ejércitos de Salvación. O como el de puta de los ejércitos de liberación, una figura histórica que nos ha llegado, reciclada, hasta el día de hoy.

Y todo prácticamente al mismo tiempo, sí, que un hombre me contrataba como copy-creativa de publicidad a prueba durante tres meses. El sueldo era muy bajo cuando empecé. Pero lo acepté pensando que un trabajo tan absurdo como este de inventar anuncios, y tan poco dado, además, al contrario que el periodismo, a satisfacer mi ego, me dejaría tiempo y ganas de dedicarme a las otras creatividades. Las que de verdad me importaban.

Un momento: así planteado lo anterior, parece que trato de autoconvencerme de que siempre he estado dispuesta a hacer cualquier cosa y convencida de que sería capaz de hacer cualquier cosa. Parece que esté atribuyéndome una versatilidad para el trabajo y para la vida que, sin embargo, puede que no haya tenido en realidad; ni siquiera al principio, cuando era una de tantas jovencitas envalentonadas ante sus, supuestamente infinitas, posibilidades de futuro. ¿Es que quiero darme a mí misma la impresión de estar alegremente convencida de que siempre he sido animosa para todo e idónea para no importa qué? Pues no debería ni intentarlo siquiera, porque no tiene trazas de ser cierto. Tiene

más bien pinta de ser, esta ductilidad que me concedo, inventada. Lo más seguro. Una inventada valentía para los cambios radicales que ya no puede ser comprobada, una disponibilidad completa para llevar a cabo cualquier disparate que nunca fue utilizada.

Parece que lo mío, lo mío y lo de todos, fuera recordarnos siempre en potencia propinqua. Nos inventamos (vicio de rescribir la historia, también la personal) unos empujes que no pudieron medirse, unas heroicidades que no tuvieron lugar.

Lo único que quería decir, al apuntar que estuve varias veces a punto de encaminar mi vida por cualquier otro rumbo, era mucho más simple: que ganar tanto dinero no estaba en mis planes, no era un objetivo mío.

Tal vez sea más acertado añadir que no podía serlo. Porque no era ésa, ganar mucho dinero, la moda de entonces. Lo que en aquella época se acumulaba con la misma y malisana intención de acogotar a los demás con que hoy se acumula dinero, era libros. Se valoraba mucho más tener cinco metros de estanterías repletas de ensayos sobre política y antropología que los cinco metros de un Mercedes. Libros y viajes.

\* \* \*

Mi mejor amiga..., la más salvaje de todas nosotras...

(y la llamo así, «mi mejor amiga», porque hay algo en ella y en mí, en nuestra relación, que me suena siempre a uno de esos telefilmes americanos de sobremesa, en el que a una familia de rubios felices —la suya— se les presenta de pronto, en un

*taxi amarillo, una fascinante mujer de mundo –yo– cargada de paquetes con cintas de colores y dispuesta a reír con la dueña de la casa –ella– el recuerdo de mil travesuras durante la «jaieskul» –en el condado de Taifa, estado de Pruden, al sur de Dakota del Norte–, ante un pastel de arándanos en la amplia cocina con puerta al jardín y contrapuerta mosquitera, a través de la cual puede verse, al fondo, humear una barbacoa y saludar, con el pincho en alto, a un perfecto marido, vendedor de automóviles, que ahora tiene un poco de tripa en el mismo sitio que antes el estómago más duro del equipo de rugby.*

*–Tú conseguiste ser animadora –una de esas películas en las que la visitante dirá esto, por ejemplo, a su anfitriona, como prolegómeno a la tarea a la que van a entregarse las dos con fingida nostalgia: hacer memoria apretando mucho–. No sabes cuánto te envidiaba. A mí me rechazaron. Era demasiado patosa, cua, cua, me movía como un pato.*

*–En aquella época era yo la que te envidiaba porque Alan estaba loco por ti –responderá la anfitriona, desparramando la vista por las cuatro paredes de su cocina, con ese aire despreocupado que gastan las actrices americanas para hacer confesiones íntimas.*

*–Pero se casó contigo, ya lo ves –seguirá la visitante, señalando con la barbilla la barbacoa.*

*–Sí, bueno –dirá la anfitriona, pasando por alto su triunfo–, pero tú no estabas, ¿recuerdas? Aunque yo te envidiaba por muchas más cosas. Aún recuerdo –no dice «todavía me acuerdo», como diríamos nosotras, sino «aún recuerdo»–, y vaya si lo recuerdo bien, el día en que te marchaste a la universidad... oh, sí... con tus viejos jins... no quisiste que nadie fuera a despedirte... Te fuiste sola a la estación de autobuses...*

*–Sí... guel...*

*–Oh, sí... lo recuerdo muy bien... y que te envidiaba sobre todo por poder marcharte de aquí... sí.*

*¡Oh!, sí, yes, algo así tendría que sonar, sí, oh, sí... Es que los americanos de clase media dicen muchas veces sí, yes, oh, yes, sí... Porque son gentes afirmativas, gentes positivas de verdad –no como otras–, gentes optimistas, que no sólo tienen un sueño, que ya es tanto tener, sino que, por lo que dicen en sus alegres películas y en sus esperanzadores artículos periodísticos y en sus exitosas novelas, lo ven cumplirse y reafirmarse prácticamente cada día... oh, maigod, qué felicidad debe de ser eso... qué beatitud tener un sueño y llevarlo a cabo con la aprobación de todo el mundo, sin disidencias, qué digo sin disidencias: con el aplauso de la humanidad entera. Y no como esa otra gente, amargada y dubitativa siempre, sin bendición ninguna de nadie, pesimistas, despreciativos: adultos en definitiva, y añejos como los viejos pellejos que arrastran los alpargates por los callejones de la cultura... ¡Cuánto mejor no será desfilar al sol con zapatos nuevos por las amplias avenidas llenas de mayorets y de rosetones patrios!*

*Pues sí, algo así, una sensación parecida es la que me provoca hoy mantener aquella advocación infantil, «mi mejor amiga». No sería lo mismo si la llamara por su nombre, Anamari. Se acercará más a lo que siento si la llamo Merian a ella y Alan –sí, Alan está bien– a él. Y, de este modo, sólo con los nombres, quizá no haga falta tanta ambientación, porque con esos nombres sí puede sobrentenderse la casita de listones de madera con jardincillo delantero y columpio en el porche y el piso de arriba con los dormitorios empapelados de florecitas para la niña y de avioncitos para el niño, y el garaje para «bri-*

*«colear» de Alan –qué verbo, éste me repugna, pero lo escribo porque es irresistible, como tratar de oler tu propio pedo; y así como, a pesar de que tú eres la única persona que, precisamente por saber que se lo ha tirado, podrías huir de él y, sin embargo, no lo haces, y, al contrario, tratas de medir el poderío de su presencia, así también, del mismo modo, si alguien lee esto no podrá evitar tragarse el bofetón de ese verbo, mientras que yo sí que podría perfectamente no haberlo escrito–, se sobrentiende el garaje de Alan, efectivamente, y los vaqueros de ella con su camiseta blanca y la exquisita educación de mi ahijada cuando solicita tiernamente:*

*–Tía Susan, obtíasusan, ¿te quedarás con nosotros unos días? Di que sí, por favor, porfavortíaSusan, di que sí, tengo que enseñarte mi...*

*–Cariño, tía Susan ha hecho un largo viaje y está cansada; todavía no sabe si podrá quedarse... –y luego, apartando de su hija la mirada para mirar profundamente a la recién llegada, añadiría: –Nada le gustaría más a mamá que tener a tía Susan en casa una larga temporada...)*

...mi mejor amiga de la infancia, decía, está ahora un poco gorda. Se ve que un día por la mañana se rindió y empezó a comer pan blanco con mantequilla mucho más allá de la punta de la pistola. Se ve. Antes le valía mi ropa. Ahora se llama Anamari y porque se llama Anamari está un poco gorda. Si se llamase Merian, como una actriz de reparto, al menos no estaría gorda, simplemente sería una ama de casa entristecida con dos niños. Los americanos no soportan a los gordos, ni siquiera como secundarios, desde mucho antes que nosotros. Y no es porque tengan más, es por otra cosa que me callo.

Y ahora que no tendré trabajo ni adónde salir corriendo por la mañana, ¿yo también me pondré gorda como una mujer? ¿O me castigaré como un hombre y me volveré una borracha? O, a lo peor, las dos cosas a la vez, porque el alcohol engorda. Me alegra no ser consumidora de coca, como tantos compañeros míos de creatividad, porque no podría permitirme dejar de ganar lo que gano. El alcohol es barato. Aunque rara vez bebo güisqui o ginebra; y, desde luego, jamás con coca-cola. A mí lo que me gusta es el buen vino. Casi entiendo un poco de vinos, por eso nunca hablo de ellos como suele hacerse en las comidas de trabajo. No se merecen los comensales que yo exprese mis sentimientos. Hoy he bebido mucho y muy bueno. Aquí sola, en mi casa, saboreando una situación como si no me quedara más remedio que hacerlo; adelantándome, con mi conciencia emocionada, a la emoción misma. Lo que equivale a decir que ha habido algo de impostura en mi solemnidad, creo. He tenido que imponérmela, la solemnidad, repitiéndome, cada vez con más empaque, que estaba ante Mi Primer Día de Libertad. Igual que el día de Mi Primera Comuni3n, que también me impuse darme cuenta de lo imborrable que tenía que ser, forzosamente, y hasta me reñía por los minutos que pasaban habiéndome distraído de la tarea de *imborrabilizar* cada detalle; hubo un momento, hacia el final, por la tarde, al rato de quitarme mi madre el hermoso traje para guardarlo, en que me despisté del todo, casi hasta olvidar qué día era; me descubrí de pronto sintiéndome como en una tarde cualquiera, normal y corriente, y mi estado de vulgaridad me pareció una aberración; como si mi primer pecado fuera ya, en mi estrenada condición de penetrada por Él, el de no estar

transida de gozo por ello, alborozada y consciente en todo momento de hallarme ante El Día Más Grande de mi Vida. Y es que aquel día fue muy largo. Como lo ha sido el día de hoy.

Por cierto, he bebido el vino necesario para recordar ahora, con una claridad física, cómo nos preparaban para la Primera Comuni3n... *Tenéis que estar preparados en cuerpo y alma, completamente entregados, con todos vuestros sentidos anhelantes para recibir El Cuerpo de Cristo. Él es vuestro amigo, tenéis que recibirlo con los brazos abiertos, sin ninguna reserva interior, como almas puras que esperan su plenitud. Ese día, que todos estáis deseando que llegue con tanto ardor, Jesús entrará en vosotros a través de vuestra boca, penetrará en vosotros hasta lo más hondo de vuestro ser y os llenará de plenitud y de gozo...* Recuerdo con un asco adulto que aquel hombre se emocionaba hasta el jadeo al hablarnos así. Puede que a una niña aquello le sirviera de preparatorio para asumirse a sí misma como el ente vacío que ellos dicen que es a falta de semilla, y dispuesta siempre, por tanto, a ser habitada por Él..., pero ¿y a los niños? ¿Por qué ese empeño en prepararlos a ellos también, igual que a nosotras, para ser penetrados del mismo modo, penetrados por Jesús, por el Verbo que se hizo carne? En todo nos educaban, a niños y niñas, de manera distinta, menos en esa clase de juegos verbales en los que ellos, los niños, debían de ser tan receptores incondicionales como nosotras.

En fin... De lo que me doy cuenta es de que, si no hubiera bebido hoy un poco de más, no habría empezado a escribir esta especie de diario. ¡Y con un lenguaje tan rimbombante, además! (La palabra *rimbombante* es muy rimbombante

ella misma, sí, suena a vestirse una jovencita con botas altas de cuero blanco, muy altas, hasta la corva de las rodillas, y minifalda de *cheviot* con costuras forradas de cuero negro, cintur3n ancho de hebilla redonda y gafas igual de grandes, blancas y redondas... suena a azafata de concurso sentada con las piernas al aire en una postura imposible para sostener una libretilla inmaculada y un lapicero boca-arriba, suena a afeminarse una de la peor manera. Total, que tampoco me gusta.) No habría empezado este cuaderno porque éste es un cuaderno precioso, de rugosas hojas blancas, de los que se compran en Londres por capricho a un precio inhumano, de los condenados a una mudez eterna por culpa de su belleza. De su exceso de belleza, mejor dicho, porque son los excesos los que provocan la inutilidad. He tenido que hacer un esfuerzo de irreverencia para estrenarlo. Merian era mucho más derrochona que yo, ¡quién lo diría hoy, viéndola tan dispuesta a tener en cuenta todas las consideraciones de contención que se le hagan! Los primeros vaqueros de marca que se vieron en el pueblo los llevó ella con aquel tipazo suyo que no admitía competencias. Era hija única y se los compraron, sin más. Ni siquiera el día que los estrenaba tuvo reparos en sentarse en el suelo; quería que blanquearan por el culo cuanto antes y se los guarreaba a conciencia para que su madre no tuviera más remedio que meterlos en la lavadora prácticamente cada vez que se los ponía. Bastantes meses después, cuando conseguimos los nuestros, las demás nos debatíamos todavía entre el deseo de alcanzar con ellos la decoloración perfecta y la necesidad de hacerlos durar tanto como les habíamos jurado a nuestros padres que duraban con tal de convencerlos de que era por eso por lo que, a

la larga, no salían tan caros como parecía. Merian sabía consumir las cosas como si las cosas le hubieran sido otorgadas para reinar sobre ellas en serio, tal como dice la Biblia. Las usaba, las disfrutaba y las desechaba como si estuviera convencida de su superioridad sobre ellas o, más bien, como si estuviera convencida de que todo lo que había en el mundo estaría a su alcance una sola vez y precisamente la vez que ella lo deseara; o, más exactamente, como si estuviera convencida de que jamás tendría que durarle una cosa más que su deseo de ella. O quizá mejor aún, para ser del todo precisa, como si estuviera convencida de que a cada cosa gastada le sucedería siempre un deseo nuevo por otra, en una sincronía perfecta de obtenciones y abandonos, de aburrimientos calculados y entusiasmos infinitos. Después, en algún lugar de su camino, se le debió de romper la secuencia.

Y lo peor es que, de las dos maneras en que una secuencia así puede romperse, a ella se le rompió de la menos esperada. La suya no fue la clase de rotura habitual en la que una sigue deseando cosas y más cosas cada vez, tan urgentemente como de costumbre, sólo que ahora ya no puede obtenerlas; sino aquella quebracía en que una deja radicalmente de desear cosas. Deja de desear las cosas que tiene porque ahora son ya cosas que no se gastan, que no *deben* gastarse, y deja de desear las que no tiene porque sospecha que son igual de tediosamente perpetuas.

Supongo que perdió el deseo por su marido y por sus hijos al poco de tenerlos, como siempre y como todo, sólo que éstas eran ya realidades irremediamente más duraderas que su deseo de ellas, y más duraderas, incluso, que sus propias ganas de desear otras nuevas.

—Qué envidia me das —me dijo, pero ahora en realidad, esto sí que me lo dijo textualmente la última vez que hablamos por teléfono—. Puedes hacer siempre lo que te dé la gana, siempre, siempre.

—Ya me sé el resto del comentario —le contesté yo—: ahora viene que si volvieras a nacer ni te casarías ni tendrías hijos.

—Exactamente.

—Pues divórciate. O, mejor todavía, hazlo a la antigua... ¿Tú no te acuerdas de que en el pueblo, para la feria, cada año, justo al terminar la feria, saltaba siempre un escándalo? Todos los años había una mujer que se fugaba con un feriante. Se iba de la noche a la mañana, de madrugada, sin avisar y dejando al marido, a los hijos, a la suegra enferma..., ¿te acuerdas? Todos los años una, no fallaba, y todas eran del tipo de «quiénloibaapensardeella». ¿Cuánto dura la feria? ¿Una semana? Bueno, diez días si contamos los tres de encierros. Pues yo siempre pensaba en lo harta, en lo *hartica de to* que tenía que estar la mujer para tomar una decisión tan drástica; y tan rápida. Tú lo sabes, no eran putones verbeneros precisamente las que se iban.

—A lo mejor yo también necesito que aparezca el feriante gitanón que me vuelva loca para tener la excusa de irme... Aunque lo dudo. Si me fuera, que ganas me dan a veces, desde luego no sería para volver a caer en la misma condena. Porque el problema no son los maridos, no creas, al marido le puedes dar puerta: el problema son los hijos. Pero, bueno, ¿y tú? Cuéntame, ¿sigues saliendo con aquel que me dijiste que...?

—No, lo dejamos —abrevié yo—. Y ahora no me preocupa eso. Ahora, en lo que estoy pensando es en dejar el trabajo.

—¿Cómo en dejar el trabajo?

—Sí.

—¿Te han hecho una oferta mejor o qué?

—No, no, en lo que estoy pensando es en dejar de trabajar.

Y qué vas a hacer. Y de qué vas a vivir. Todas las preguntas verdaderamente importantes de la vida se resumen en esas dos, las que ella me hizo una y otra vez, formuladas de manera distinta, pero las mismas, hasta que colgamos.

Voy a ponerme a escribir guiones de cine, que es lo que me gusta de verdad, y no de anuncios. Tengo dos años de paro: margen suficiente para escribir al menos uno.

Puede que engorde de insatisfacción si todo me sale mal, ya digo. O puede ser que me dé a la bebida, a lo tonto a lo tonto, como la mitad de los protagonistas de las novelas de los últimos noveles. O podría volverme indisciplinada, como los artistas, destructivamente inactiva, contemplante radical, una inmóvil estética, como la otra mitad de los protagonistas de los jovencitos escritores de literatura. Puede ser. Pero también podría ser que no, que nada de eso terrible me ocurra.

Lo que debería hacer, para darme ánimos, ahora que la cosa está hecha, es imaginarme, pensarme, inventarme a mí misma, reinventarme en las mejores condiciones posibles, con las mejores perspectivas. Debería hacerme objeto de una de mis propias campañas, en lugar de blanco de malos augurios. Tomarme a mí misma como un trabajo y aprovecharme yo de que mi trabajo consista en inventar mundos apetecibles para hacer deseable todo lo que está o sucede en ellos, y hacer que parezcan mundos reales sólo porque son reales los objetos que lo conforman, seducir, y hacer que la felicidad parezca asequible por el precio exacto que tenga uno sólo de sus detalles.

Ése ha sido mi trabajo. Un trabajo deshonesto, como el de militar. Ambos hacemos las campañas que nos mandan hacer. Nuestra única elección es dejar el empleo. Y he ganado mucho dinero, es cierto. Pero ahora sé que, a cambio, tengo mi casa llena de cuadros ajenos. Me siento como si fuera una pintora desperdiciada. Y esa sensación es mucho más desagradable que la de sospechar que puede que yo no sea tampoco una buena pintora.

A cambio de no pintar los propios, algunos cuadros los he comprado en dólares y hasta en un *lof* de la Gran Manzana. Y hasta puede que aquel día que compré cierto cuadro en un *lof* de «Tribeca» fuese yo vestida con un traje de lino de pantalón arrugado y chaqueta de un descuelgue garboso y carísimo. Y hasta puede que fuese de color berenjena el traje y verde hoja el cinturón, hasta puede que del exacto verde hojadeolivoporlapartedearriba que los zapatos... Ropa de mujer-clase-emergente: ejecutiva, soltera, feminista, con activa y sofisticada vida sexual y con programación específica ya en muchas cadenas americanas dado el extraordinario poder de compra que se refleja en todos los estudios de mercado, ropa de votante de Hillary Rodham, que ya ni fuma ni toma drogas... Parece un eslogan.

Por cierto, que no sé qué importancia habrá tenido la ropa en mi desarrollo profesional, pero sí sé la trascendental importancia que tuvo en mi vida privada un atuendo, uno sólo. Lo sé ahora, después de llevar cinco años traficando con el recuerdo, cortándolo mucho, como hacen los camellos, no tanto para que diera más de sí como para evitar que, tomado demasiado puro, me matara.

Lo que me pasó, me pasó por culpa de una ropa, efectivamente, en un hotel de Atenas, y aquello sí que fue de verdad de película. De película de madrugada y con subtítulos, pero de película. A cuenta de haberle encargado a una modista ateniense que me hiciera una túnica; una específicamente: la túnica que viste para el combate contra un guerrero desnudo la amazona de la izquierda del plinto marmóreo que se conserva en el Museo Nacional de Atenas con el número 3.614. Me gustó tanto el relieve y la idea de ver peleando a vida o muerte a una mujer contra un hombre armado, que me quedé mucho rato mirándolo. Allí, frente a él, decidí que quería vestirme como ella. Le hice varias fotografías. Las fotos tenían que ser el patrón. Pero se las hice respetuosamente, sin flash, y con una de esas cámaras que no permiten la selección manual, así que no podía estar segura de que se vieran bien, luego, todos los detalles. Afortunadamente, a la salida, en la tienda del museo, vi que tenían la postal. Sólo les quedaba una. Compré aquella postal como quien compra un incunable. Y después me dediqué a buscar la tela. Allí mismo, en Atenas, sí, porque pensé en Atenas como en un bazar lleno de rulos de telas infinitas que se venden todavía al corte y pensé en Madrid como en el Corte Inglés, sin un solo retal y con todos los tejidos empaquetados, invisibles al tacto.

No fue lino, como tal vez era lo debido, sino raso. Yo quería un raso poderoso, muy pesado, con mucha caída, con una caída espesa, como de yogur; y de color crudo. Lo encontré y me lo llevé muy doblado al hotel para meterlo en mi maleta.

Pero iba a estar casi un mes en Grecia, todavía me quedaban veintitantos días del mes de abril por delante, y no

quería esperar a llegar a Madrid para que me hicieran la túnica. También pensé en Atenas como en las sastrerías del oriente, portalillos muy pequeños en los que aún se afanan agujas y dedales hasta altas horas de la noche, y en plena siesta también, al vaivén, las telas, de ráfagas de ventiladores sucios que giran entre rejas, colgados en las esquinas, reparadores equitativos de alivio, con su cordón eléctrico al aire y sus recorridos lentos y rigurosamente exactos de media luna... Bueno, confieso que quizá en lo que pensé fue en que me saldría más barato que me la hicieran allí.

Le pregunté al recepcionista de mi hotel si conocía a una modista. Me dijo que no, pero que se informaría, y, al día siguiente por la mañana, cuando salía para continuar con mis labores de turista, al dejar la llave, me dio una dirección. Hablamos sobre la posibilidad de ir ahora mismo a hacer mi encargo. Y el hombre llamó por teléfono delante de mí para explicar, en griego, quién era yo, una clienta del hotel, y lo que quería, que me hicieran un vestido con una tela que yo misma llevaría. A él no quise darle más detalles: un vestido. Cuando colgó, me dijo que me atendería la jefa y que me esperaba a lo largo de la mañana cuando yo quisiera. Ahora mismo si quería. Así que volví a la habitación a coger la tela y la postal.

Fui en taxi a alguna calle cerca de la plaza Sintagma. Y cuando llegué, cuando vi el lujo del portal, un edificio con mucho cristal, mucho mármol y mucha moqueta, nuevo, pero estilo desarrollo español años ochenta, mucho portero de uniforme y mucho ascensor exageradamente amortiguado en las paradas, desesperante, con una minuciosa memoria en los botones..., cuando salí al sexto piso y vi una sola



puerta en el rellano y que la plaquita de metal con el nombre en caracteres griegos que me había escrito el recepcionista era muy pequeña, apenas veinticinco por veinticinco, una cuarta cuadrada..., cuando una chica me abrió la puerta y me sentó en un sofá a la entrada y me dijo en inglés que esperara un momento, me arrepentí muchísimo, ni que fuera novata, de no haberle dicho al recepcionista que se olvidara del hotel de lujo en el que estábamos los dos y que se tomase el tiempo que hiciera falta para encontrarme la modista por la vía de preguntar a su mujer si conocía a alguna, o a su madre o una hermana que tuviera... ¿Qué hacía yo allí con mi tela y mi tarjeta postal? A parte del corte que iba a darme explicar lo que quería, estaba segura de que me cobrarían una fortuna por aquel antojo. Al cabo de un segundo, volvió la misma chica, no tendría más de veinte años, y me indicó que la siguiera. Algo le dije en el trayecto por un pasillo que me hizo comprender que no sabía más inglés que el que había usado antes para pedirme —»Guan momen, plis«— que esperara. Yendo adonde fuéramos, dejamos a un lado lo que, de ser aquello una vivienda, correspondería al salón de la casa; la puerta estaba entreabierta y vi a varias mujeres cosiendo o cortando en mesas especiales, cuatro o cinco, sobre las que caían por arriba, como si fueran flexos, los cables de las planchas.

Entramos en una salita más pequeña donde había una enorme mesa de trabajo, como las que entreví al pasar por el salón, pero ésta más grande y desbordantemente llena de cosas. De frente, al fondo, había una ventana muy grande también. Junto a la ventana, otra muchacha joven, sentada en una silla baja de madera, cosía sobre sus piernas, como

las modistas de siempre, una abundante cantidad de tela de color verde musgo... («verde musgo» no exactamente; yo puedo precisar mejor qué tono de verde era; ya que me he gastado tanto dinero en viajes, que me sirva de algo: era un verde liquen de los bosques de lenguas de la Tierra de Fuego). La chica levantó la vista para mirarme y suspendió en el aire la puntada unos segundos, los suficientes para que a mí se me fijara en la memoria como una figura de un cuadro flamenco del Museo del Prado cuyo nombre no recordé, con su movimiento capturado en aquella especial pose de la mano, con su atmósfera densa y su riqueza de pliegues talleres derramándose sobre el suelo. Y aquel tono de verde en especial ayudaba mucho a terminar de darle a la escena un aire de Van der Weiden recién restaurado.

Ya dentro, vi que la sala era en realidad bastante amplia, pero que había sido dividida por la mitad con una mampara de cristal biselado, un cristal transparente, pero que hacía rayas verticales como ondas, como las ondas de dentro de un cartón, las que se emparedan para darle consistencia. Del otro lado de la mampara se traslucía, distorsionada por las aguas del cristal, una mesa alta, de las de dibujo, un flexo que parecía la cabeza de una persona inclinada sobre la mesa y la cabeza de una persona inclinada sobre la mesa, que se movió cuando la chica que me había acompañado se apoyó en el final de la mampara, no había puertas, y miró dentro para avisar.

La silueta se levantó y se convirtió en un todo que las ondas del cristal hacían aparecer nervioso mientras venía y hasta que dejó el parapeto. Entonces vi que la cabeza tenía una media melena de pelo muy negro y que era la de una mujer

delgada, un poco más alta que yo, de unos cuarenta y cinco años, con unas gafas redondas en forma de quevedos, con montura de concha de colores carey, que vino a saludarme quitándoselas con una sola mano. Y en ese modo de relacionarse ella con sus gafas vi yo una energía enorme, una autonomía real, un principio natural de autoridad, un carácter consistente... y todo porque recordé tontamente la recomendación de uso que te hacen en las ópticas: que nunca te quites y te pongas las gafas con una sola mano si no quieres que se quiebren los cristales o, como poco, que la moldura coja holgura y se vuelvan resbaladizas y no quede nariz en el mundo capaz de sujetarlas. No me pregunté si a ella también le habrían hecho la misma recomendación porque lo que cuenta es que la vi capaz de saltársela. Y pensé, con aprensión, que yo no lo era. Fui más allá y me pregunté qué podía esperarse de una chica como yo, cuya tendencia natural es cumplir con rigor semejantes prescripciones; y peor aún, tratar de que otros las conozcan también y las acepten por convencimiento, ya que no hay duda de que son más provechosas para ellos que sus descuidados impulsos..., ¿qué clase de revolucionaria o moderna barriobajera hubiera sido yo si nunca me he malquitado las gafas siquiera?

La mujer me tendió la mano y yo se la estreché, pero estaba ya tan preocupada de hacerlo con la energía justa, la que mandan los manuales –ni tanta que me hiciera parecer una mujer algo basta, ni tan poca que me tomara por una tímida jovencita apocada que no había cumplido los treinta–, tan pendiente estaba yo de eso tan manido que es controlar la calidad del apretón propio, que no estuve atenta a medir la del suyo. Es de suponer que fuera un saludo franco, directo,

y hasta algo breve, como corresponde a una mujer capaz de desobedecer aunque le perjudique la desobediencia.

La muchacha que me había acompañado fue a sentarse junto a la otra, bajo la ventana, y, para recuperar su sitio, quitó de la silla una tela estampada con diminutas florecillas azules sobre fondo rojo oscuro, que se colocó después sobre las rodillas. Las dos me miraban y sonreían, mientras la que parecía ser la jefa y yo continuamos nuestros saludos en un idioma irreproducible.

Pero después de saludarnos seguíamos allí de pie, como si no hubiera un sitio al que ir a sentarnos, así que, extrañamente, fue esta incomodidad la que me tranquilizó, porque, una vez allí dentro, superados el portal y la puerta, por este y otros detalles, el lugar empezó a parecerme menos un escape y más de verdad un taller de trabajo. Y yo no sé, no me lo explico, por qué el ambiente de trabajo ajeno nos resulta tranquilizador a quienes ingresamos de fuera en él.

Luego, y a pesar de que ni ellas hablaban inglés ni yo griego, no fue difícil entendernos por señas. Por señas y entre risas, porque las muchachas no sabían reprimirla en absoluto y a mí me la contagiaron una o dos veces en que me reconocí especialmente exagerada, gesticulando mi pedido como un mimo de cara blanca. La maestra, sin embargo, no pasó de sonreír. Pero me dio la impresión de que se estaba divirtiendo sinceramente, y hasta más que nosotras, incluso, porque, una sonrisa en una cara como la suya, de tez morena y angulosa, de ángulos escuetos en realidad, pero muy marcados, que producen sombras tan rotundas, significa más que cualquier sonora carcajada en un rostro redondeado, nítido y rosáceo como el de sus jovencitas alumnas. Les di

de plazo los veinte días que me quedaban todavía de estar viajando por su país. Dos días antes de coger mi avión para Madrid, volvería a Atenas, al mismo hotel en que ahora me hospedaba; para entonces, debían tener mi túnica lista.

Pero la modista, la elegante señora *alta y delgada como la luna*, la jefa, antes de tomarme medidas, me miró de arriba abajo muy atentamente. Me recorrió de las rodillas al cuello varias veces seguidas, muy despacito cada vez, hasta que por fin se detuvo en mis ojos. Y sólo entonces me dijo un sí definitivo con la cabeza. Comprendí que era definitivo, pero no del todo qué era lo que aprobaba definitivamente con él. Después cogió la tarjeta postal que yo había estado señalando continuamente y que todavía seguía en mis manos, y la miró con mucho menos rigor que a mí (yo hubiera dicho que a mí me miró intrigada y a la tarjeta con simpatía, al revés de lo esperable, como si yo fuese el patrón a estudiar y, la cartulina, su cliente); luego le dio la vuelta y utilizó la tarjeta misma para anotar una sola cosa, un número solamente, 27, el día de la entrega. Dibujó un dos y un siete tan grandes, que ocupaban casi todo el espacio libre. Me los enseñó, yo asentí otra vez, y ella se guardó la tarjeta en uno de los bolsillos de su rara chaqueta larga, o bata corta, un bolsillo grande como un serón, de color pardo imposible de definir, mientras le hacía un gesto a la chica de la tela de flores para que se levantara y viniera a la mesa y encontrara allí, entre tantas cosas que tenía, un cuadernillo y un lápiz con el que apuntar las medidas que ella iba a dictarle. Las mías. Me midió ella personalmente, con un metro de cinta como el de todas las modistas del mundo, sólo que éste no era amarillo, sino azul. Yo me había puesto en cruz mirando al infinito,

perdida por allí la mirada, para que no se notase el azoramiento que me produce, a mí más que a nadie, la adopción de esa postura cómica desde los tiempos en que mi madre nos llevaba a la modista del pueblo. Midió mis hombros de clavícula a clavícula por la espalda; midió mi espalda por la columna. Luego me ayudó a girarme para ponerme de frente a ella y me midió el tronco de la clavícula a la cintura; y el largo de una falda imaginaria desde la cintura hasta medio muslo. Con el giro en redondo sobre mí misma yo había aprovechado para bajar los brazos y ponerlos en jarras apoyados en las caderas, más cómodamente, así que ella tuvo que indicarme de nuevo, con una casi sonrisa, que los levantara para que pudiera medirme el contorno de la cintura, y yo estuve a punto de hacer un mohín de fastidio ante tanto requerimiento como el que solía hacer cuando era una niña caprichosa, sólo que ahora lo habría hecho como un gesto de coquetería, una interpretación teatral basada en aquellos tiempos del chicle y las coletas, una broma entre ella y yo y las chicas que no dejaban de mirarme con simpatía. Pero no lo hice. Me apeteció más dejar de hacer el payaso. Alcé los brazos, levanté los ojos, y ella cantó un número para resumir mi cintura que estuve a punto de entender porque me sonó, venida desde mi lejano pupitre, la raíz de la palabra. Había tenido que agacharse un poco porque, ciertamente, era más alta que yo, por lo menos diez centímetros. Y cuando, finalmente, tuvo que medirme el pecho, abrazándome para pasar la cinta por mi espalda y recogerla en tensión a la altura de los pezones, se plantó delante de mí muy estirada, muy erguida, muy segura de sí misma, mirándome a pocos centímetros de mi nariz, como si estuviera segura de que yo no

haría lo mismo. Con el rabillo del ojo creí verle un destello de burla por mi timidez; hasta me pareció que buscaba el refrendo de sus jóvenes alumnas para su mofa, su complicidad en la constatación de mis apuros. Y sí, una es tímida en las distancias tan cortas. Así que mantuve la cabeza de lado, nunca de frente, no podía mirarla, como no puedo mirar a mi ginecóloga cuando también ella me ordena que ponga los brazos en postura de castigo de escuela para pasar a dedicarse a estrujarme los pechos.

De ese momento en que estuvimos tan cerca como es preciso poner a los actores para un primer plano, yo guardo un recuerdo particular, muy nítido: recuerdo el perfume de aquella mujer, porque no me olió a perfume, no olía a perfume de flores muertas, sino a la hierba cuando se moja. Hay mujeres que huelen a tocador y hay mujeres que huelen a no haber sido tocadas todavía, como las sábanas limpias. Como las madres de pueblo. Las unas huelen a noche; las otras, como ella, huelen a día; a las mañanas, recién amanecido el sol de invierno, en alguna sierra andaluza. El de las primeras es un olor de oscuridades húmedas que excita a los hombres, el de las segundas es un olor luminoso que, al ventilarse, nos protege a las demás de cualquier sombra.

Terminó. La aprendiz dejó el lápiz y retomó a su tela, y ella, mientras yo me despedía en los tres idiomas mezclados que conozco, volvió a mirarme de arriba abajo de la misma detenida manera que antes. Pero no me sentí incómoda. Desde que noté su olor, ya no volví a sentirme incómoda. Y tampoco mi timidez era ya para mí una sensación desagradable, más bien al contrario, porque su cara no expresaba ninguna forma insidiosa de observación, por muy intensa

que fuera, y lo era. Me acompañó hasta la puerta de la sala en la que estábamos y, al llegar, tres pasos habíamos dado solamente, le hizo un gesto a la chica que me había traído para que fuera ella la que terminara de devolverme al ascensor.

Una vez en la calle, respiré hondo, como si me hiciera falta. Y se me ocurrió pensar que, quizá, una manera de explicar su mirada tan atenta fuera que le hubiese gustado mi ropa, mucho, la que llevaba ese día, aunque no la recuerdo. Quizá fue eso, interés profesional. A saber si no estuvo guardándose en su memoria con tanto detalle simplemente porque quería copiar alguna de mis prendas...

A mí, lo que me gustó de ella fue su comportamiento ante lo que al fin y al cabo no era más que la excentricidad de una caprichosa. Porque no fue solícita o empalagosa conmigo como suelen serlo las atendedoras profesionales de cualquier cosa con las señoras llenas de manías y de dinero a las que se proponen esquilmar. Yo no dejaba de ser una de ellas. Yo era eso y era también una excepción, una eventualidad, un pequeño acontecimiento reseñable dentro del ejercicio diario de su oficio. Y resulta que a la gente se la conoce bien por su reacción ante los acontecimientos extraordinarios: las dos muchachas hicieron muchos aspavientos espontáneos; ella, espontáneamente también, sin ningún fingimiento, no los hizo. Disfrutó del imprevisto como lo que era, una anécdota agradable. Pero no como las muchachas, previamente incrédulas, sino desde otra perspectiva: como si a ella sí que le cupiese en la cabeza que el destino pudiera depararle hechos excepcionales. Su naturalidad frente a la sorpresa era una sólida actitud mental, o eso me pareció a mí, de aceptación de cualquier disfrute que la vida quisiera ponerle por delante.

También recuerdo que me gustó verla palpar la tela, cómo lo hizo, y que la hubiera estado sopesando en su mano como lo había hecho yo para comprarla, porque creo que en esos pocos segundos se entusiasmó íntimamente con la idea de manejarla a su antojo, que era el mío, que era el de la fotografía, que era el de un relieve de mármol que era el que decoró la tumba de alguien que murió hace dos mil quinientos años.

\* \* \*

Decidí volver andando al hotel. No sólo porque no estaba lejos, sino porque me di cuenta de que el olor de las calles de Atenas empezaba a serme conocido. Lo reconocí nada más dejar el portal. Y, como si de haber despejado la incógnita de un problema de matemáticas se tratara, me sentí contenta, orgullosa de mí misma. Y muy mayor. Cuando somos niñas, las sensaciones, las noticias de los sentidos, nos pasan desapercibidas, no nos transportan a pensamientos abstractos de los que nos guste disfrutar de la misma manera que disfrutamos de las fantasías con argumento. Aquellas calles olían de una forma identificable ya para mí, pero indefinible todavía. Así que me empeñé en buscar procedencias, explicaciones. Y por eso vi la suciedad más que otras veces que había paseado, y la vi como lo que era: una donante de olores generosa e incomprensible. Y vi las grietas de las aceras como venas de sangre negra; algunas eran venas y otras, por su tamaño, arterias; pero todas iban llenas; llevaban, aunque no había llovido, el zumo oscurecido de la ciudad. El atraso de la ciudad, sus restos de casi todo por la calle

(Madrid despegó antes) me resultó de pronto, como a los románticos, algo exótico de lo que, si no hubiéramos renunciado a poner en tela de juicio la valoración de nuestras percepciones, podríamos llegar a disfrutar. No es que estuviera hecha una porquería, pero no estaba limpia. Por eso sus olores... en Atenas hay más y más intensos olores que en Madrid... por eso sus olores la sumergen en su mitad oriental, en la mitad asiática del alma griega, esa que no se trasladó con el imperio romano; esa que en Europa sólo conocemos bien nosotros, la gente de Andalucía, porque vino por abajo, por el sur, en los cuerpos de sus dueños árabes, sin pasar por los Pirineos.

(Pero en este punto me paré a regañarme a mí misma por haberme dejado ir hacia las grandilocuencias territoriales, con tópicos de ensayista de tertulia radiofónica: acababa de poner a Oriente, Occidente, Grecia, Roma, Europa, Andalucía y los árabes... ¡en una sola frase!)

La sensualidad no es amiga de que se barra tanto, seguía yo mis cavilaciones. Con tanto barrer, no se puede tener un olor propio de cada lugar. ¿Es que hay que barrerlo todo, cualquier cáscara, ya sea pudrible y capciosa, como la del plátano, o no, como la de la pipa? Me sentía extrañamente feliz, casi a gusto conmigo misma, y vi una cáscara de pipa navegando por el negro ponto de un canalillo, que a la cáscara le parecería una odisea, pero que a mí, diosa en lo alto, no podía parecerme más que lo que era: un canalillo hecho a propósito para que las aguas de la bajante de un canalón llegaran encauzadas hasta la alcantarilla. No es que me sintiera una diosa en el sentido de sabia y con armadura, pero estaba contenta, y, desde luego, me sentía muy lejos de ser una cáscara

cara de fruto seco a merced de una terrible tormenta provocada por el destino... o por la ola gigantesca de aquel cubo de agua sucia que alguien acababa de tirar ahora mismo al fluir general de la ciudad, aunque lo había hecho con cuidado, procurando que no se desbordara del canalillo que la conduciría civilizadamente a la alcantarilla. Al final resultó que aquel canal era el cauce para muchas más aguas que la del canalón. La ola vino después de haber fregado con ella el suelo de una tienda pequeña que tenía encurtidos y estaba llena de sacos de semillas. ¿Cuánto iba a durar aún una tienda como ésa, de zoco de medina, haciendo esquina a la plaza Sintagma? Entré en ella porque me apeteció comer un orejón: melocotón confitado. A mí, que rara vez me apetece lo dulce, que disfruto de los hoteles caros por los desayunos salados precisamente, me apeteció de aquella tienda antigua alguna fruta, la que fuera, rodeada de azúcar, conservada en azúcar, antes de que la señora griega, gruesa, morena y con bigote portugués, cediera su privilegiado sitio a una adolescente cargada de hombros, como todas, pero bien depilada y flaca y vendedora de prendas estrechas. La balanza en la que se me calculó el precio de lo que me llevaría en un cucurucho de papel de estraza todavía tenía aguja, esa aguja indecisa que amenazaba no detenerse nunca en ninguna cantidad exacta... Pero hizo un gesto la mujer con la mano que significaba que ella estaba muy por encima de la aguja, que ella era un ente superior y menos estricto, capaz de coger con la pinza otro orejón, con la misma generosidad con la que había pisado y me había hecho pisar su propio suelo recién fregado, para meterlo en el cucurucho de más, fuera del brazo de la ley, no sujeto a cómputo, una rebanada seca de

melocotón, que no iba a pesar nada, para agradecer la compra de las demás.

–Paracaló –dije.

–Paracaló –dijo.

–Paracaló, la de Sevilla –añadí yo, porque no resistí hacer el chiste tonto de tantos españoles.

Y creo que aquella buena mujer griega entendió la palabra «Sevilla». La entendió porque era una palabra conocida al final de una frase brevísima. Al final del todo. Así construía yo las frases más importantes de mis anuncios: dejando la palabra clave siempre al final. Porque la última se queda y repercute. Porque es más longeva que todas las demás.

Mientras paseaba por Atenas masticando mis orejones con redundancia de chicle, me vino a la memoria un episodio de varios años atrás, de cunado todavía era casi una novata en la agencia.

–Te he corregido unas cuantas cosas. Pero nada, pequeños detalles, aquí por ejemplo: *Sin nata, pero con todas sus proteínas, vitaminas y minerales...* –nos dijo (al director de la agencia y a mí, pero especialmente a mí, la creativa) el director de publicidad del cliente. Estábamos los tres en su despacho.

–No, yo lo dejaría como está –le contesté, con una seguridad de análisis independiente de mis veinticuatro años recién cumplidos–: *Con todas sus proteínas, vitaminas y minerales, y sin nada de grasa.*

Él llevaba una camisa azulilla hospital con cuellos blancos, a la moda de la época, y sus iniciales, R.O., grabadas a la altura de la tetilla derecha.

–Bueno, en realidad es lo mismo –estableció él, con una seguridad en el tono de mucho más fundamento que la mía:

la de saberse el director de publicidad del cliente, es decir, ese al que hay que dar la razón o tener mucho cuidado en el modo en que una se le quita.

–No, no es lo mismo –seguí yo–. Ni mucho menos –Y quizá tenía que haberme callado este latiguillo, «ni mucho menos», un remache innecesario que podía costarme la discusión. En una milésima de segundo hice propósito de la enmienda: «no machacar, no machacar»–. No podemos decir *nata* si se la vamos a quitar. Porque la *nata* es buena. Es lo mejor que hay, ya sabes, la flor y nata. Y nosotros no le quitamos nada bueno a la leche. Claro que no. Nosotros sólo le quitamos lo malo, lo desagradable, lo que engorda, lo que nadie quiere... o sea, la *grasa*. La grasa, no la nata. Es parecido, pero no es igual.

–Bueno, no, un momento. Sea igual o no sea igual, no podemos evitar decir *nata* porque el nombre de la leche es «desnatada», precisamente.

–Sí, por desgracia, pero eso es porque, cuando salió el producto, yo todavía no trabajaba para vosotros; estaba haciendo la primera comunión cuando aquello... No, en serio, fuera de chulerías –lo miré a la cara y se lo dije sonriendo, con gran dulzura femenina, pero ni con ésas conseguí evitar que la chulería, efectivamente, siguiera haciendo eco en sus oídos y en los míos también; y en los de mi jefe, supuse–: lo que quiero decir es que «desnatada» fue una traducción del francés, lo más seguro, *écremé*, pero, ya que vosotros fuisteis los primeros en España en sacar una leche desnatada, podríais haberos permitido el lujo de reflexionar un poco más sobre ese término. Podríais haberla llamado «desgrasada»; siempre hubiera sido mejor «desgrasada» que desnatada o descremada.

Se lo pensó un segundo, pero el final de su pensamiento fue poner un atisbo de fastidio en su cara, no de interés.

–Vale, a lo mejor hasta tienes razón, pero el caso es que se llama como se llama: desnatada. Y eso es así y no va a cambiar. Y si se llama desnatada, tenemos que seguir diciendo «sin nata», porque es la manera de definir el producto, su principal característica. Desnatada: sin nata. Sin nata: desnatada.

–¿Por qué? ¿Porque se cometiera un error una vez hay que seguir cometiéndolo siempre? Yo creo que no tenemos por qué seguir multiplicándolo por mil y por los siglos de los siglos... Puede seguir llamándose «desnatada», mientras nosotros empezamos ya a decir «sin nada de grasa»...

La discusión sobre si se decía «sin grasa», como proponía yo, o seguía diciéndose «sin nata», como venían haciendo ellos y, detrás de ellos, todos los demás del sector, esa discusión que hoy a cualquier fabricante de productos semejantes le parecería de resolución evidente, nos llevó entonces, sin embargo, media reunión y nos costó, por supuesto, el aplazamiento de la aprobación de la campaña hasta que el Gran Jefe del Producto –es decir, el dueño de la leche– volviera a darle su visto bueno.

La otra media reunión se nos fue en sentar varias evidencias más:

–Bien, pues si cambiásemos a lo de grasa, que ya veremos, la cosa quedaría, si se aprueba, que ya veremos, insisto, así: *Sin grasa, pero con todas sus proteínas, vitaminas y minerales*.

–No, «pero», no. No hay que decir «pero» si podemos evitarlo. No hay *peros* en esta leche. *Con, con, y sin*. Con lo

*bueno* y sin lo *malo*. Y mejor todavía: con *todo* lo bueno y sin *nada* de lo malo. No nos dejan decir que la leche tiene algo malo y que por eso se lo quitamos, no podemos, pero podemos decir lo mismo sin decirlo, no hace falta decirlo. Si tú oyes: *Con todo lo bueno de la leche y sin nada de... grasa*, estás oyendo lo mismo que si dices: *Con todo lo bueno de la leche y sin nada de lo... malo*. *Grasa* y *malo* se convierten así en la misma palabra. Y ahí tienes otra razón para que empeemos a decir «grasa» en lugar de «nata». Es mucho más difícil identificar «nata» con «malo».

—O sea, bueno, vamos a ver, que no nos perdamos, porque si nos perdemos con tantos detalles tampoco vamos a llegar a ninguna parte; a ver, en el caso de que se apruebe todo eso —empezó diciendo él, como si cuanto más brillante y clara fuera mi argumentación, más farragosa, desordenada y necesitada de su intervención estaba yo misma para hacerme entender y aprobar—, la frase quedaría así —tachó en el folio, en *mi* folio, escribió de nuevo, y finalmente leyó—: *Sin nada de grasa* y («y», vale, decimos «y» en lugar de «pero»), ¡y! *con todas sus proteínas, vitaminas y minerales*.

—Sí, bueno, más o menos, pero al revés. Yo creo que es mejor decirlo al revés, o sea, como estaba desde el principio: *Con todas sus proteínas, vitaminas y minerales, y sin nada de grasa*.

—Estamos diciendo lo mismo: *sin nada de grasa y con todas sus proteínas, vitaminas y minerales*.

—Sí, puede que sea lo mismo en el lenguaje común, pero, verás, yo soy de la opinión de que la propiedad conmutativa no existe en publicidad, por eso lo de «grasa» es mejor que quede al final.

—Ni mejor ni peor, estamos diciendo lo mismo. —Su tono era ya el de quien no está dispuesto a retirarse ni un palmo más de sus posiciones, sobre todo porque en aquello, tan poco, estaban quedando sus correcciones a mi anuncio y él mismo no podía creer que yo fuera tan torpe como para no abandonar ya la polémica.

—Lo mismo no, te digo, no exactamente. «Grasa» debe quedar al final: *Con todas sus proteínas, vitaminas y minerales, y sin nada de grasa*. ¿Por qué? Porque, según nos habéis dicho, a la marca le interesa ir mermando el mercado de la entera en favor de ésta, que es más rentable. Entonces, el enemigo no son sólo las otras marcas, sino nuestra propia leche entera. Y para hacerle la competencia a la entera, tenemos que dejar muy claro que esta leche lo tiene todo, todo lo bueno de la entera, menos lo único que nadie necesita, la *grasa*. El concepto *grasa*, o mejor aún, el concepto *nadadegrasa* (como si tener sólo un poco de grasa fuera ya una imperfección), es el concepto diferenciador y el más importante, por eso debe quedar al final. Porque lo que queda al final de la frase es como si tuviera una cola de eco, se fija más y mejor.

—Sí, bueno, eso lo sabemos todos —dijo él.

«Ya, pero se os olvida», me mordí la lengua yo, claro que sí; por no decirle que la única forma de saber algo de verdad es tenerlo siempre en cuenta. Todos los movimientos de una partida de ajedrez, por complicada que sea la partida, son, sin embargo, sencillos, sabidos, siempre los mismos para cada pieza, lo difícil es, efectivamente, *tenerlos en cuenta*; todos y todos a la vez.

—O sea, bien, de acuerdo —siguió él—, pero, resumiendo entonces, si no te importa, porque me gustaría llevar la pro-



puesta por escrito a la reunión esta misma tarde, para ver si aprobamos ya de una puñetera vez esta campaña, que ya está bien... a ver, que estemos todos de acuerdo, el texto entonces, quedaría así: *Toma Leche Picual Desnatada...*

—No, y perdona que te interrumpa otra vez, me vas a matar, ya lo sé, pero... habrás visto que nuestra propuesta es decir, a partir de ahora y en adelante, *Leche Desnatada Picual*, y no *Leche Picual Desnatada*, por lo mismo que te decía antes, porque así la marca, *Picual*, quedará siempre, invariablemente, al final de la frase, con mucha más fuerza... Y porque, si metemos la palabra *desnatada* en medio, en un bocadillo, ahora que es la única que hace publicidad masiva, el concepto se unirá a la marca para siempre y pronto será difícil que, cuando alguien oiga ¿*Leche Desnatada...*? no termine mentalmente, ¡*Picual!*, completando la idea por su cuenta, como si fuera un eco automático: *Leche Desnatada... Picual*.

—No, no, no, vamos a ver... En el paquete está escrito en el orden correcto, es decir: *Leche*; luego el logotipo, *Picual*; y luego, debajo, *Desnatada*. O sea: *Leche; Picual; Desnatada*.

—Ya, sí, pero el paquete es un elemento gráfico que se percibe en un solo golpe de vista, como una unidad, y el paquete está bien como está, pero en una cuña o en un spot, lo que tenemos que hacer, y cuanto antes, es plantearnos si estamos diciendo bien las cosas o si las estamos diciendo así simplemente porque así se han dicho siempre o porque así se dicen dentro de la empresa... A veces pasa eso, que llamamos al producto como se le empezó llamando en la empresa, internamente, sin pararnos a pensar que puede que no sea la mejor manera de llamarlo de puertas afuera.

—Oye, ¿sabes que tu chica —así me llamó: «tu chica», para hablar en comandita con mi jefe delante de mí, como si yo no estuviera—, para ser tan joven, se toma muy a pecho todas estas discusiones?

—Por eso, seguramente, tú lo has dicho, porque es demasiado joven... —terció mi jefe sonriendo, como un padre, y con más edad para serlo que mi verdadero padre.

—No, pero déjala, está bien que sea así, tiene garra —«garra» era, en la jerga de entonces, lo que había que tener para triunfar; después vino «criterio» y, al poco, fue sustituido por «agresividad»; lo último, que yo sepa, es «ambición»—, y eso es lo que nos hace falta... de vez en cuando viene bien que alguien se... —no terminó la frase y le hablaba a mi jefe, no volvió a mirarme a mí—. En fin, bien, por enésima vez, veamos cómo queda finalmente el texto...

—Queda como estaba desde el principio, como os lo presentamos el lunes pasado, aquí tienes otra copia en limpio: *Leche Desnatada Picual, con todas sus proteínas, vitaminas y minerales, y sin nada de grasa*.

Salí de aquella reunión con sensaciones confusas; algunas hasta contradictorias... y no tenía con quién desahogarme de mis verdaderas preocupaciones. Empezando porque nadie, fuera de la agencia, me creería cuando contase el grado de arribismo, de cobardía y de ineptitud de los ejecutivos de esa empresa, como de tantas otras, porque siempre habría quien pensase aquello de «si fueran tan tontos como los pintas tú, no estarían ahí», como si hubiera alguna razón objetiva para mantener semejante axioma. Así que, ¿cómo podría yo contarle a nadie una reunión de trabajo como ésta sin tener en cuenta que cualquier persona de mente sana

sospecharía enseguida de la veracidad de los hechos y de los personajes, y acabaría achacando a mis ganas de autobombo las exageraciones sobre la torpeza de gente tan bien pagada?

Salí con un desasosiego que no me permitía ni estar contenta ni estar furiosa, ni orgullosa de mí ni avergonzada. Pero, en cuanto mi jefe y yo nos subimos al taxi de vuelta a nuestra agencia, empezó para mí el azote de la realidad y mis sentimientos terminaron de clarificarse por el peor camino posible. Me dijo que no daba crédito a mi actuación, que no había manera de calificar mi autosuficiencia, mi prepotencia, mi chulería... Yo traté de excusarme diciendo que ya sabía él lo mal que me caía a mí R(...) O(...). Y aquello fue peor porque entonces dijo que no saber controlarme era mucho más grave que ser tan creída.

—Ya pedí perdón por mi chulería esa de decir que yo estaba haciendo la primera comunión...

—¡Ni perdón ni hostias! ¡Toda la reunión ha sido una pura chulería por tu parte! ¿Pero quién coño te has creído que eres para hablarle así a un cliente?

Fue tal su estallido, tan sincero y terrible, que hasta él tuvo que guardar un poco de silencio para tranquilizarse. Y cuando alguien se contiene así, es porque tiene ganas acumuladas de soltar reproches más duros de los que se consiente sacar a la luz. A mí no se me ocurría cómo abrir la boca. Al cabo de un momento, con más calma, volvió a decir:

—No puedes hablarle así a un cliente. Que sea la última vez, ¿te enteras? ¡Es que... más lo pienso y menos me lo puedo creer, vamos: menuda exhibición de narcisismo! No vas por buen camino tú, que lo sepas.

—Yo sólo intentaba explicar que no es lo mism...

—Nadie niega que tuvieras razón en lo que explicabas, pero no puedes hablarle así a un cliente. Que no vuelva a pasar.

—Así... ¿cómo? Hay veces en que no se puede evitar que u...

—¡Pues tendrás que poder! —cortó él, con autoridad—. A nadie le gusta que le corrijan con tanta suficiencia. Has estado casi impertinente, y sin el casi, y tú lo sabes. Has ido a matar. Y yo no hacía más que mirarte y tú pasabas.

—Te recuerdo que ha sido él el que ha venido corrigiéndonos. Y sin ninguna consideración, además, como diciendo: Apunta, apunta, que yo te dicto, y verás lo bien que queda ahora, gracias a mí, el texto tan malo que habías traído tú. El prepotente ha sido él.

—¡De eso nada! Pero es que, además, aunque así fuera, él puede y tú no. Ésa es la diferencia. Métetelo en la cabeza. ¡Y pronto, eh! —se acomodó mejor en la estrechura del asiento y se sacó de debajo los faldones de la gabardina.

Luego dijo, mirándose:

—¡Pero cómo puedes estar tan ciega! ¿De verdad quieres hacerme creer que no te has dado cuenta de lo que hacías?

—¿Y qué hubiera pasado si me callo? Había muchos conceptos import...

—Bueno, ¿y qué? ¿A ti qué te importa, si se puede saber, que aprueben una cosa u otra con tal de que nos aprueben la campaña?

—¿A mí? Al contrario, es verdad: debería darme igual. Yo debería estar siempre contenta, siempre: si aprueban el texto bueno, porque es bueno y lo he presentado yo, y si no

lo aprueban, más contenta todavía, porque no será mi texto y no me sentiré culpable de haberle comido el coco a la gente de mala manera.

—¡Acabáramos! Ahora va a resultar que es su mala conciencia la que le descontrola a ella el ego...—Esto de hablar de mí en tercera persona me dolió—. Pues en este trabajo no se puede tener escrúpulos de conciencia.

—Pues ya ves que sí se puede.

—Pues te los guardas.

—Pues no sé si podré.

—Pues tú verás lo que haces. Pero esto se acabó. Ya vale. Te lo digo una sola vez más: no quiero otra reunión como ésta. Y a costa de lo que sea, me da igual. Me la suda el orden de la frase, ¿me explico?

—Perfectamente.

Y, lo mismo que después de una ráfaga de metrallera cualquier silencio se agranda y cualquier otro disparo suelto parece menos mortal, así mi jefe descansó un momento y, cuando reanudó la ofensiva, tenía ya menos ganas de herir:

—Tómalo en serio porque va en serio. A lo mejor ahora todavía te disculpa algo el que seas tan joven, pero dentro de poco ni eso te va a librar. Tienes que plantearte cambiar de actitud. Además, es por tu bien; no deberías darle tanta importancia a las cosas, ni por un lado ni por otro. Ni por el lado del ego ni por el de la conciencia. Y por el de la conciencia, menos que por ninguno. Tú vas muy lejos. Y eres demasiado presumida, además, porque no somos tan importantes, ¿sabes? Ellos deciden qué se vende y nosotros lo único que podemos decidir es si hacemos la campaña o dejamos que nos la quiten y la hagan otros.

—La próxima vez me callo... y todos contentos.

—No hace falta. Puedes decir lo mismo con menos chulería.

—Me pagas para pensar, no soy una relaciones públicas.

—No, señora. Te pago para hacer campañas que aprueben los clientes. Para eso exclusivamente. Y si tú te crees tan lista haciéndolas y te parecen tan mediocres los que las tienen que valorar, pues te vas de este mundo, porque este mundo es así y son ellos los que dicen sí y los que dicen no. Y en la reunión de hoy te has pasado varios pueblos... Y tú lo sabes, ¿o no?

—Puede ser.

—Reconoce que sabes decir las cosas de otra manera.

—Sí. Pero cuando el que tengo enfrente se lo merece. Yo lo que reconozco es que ese tío me pone de los nervios.

—Pues tú misma. Yo ya no sé cómo decirte las cosas. O te haces mayor de golpe y te controlas, o...

—¿O me despides? —dije, aunque ya sabía yo que no iba por ahí su intención. Nos llevábamos bien, a pesar de nuestras infinitas diferencias, y aunque no lo pareciera a juzgar por lo muy enfadado que estaba en ese momento.

—¡Eso quisieras tú, en el fondo, que alguien tomara la decisión por ti! Pero no caerá esa breva. Por el momento, no. Aunque si sigues así, ya veremos. Pero todavía no he perdido las esperanzas contigo. Tengo cincuenta y cinco años y mucha vida encima y, o mucho me equivoco, o no puede ser que una tía tan lista como tú siga pensando que el mundo se divide en buenos y malos, en salvadores y tiranos, en puros y corruptos... Tendrás que aclararte. Aclararte y ser un poco más modesta. Porque el problema eres tú, y no

R(...) O(...), que no es más que uno de tantos que hay por todas partes.

—¿Aclararme? Tú lo que quieres es que venga un rayo y me caiga del caballo, que me convierta, vamos.

—Yo lo que quiero es evitar que te des un trastazo grave en la vida. No sabes la suerte que tienes de haber dado conmigo, que soy un bendito. Porque tú no estás preparada para salir al mundo, hoy lo has demostrado; te falta un hervor. Un hervor como poco.

—A lo mejor sí.

—Que no lo dudes. Y si aprendieras a ser menos complaciente contigo misma, serías más tolerante con los demás.

—¡Vaya frase!

—¡Es buena, eh!

—Muy eficaz sobre todo.

—No todo el mundo te va a tener el cariño que te tengo yo...

—Así que me tienes cariño...

—Sí, es difícil de creer, porque no te lo mereces, pero sí.

—Ya lo sé. Y para ser jefe, tienes mucha paciencia, además. Y buenas maneras, hay que reconocerlo. O sea que... perdona. La verdad es que ha sido una pasada lo mío, lo reconozco.

—Me alegro. Porque por ahí ya vamos mejor.

Y al cabo de un poco, cambiando el tono de voz al mismo tiempo que se abría el semáforo, dijo:

—¿Quieres que te cuente un secreto? Al salir de la reunión, cuando me he ido aparte con R(...) O(...) le he dicho... bueno, pues la verdad, que estaba muy cabreado por el tono en que habías llevado tú las cosas, que ésta era la última vez

que te traía a una reunión. Que como creativa eras muy buena, pero que no se te podía sacar de la mesa para hablar con la gente porque eras insoportable, y que incluso me estaba planteando medidas más drásticas contigo... ¿Y sabes lo que me ha dicho? Pues me ha dado la razón en todo, en que eras bastante insoportable, pero... ¡Pero! Que no me tomara, ¡yo!, las cosas tan a pecho, que había que encontrar un modo de que tú pudieras seguir siendo útil sin que tu... falta de tacto... lo estropeará todo. Que a ver si entre los dos, entre él y yo, podíamos encontrar un camino intermedio. Que sí, que desde luego no era conveniente, visto lo visto, que estuvieras en las reuniones con los otros directores, porque los otros no tenían el mismo aguante que él, pero que podíamos hacer las reuniones sólo entre nosotros tres, como hoy, y eso nos permitiría, por un lado, que no se creara mal ambiente con la agencia por tu culpa, y, por otro, seguir aprovechando tu talento, porque lo tienes, no sólo para hacer las campañas, sino para defenderlas con uñas y dientes...

—¡Será cabrón! ¡Lo sabía! (Perdona. Perdona, pero es que...)

—Y yo sabía que ibas a decir eso.

—¡Es que está claro de lo que va! No nos quiere sólo de creativos, nos quiere de negros suyos. Acuérdate de lo que hizo, te lo contamos, lo que nos sopló la secretaria de don Blas porque estaba indignada: que el tío éste fue contando la campaña de PNI en la reunión con don Blas como si lo de la estrategia de poner...

—... fuera suya, sí, ya lo sé, ya lo sé. Y yo también me he dado cuenta en cuanto me lo ha dicho. A partir de ahora, además de las ideas para las campañas, que es lo nuestro,

nosotros le damos también ideas sobre estrategias de producto y de márketing y él se las atribuye. Pero ¿y qué? A ti qué más te da. Mejor así, ¿no?

—Me da igual, sí. Sobre todo porque sé, además, que la cuenta no la tenemos por la creatividad... —Hice una pausa para observar su reacción, porque aquello era una pedrada gorda—. Sí, no me mires así, no soy tonta, ¿crees que no me doy cuenta de las cosas o qué? Soy lenta, pero... Pero, a parte de ese *pequeño* detalle de... fontanería, ¡no me digas que no es ser cabrón y mediocre! No quiere testigos. Lo sabía, lo sabía.

—Mira la parte buena: también ha dicho que tienes mucho talento... —su tono irónico, a veces, cuando no lo controlaba, dejaba escapar un gallito de amaneramiento. Un gallito peligroso para un hombre de su edad, tan soltero siempre y tan elegante.

—¡Talento para vender leche, no te lo pierdas! Qué sabrá ese... —me callé la palabra «corrupto»— lo que es tener talento.

Me la callé porque la corrupción tiene un dios propio, el silencio; un dios al que veneran tanto los corrompidos como los corruptores. De haberla pronunciado, mi jefe se habría temido que adquiriese la blasfemia como costumbre y se habría tensado demasiado la cuerda entre él y yo.

De todas formas, soy consciente de la suerte que ha sido para mí tener un jefe como él, llevaba razón, por de la mucha paciencia que gastó conmigo al principio, sí, cuando yo no sabía cómo digerir mi rabia y andaba convencida de que mis ataques de vanidad se debían exclusivamente a los remordimientos de conciencia que me producía la suciedad que iba descubriendo.

Saqué del cucurucho el último orejón y le di un bocado tirando mucho de él con los dientes apretados... ¡Talento! Alegría de privilegio divino, un don sagrado, el talento, un orejón extraordinario añadido por los dioses... Dos segundos y cuatro décimas de talento, y uperización en lugar de inspiración. Una cuña en lugar de un poema. Un publlirreportaje en lugar de una novela. Tanques de frío en lugar de capítulos. El guión de un spot en lugar del guión de una película. Una página de revista en lugar de un cuadro; un expositor de supermercado en lugar de una escultura. Pero eso sí, a cambio, recibir mucho dinero por lo uno en lugar de andar pidiéndolo por ahí para poder hacer lo otro.

Hace ya cinco años de aquel paseo por Atenas. Yo tenía veintiocho. Y mi memoria coloca allí, con sabor a melocotón, la primera vez que pensé seriamente en dejar mi trabajo. Fue la primera vez que hice repaso, con una regla de medir distinta, a reuniones como aquella de la desnatada, que se había producido, a su vez, cuatro años antes, cuando yo tenía veinticuatro y apenas llevaba un año en la agencia. Ahora tengo treinta y tres: ¿se puede decir que he tardado mucho en tomar la decisión? Tal vez no, teniendo en cuenta que hay gente que no la toma nunca. Pero si es que sí, si he tardado de más, ¿qué fuerza ha estado siendo, pues, más poderosa que mi conciencia?

Con el tiempo, había aprendido a moderarme en las discusiones, pero la pregunta, ya entonces, hace cinco años, como hace diez, cuando empecé, seguía siendo la misma: ¿Para quién me esforzaba yo tanto analizando hasta los más pequeños detalles de una campaña?, ¿para qué ser tan eficaz?, ¿para mayor beneficio económico de los monstruos

que ideaban los perversos planes de mercado?, ¿por la mera satisfacción personal del trabajo bien hecho? Pero a mí nunca me satisfizo mi trabajo, así que ¿por qué, entonces, para qué, por qué, para quién, por qué...? Por dinero.

Siempre es por dinero, me dije llegando al hotel. De no ser por él, sé que mis escrúpulos vencerían; yo sé que vencerían si me pagaran lo mismo que a una criada. Dejaría mi cómodo trabajo si me pagaran mal, me decía a mí misma ya entonces. No lo dejo porque me pagan muy bien. Podría argumentar, para consolarme, que todos los trabajos nos degradan. Pero la pregunta volvería a aparecer: ¿Nos degradan todos por igual, da lo mismo un trabajo que otro? Pues no. También podría consolarme pensar que, aunque no todos los trabajos nos degradan por igual, no siempre está en nuestra mano elegir uno a nuestro gusto. Podría, pero la pregunta, una vez más, con otros ropajes, volvería a aparecer: ¿Soy yo de esas personas que no pueden escoger su trabajo; realmente no podría o no sabría hacer otra cosa más digna que la que hago?, ¿de verdad que no?, pero ¿no habíamos quedado en que era una chica lista con muchas capacidades...?

El problema, como un fátum legendario, tomara yo por el camino que tomase, siempre me salía al paso en el mismo punto, en la misma encrucijada: saber que en ningún oficio me pagarían tanto por tan poco esfuerzo. Eso era la verdad, es decir, lo real. Me vino a la cabeza el hipotecario que estaba pagando, su enorme cuantía, y no hizo falta más para acallar mi conciencia.

O no, tal vez no, tal vez nunca se haya callado del todo porque nunca he dejado de oír la voz –aunque no pueda lla-

marla conciencia si no la he tenido– de la buena gente que desde mi memoria, mis buenos maestros, han seguido hablándome de lo que está bien y de lo que no lo está, de lo que nos dignifica o nos degrada. Conceptos, éstos, tan sencillos y exigentes, que es igual de difícil regirnos por ellos que olvidarlos.

–¿Cómo que vas a dejar el trabajo? –se extrañó Anamari, Merian, cuando se lo dije por teléfono, sí, pero la conversación no fue tan corta como he escrito más atrás–. ¿Y eso por qué? –me preguntó, y los porqués que le di tampoco fueron tan superficiales como ese «porque quiero tener tiempo para dedicarme a escribir guiones que es lo que he querido hacer siempre».

–Porque no me gusta lo que hago –le dije también–. Me parece un trabajo deshonesto. Me siento mal mintiéndole a la gente para obligarla a comprar lo que a otros les interesa vender.

–No me digas que a estas alturas vas a salir otra vez con aquellas ideas de... de purista, de niña inocente que no quiere enterarse de lo que va el mundo.

–Le como el coco a la gente para que compre y compre y compre sin pensar y se enganche a una marca.

–Oyéndote, ¡cualquiera diría que vendes drogas...! Y tú vendes leche.

–Pues no te creas que no, que también vendo tabaco: Montecristo, Cohiba, Romeo y Julieta, Fonseca, de todo llevo, tío, ¿quieres pasártelo bien, disfrutar tela?, Flor de Cano, Quintero, Rafael González...

–Son Puros Habanos –se rió ella por el masticador acento de camella que había puesto–, no compares.

—¿Y eso no es tabaco o qué?

—Te pasas. Exageras. Además, así ayudas a Cuba, ¿o no?

—¡Vaya un consuelo! Pero es que además eso tampoco es verdad. Ayudo a algunos corruptos de Cubatabaco, que no es lo mismo. Y tampoco vendo leche, que lo sepas. Vendo isoflabonas, omegas, calcio... hasta flúor, vendo... y fósforo (¿te acuerdas de aquellos «mixtos» que comprábamos, que venían pegados a una tira de papel, que parecían uñas, y que había que rascarlos en el suelo para que prendieran y chisporrotearan; se liaban a chisporrotear y ya no había manera de pararlos hasta que se consumían? ¿Y te acuerdas que si los mojabas con la lengua, antes de rascarlos, y te los frotabas por la cara, y luego entrabas en un sitio oscuro, se te veían los rastros luminosos?)

—Sí que me acuerdo, sí.

—Después creo que los prohibieron porque eran tóxicos... Pero bueno, eso, lo que te decía, que ni siquiera vendo leche; vendo lo que esta gente quiere vender, que no es lo mismo. ¿Te has fijado en lo difícil que empieza a ser encontrar leche entera normal y corriente en los supermercados? En Francia es ya casi imposible.

—Sí, la verdad es que... ahora que lo dices...

—Porque a ellos no les interesa, es un desperdicio de negocio. ¿Dices tú que «vendo leche»? Vendo calcio, como si la leche no lo tuviera. Se supone que era una de sus grandes virtudes, ¿no? ¿Y tú por qué crees que le ponen más calcio a la leche, precisamente a la leche, que es uno de los alimentos que más lo tienen? Pues por nada bueno, por lo mismo que le ponen flúor o vitaminas artificiales o extracto de soja o [esencia de pescado..., lo que sea, qué más da. ¿Tú te crees lo

[que yo digo: que le ponen el doble de calcio porque la gente no toma toda la leche que debe y así, tomando la mitad de la leche, tiene la cantidad de calcio que necesita? Entonces, por esa misma regla de tres, le ponemos el triple y, con que te tomes un chupito... o mejor, te compras un chute de calcio y te lo pones en vena... Pero es que no, porque no lo hacen por ti, lo hacen para ganar más dinero. Y también porque manipulan tanto la leche, le quitan tanto, hacen que dé tanto de sí, que al final hay casi reconstruirla en el laboratorio para que lo que envasen pueda seguir llamándose legalmente «leche».

—Vale, ahí llego hasta yo: le ponen calcio para venderla más cara, ¿y qué? En eso consiste este mundo.

—En eso consiste, sí, pero mucho más salvajemente de lo que imaginamos tú o yo; mucho más perversamente, más secretamente; más impunemente sobre todo. Y yo formo parte de esa impunidad. Verás tú: vamos a poner que un litro de leche entera cueste cien pesetas; y supongamos que a la marca le quedan libres treinta pesetas (por ponerte algo, porque eso no lo sabe nadie, el beneficio real). Vale. Pues si ahora tienes en cuenta, además, que la leche es un alimento básico y que o tiene o debería tener un precio social, un precio protegido, controlado por ley... llegarás tú sola al meollo del problema. Porque la ley puede fijar el precio de la leche de vaca entera normal y corriente, pero no se va a poner a fijar el precio de la leche de lujo, leche con lentejuelas de colores, con dentífrico incorporado, con *deuvedé* de serie para que los críos se la tomen más entretenidos... ¿me explico? Tú supón que les quedan, efectivamente, treinta pesetas por litro de leche entera: pues ya está, el negocio no puede ser

más sencillo: si vendemos más litros, ganamos más y si vendemos menos, ganamos menos, ya está, hemos terminado, se acabó. Pero no, ah, qué va. «¿Cómo que se acabó?»: dicen ellos, que nunca tienen hartura. «No, no, no se acabó, eso es que nos falta imaginación para seguir *desarrollando el producto*. Para aumentar el beneficio, a parte de vender más o menos, también tenemos que desarrollar el producto». Y tú dices: ¿Desarrollar el producto? ¿Cómo que *desarrollar el producto*? Podemos desarrollar la fábrica, los sistemas de recogida, los controles sanitarios, los sistemas de esterilización, el almacenaje, la logística... ¡pero el producto! ¿Cómo vamos a desarrollar la leche? Suponiendo que la vaca no se extinga, que podría pasar, ahora que ya ha empezado a dejar de sernos útil, suponiendo que en la India, por ejemplo, sí que se mantenga como tal vaca, harán falta millones de años para obtener resultados en la línea que usted dice de «desarrollo» del producto; la naturaleza necesita sus eras, la terciaria, la cuaternaria, *la cinqueña*... para conseguir lo que usted dice, señor mío. «Ah, no, no, pero nosotros no podemos esperar tanto, esa nueva línea de producto tiene que estar lista para el cuatrimestre que viene. Las glaciaciones son muy lentas y sus resultados son muy inciertos. Es mejor hacerlo por nosotros mismos. Le ponemos polvitos de la abuela: colgate, sardinas en aceite, salsa de soja, salsa agridulce... y ya tenemos una leche desarrollada que podemos cobrar a, pongamos, ciento quince pesetas». Y tú dirás todavía, intentando salvarlos: «bueno, el caso es que le añaden algo, calcio, por ejemplo, y claro, al añadirle algo, es lógico que la cobren más cara, no tiene tanto de malo». Pero la cuestión es: ¿cuánto más cara? ¿Tú crees que cuesta quince pesetas por

litro el potingue? Ni muchíiiiisimo menos. Supongamos, y exagero, que les cueste una peseta por litro. Pues ahí tienes todas las explicaciones. A un litro de leche entera le sacan, hemos dicho por decir algo, treinta pesetas, mientras que a un litro de leche (*enriquecedora*, que no enriquecida) con lo que ellos hayan desarrollado en su fantasía (lo que sea, da igual, y verás que irá cambiando cada cierto tiempo), pues le sacan cuarenta y cuatro... O sea, resumiendo, invierten equis y ganan treinta. Pero invierten equis más uno y ganan, no treinta más uno, sino cuarenta y cuatro. Ése es el juego que se traen.

—¿Y qué me quieres decir con eso, qué culpa tienes tú de eso? Tú sólo haces la publicidad. Y si no la haces tú, la hará otro.

—Sí, ya sé: yo sólo cumplo órdenes.

Pero paré de hablar porque me dio apuro seguir mostrándole a Anamari mis reparos ante un trabajo como el mío, a ella, que suspira siempre por el tipo de vida que llevo yo, con mi carrera terminada, mi independencia y mi sueldo; mi coche, mi casa, mis viajes y la alternancia de novios, mi flotar recién duchada dentro de ropa bien cosida y de taxis que han esperado en el portal a que yo baje para llevarme a una reunión con altos ejecutivos de uñas impecables y zapatos mágicos que repelen la tierra bajo los pies. Ellos también flotan.

Antes, la gente, mi gente, los maestros a los que respetaba yo, mis maestras, se planteaban la ética de sus profesiones. Se hablaba de eso, al menos. Se discutía porque se sabía que no era lo mismo ser abogada laboralista o penalista, que experta en administrativo o notaria; se valoraba la utilidad



para los demás y para la lucha política que tenía, no ya una carrera u otra a la hora de elegirla, sino incluso las distintas ramas de cada una. Y, desde luego, nadie dudaba de que no era lo mismo, ni parecido, hacer medicina que farmacia; no era lo mismo hacer empresariales que economía; no lo era hacer periodismo, como hice yo, que publicidad.

Pero, en el camino, y no por el camino mismo como dicen algunos, sino por ser ése el camino que tomamos y no otro, se fueron rebajando las contradicciones y ya se matizaba que no era el qué que hiciéramos lo importante, sino el cómo, ¡como si hubiera una manera ética de hacer campañas publicitarias en el día a día o como si la hubiera de llevar la contabilidad de una empresa sin ser despedida! Después, la rebaja llegó al saldo y ya ni el cómo importaba, sino el con qué simpatía o despego personal se haga cada labor, ¡como si el corromper nosotros a los corruptibles con verdadero asco eximiera del pecado que cometen los otros, ellos sí, quienes lo hacen con placer o sin darse cuenta de lo que significa! Durante mucho tiempo ha sido esta amargura mía al hacer mi trabajo lo que me ha absuelto de la responsabilidad de seguir haciéndolo. Primero nos creímos todas esas rebajas, yo me las creí, porque nos interesó. Y ahora hemos llegado a esto, aún más allá, aún más abajo en la infamia: a la mudez absoluta sobre si tendremos o no la culpa de lo que hacemos por dinero.

Y no es, ya no, que sea un lujo, como se decía antes, de quienes tenemos trabajo preguntarnos si es honrado o no lo es. Igual que ya no es *ni siquiera un lujo* comerse un filete de mamut. Desapareció la especie «preguntas críticas», ahora se les llama preguntas retóricas, o posturales, con el añadido

de *meramente*: preguntas meramente exhibicionistas. Y ya nadie se las hace, de todas formas.

Sin embargo, yo, sin ir más lejos, no he podido barrer del todo las cáscaras de pipa de mi calle. Quizá nos quede esa esperanza: que no sea posible la limpieza completa de los restos de la conciencia –ni habiendo conseguido dejar inmaculada la avenida por la que todos vamos flotando en taxi– por culpa de la persistente insignificancia, hay que ver la tontería, de las cáscaras de pipa, que, incluso desentrañadas y abiertas en canal, se aferran todavía, y hasta adelgazándose aún en lascas si es preciso, a las ranuras de la acera.

Así que podría no ser una fantasía, ni mera retórica, que a mí me haya estado atormentando por razones éticas lo que hago. Podría ser verdad, simplemente. Podría ser verdad que dejo mi trabajo porque, en el fondo, no soporto más la presión sobre mi conciencia; por más que, últimamente, cuando todo el mundo me preguntaba por qué me iba, haya preferido dar otras razones. Porque también las tengo. Y porque incluso a mí me parecen más creíbles que las de raíz profunda. Pero ¿y si no lo fueran?

Tampoco el miedo que tengo se debe solamente a la inseguridad económica en la que me estoy metiendo. También me atemoriza, como asomarme a la boca tragadora de un pozo, pensar si no estaré haciendo el canelo, si no será una estupidez creer que podré, sólo a cambio de vivir más modestamente, vivir más honestamente. Porque... qué haré. A qué me dedicaré. Qué hay a lo que sea bueno dedicarse o –pero de verdad– no tan malo. ¿Acaso tengo derecho a pensar que puedo dedicarme al arte? Y aunque lo tuviera, ¿no estaré cayendo en el embudo de creer que sólo el arte nos

hace dignos? ¿Y en qué clase de indignidad tienen que procurar su felicidad los guardias jurados, por ejemplo, los antiartistas, sí, ellos, que representan para mí la negación más contundente de una inquietud artística?

La más contundente, no. Íntimamente yo sé que peor que un guardia mercenario es, porque tiene parecidas pero amplificadas funciones, una creativa de publicidad que escribe: «Puro zumo de frutas; naranjas seleccionadas, maduras al sol y recién exprimidas», sabiendo que eso es mentira. He visto los sacos de polvo con los que se hace eso. Agua y azúcar. Extractos secos de materia de naranja y test de sabor para encontrar el saco y las proporciones de aditivos que muestren el más semejante a la realidad, o el que más gusta a quienes son encuestados antes del lanzamiento. Un sabor idéntico en todos los briks, en millones de envases a lo largo de años y años... Ningún vaso de zumo de naranja sabe igual a otro; es imposible; pero nosotros conseguimos que nadie caiga en la cuenta de que la fiabilidad de un sabor estable, fundamental para una marca, es precisamente la prueba más delatoria de su propia falsedad. Los niños engordan como cerdos y las madres descansan así de sus injustas labores y delegan la mitad de sus esfuerzos, no en sus maridos, sino en nosotras, en las creativas que primero les mentimos sobre lo que compran y después las defendemos como mujeres al hablarles de las ventajas ocultas de comprarlo: ahórrate el enorme esfuerzo de venir cargada de la compra con cinco kilos de naranjas, o diez kilos si compras para varios días, de sacar el exprimidor y poner la cocina pingando y lavar todas las piezas del aparato y levantarte media hora antes para hacerlo todo... ¿Un zumo de naranja? Aquí lo tie-

nes. Y, milagrosamente, tres veces más barato que el que tú hubieras hecho.

\* \* \*

Dejémosla... la publicidad. Qué obsesión. La he dejado. No sé si he hecho bien, pero la he dejado. Hace dos semanas que la dejé. Y por ahora no me apetece hablar más de eso. Estaba contando lo de la túnica. Y tengo que terminar porque sé que lo que pasó fue más importante para mí de lo que he querido reconocer.

En los siguientes días, recorrí el Peloponeso con mi coche alquilado. Viajaba sola y en temporada baja, con la *visa* platino y un juego de maletas de piel que causaba admiración entre los mozos de equipaje. (Las maletas fueron regalo de empresa de un estudio de grabación y la *visa* platino a mi nombre era en realidad de la agencia y mi viaje iba a resultarnos a todos prácticamente gratis con la excusa contable de estar preparando una campaña para presentarnos al concurso de adjudicación de la cuenta de turismo de Grecia. Ésta es otra de las formas de pago en especie que recibimos algunas creatas cuando nuestros jefes no pueden negarnos un aumento, pero tampoco les da la gana de concedérselo.)

Como a todo el mundo, a mí también me decepcionó la tumba de Agamenón. Afortunadamente, había muchas más cosas por allí y disfruté mucho del viaje. Era un privilegio ir en coche y a mi aire.

El primer día que estuve de regreso en Atenas, el día 26, sobre las seis de la tarde, llamaron a la puerta de mi habitación del hotel. Alcé la voz para dar permiso varias veces.

Pero no entraba nadie. Así que fui yo a abrir. Brilló la funda de plástico transparente y crujió la seda blanquecina del papel que envolvía mi túnica y, por encima de la percha de la que venía colgada, vi otra vez la cabeza de la media melena negra, la figura seria y al mismo tiempo desgarrada de la jefa, la jefa de las modistas, y aquella sonrisa suya tan difícil de definir, porque no estaba hecha de labios, apenas era dibujable fuera de sus ojos. No la esperaba en absoluto, nadie me había avisado desde recepción de que subiera una visita, creí que sería la camarera para abrir las camas. Yo pensaba ir por la mañana del día siguiente, el 27, como habíamos quedado, a buscar mi encargo. Que me lo trajera ella, personalmente, con tanta gente como tenía a la que mandar, me sorprendió sobremanera.

Durante las dos semanas largas que habían pasado desde que estuve en su taller, no fueron ni dos ni tres las veces que me acordé de ella y del agradable ambiente que se respiraba en su lugar de trabajo, al menos entre ella y las dos aprendizas que conocí. Casi cada vez que conducía sola un trecho largo, se me venía a la cabeza su imagen, no sé por qué, la integridad de su porte, su solidez, el poderío de los rasgos de su cara, que no estaba hecha para expresar la gracia que, sin embargo, se le escapaba por los rincones. O sí que sabía por qué: porque era una de esas escasas personas que inspiran respeto por su sola presencia. Su recuerdo aparecía sin llamarlo, cuando mejor estaba yo, y con una fuerza que no se correspondía con el tiempo de vida que le había dedicado. Y se me presentaba en forma de misterio sin resolver, además, de tarea pendiente; de modo que el suyo no era sólo un recuerdo que se me viniera encima cuando quería, sí, como

casi todos, a su antojo (la memoria, que estemos a merced de su capricho, que no podamos con ella, es de las pocas cosas indómitas que nos quedan; y tengo yo para mí, aunque no sé mucho de eso, que tal vez el objeto de la poesía no haya sido otro, a través de los siglos, que pretender su adiestramiento: que a la suma de tales sonidos que yo escriba, vengan corriendo los recuerdos de amor cuando tú los leas; que, a la suma de estos otros, vengan, atropellándose, siete miedos capitales... y pondré un latigazo en el último verso que resuma los siete y nos haga presente la muerte...), pues el suyo no sólo era un recuerdo que viniera por su cuenta, estaba diciendo, que ya es bastante desasosiego, sino que venía también aliñado con una poquita de desazón propia. Y me dejaba extrañas resonancias dentro, como si me reclamara algo (que le sirviera de eco, tal vez, que mi recinto lo contuviera y lo agrandase, o, al menos, que mis paredes repitieran, en justicia, sus propias magnitudes sin que mi voluntad las redujera).

Por eso, cuando abrí la puerta y la reconocí detrás de la percha en alto que traía, tuve la certeza de que la visión no era sólo real, no solamente, tenía otra dimensión añadida que le daba más volumen, y durante los tres o cuatro segundos siguientes (cuatro segundos es mucho tiempo: uno, pausa, dos, pausa... tres... cuatro) no supe qué hacer ni qué decir.

Por fin me quité de la puerta para que pudiera entrar. Y entonces ya sí, recuperada la normalidad de la percepción, sus formas más planas y utilitarias, pude exclamar encantada y agradecida en inglés y en español y un poco también en francés –como si el hablar ahora mucho pudiera borrar el primer momento de indecisión en la puerta–, mien-

tras ella entraba sin decir palabra y desenvolvía tranquilamente el encargo y lo dejaba con suavidad sobre la cama y me alargaba de su bolsillo de la chaqueta mi tarjeta postal.

Hasta ese momento no dijo ella algo, señalando la tarjeta, de lo que yo apenas entendí «ego» y «museum»; y vi que se llevaba el índice de uña corta y sin pintar a las ojeras, como diciendo: «Para ver por mí misma», y luego hizo un gesto de modelaje en el aire de una botella de Coca-Cola y me enseñó sus manos abiertas moviendo los dedos, como si completase: «No sólo para ver el modelo por mí misma, sino para tocarlo también con mis propias manos». Pero quizá esto último lo interpreté mal porque todo el mundo sabe que en los museos no te dejan tocar. Después no dijo más y dejó muy quietos los brazos y todo el cuerpo.

Lo que hizo fue volver a mirarme de arriba abajo como lo había hecho en su taller, minuciosamente, desde las rodillas hasta el cuello. Y no sólo guardaba silencio ella, sino que lo imponía con su manera de estarse quieta observándome. Cuando por fin dejó de recorrerme verticalmente como si me midiera, en realidad fue sólo para ir a concentrar sus ojos en el punto fijo de los míos, con la misma inexplicable intensidad que me intrigó tanto la primera vez. Ya no miramos así, si es que alguna vez supimos hacerlo como especie; poca gente se atreve; o poca gente sabe; la tribu prefirió las armas de empuñadura física, así que es un poder conservado gracias a muy pocos ojos; desde los dioses para acá, todos hemos aprendido que una mirada así destruye al enemigo declarado o acogota al vecino mientras se acerca y hasta que termina de llegar y declara sus intenciones; pero son pocos quienes disponen de ella.

Ni yo le había dicho que se sentara ni me había sentado yo; permanecimos de pie, una frente a otra, como dos pasmarotes, y la túnica entre las dos, sobre la cama, como si la túnica, ella sí, desenvuelta y vacía de huesos, se hubiera recostado a gusto para mirarnos burlona con los brazos que no tenía cruzados por detrás de la nuca que le faltaba.

Y, de nuevo igual que la primera vez, un instante antes de que yo me sintiera incómoda y me rindiera y buscase consuelo en el rompimiento del estatismo de la escena, lo hizo ella. Se inclinó ante la túnica y la levantó cuidadosamente de la cama, como si fuera un cuerpo celeste, y me la ofreció haciéndome, con ella en brazos, la señal de que me la probase.

Según el original, tenía que ser muy amplia, tener anchura bastante para fruncir con generosidad y hacer así mejor esa hermosa caída de las telas dóciles pero consistentes. Cuando la ciñese con un cordón a la cintura, tenía que resultar corta, como una minifalda. Los hombros deberían quedar casi completamente al descubierto, y toda la fuerza domesticada de la tela sujeta a ellos por apenas una puntada o por sendas fíbulas en lo más alto. Y debería venir acompañada, la túnica, por una especie de chal (como las mantas de pelear a navaja los gitanos) de la misma tela, que pudiese flotar al fragor del combate en uno de mis brazos, el brazo que sostiene el escudo.

Me volví para señalarle la puerta del cuarto de baño y pretendí que me entregara la túnica, que seguía acunada en sus brazos, para vestírmela allí dentro. Pero me hizo un gesto, no por parsimonioso menos rotundo, que significaba que ella y sólo ella, la verdadera autora, podía imponérmela. Ella me la vestiría. Sonreí y asentí con la cabeza.

Empecé, pues, sin moverme de donde estaba, a quitarme la blusa delante de ella, poniendo mis ojos en los ojales, con tal de no encontrarme con aquellos otros que no descansaban nunca. Luego me quité la falda y, aunque dudé un segundo si quitarme las medias o no, me las quité también rápidamente, porque eran oscuras y hubieran quedado horribles con mi túnica de color marfil. Me quedé sólo con la ropa interior, y extendí los brazos abiertos. Pero ella no se movió. Tampoco esta vez. Apuntó discretamente a mi pecho con su barbilla y yo entendí que debía quitarme el sujetador. Claro que sí, o su obra sería un absurdo a la altura de unos hombros llenos de tirantes y, la prueba, una farsa. Me disculpé y lo hice. Pero recuerdo muy bien que, instintivamente, al llevar los brazos hacia atrás para desabrocharme el sujetador, tomé aire de más en los pulmones, y traté de mantenerlo como si temiera que iba a tirarme a una piscina.

Entonces tenía yo veintiocho años y todavía un orgulloso pecho que había paseado muchas veces desnudo por playas y pasillos de casas ajenas; y, sin embargo, reconozco que tuve que fingir una naturalidad que, seguramente por la abrumadora falta de palabras entre las dos y su manera de mirarme, ya había perdido. Sentí pudor ante esa mujer más hecha que yo, más cuajada de sí misma y capaz de crear en un instante una niebla de enigmas blancos a su alrededor. Asumí que yo no sólo era más joven que ella, sino más evidente, más adivinable, más plana.

A medida que mi pecho quedaba al descubierto, fui expirando poco a poco mi reserva de aire hasta quedarme en la mitad, como un globo al día siguiente de la fiesta, y quién sabe si no hubiera llegado a perder completamente mis

volúmenes de no ser porque, justo en ese momento, me di cuenta de que sus ojos perpetuos huyeron de mirarme, ¡los suyos!, para mi alivio. Era la primera vez que ocurría: sus ojos se rindieron y fueron a resguardarse, primero, en la túnica, y luego, exclusivamente en mi cabeza, y concretamente en la franja que iba de mi pelo a mi barbilla, como advertidos de no descender por debajo de aquella frontera.

¿Así que le daba apuro mirarme desnuda, a ella, a la taladradora de almas con la órbita de sus ojos? ¿Así que a ella, la de invencibles pupilas, se le resistían dos diminutos redondeles del mismo diámetro: mis pezones? Un sujetador y unas gafas de sol se parecen mucho. Tanto como se parece entre sí aquello que esconden. De hecho, pezón y pupila son dos esquejes etimológicos de la misma palabra.

¡Y qué agradables las sensaciones que vinieron a continuación por eso!: porque su azoramiento me creció a mí un instante por encima de ella... y, un segundo después, toda yo me volví vértigo y expectativa. Quiero decir que fue su pudor, no el mío, el que disparó mis alarmas y puso mi piel al acecho por cada palmo al descubierto. Supe que iban a afectarme mucho los cambios de temperatura.

Se acercó a mí y yo me agaché un poco y levanté los brazos para que, finalmente, pudiera ponerme por arriba la túnica. El raso cayó a lo largo de mi cuerpo desnudo como agua helada y me contraje entera. Me adelgacé de frío y volví a tragar aire con toda la boca mientras la tela gélida terminaba de bajar posándose en las lomas de mi cuerpo una por una: mis hombros, mis pechos, mis caderas y mis muslos sintieron sucesivamente el paso del invierno por sus laderas. Aunque fue allí arriba, sí, en los pezones, donde

se concentraron los lascas de hielo en forma de cristales nuevos.

Yo había cerrado los ojos hasta que la nevada que siguió al raso terminó de caer y me cubrió; y, cuando los abrí, me encontré tan cerca de la cara de ella, que sentí su aliento, y que era lo único caliente que había ahora en la habitación. Lo que sentí es que el calor de su aliento era apenas la manifestación externa de algo más profundo y capaz de hervir al mismo tiempo que aflora, como el magma. Islandia, pensé.

Enseguida, al bajar los brazos, mi pecho recuperó ese centímetro hacia delante que había retrocedido al levantarlos, y rozó por eso –tan cerca estábamos para que pudiera vestirme– el suyo. Noté que su corazón respiraba también de más y buscaba más sitio para latir. Y esta vez apartamos los ojos las dos al mismo tiempo; yo los llevé al ventanal de la habitación y, ella, a buscar el ojal por el que deberían asomar los cabos del cordón que me ceñiría la cintura. Ella encontró el cordón y yo vi que el atardecer cunde mucho, en color rojo, si se dispone de una ventana orientada al oeste.

Pero me apretó demasiado y, como yo me revolvera un poco en la estrechez, exclamó enseguida: «sorri-sorri», en la lengua penetrante de la que cualquiera, aunque no la hable, conoce al menos dos o tres palabras rápidas como ésa; y todavía dijo «sorri» una o dos veces más, mientras aflojaba el cordón y hasta que levantó la cabeza con el problema solucionado. («Sorri»: ¡qué horror de sonido! No deberían dejar que sirviera para excusarse por alguna rudeza cometida porque salta al oído que es un contrasentido; resulta antinomatopéyico para el alma que se lamenta. Como además se

usa con ritmo y siempre por duplicado, sorri-sorri, lo que parece es una sierra masticando.) Después me ajustó los otros dos cordones, más delgados, los de los hombros, que venían anudados, pero dispuestos para fruncirse a capricho también y recoger la tela en lo alto. Ni puntadas ni fíbulas: ataduras, que resisten mejor los forcejeos de la lucha.

Una vez hecha la compostura a su gusto, levantó de la cama la pieza suelta de tela, el largo rectángulo, y me lo dejó como un lienzo en los brazos de la cruz vacía. Se alejó unos pasos de mí para mirarme. Yo también la miré a ella y, quizá por primera verdadera vez, la vi: divertida, arrogante, capaz, sabedora... Me señaló el espejo grande de la pared, que hacía pasillo con el armario formando un pequeño vestidor a la entrada de la habitación –en todos los hoteles es igual–, paralelo a la puerta del cuarto de baño. Y fui hasta el espejo.

Ella me siguió y se colocó detrás de mí. Trató de espiar mi primera impresión al verme vestida para la batalla. Pero yo apenas pude verme vestida. Me vi más bien desnuda entre el espejo de poderes mágicos y la bruja atentísima a las reacciones de mi asombrado espíritu. Me pareció que volvía a atreverse por eso a mirarme otra vez con toda su ciencia, pero no; enseguida descubrí que tenía que valerse de su intermediario de plata, que sus poderes conmigo habían merchado definitivamente un momento antes. También yo saqué de la distancia sin fondo del espejo el valor para sonreírle de una manera que... la que yo había ideado era una sonrisa estándar de agradecimiento, pero le sonreí como si la abrazara y mi propia sonrisa me asustó. Me resultó nueva y fuera de catálogo. No me imaginaba que yo pudiera sonreír de aquella forma tan... íntima. O quizá la creí nueva y me asustó

sólo porque pude vérmela, como una aborigen enfrentada por primera vez al mismo fenómeno que yo; sí, quizá fue sólo porque nunca nos vemos el alma reflejada al salir en busca de los ojos ajenos. Y no obstante seguí preguntándome, durante dos largos segundos más, si yo le había sonreído alguna vez así a alguien; si de verdad fue sólo que no hubo espejo lo que me impidió guardar, para recordarla ahora, una precursora de aquella sonrisa.

Y entonces ella sacó de no sé dónde, para mi sorpresa, una cinta hecha del mismo raso de la túnica, y empezó a recoger mi pelo largo a partir de la nuca en un trenzado mixto de cabello y de cinta... A mí se me había escapado ese detalle. Hice el amago de agacharme un poco, para facilitarle la labor, pero no quiso, me irguió enseguida, para que estuviera cómoda, porque esa cuarta que me sacaba de alta le era bastante para peinarme.

Tardó unos minutos en tejer la urdimbre completa: un tramo de cinta y un poco de pelo, un mechón de pelo cruzándose con un dedo de cinta, una ola de cabello entrando en una vaguada de cremosa espuma, un manojo de keratina atado con unos hilos de seda lustrosa... Quizá fueron sólo dos minutos. Yo cerré los ojos para disfrutar con toda evidencia, como en el lavado de la peluquería, de la suavidad de sus manejos en mi cabeza. Laborioso enjambre. Mieles de la labor. Dulces esfuerzos de mi madre por desenredar mis sueños y prepararme la cabeza para salir a la calle... Y los mantuve cerrados mientras el cuidado de sus manos fue sólo trabajo en mi pelo. Pero es que dejó de serlo de pronto.

De pronto, en un roce exacto de sus dedos, que yo recuerdo exactamente, todo cambió. Ya no respondían a otra

intención que la de acariciar mi nuca en un masaje delicioso. Sus manos dejaron primero de ser maternales y poco después se convirtieron más bien en un peligro, en una inteligencia de naturaleza diferente, que sembraba, cultivándola con dos arados de cuatro dientes, una semilla de fuego bajo mi piel. Un fruto de algo muy adictivo que mi espalda reclamó envidiosamente que se extendiera, también y con urgencia, por toda ella y por todas partes. Entonces los abrí violentamente, si es que los ojos pueden ser violentos en un simple parpadeo. Me asusté de mí y recuperé la rigidez defensiva de mi cuello. Y las manos de ella, que seguían en cierto modo abarcándolo, lo notaron, y se retiraron inmediatamente.

De inmediato, aunque muy lentamente. De inmediato quiero decir ese centímetro crucial que marca la diferencia entre tocar y no hacerlo; pero muy lentamente el resto del espacio hasta completar el retroceso. Lentamente, que yo seguí notando el calor de su piel cuando ya no estaba sobre la mía. Y, así como una llama quema más por su halo separado e invisible que por su corazón azul y rojo, así las yemas de sus dedos me abrasaron más yéndose de mí a dos centímetros de mi miedo que apoyándose en mi cuerpo. Lentamente, como deja de tener cogida la cabeza amada el bailarín antes de irse de puntillas.

Lentamente, como había estado haciéndolo todo, respetuosamente, religiosamente casi, porque todos sus movimientos se habían llenado de esa lentitud litúrgica de la que termina haciéndose acreedor el silencio... pero en verdad tan despacio, tan despacio recogía sus manos de haberlas tenido abiertas de par en par sosteniéndome el cuello, ¡que la

retirada me resultó insoportable! Quizá pude, por un instante, ensayar el rechazo de sus caricias. Pero no pude con sus ganas de acariciarme.

La escena fue, es cierto, ya lo decía, tan claramente cinematográfica que hasta el silencio era irreal, porque yo, en forma de banda sonora, llevaba la música en la mente. Si tuviera que rodarla para un anuncio de perfumes, tendría que pasarme horas en la musicoteca de Sintonía buscando la imposible melodía que oí. Era un enjambre inaudito en el que flotaban a la vez el Verdi epidérmico y Nayman obsesivo, la Tebaldi celeste y Tina Turner de sudor y de músculo. Una orquesta de ciento veinte deseos atacaba al unísono en mis sienes cuando, a través del espejo, me miraba y la miraba llevándose de mí sus manos que habían sido tan rituales. Las dejó reposar a lo largo de su cuerpo y aún se separó de mí hacia atrás medio paso, pero sin dejar de mirarme.

Los ojos, sus ojos... El nuestro fue un diálogo de pupilas y de párpados, pero no en silencio, sino bajo la música. En el cine sí que es cierto que las miradas son las palabras cuando no las hay, pero es cierto también que el silencio debe ser transformado en música para que no dé miedo y no lo interpretemos como la espera de algo terrible a continuación.

Sus ojos no descendían de los míos y era como si me llamasen a que me volviera a mirarlos de frente, sin la carabina del espejo. Me armé de valor y lo hice. Me di la vuelta en el poco espacio que tenía para girarme y otra vez estuvimos cara a cara, sólo que ya no valieron ni ventanas ni ojales.

En el instante que duró el reto mudo, entendí que era yo la que iba a librar conmigo misma, y no ella, una batalla de temple y ardor, sincera y honesta y, de una manera que no

sospechaba del todo entonces, también definitiva. Así que fui yo. Yo, sí, la vestida para el combate. Fui yo la que acerqué mis labios a los suyos, como si se pudiera acariciar con ellos sin rozar siquiera lo acariciado. Primero así, con la timidez de las alas de una mariposa en los carnosos pétalos de una flor abierta. Pero después se me fueron las manos a agarrar por el tallo, precioso cuello el suyo, la planta entera, con más fuerza, para que no se separase de mí con alguna ráfaga de viento. Y entonces ya se acabó la lentitud.

Y con ella la cursilería de las mariposas, los pétalos y las flores... Dejé de atender a las charlas de sexualidad simbólica del colegio y atendí de veras a su invitación.

Atendí a su invitación y lo hice sin ninguna parsimonia de protocolo aprendido. Impaciente y veraz, como el deseo que nadie nos enseña. Me faltaba boca para su boca. Mi lengua no era bastante en la búsqueda de sus huecos. Utilicé los dedos palpantes de mis manos, pero con la misma prisa y hambre que si fueran los dientes, para desenterrar de su chaqueta de algodón, y de su blusa blanca, los encajes de su pecho. Y resultó que su pecho, allí abajo, se estaba agitando ya a borbotones como si se asfixiara. Aquella blusa blanca suya era tan suave... la quise desabrochada, pero pendiente de sus hombros todavía un poco más, porque así, con ella a medio quitar, la vi como el mejor regalo de mi vida, el que deseábamos tanto que ni nos atrevíamos a terminar de desempaquetar. Y aún sin desenvolver del todo, sus pechos y su cintura eran ya para que mí, que podía entreverlos y abrazarla, una zozobra cantada.

Ella no me desnudaba a mí, sin embargo. Creo que le apetecíamos lo mismo aquella túnica y yo. Pero mis piernas,



hasta la mitad de mis mulos, no tenían más protección que la piel tan vulnerable de la que estamos hechas, el raso nunca había pensado bajar, como lo hizo ella, por aquellos prados fértiles, en los que surgieron miles de brotes al sólo paso de sus palmas. Desde las rocas de mis rodillas hasta donde yo me acababa, no hubo un palmo de terreno en mí en el que no brotaran lanzas, lanzas hermosas como pilares de templos a la orilla del agua, un instante después de que ella, surcándome el vello con su arado de uñas recortadas, las plantara de punta. Jamás había vivido yo el surgir en mí de ráfagas tan briosas, un nacimiento de selvas tan inmediato. No me esperaba lo que pasó y no conocía lo que sentí.

Recorrimos, de esa manera desordenada que se detiene y se reanuda, el espacio que nos separaba de la cama. Iba a ser la primera vez que hiciera el amor con una mujer. Yo.

Pero ella seguramente dio por hecho que aquel era mi comportamiento habitual: a fin de cuentas, le había encargado el vestido de una amazona y viajaba sola; a fin de cuentas, ella me había estado interrogando con los ojos más allá de lo que nos hubiéramos atrevido a interrogarnos con las palabras si las compartiéramos en el mismo idioma, sus miradas no dejaban lugar a dudas (habría que haber sido muy mojigata para no entenderlas) y yo las había aceptado, todas; a fin de cuentas, la había besado yo.

Recuerdo que tuvimos una luz preciosa para conocernos: esa tan favorecedora del caer de la noche, la luz que es casi luz negra que hace morenos los cuerpos encendidos y muy blancas las sábanas mágicas y los dientes. Y cómo disfruté. De qué gozosa y obscena manera conseguí de golpe saber tanto de lo que no sabía nada y olvidar casi todo lo

que tenía previsto. Qué encarnizado el combate. De piernas y de labios. Pero qué mullidos sus labios bajo mis caídas. Y, en cada abrazo, una estética nueva de cuadros que había estado pintando sin saberlo y de estatuas desnudas que no me había atrevido a acariciar porque eran sólo de los museos, mármol prohibido.

El chal de raso, esa prenda sin asideros, como un pañuelo, varias veces me vendó los ojos. O nos unió los cuellos en una misma lazada. O retuvo juntas mis muñecas en lo alto. O fue su velo humedecido por mi respiración porque la besaba sin levantarlo. O nos acercó las cinturas hasta el último extremo posible antes de fundirnos en la misma cuenca.

También llegó el momento, pero no sé cuándo –porque no sé cuántos abrazos duró aquella descubridora coreografía–, en que fui despojada de mi túnica. Metidas ya en las horas más densas de la noche, me parece que fue. Y después de haber colonizado incluso el suelo desde la mesa a la que fui a buscar no recuerdo qué... (que hasta tuve que sujetarme, tan fuerte fue la corriente que me arrastraba, al espaldar de la silla del escritorio como si temiese ser tragada por la cenefa de la moqueta). Finalmente me encontré desnuda, sí, pero muy tarde, a esas horas apagadas de la noche cerrada, después de que ella hubiera tenido tiempo sobrado, supongo, para diferenciarnos a mí y a su obra. La red que había tejido en mi pelo se había más que deshecho.

Recuerdo que me desperté con hambre, no habíamos cenado, a eso de las cuatro de la mañana, y que la vi dormida a mi costado: desnuda, morena y escueta como una máxima. En ese momento, la amé como si la conociera. O, mejor dicho, la reconocí como si de verdad la hubiera amado. Y re-

cuerto perfectamente lo que pensé: que el placer había sido demasiado intenso, demasiado real, como para que pudiese mentirme después o dudar siquiera de que querría luego muchas veces más, con todo mi cuerpo, repetirlo. Y la idea me perturbó. Sigue haciéndolo.

No tengo aquella túnica. Antes de salir para el aeropuerto se la mandé al taller con un mensajero del hotel. En la nota escribí la única palabra de griego que de verdad domino: «Paracaló». Estuve intentando recordar algún verso de Safo, aunque fuera, claro está, en su traducción castellana, ¡como si alguna vez me hubiera sabido alguno de memoria! Sólo conseguí recordar, y muy imprecisamente, algo sobre unas violetas que escribí, pero Platón, sobre ella. Se me ocurrió incluso que podría acudir a una librería, porque de verdad quería escribirle algo mejor, pero a última hora pensé que, para una griega como ella, recibir una nota con versos de Safo sería como para un gay español recibir unos versos de García Lorca.

Este largo paréntesis venía a cuenta de la ropa, estaba hablando de la ropa. Ahora que no voy a tener tanto dinero, quizá me cueste renunciar a los caprichos de las telas. Las telas. Las hechuras me importan menos, es curioso. Pero las telas me encantan desde que era una niña. Tengo muchas piezas de telas guardadas en mi armario: sedas muy gordas y sedas tan finas que dos metros de ancho pasarían a través de un anillo; rasos, terciopelos, algodones, linos... Por lo menos tendré cuarenta o cincuenta cortes. Me enamorarían, donde quiera que las tocase, sus texturas, y compré unos metros, y luego me daría pereza o más bien no le encontraría el sentido a hacer con ellas una prenda. Soy medieval en eso, en-

tiendo el placer de las telas vírgenes... desplegarlas para cantar sus excelencias con la labia de un mercader. Mejor con la perversa sabiduría de Celestina. Amo a Celestina. Y Celestina amó a Claudina, estoy segura. En esa novela hay tiempo para todo, para que desfile la vida entera, en un guiño, con sus infinitas variantes.

Los cortes envuelven los cuerpos desnudos, sirven para eso. La piel disfruta el tacto de cada tejido: del áspero por serlo y del suave por haberlo soñado tantas veces. He envuelto, en mis mejores telas, a algún que otro muchachote... Y a algún hombre de virilidad madura y de cuerpo ejemplar, que probablemente vino a mi vida con todo lo necesario para ser tenido por una bendición de los dioses o por un dios él mismo. ¡Pero...!

Pero a mí, a mí que nunca me importaron, de verdad que no, las hechuras, últimamente se me ha oído decir, y con claridad, después de haber arrugado a capricho varios metros de popelín:

–Yo lo que tengo que hacer es buscar a una modista que de verdad sepa coser.

–Sí, es una pena que tengas todo eso en el armario, apollándose –tal cual me dijo uno que yacía desnudo a mi lado, con toda su inocencia, ajeno a las dobleces que hacían en mí los vuelos de su frase... Todavía me estoy riendo.

Y, por cierto, en lo de disponer ya de un almacén de chistes privados como éste, teniendo en cuenta que para que uno sólo de ellos se decante hace falta haber vivido muchas anécdotas, y desechar la mayoría, es donde noto, es otro síntoma más, que estoy envejeciendo. Como un síntoma es quedarme un rato más mirando una cosa que ya ha

pasado, una escena que ya no continua, como hacen los viejos, a quienes parece que el tiempo de los verbos, en lugar de acortárseles, se les alargara; sobre todo el tiempo de verbos como ése: mirar. La profesora termina de hablar en la puerta del instituto con una alumna, se coloca mejor en el hombro la correa de la cartera y se aleja hasta que se pierde por detrás de la esquina... y yo, sin embargo, sigo mirando todavía un rato más la esquina vacía, como si fuera imprescindible mantener la mirada en el mismo lugar donde tenía el pensamiento: no volveré a verla más entrar y salir del instituto de enfrente. Porque no sólo he dejado mi despacho, dejo también su enorme ventanal y su acera de enfrente.

\* \* \*

Estoy en mi casa, tranquilamente sentada y escribiendo. Hace un día de esos que deberían ser gratuitos para que la gente pudiera salir a pasear. A mí, sin embargo, me apetece escribir. Es por la mañana de mi trigésimo cuarto día de paro («trigésimo cuarto»... me gustan mucho los ordinales, suenan como a salidos de un dialecto teutón abandonado, especialmente el septuagésimo octavo y siguientes; y hay uno espectacular, que me chifla: nonagésimo nono), quizá sea demasiado pronto para prescindir de una mesa bajo mis brazos a las nueve y media de la mañana.

Parece que este cuaderno va camino de convertirse en un diario. No sé por qué me está dando por ahí. Aunque una cosa sospecho desde que lo empecé, que lo que me mueve a escribir no es sólo la incertidumbre sobre lo que será de aquí en adelante mi vida laboral o económica. Hay

otra impaciencia, otra desazón. Y puede que escribir nos clarifique, y que por eso nos sintamos tan obligadas a hacerlo como capaces.

Otra impaciencia, sí, otra desazón. Sólo a última hora del otro día, ya era muy tarde, me decidí a contar lo que sucedió en aquel hotel de Atenas, pero como de pasada, al hilo de las telas y sin darle toda su importancia, cuando lo cierto es que llevo los cinco años que hace que ocurrió aquello sabiendo que debería hacerme todas las preguntas del catálogo, sin dejar una. No ha habido ninguna otra mujer en mi cama, pero ese recuerdo es un ácido que se ha estado comiendo a socavones mis partes blandas.

De pronto y mil veces me veo todavía bajo su cuerpo, el de ella amándome desnuda a mí; mil veces me veo así a propósito para excitarme cuando estoy sola y mil veces me he visto así sin poder evitarlo cuando no lo estoy. Porque no es una fantasía creada con mis reglas para ser efectiva y recurrir a ella por puro placer, para intensificarlo: es un recuerdo orgulloso de su libertad, inevitable siempre, inoportuno alguna vez y prepotente frente a mi realidad en más de una ocasión.

De pronto y mil veces sigo viéndome reaccionar como lo hice cuando ella, en un momento en mitad de la tormenta, aprovechando que me tenía completamente a su merced, como a una nave de madera, y quizá sin darse cuenta, me mordió con cierta fuerza en un hombro, como un mar hambriento muerde las cuadernas, allí donde la ropa de invierno jamás mostrará la marca: yo, doliéndome con coquetería, fingiendo un dolor excesivo para poder devolverle el juego, me revolví hasta cambiar las tornas y ponerme sobre ella; le

hice un nudo a la espalda con sus propios brazos y le puse encima todo el peso de su cuerpo, para que no pudiera moverlos, y todo el peso del mío también, a caballo sobre su cintura. Entonces ella jugó a defenderse, a tratar de zafarse, moviendo lo único que aún podía mover, la cabeza; la movía de un lado al otro, como el péndulo de un reloj, para esquivar mi boca que intentaba besarla, y mi boca seguía de un lado al otro sus amagos de huida, lentos al principio, como el péndulo de un reloj, sí, como si quisiera engancharme a su ritmo, hipnotizarme con ellos, pero más rápidos después. Sus cabeceos se volvían más rápidos cada vez, como un tictac de pulsera, como los latidos de un corazón y mi persecución de sus labios se aceleraba con ellos, hasta que mi deseo de alcanzar su boca y la humedad de su lengua se hizo tan urgente, que no pude evitar sujetar su barbilla con mi mano, obligándola en serio a la quietud que necesitaban mis labios para encontrar los suyos. Y entonces mismo, cuando ya la espera de este peleado beso parecía habernos hecho insoportable la ansiedad, con sus labios abiertos y esperando francamente los míos, a mí se me ocurrió no querer que fuera mi lengua, sino uno de mis pezones el que se adentrara en la oquedad. Subí mi cabeza por encima de la suya y uno de mis pechos quedó así a la altura de sus dientes, peligrosamente embocado. Noté el calor de su aliento y que sus dientes no me rozaron, fue su lengua. Y su lengua se dedicó a pedalear, como una cadena bien engrasada, alrededor del plato imaginario de mi pecho... veintiocho marchas distintas y era yo la que ascendía, subían mis piernas hacia la cumbre, impulsadas por su ritmo, una meta en todo lo alto, un esfuerzo de cadencias justas, una prueba de pulmones que empiezan a jadear por el exceso.

Y más aún, y aún más: me deshacía de ganas... Luego fueron mis orejas las que se convirtieron en piruletas de recreo para sus chupetones, y toda mi piel, por ellos, en sábana de faquir. Y más... Porque el deseo me podía por primera vez: pudo más que cualquiera de mis intentos anteriores a ella por hacerlo venir, y estaba pudiendo más que mis intentos de encauzarlo. Sí, por primera vez sentí que el deseo era una fuerza por sí misma venida y desatada, una energía tan mía como ajena a mi voluntad, tan conocida como inesperada.

Y de pronto ella empezó a jadear y uno de sus jadeos largo fue a caer en el centro de mi oído; y, como si su gemido hubiera tenido que recorrer un laberinto de túneles para hacerse oír allí abajo, en mis piernas, en la puerta de mis piernas se hizo oír; como un llamador de mano, como una aldba que empuñase una bola y la hiciera chocar contra mí en mi entrada más secreta. Llamaba ella allí arriba para entrar aquí abajo y yo quería que entrase y, sin embargo, una vez más fui yo la primera que... fue mi mano la que se abrió paso hacia su casa.

O tal vez fue ella la que sintió sus ganas de profundidad antes de que yo sintiera las mías, y las provocó en mí, haciendo de mi cuerpo un espejo perfecto del suyo; el caso es que la oí gemir de placer y de anticipación, antes de que mi mano hubiera pensado siquiera en llegar hasta allí y menos aún en entrar en un recinto donde nunca creyó que entraría. Ajena oquedad.

Pero su forma de borrar mis dudas, o mi tentación de entretenerme en otros descubrimientos, fue tan poderosa, que terminó de incendiarme: toda yo ardí al momento, arrasada por la bocanada de amor de un dragón enamorado,

cuando su mano agarró la mía y la condujo sin dudas al mullido lecho de todos los sueños, a la caverna entre sus acantilados, la gruta que se inunda, salada, cuando nada, ni la luna siquiera, puede contener los flujos de las mareas.

Visto, ahora, cómo ocurrieron estas cosas y otras, por cómo hice yo algunas, según fueron de verdaderas mi entrega y mis ganas de consentirla a ella, no creo que mi morena amante tan poderosa pensara ni por asomo que aquélla era mi primera vez. No se le ocurrió y hasta puede que le hubiera parecido mentira si se lo digo. Lo que demuestra que no tiene ninguna importancia que lo fuera. Nadie lo sabe mejor que yo. Yo misma llegué a dudarlo, que aquélla fuera la primera vez que me acostaba con una mujer o que hubiera siquiera una primera vez con una mujer en el sentido en que la hubo con un hombre.

Sí que hay una primera vez para perder la virginidad de la manera en que eso ocurre con un hombre. Pero si notamos tan claramente que es la primera vez, no es por la penetración en sí, digo yo, que seguramente ya conocemos en otros diámetros menos agresivos, sino por el miedo al dolor que llevamos puesto, y por la ausencia, al cabo, del placer que pretendíamos. Después de preguntárselo a tantas amigas, parece que éstos son los dos ingredientes que nunca faltan en el estreno: el miedo al dolor, lo haya luego o no lo haya, y la falta del placer, que no acude a una cita tan importante, lo reconocamos o no, y aunque el retraso sea de sólo una noche.

Cuando ella me penetró a mí, sin embargo, nada de aquel miedo apareció; puedo creer que eso fue simplemente porque ya no era virgen, porque ya hacía mucho que no me quedaba rastro de él, pero también puedo darme a suponer

que es más bien porque el miedo al dolor, al dolor físico, no aparece nunca con una mujer. En una mujer no hay nada endurecido, y además pretendidamente ingobernable, que nos amenace a destiempo. Y las manos son cerebro puro. No están ciegas; al contrario, siempre, etimológicamente, han sido las únicas capaces de ver en esa oscuridad perpetua. En fin, no lo sé. Y qué más da. Puede que me lo cuente así sólo para entenderlo. En todo caso, el placer fue incontenible; e incluso demoledor, a ratos. Y, sobre todo, resultó ser un placer independiente de la experiencia. O tal vez sujeto a ella por lazos íntimos que nada tienen que ver con la necesidad de constatación previa.

Finalmente, sea como fuere y lo analice como lo analice, lo cierto es que aquello sigue trastornándome.

Del modo más impredecible, además. Una tarde de hace un par de años estaba sola en casa, viendo no sé qué película del Canal Plus en la que dos mujeres se acostaban juntas después de una casi dolorosa, a fuerza de ser tan evidente como negada, relación de amor y de deseo. No era pornográfica, por eso tardaban tanto en acostarse, pero al fin lo hacen, sí, y supongo que el erotismo del momento fue, efectivamente, tan apoteósico como se pretendía, gracias a habérselo hecho esperar tanto. Sin embargo, yo me descubrí viviendo la escena con más humedad en los ojos que entre las piernas, más bien llorando que excitada. Enfadada conmigo misma por seguir negándome a reconocer lo que me pasaba. Así que me impuse el reconocimiento como una tarea: reconocer que me moría de ganas de volver a acostarme con una mujer. Y tan fue así (que me lo impuse como una tarea, digo, por si fuera verdad que la disciplina ayuda a

[la aceptación), que, nada más terminar la película —enra-  
bietada, ya digo, ésa es la verdad, más que deseosa—, hice  
algo para mí inimaginable: busqué en el periódico y marqué  
el número de un anuncio perfectamente claro. Y vino una  
chica. Vino, le pedí que se sentara, le ofrecí una copa, le pa-  
gué y le dije que se fuera.

Que si era porque no me había gustado ella, me pregun-  
tó. Y será vanidad, pero yo juraría que me lo preguntó con  
tristeza. Le dije que no de la manera más dulce y convincen-  
te que pude. Me pidió que no tuviera miedo, que la dejara  
hacer. Le dije que no. Me preguntó si era la primera vez; le  
dije que no, sobre todo para que no se esforzara. No me  
apeteció. Le pagué, efectivamente, como el hombre ator-  
mentado de los guiones policíacos, y como es de rigor, y se  
fue. Para prueba, aquella vez fue suficiente. No pude com-  
prar a una mujer como si pudiera ser comprada.

Además, será que he envejecido, pero ya no puedo tam-  
poco hacer una abstracción tan grande entre los deseos de  
mi cuerpo y los de mi corazón. Ojalá pudiera entrar en un  
bar y ligar con una mujer de la manera estúpida en que he li-  
gado con algunos hombres.

«Ya ves que lo he intentado, ¿qué más puedo hacer?  
Peor ¿es que de verdad puedo hacer algo?, porque yo creo  
que no —éste hubiera sido, aquella tarde, mi lamento místico  
a las alturas—. ¿Qué quieres de mí? —le hubiera gritado a la  
provocadora diosa de mis problemas, si la hubiera—. He lla-  
mado a una chica: ¿no te basta con que admita así el deseo;  
acaso tengo ahora, además, que enamorarme? Sabes que eso  
no está en mi mano. Pero, aunque lo estuviese, aunque pu-  
diera enamorarme de una mujer (al fin y al cabo esa parte no

[me parece la más difícil), ¿cómo haré para que coincida que  
ella quiera quererme a mí también? ¿Qué cálculo de proba-  
bilidades me dejas? ¿No es esto como condenarme a buscar  
una aguja en un pajar? ¿Por qué me lo pones tan cuesta arri-  
ba? A un hombre le haces una seña así con el dedo y viene.  
O te la hace él a ti, más fácil aún, y vas. Pero ¿cómo llamo a  
la mujer que me guste... cuando aparezca? Aparecerá, no es  
difícil, porque hay muchas mujeres que me gustan, desde  
luego más que hombres; me caen mejor, me llevo mejor con  
ellas, incluso se podría decir que, en general, las quiero más.  
Pero ¿qué garantía supone eso a la hora de que no todas en  
manejo, sino una sola de ellas, una perfilada con rotulador  
negro entre las demás, una con cintura propia acepte que  
vaya yo a besarla a ella? ¿Qué garantías tengo, suponiendo  
que en mí nazca el deseo, de hacer que nazca en ella tam-  
bién? ¿Qué le digo? ¿Que soy más suave de piel que su no-  
vio? ¿O debo restringir mis esperanzas a las mujeres que,  
por su cuenta previa, me deseen a mí?»

Me pareció estar retrocediendo hasta los quince años:  
hasta ese momento de la madrugada de nuestra vida en el  
que ya no es de noche, pero no ha amanecido aún. Volvía a  
consentir las mismas bobaliconas incertidumbres ante las  
mismas cotidianas sombras: «¿Encontraré a quien me quiera,  
querré a quien encuentre?». Mi sentido del ridículo me puso  
sobre aviso. No me faltaba más que volver a escribir, a *boli* in-  
deleble, en mi carpeta de la escuela, aquello de: «Virgen san-  
ta, Virgen pura, haz que me aprueben esta asignatura».

No me avergüenzo de que puedan gustarme las mujeres.  
Ni mucho menos. No es ésa mi incertidumbre. No la busco  
[en el sentido de culpa o de pecado o de rechazo social o de...

No, no está por ahí. Me siento lejos de esas esclavitudes de púlpito y penitencia. Es otra impaciencia, otra desazón. Quizá tenga más que ver con la sospecha de la extrema y extraña soledad a la que podría estar condenándome aquel recuerdo. Y me baso en lo mismo que los poetas, en saber que todos los padecimientos son soledad y todas las ansiedades, memoria muerta.

No me sé muy bien, la verdad. Pero tal vez escribir me averigüe, efectivamente. Puede que esté escribiendo con esa esperanza. Tal vez sea el único método que tenemos de diálogo con nosotros mismos. Ni la conversación más íntima y sincera con una sincera e íntima amiga está libre de los ruidos de la impostura, de los tufos de la vanidad y de la desconfianza de ser finalmente comprendidas. Escribir es un camino de introspección más fiable, me parece a mí. Escribir, que no leer. Porque tampoco leemos con la limpieza de ánimo de quien sólo pretende entender lo que otro ha dicho. Leemos con expectativas propias, con exigencias previas, y hasta con la ambición egoísta de aprender algo.

Por no saber, no sé siquiera si conocernos mejor en lo que nos es más propio será un buen empeño, si no será mejor aprendernos en lo que tengamos de común y dejarnos de pretendidas originalidades. Y mucho menos sé si será posible. Pero de serlo, de ser posible y un buen empeño, la escritura es lo único que lo haría real.

Claro que sólo una escritura alejada del ánimo literario, de lo que la mayoría entiende por ese ánimo. O, al menos, una escritura que, de esos aires convenidos de la literatura, tomara sólo los instrumentos, nunca las intenciones; las técnicas solamente, nunca los objetivos.

Aunque, pensándolo bien, ¿qué estoy diciendo? Yo mejor que nadie sé que esto que acabo de decir es absurdo. Es como pretender lo mismo de la publicidad, tomar de ella sólo los instrumentos, no las intenciones, sólo las técnicas, no los objetivos. ¡Como si fueran separables! Como si no supiera yo que son la misma cosa. La publicidad es mala de la cabeza a los pies. Desde la lengua hasta la dirección de sus pasos. No son malos sus fines solamente, son malos sus medios. Es más, al contrario de lo que suele decirse, puede que, de la publicidad, no sea lo peor sus fines, sino su propia naturaleza intrínseca, su razón de ser: los métodos. La publicidad, como la literatura, es pura metodología. No es malo querer vender, o querer averiguarnos, lo malo es querer hacerlo publicitariamente, pública y masivamente. Porque hacerlo de ese modo exige un lenguaje tan específico como malvado.

Dicho con un ejemplo: la publicidad no es mala cuando pretende vender coches, lo es también, porque lo es siempre, cuando hace campañas contra los accidentes de tráfico. Especialmente, diría yo. Porque tenemos activada una cierta, aunque resulte impotente, resistencia a dejarnos convencer por una marca de coches, pero estamos muy desalertados frente al nocivo mensaje de fondo de toda campaña de la DGT., que nunca es otro que éste: está en tu mano evitar los accidentes. Con sus redundantes variantes: el culpable eres tú por no respetar las normas, por rebasar los límites de velocidad, por ser agresivo, por no ponerte el cinturón o el casco, por no mirar bien antes de cruzar, por no descansar lo suficiente, por tomar alcohol o drogas... Consiguen que no pensemos en quién nos habla. En el narrador. Parece

que hablase Dios o nuestra conciencia. Y, al no pensar en algo tan importante, estamos lejos de poder preguntarnos si sus intereses y los nuestros serán de verdad los mismos, si no nos estarán engañando o despistando sobre la parte de culpa ajena.

Y así, no es ya que el mensaje lanzado sea simplemente falso, sino que, en un alarde de disparate, es exactamente lo contrario de la verdad: que evitar los accidentes está mucho más en las manos de ellos que en las nuestras. Es que ni siquiera es cierto que se gasten dinero en campañas de publicidad porque les preocupen nuestros traumatismos, les preocupa el gasto que producen. Y no les preocupa a ellos tampoco, a la DGT, sino a las compañías de seguros y a la Seguridad Social que exigen, año tras año, mayor inversión.

Si la velocidad sigue matando, es claramente porque no ha sido eficaz limitarla en las señales, lo sería más limitarla en la inyección de los motores de los coches. Si la velocidad máxima permitida es de ciento veinte, podría limitarse la velocidad de los coches a ciento sesenta, por ejemplo, y utilizar toda la potencia que se quiera poner de más en mejorar el *re-prise* en lugar de la velocidad punta. Y no sería esa limitación peligrosa, como dicen algunos, para el adelantamiento porque, para adelantar, hace falta medir el espacio disponible y el tiempo necesario, y ese cálculo se hace siempre, y siempre sobre la base del coche que llevamos, hasta los Ferraris deben aprender a adelantar con las limitaciones de sus motores. La limitación es inevitable; así pues, podemos establecerla por ley y no exclusivamente por el poder adquisitivo de cilindrada que cada uno tenga. Y si no se quiere limitar la velocidad, al menos debería quererse sancionar de verdad a

quienes tienen dinero para saltarse las normas: podrían instalarse los mismos tacógrafos en los coches que en los camiones, de modo que se pille siempre al infractor. Y siempre es siempre.

Sin embargo, nada de esto se hace porque no quieren ni los fabricantes ni los usuarios que pueden comprar grandes motores: a ambas minorías les interesa establecer, al volante, diferencias de estatus social a las que se empeñan en llamar libertad individual.

Somos culpables de no respetar las señales, pero existen puntos negros conocidos y pasos a nivel sin barrera y pasos de peatones sin semáforo y carreteras que crecen pero siguen cruzándose a pie sin puentes. No usamos el cinturón, pero existen mecanismos que colocan el cinturón automáticamente al cerrar la puerta. No usamos el casco, pero se venden las motos sin ellos, son un accesorio que hay que pagar a parte; y podría instalarse un mecanismo de llave de encendido para motos con dos cabezas (un cable flexible, de canutillo, como el de los teléfonos, con dos cabezas, por un extremo del cable tendríamos el punto de conexión al encendido de la moto y, por el otro extremo, un punto de conexión universal al casco, de modo que no pueda ponerse en marcha una moto sin haberla conectado a un casco homologado). Del mismo modo que no debería ser una excéntrica la llave de un coche con alcoholímetro incorporado que permita o anule el encendido según haga falta. Y cuando todo eso, y tantas medidas más que están sólo en manos de quien nos habla, esté hecho por ley, esté mandado hacer por ley a los fabricantes, sólo entonces y no antes, podríamos empezar a hablar de lo culpables que seríamos quienes,



haciendo trampas, hubiéramos anulado manualmente, en talleres clandestinos, los dispositivos de limitación de velocidad que las marcas se vieron obligadas a instalar de serie; o de la imprudencia temeraria de quienes cruzan las vías del tren por trochas caprichosas a campo través con sus todoterrenos prepotentes... o de la de quienes llevan el casco para poder poner en marcha la moto, pero colgado del brazo... o de la de quienes piden a otro que sople su llave para poder arrancar su coche cuando ellos van sopladados...

Y, no obstante todo esto, a mí, las campañas publicitarias que más me indignan son las de la mayoría de las ONGs. En serio. Resulta que yo tengo poca responsabilidad (se diría que toda, puesto que soy la única a quien se dirige el anuncio) en consentir que la lepra ataque a un poblado africano, y rayo en el delito si no doy un euro al día para evitarlo. Toda campaña publicitaria, hable de lo que hable, nos impide o nos dificulta ser críticos y soñar revoluciones.

Cualquier campaña, cualquier lenguaje publicitario. Porque el lenguaje publicitario, la razón de ser de la publicidad, es malo por sí mismo, y conviene insistir en esto y seguir aportando pruebas. Hasta el lenguaje aparentemente informativo, dentro de la publicidad, es una estrategia publicitaria más. Es un remedo de información que encubre un engaño. Porque, si la información es información, debe, por honestidad, cuando habla de algo, tratar de mostrar lo que ese algo tenga de bueno y lo que tenga de malo. No viene al caso ver ahora si la información que recibimos es honesta o no; lo que cuenta es que está en su esencia procurarlo. Mientras que en la esencia de la publicidad está procurar lo contrario: que lo malo no se vea. No existe, por tanto, la pu-

blicidad como mera información, ni aun cuando lo que diga el mensaje sea cierto, porque no existe el cliente que pagaría para hablar mal de sí mismo: «informo solamente yo, porque yo pago, así que yo informo de lo que quiero y, lo que no quiero decir, me lo callo». ¿Podemos consentir que alguien lance la información como le convenga sólo porque tenga dinero para pagarla?

También hay otro tipo de campaña que llaman informativa y que nunca falta en una discusión como ésta: una campaña como la del SIDA. Quienes dan con un ejemplo así, creen haber encontrado el argumento irrefutable que demuestra que la publicidad *no siempre es mala*. Bien, pues una campaña como la del SIDA puede hacerse en espacios de veinte segundos y con dibujos animados, pero es mejor hacerla en espacios verdaderamente informativos más amplios, de unos cinco minutos, pongamos, para que tampoco cansen; y es mejor hacerla, sobre todo, en los institutos (lugares de riesgo), entre las prostitutas (mujeres de riesgo), a la puerta de las discotecas (momentos de riesgo), de las iglesias (sermones de riesgo), de los campos de fútbol (prólogos de riesgo)... En todas partes al mismo tiempo que en la radio y en la televisión, y en cada sitio con su lenguaje más apropiado, que el publicitario no es el único lenguaje eficaz que existe. Y, en todo caso, no deberíamos dedicar a estas campañas, que son meras excepciones, el mismo tiempo de discusión que dedicamos a los fundamentos de la publicidad. Yo, llegados a este punto, cuando alguien parece haber encontrado en la campaña del SIDA la tabla para salvar a toda la publicidad (como sé, además, que encontrar esa tabla era su objetivo y salvar la publicidad su empresa), pues abrevio

y voy derecha al grano –aún a sabiendas de que, en el atroche, se me verá el plumero–, y lo digo, lo digo claramente, me ofrezco voluntariamente a ser lapidada: «Sólo el Estado, sólo por el bien colectivo y sólo cuando no pretenda ahorrar otros esfuerzos o su propia responsabilidad (lo que es tanto como decir que rara vez) podría ser razonable que emprendiera campañas informativas con modelos publicitarios». El plumero que se me ve es el que me delata contraria y enfrentada, al menos ideológicamente, a las raíces mismas del sistema en que vivimos.

He ahí, pues, otro curioso aspecto de la publicidad, de las discusiones sobre ella: resulta tan paradigmática como detectora de infiltrados. Tan espejo de nuestro mundo, según dicen, como prueba de toque para quienes lo rechazamos. En mi caso, es tan espejo de lo que pienso y tan prueba de lo que soy, un alma condenada, como ponerme de verdad frente a un espejo y comprobar que no me reflejo. O arriarme un crucifijo y pedirme que lo bese.

Pero ya vale. He vuelto a enredarme otra vez hablando de la publicidad y no quería. Además, son cosas muy sabidas las que digo y que yo las haya padecido durante tanto tiempo no las hace interesantes fuera mí. Aunque, por otro lado, también pienso que si las digo es porque necesito decir las. Y la escritura debería servir también para decir cosas tan evidentes como estas que, sin embargo, ya no pueden ser dichas en ninguna otra parte. No pueden ser dichas por eso, porque son evidentes. Estos análisis no pueden hacerse ya ni en las sobremesas con los amigos porque están pasados de moda, porque no dicen nada nuevo: es mejor hacer análisis originales, aunque sean erróneos, que tratar de hacernos

recordar aquello que conseguimos desentrañar con la razón y que aún no hemos conseguido cambiar con la política. Sólo nos queda la escritura porque hasta las charlas críticas entre nosotros mismos se acabaron. Ya lo hemos criticado todo, parecen decir.

–Sí, pero no hemos cambiado casi nada –digo yo–, así que habrá que seguir porque el objetivo, que yo recuerde, no era la crítica; la crítica no era más que el instrumento para la transformación.

–Sí que hemos cambiado cosas, muchas, un montón –objetan, pero no con ánimo de discrepar, sino con el de hacer que nos callemos para encontrar un tema más interesante.

–¿Muchas? Bueno, eso depende de cuántas tuvieras tú en tus sueños, claro...

–Pues sí, se ha hecho mucho, pero mucho, y se hará más, según vaya siendo posible.

–Vale, supongamos que sí, que hay buena voluntad, pero, aún en ese caso, digo yo que, de hacerse, se hará aquello que ahora mismo se esté pensando hacer, y tal y como ahora se esté pensando que hay que hacerlo, si es que se hace, insisto... pero ¿qué pasará con lo que ni siquiera se contempla? Como lo de la publicidad o la prohibición de la enseñanza privada o de la sanidad privada...

–¡Qué disparate prohibir la sanidad privada!

–¿Por qué? Así la pública sería mejor porque sería la única para todo el mundo. ¿Qué derecho tiene un rico ahora a no estar de acuerdo conmigo en que hay que subir los impuestos, los suyos, para mejorar la sanidad? Ninguno, porque no tiene derecho, lo que tiene es dinero para comprarse la posibilidad de ir a clínicas privadas. Consultas pri-

vadas, pase; una opinión que quieras oír de más, vale, ¡pero hospitales privados! A mí me parece escandaloso que los haya. Aquí, o nos salvamos todos, o no se salva nadie... sería más justo.

Llegados a este punto, decía, canta la gallina, nuestros razonamientos son desechados como soflamas, se nos identifica con lo que somos y ya no se habla más. Nos abandonan. Ellos son el agua y la sal de la vida (social); nosotros somos el aceite. Nos dejan quedar por encima, sí, pero nos abandonan.

Nos queda la escritura, pensaba yo. Pero no quiero escribir ensayos aunque supiera hacerlo. Yo reclamo escribir lo que pienso al mismo tiempo que vivo. Y vivo narrativamente, sí; pero también reflexivamente. Reclamo, pues, escribir de ambas formas al mismo tiempo. Vivo recordando episodios y vivo recordando ideas que tuvimos. Lo mismo recuerdo a mi modista de Atenas que las cábalas a las que me obligó el ver mi cuerpo enredado en el suyo tan inesperadamente y con tanta alegría. Lo mismo he vivido mi trabajo, y las aventuras de mi trabajo, que la angustia de pensar en la responsabilidad ética de lo que hacía. Y el día en que por fin me fui, mientras recogía mis cosas, viví no sólo el movimiento mecánico, pero extraordinario, de meter mi dado de piritá, el que ha reposado siempre en la pequeña cuenca que tiene la peana del flexo de mi mesa, dentro de la caja que me llevaba, no sólo, digo, sino que viví también, al mismo tiempo, la realidad de haber sido consciente todo el día de que no sólo acababa de despedirme del despacho, sino de una de las formas de complicidad con este sistema de vida y de pensamiento en las que me había visto envuelta

sin quererlo, sólo por dinero... sólo por más dinero del que necesito. Y debería poder escribirlo por dos razones: una, porque es cierto, y la otra por lo que he dicho más arriba, porque ya no queda nadie que quiera escuchar estas cosas de viva voz; o que se las crea. Mi esfuerzo no es más que un testimonio, pero tengo derecho, si intuyo que ahora no sirve, a querer dejarlo guardado en un cajón durante más tiempo que mi vida si es preciso, a la espera de corazones más propicios... También se inventó la escritura para eso, ¿no?, para trascender el tiempo, no sólo el espacio. Para trascenderlo narrativa y reflexivamente. Y modesta, personal y gratuitamente, quizá, sin más pretensión, por nada o por casi nada, apenas por mantener viva la esperanza una década más, un par de años...

Fui consciente de estas ideas que se agolpaban detrás de mi gesto de embalar mis arreos personales lo mismo que fui consciente todo el día de estarme despidiendo, con la oficina, también de mi ventana y, por tanto, de ella, de mi profesora de la acera de enfrente. Porque somos lo que somos, con nuestra narratividad y nuestros pensamientos, pero somos también, de una manera casi merecida –por más trabajada, quizá, que las demás–, lo que nos hubiera gustado ser y lo que nos hubiera gustado pensar. Y ella y mi ventana forman parte de ese «habersido» o «haberhecho» que seguramente me merecí.

Mi despacho luce un enorme ventanal a una de las calles anchas que más visten en los mimbretes de Madrid; y yo me he quedado horas y horas con el sillón girado hacia fuera, viendo el ir y venir del instituto que tenemos justo enfrente, pero con la mirada perdida, en realidad, en las ideas para

cualquier campaña pendiente. Y una tarde de hace muy poco dejé para siempre esa ventana a través de la cual un día empecé a verla a ella, así que ya no la veré más.

Ni una palabra hemos cruzado nunca. Yo no bajo nunca a tomar café (bajaba, tendría que irme acostumbrando a decir) y ella tampoco se queda a comer o a tomar cañas por el barrio a medio día, a la salida de sus clases. Ni siquiera en el metro hemos podido coincidir durante años, como coinciden a veces los que trabajan tan cerca. Ella sí que va en metro a trabajar y siempre a la misma hora, pero yo no, yo siempre he ido en coche porque tengo, tenía, plaza de garaje y libertad para no llegar en punto.

Viene sola y se va sola. Excepto algún que otro viernes, no todos. Algunos viernes sale por la mañana del metro vestida con vaqueros y jerséis gruesos y zamarra y botas de campo, y trae una bolsa de deportes además de esa cartera de la que no se separa, como una colegial eterna. Ese viernes sé que a medio día, pero temprano, sobre la una y media, vendrá a buscarla un hombre en una moto azul.

Podría haberme hecho la contradiza y saludarla alguna vez en los casi dos años que hace que la observo. Pero no he sabido cómo abordarla. O no he querido. O mejor, no he querido querer. El lujo más grande que me he permitido ha sido jugar a las deducciones. Sé que, al menos durante el tiempo que llevo observándola, no ha cambiado de hombre de los viernes. Y que ese hombre, fácil darse cuenta, no puede ser ni su marido ni su compañero diario, o ella no traería, desde por la mañana, su propia bolsa de viaje en el metro. Un extraño novio tal vez, esporádico, pero duradero. Aunque no es en la boca donde se besan cuando ella se acer-

ca a la moto. También sé que le encantan los paraguas; tiene una increíble colección de paraguas para un clima tan seco como el nuestro... Tal vez sea del norte. Se ve que me ha hecho más gracia mantener la distancia y el secreto de mi observación. La navidad pasada estuve a punto de enviarle anónimamente el paraguas de Loewe que me hizo como regalo de empresa una productora.

Hace poco, hará cosa de cuatro o cinco meses, entró a comer a medio día —una excepción, ya digo— con una chica, una amiga quizá, en el restaurante al que vamos nosotros. Reconozco que al verla me sobresalté como si una trucha de río me hubiera saltado a mí por dentro a contracorriente. Mientras ella recorría la sala con la vista, de pie, buscando una mesa libre y al camarero que se la asignase, me dio la impresión de que se detenía especialmente en mí, como si dudase de si me conocía o no. Quizá me reconozca de verme por nuestra calle común. Aunque puede también que fuera una impresión falsa y que no hubiera más duda en ella que preguntarse por qué la miraba yo. También pudo ser que descubriera en mis ojos, y le chocase, la espuma del salto de la trucha. Esas cosas pasan, que a veces te pillan el alma desnuda sin quererlo tú y tienes que bajar la cabeza rápidamente para cubrirla de nuevo. Cuando fueron hacia la mesa, dos mesas más allá de la nuestra, mandó sentarse a su amiga de espaldas a mí y ella se sentó dándome la cara. Dicho así, cualquiera diría que lo hizo a propósito... menos yo. Yo sé que no. Pero también sé que luego, durante la comida, unas cuantas veces, no pudo evitar fijarse en que yo la observaba, aunque procurando que no se me notase que lo hacía, de modo que ella, descubierta mi interés al mismo tiempo que

mi deseo de no molestarla con él, sonrió a su amiga con más estilo en los gestos, se colocó la melena con más gracia, cruzó los brazos sobre la mesa con más soltura en cuanto se llevaron su plato, habló con frases más largas y se sintió más contenta consigo misma, más interesante y más guapa. A todas, a todos nos pasa eso. Nada especial por ser yo la desencadenante. Aún así, y precisamente porque sabía que no lo haría, hubo momentos en los que me permití fantasear con la idea de levantarme e ir a hablar con ella y decírselo. Pero ¿decirle qué? ¿Qué parte de la verdad? ¿Que ni siquiera es la mejor, sino la única candidata que tengo por el momento para cumplir los deseos de una diosa que se ha empeñado en pervertirme? ¿O simplemente que la vigilo por la ventana porque sí, y que fue en ella en quien me inspiré para hacer mi spot de Nescafé? Me moriría de vergüenza. No lo sabrá nunca.

*Una profesora, de unos treinta años, ante una mesa camilla muy casera, en el ambiente acogedor, íntimo, de su apartamento, y en el silencio de la noche, corrige exámenes hasta altas horas de la madrugada. Con un rotulador rojo marca un seis en la esquina superior de un folio y lo encierra en un círculo. Ésa es la nota. Luego deja el examen en uno de los dos montones que tiene delante. Se lleva la mano al cuello y echa un poco para atrás la cabeza, como si le dolieran las cervicales, mientras el reloj de pared, en un plano corto cuando ella lo mira, marca las dos y media. Reanuda el trabajo y, del mazo que aún le queda, coge, con un gesto de paciencia, el examen siguiente. Está casi en blanco. Sólo hay escritos dos o tres renglones. La cámara se acerca y permite que leamos, en letras mayúsculas: «TEMA: PLATÓN»; y, en minúsculas: «A Pla-*

*tón le pasó seguramente lo que a mí, que se enamoró de su profe de Filosofía. Y, como era un amor imposible, desde entonces se llamó platónico». No hay nada más escrito. Pero llegados a este punto, la música, el jingle original, precioso jingle, que ha estado viniendo suavemente desde mitad de la lectura, se ha hecho por completo con el primer plano sonoro. La profesora sonríe con ternura contemplando aquellos escasos renglones. Decide tomarse un descanso y se levanta de la mesa; se acerca a la cocina, una cocina americana abierta al salón, para prepararse un Nescafé. Primeros planos del tarro del producto y de la cuchara llena; el montaje elide los pasos hasta que vemos la taza humeante llegar a los labios de ella. La película termina sobre la mirada tranquila de la protagonista que sostiene la taza con las dos manos, una mirada plenamente disfrutadora del momento, como reza el eslogan que aparecerá sin audio, en sobreimpresión. En esa expresión final de su cara podría haber un atisbo de añoranza, de conmovida nostalgia.*

En la reunión de presentación del spot de esta campaña ocurrió lo que yo tenía previsto: que censuraron la peligrosidad sexual de lo que podía leerse en el examen basándose en que, aunque se decía explícitamente que era un amor platónico, el hecho mismo de que el examen tuviera como tema Platón implicaba ya que se tratase de un alumno de un curso más bien alto, de bachillerato por lo menos, o sea, lo suficientemente hombrecito ya como para hacer creíble la posibilidad de una relación real, física, estupro, entre ambos.

Y aún habría cabido hacer otra observación, porque había allí, si hubieran reparado en la ambigüedad del texto, un segundo matiz de peligrosidad sexual bastante más grave; pero ése no supieron verlo, no lo vio nadie. Nadie lo entendió.

Tan prevista tenía las objeciones, que llevaba preparado un segundo texto para mi película en el que había desaparecido, no sólo el peligro con el que habían dado, porque ya no se leía en él el tema del examen, sino el otro también, por si acaso lo hubieran encontrado, además de unas cuantas palabras que lo hicieron claramente mejor, por más breve: «No puedo pensar porque estoy enamorado de usted, aunque sé que es un amor imposible».

Ésta es una táctica muy efectiva que hemos seguido a menudo en la agencia: dejar que el cliente descubra ciertos fallos, o peligros, puestos ahí casi a propósito, o no quitados a pesar de haberlos visto nosotros primero, con tal de que el ego de sus ejecutivos se desfogue resaltándolos, los discutamos entre todos averadamente y, al cabo, se corrijan según las ideas de nueva aportación de ellos. Gracias a esta táctica, las huestes del producto no tienen luego tantos recelos en considerar que la idea, notablemente mejorada por ellos mismos, claro está, es buena, incluso muy buena.

Bien, pues, y aunque en este segundo texto, como digo, ya no se sabía de qué era el examen y no podía deducirse, por tanto, la edad del alumno, se llegó más allá de todas formas. Se pensó en hacer ver claramente, por la caligrafía, que se trataba de un alumno no mayor de nueve o diez años. Y hasta hubo quien apuntó (y hasta puede que fuera yo) que, para darle un tono aún más infantil a la anécdota, en la hoja se viera también, ocupándola casi toda, un gran corazón flechado con los nombres de «Javi y la señora». Y todavía alguien añadió, para terminar, que estaría bien poner, a un costado de ese corazón, como hacíamos de pequeños, un 4º B, por ejemplo.

Y éste es el proceso. Es así como ocurre que lo que empieza siendo, de puertas adentro, un león del Gorongoro, acabe saliendo al aire como un gatito de gominola. Pero se comprende, porque nadie quiere correr riesgos con campañas felinas, polisémicas, abiertas, adultas...

Al menos conseguí que luego, en el *cástin*, la actriz seleccionada se pareciera algo a ella, a mi profesora de la acera de enfrente. Fue mi pequeño, secreto y modesto agradecimiento por la inspiración que me había prestado.

No obstante, alguien podría estar cayendo ahora mismo en la cuenta de que, sin conocerla yo, no habiéndola visto nunca más cerca que aquella vez que entró al restaurante –y eso fue hace apenas unos meses, es decir, mucho después de haberse rodado el spot al que me refiero–, habiéndola observado siempre a distancia, desde el otro lado de la calle, una calle ancha de Madrid (de cuatro carriles más los dos de aparcamiento), difícilmente podría conocer los rasgos de su cara lo bastante como para buscar a una actriz que se le pareciera. Pero es que, a partir de que se me ocurriera el spot, la observé con prismáticos. Alguna vez pude leer incluso el título del libro que sacaba de su cartera y agitaba en el aire para dejárselo a un alumno; por eso sé, además, que es profesora de Filosofía.

¡Claro que alguien podría caer en la cuenta, claro que sí! Pienso en mis guiones futuros. No se trata de contar las cosas con todos sus pormenores, no; pero se trata de no ofender la inteligencia de nadie con imposibilidades o gazapos; se trata de pensar en que, de entre la gente, de entre un inmenso e indefinido grupo de personas, siempre surge alguien en la oscuridad que cae en detalles así. Yo misma soy

de éstas. Yo caigo sin ningún esfuerzo. Y como de policía no, pues será que tengo vocación de delincuente minuciosa.

O de minuciosa soñadora. Porque se puede ser soñadora de un tipo o del otro: soñadora de las de a bulto, de grandes trazos y un claro argumento; o soñadora de detalle, sin un proyecto claro, pero con toda clase de mínimos requisitos de ambientación. Y yo debo de ser de estas últimas porque, si caigo en lo que no cuadra de una historia, es más por las insignificancias en las que me fijo, se me quedan mucho, que por la coherencia o no de los grandes temas en los que me pierdo. Desde muy pequeña, en mis fantasías había siempre más sutilezas de desarrollo que alcance de objetivos o cumplimiento de esperanzas. He disfrutado siempre más con el proceso de desear que con el goce de conseguir. Me parece.

Y no sé nada de las grandes líneas de la vida de mi profesora de la acera de enfrente, pero sé muchas pequeñas cosas importantes gracias a mis prismáticos. Sé que sus alumnos la quieren porque a menudo no la dejan irse. La esperan a la salida de clase, y ella tarda en recorrer la media manzana que hay hasta la boca del metro, a veces, un cuarto de hora, respondiendo, respondiendo, respondiendo... Y he visto que hay una alumna suya que la quiere más que los demás. Es una chica morena igual de alta que ella, que lleva siempre, al menos todo este año, una gabardina de color rojo, de plástico de impermeable marinero, pero de color rojo, forrada de borreguito por dentro. Va de rojo y lleva siempre abultadísimas bufandas, que le esconden el cuello de una manera agobiante. Yo la veo remolonear por la esquina donde está la boca del metro, por la mañana, poco antes de que

llegue su amada profesora. Y cuando por fin la profesora sube a la calle y se incorpora al fluir de la acera, yo veo cómo la chica se le acerca por detrás, acompasando su paso al de ella, que es un paso de zapatos seguros y de no tener en qué entretenerse. De ese modo entran casi siempre juntas en el instituto. Casi siempre, porque hay mañanas en que la chica tiene que aceptar que otros compañeros, más casuales que ella, le quiten un flanco de su maestra o incluso los dos costados. Esas veces, la muchacha no pelea tampoco su colocación, se retira a la fila de atrás, como si, a estas alturas, las uniera ya una intimidad sólida que puede y debe ser generosa con los que vienen de fuera. La profesora la saluda siempre con cariño, pero nunca la toca. Con ella no saca nunca las manos de los bolsillos como hace con otros alumnos para ayudarlos a seguir caminando de prisa mientras le hablan; con ella no detiene el paso. No sé si la chica le habrá dejado en blanco el examen sobre Platón, pero ella lo sabe de todas formas, sabe que está siendo querida por un corazón recién estrenado de esa forma universal, cósmica, irrepetible. Lo sabe y trata a la chica con la distancia justa para no hierla, por un lado, ni consentirle esperanzas, por otro. A juzgar por su éxito con los alumnos, debe de tener bastante experiencia en sortear cuelgues. A veces, su alumna le entrega folios a la salida de clase, pero nunca a la entrada, es curioso, como si quisiera asegurarse de que se los lleva a su casa dentro de su cartera de trabajo. No creo que sean ensayos de filosofía, ni que el contenido sea especialmente brillante, porque la profesora no los recibe con entusiasmo, ni siquiera con interés sincero, me parece, sólo con educación; eso se nota en el modo de meterlos en la cartera sin echarles

ni siquiera un vistazo por encima. Puede que sean cuentos. Pero no muy buenos.

O guiones de cortometraje, ¿por qué no? Una mañana estuve yo misma a punto de cruzar la calle y entregarle una copia de mi guión del anuncio, ¿por qué yo no? ¿Por qué la muchacha sin cuello sí y yo, que soy de la misma edad que su profesora, no?

Su alumna se ha puesto, en ocasiones, zapatos de tacón y medias; esos días ha andado especialmente derecha junto a su profesora, deshaciéndose de la leve inclinación de hombros que producen las ropas cómodas. Su maestra, sin embargo, seguro que hace ya tiempo que no necesita someterse a pruebas de vestuario, sabe qué clase de zapatos le gustan a sus pies y no hace excepciones de tacones de equilibrista para agradar a los directores del circo. Yo sé que sabe andar por todos los terrenos; sé, mejor dicho, que se los espera todos cuando se calza para salir al mundo cada mañana, sé que los cree posibles todos, que no descarta ninguno bajo sus pies, y que está preparada para recorrer cualquier camino. Incluso a la carrera. Porque esas cosas son las que se saben cuando una se fija en los detalles.

Sin embargo, hay otras que se sabrían mejor yendo al bulto, al grano, al argumento central, a hablar con ella, a conocerla. No he llegado a saber, por ejemplo, qué significa para ella el hombre de la moto, el hombre de los viernes. Repaso una y cien veces los mismos datos: demasiado esporádico para ser un amante con posición firme; además, está claro que no viven juntos; y no es ya que no se besen en la boca, sino que no parece que ella se sienta intimidada delante de él. Por otra parte, tampoco tiene mucho sentido que

sea un amigo, porque ¿qué clase de amigo hombre se va contigo un fin de semana en moto, los dos solos, prácticamente una vez al mes? Demasiado íntimo para ser amigo y demasiado esporádico, a la vez que demasiado regular, para ser un novio: es un círculo del que no sé salir. Una vez llegué a pensar que podría ser su hermano. El hermano que viene a buscarla porque se van juntos a casa de los padres fuera de Madrid... Más o menos una vez al mes. Unos padres aglutinadores, quizá exigentes.

De todas formas, ya no tiene sentido que siga dándole vueltas a la cabeza. Se acabó. No la veré más. No, si no voy a buscarla voluntariamente. Y no lo haré. Me he ido sin haberlo hecho. Debo concentrarme en guiones menos escurridizos, en personajes que yo pueda mover a mi capricho para que parezcan coherentes consigo mismos durante mucho más que treinta segundos.

A eso pienso dedicarme. Para eso, aunque temblando de miedo, me he quedado en paro. Para eso pedí el despido y el dinero del despido. Necesitaba el dinero del despido para terminar de pagar el piso, porque no habría podido seguir pagando mi monstruoso hipotecario con las mensualidades del paro.

\* \* \*

Se lo dije claramente al corrupto de Pepe Arcarón, que quería irme. Pero no sólo es El Corrupto, su epíteto, como Atenea, la de ojos de lechuza, sino que es torpe, torpe, torpe... ¿O acaso pretendía recibir comisión incluso de mi despido? No me extrañaría, no me extrañaría. Es el administra-



dor de la empresa y me dijo que La Empresa no quería que me fuese. Le dije que ya lo sabía, pero que no me iba a la competencia, que me iba a mi casa. Me dijo que daba igual, y que, en todo caso, La Empresa no podía impedir que me fuera si yo quería. Le dije que eso era evidente, pero que no me iría sin la indemnización porque la consideraba justa, una especie de paga extraordinaria de acumulación de beneficios después de diez años de trabajo y de tanto dinero como había dado a ganar. Me dijo que no, que no, que ni soñarlo. Y es que Arcarón no es sólo El Corrupto, predicado perfecto de su nombre, como Atenea, la de ojos de lechuza, sino que es torpe, torpe, torpe... Arcarón, el nacido obtuso y aún mermado luego por la coca en su madurez. ¿De verdad pretendería recibir comisión incluso de mi despido como me apuntó alguien? No me extrañaría. Le debió de faltar un minuto para proponerme (tan afantasiado está por los polvos, que lo hubiera concebido factible) tramitarlo él a cambio de un razonable cinco por ciento. Le faltaría ese minutito que yo, con toda la retranca de la que presumo, no tuve la perspicacia de concederle; no me di cuenta. Me tiro de los pelos por no haberme dado cuenta, por no haber tenido la astucia de consentirlo y dejarlo hablar.

–Serás imbécil –le contesté enseguida, eso sí, porque nos llevamos a matar y da gusto oírnos discutir; siempre ha sido un espectáculo al que se apuntan todas las orejas de la agencia; yo me compincho con el auditorio y dejo la puerta abierta cuando entro a hablar con él, y él, venga con que la cierre, que la cierre, ése es todo su afán–. ¡Como si pudieras evitarlo! ¿Pero es que no te das cuenta de que te estoy hablando del mínimo coste posible para *La Empresa*, que se te

llena la boca con esa palabra, so vendido? ¿Cuarenta y cinco días por año trabajado te parece mucho? Ahora que la culpa la tengo yo, desde luego, por ponerme a hablar con subordinados. O sea, se acabó la discusión: dile a tu *guana* que quiero hablar con él y punto.

–¡¿Me has llamado imbécil, me has llamado vendido?! –se asombraba él, rojo y con las venas del cuello reventonas, no ya sólo las de la nariz.

Al dueño no tuve que explicarle, porque mi jefe no es tonto, las desagradables consecuencias que tendría para ambas partes que acabáramos mal: desde pasarme a cualquier enemigo, a otra agencia, con mis muy desagradables conocimientos sobre el entramado que es Lobster en realidad, hasta hacer de mi sueldo, para provocar el despido, el mejor que se haya pagado nunca por no dar ni una en el clavo. Es obvio y el jefe lo vio claro enseguida. Ni siquiera tuvimos que hablar de los fondos desagradables de nada de esto.

Hablamos de lo que yo no quería hablar con él, por eso había pensado solucionarlo a través de Arcarón, para dársele todo hecho y que nuestra conversación del final fuera una auténtica despedida. Pero no pudo ser y hablamos de por qué me iba, de lo que había sido mi vida en la agencia, del desperdicio que significaba que dejara la publicidad como le estaba diciendo que era mi intención. Durante más de dos horas trató de convencerme de que no me fuera. Y todo precisamente porque mi salida no estaba ultimada frente a él, como a mí me hubiera gustado, sino gestándose. Hablamos de las esperanzas que él había puesto en mí desde siempre; se lamentó, aunque con la boca pequeña, de que tal vez Lobster hubiera crecido demasiado en los últimos años y

que por eso ahora nos veíamos menos; me preguntó si quería más dinero o hacer otro trabajo; si me iba porque me sentía incómoda... Hablamos de lo que yo podía pedirle a la vida y de lo que no sería sensato que le pidiera; de la equivocación que es pedirle a la vida intensidades o bellezas bohemias que la vida no puede darnos; hablamos de mi tozudez, de mi cerrazón, de mis manías, de mi ideología política, de mi viejo y ya parecía que crónico maniqueísmo entre los buenos y los malos, lo meritorio y lo superfluo, las causas justas y...

—...y las causas reales, que son las causantes de todas las demás —terminé yo su frase, porque ésta era una de las tuyas, una de sus favoritas, además.

—Que te sepas mis dichos no quiere decir que los hayas entendido nunca. Demasiada sabiduría, encierran, para tu cabeza de chorlito. Con esta tontería que vas a hacer me demuestras que no has entendido casi ninguno.

—Me da pena despedirme de ti, no te creas que no. Para llevarnos tan mal, nos hemos llevado siempre muy bien.

—¿A que sí? ¿Y tú sabes por qué?

—Me sé mi parte —le contesté.

—Dímela, dime tu parte.

—Primero tú.

—No, primero tú. Tú eres la que se va.

—¿Y qué?, no tiene nada que ver. Pero vale, bueno, primero yo. Nos hemos llevado bien, a pesar de todo, porque yo creo que has encontrado la única manera salvable de ser un cínico. O, bueno, mejor dicho, la única manera respetable de ser un sinvergüenza. Tú habrías sido un buen mafioso. Un buen personaje para cualquier película. Un tipo inte-

resante. Con cierta gallardía antigua que es milagroso que no hayas perdido.

—¡Vaya!

—Y tú, ¿tú por qué crees que nos hemos llevado bien?

—Lo mío es más sencillo —me dijo él—: porque la gente inteligente se entiende siempre, aunque sea a voces y gritándose de orilla a orilla.

—Bueno, más o menos es lo mismo.

—Sigo sin entender por qué te vas. Aparte de que me parezca una tontería, es que no lo entiendo. Y lo que pasa es que no lo entiendes ni tú, por eso no te explicas bien...

—Puede ser.

—¡Ay que ver, con lo que me ha costado educarte, hacer de ti una muchacha de provecho! Con quién me voy a meter yo ahora...

—Pues no será que no tienes personal por aquí... Esto tuyo empieza a ser un imperio.

—¿Un imperio de ejecutivos? ¡Pues menudo ejército! Se me echa encima la edad de la jubilación. Debería ir pensando en jubilarme.

—Eres rico. Bien que podrías. Pero no eres capaz.

—No lo soy, no. Me gusta lo que hago. Y también me gusta ganar dinero. Es un buen entretenimiento... ¿o no? —me miró con una tristeza que me pareció sincera—. Voy a echar de menos estas conversaciones nuestras. Hoy en día no se encuentra gente con la que hablar sea un placer en sí mismo. O pelearse.

—Tuve que hacer un extraordinario esfuerzo de persuasión para convencerlo a él, pero sin caer en resultar expeditiva, dura, cruel, maleducada o impermeable... de que no es-

taba en su mano ni en la de nadie quitarme de la cabeza la idea de irme. Y aun así, entre esta conversación y el día en que por fin recogí mis cosas de mi despacho, se sucedieron dos larguísimas comidas con sus luengas sobremesas, un par de charlas más o tres en la agencia y un viaje juntos ida y vuelta en el día a Barcelona, a un rodaje. Éste era el tratamiento intensivo al que podía someterme mi jefe y que yo pretendía ahorrarme, o una gran parte, arreglándolo todo a través del contable, o director financiero, como gusta de llamarse él a sí mismo, señor Arcarón. Cuando ya había tomado mi decisión y había conseguido dormir tranquila con ella preparada en un rincón cómodo de mi cerebro, los intentos de convencerme de mi jefe hasta última hora volvieron, sin embargo, a provocarme insomnio, malestar... dudas, inseguridad, miedo, atisbos de arrepentimiento...

Pero Arcarón me las va a pagar. No sólo ésta de ponerme obstáculos para cobrar el despido, que no es ni grave, sino otras muchas. Le ha hecho muchas, y gordas, a otra gente de la agencia. Ahora que me he ido, ¿quién le leerá la cartilla de vez en cuando para que su impunidad no sea siempre tan completa? Está encantado con que me haya ido, claro, lo que no quería es que me dieran dinero. Qué a gusto se habrá quedado sin mí. Pero me vengaré de él. Contaré su historia. Contaré por qué estuvo a punto de mandar a la cárcel a su cuñado acusándolo de haberle enviado un *regalo envenenado*. Lo acusó, aunque no llegó a ponerle la denuncia, de haberlo hecho víctima de una *imprudencia temeraria que pudo costarle*, hay quien dice que le costó, *alguna grave mutilación*. Todo el mundo en la agencia sabe lo que pasó, hace ya unos años, y todo el mundo se monda de risa. Por lo visto,

aunque yo no estaba, ese día me pilló rodando un anuncio en Barcelona, fue un número ver en qué comprometidas trazas lo encontraron en su despacho pidiendo auxilio: con los pantalones bajados, los calzoncillos en los tobillos y un aparato increíble, una especie de superémbolo, como el de inflar bicicletas, enchufado a la polla, o más bien al revés, con la polla enchufada a este aparato, del que además colgaba un cable largo que se enchufaba, a su vez, a la red de suministro eléctrico... Fue a la hora de comer. Se había quedado solo, como tantas veces, se había encerrado en su despacho con llave, como tantas veces, y, si malamente pudo llegar a abrir la puerta, menos mal, fue sólo porque, de resultas de la salvaje acometida, qué salvaje no sería, se fueron los plomos de toda la agencia. Hasta que no subieron unos compañeros del restaurante, no pudieron socorrerlo. Y lo único que a éstos les cupo hacer, ya que no parecía posible, y menos a mano y en mitad de sus gritos, separar a Pepe de su motopaja, pues para eso tendría que haberse podido distinguir dónde era todavía pene natural aquel colgajo y dónde ya funda fundida de naturaleza artificial, lo único que pudieron hacer, digo, fue aquello a lo que Pepe se negaba con tal de no publicar su fenomenal caso: llamar a una ambulancia.

Y cada cual tiene una versión de la historia, una versión sobre la intencionalidad o no de lo que pasó, una opinión sobre si el cuñado de Pepe actuó con premeditación regalándole el artilugio o no. Y yo tengo la mía. La escribiré; escribiré esa historia y las otras que la rodean, será lo primera que escriba, será mi venganza, y mandaré fotocopias a todo dios que sepa que lo conoce a él. Al todo Madrid y al medio Barcelona.

Así me las pagará, pero no lo haré sólo por mis contenidos con él o los de mis compañeros. No sólo. Hay un asunto mucho más grave con el que yo relaciono la posible sed de venganza de su cuñado.

Amparo, la secretaria del jefe, y yo sabemos, estamos casi seguras, que Pepe Arcarón maltrata a su mujer. Pero ella no le ha denunciado y nosotras no tenemos pruebas. Amparo y yo le contamos al jefe lo que sospechábamos, pero el jefe dijo que no podía hacer nada. Que ni siquiera había denuncia, efectivamente, y que él no podía hacer nada. Las dos sabemos también que el jefe nunca echará a Arcarón, con denuncia o sin ella, con motivos o sin ellos, porque no puede. O no quiere correr los riesgos ciertos que eso le acarrearía. Como dicen en las películas: sabe demasiado.

Pero, volviendo a lo de mi despido, mi jefe sólo me pidió una cosa a cambio, bueno, dos: que les echara una mano si alguna vez les hacía falta para alguna campaña y que diera uno más de esos cursos para empleados que da Lobster a otras empresas. Son empresas con las que Lobster tiene una especial relación y éste de los cursos es uno de los modos contables de convertir varios kilos de barro negro en loza fina, blanca y decorada a mano. Como algunas otras veces, yo tendría que hablarles, a vendedores de plantilla, de lo que quisiera en relación con el mundo de la publicidad. En algún hotel de Madrid o, casi seguro, de fuera de Madrid. Tres conferencias en dos días de concentración de ejercicios espirituales, cuyo contenido quedaba a mi buen saber y entender, es decir, cuyo contenido no le importaba a nadie. A mí me lo han pagado siempre bien, ese trabajo, no menos de *veintemilduros* por conferencia, a razón de dos o tres por

curso, y gastos de desplazamiento a parte, porque se trataba de sacrificar un fin de semana de mi tiempo libre. Pero ese pagarme bien a mí y a otros dos o tres conferenciantes de fuera de Lobster, contratados por Lobster, significa para mi empresa ingresar verdaderos dinerales... El jefe sabía que yo lo sabía.

—Que te vayas de la agencia no quiere decir que no puedas dar el curso. Es que no nos queda tiempo para buscar a otra persona ahora, ¿sabes?

—Que sí, que no te preocupes.

—... aparte que conviene que por lo menos uno de los temas lo lleve alguien de dentro de Lobster. Y esta vez es especialmente importante.

—¿Mucho? —Los dos sabíamos que me refería al dinero.

—Bastante. Va a ser en ese cigarral de Toledo que tenemos en explotación para nosotros... es un sitio muy bonito, ¿tú ya has estado, no?

—Sí, una vez.

—Así que el hospedaje, las comidas, los materiales didácticos del curso, el curso mismo... todo, lo organizamos nosotros. —Lo que era tanto como decir que Arcarón tenía el encargo de poner el precio que hiciera falta a cada capítulo; un precio astronómico, pactado entre las partes y ficticio—. Son dos empresas, una es de Navalcarnero —siguió él—, se dedica a vender tornillos, y la otra es de vinos, de Aranda de Duero. Quince personas, más tú, más un profesor de la Autónoma que da clases de no sé qué, en sociología, y otro que viene también de la Autónoma, pero de Barcelona.

—¿Quince más tres? ¿Y hay habitaciones allí para tantos? No me acuerdo bien...

—No, pero sí. Los tres profes vais al Parador. Y los vendedores tienen que compartir habitación doble, son todos hombres, menos una mujer, una vendedora. A ella le hemos dado la suite, porque no vienen los jefes de las empresas, en principio, y porque así, si la quieres tú, la suite, para no tener que moverte del sitio, pues no tenemos más que mandarla a ella al Parador.

—No, no. Yo me voy fuera. Nada de quedarme con ellos para «vivir la convivencia y enriquecernos compartiendo». Siempre hay gente que se salta el voto de silencio y te paran por los pasillos para preguntarte bobadas con eso del «me ha interesado mucho lo que has dicho», y te amargan la cena, el paseo por el jardín o el poco rato de ponerte al sol a leer el periódico.

—Si te preguntan, será porque de verdad les interesa... Dicen los que te han oído que eres muy buena para dar conferencias.

—Qué habilidad tan innecesaria en este caso, ¿verdad?, tan superflua...

—No seas cínica.

—¿Quince has dicho? ¿A cuánto, a medio millón cada uno? Es que tengo curiosidad. No, no, seguro que más.

—No sé en cuánto habrán quedado finalmente, pero, para que te hagas una idea —me dijo, con toda su ironía y no poca astucia—, será más o menos la mitad de lo que nos va a costar tu despido. Un despido que tampoco es real...

Pero la nuestra ha sido siempre una esgrima de salón, en la que nunca nos hemos hecho sangre. Por eso le concedí con gusto la estocada:

—Ya entiendo, ya. Eso me pasa por hablar.

Y punto. Ahí terminó la negociación con mi jefe. He podido contar con el despido para amortizar el préstamo hipotecario y cuento con dos años cobrando el paro. Bueno, ya un poco menos de dos años. La suerte está echada. Podría volver a mi trabajo si, pasados los dos años que tengo de margen, las cosas no me salieran bien. O sea, que soy consciente de ser una privilegiada; poca gente tiene tanto y tantas posibilidades de retroceder. Intentar algo poco remunerado por el placer de intentarlo es ya, sólo por poder hacerlo, un privilegio. De verdad que lo sé y por eso no me quejaré si fracaso. Quiero decir que, por lo menos en este momento, hago votos de no quejarme. No conozco a nadie del cine; sólo a alguna productora de publicidad. Pero eso me asusta menos ahora que el requisito previo imprescindible: crear algo.

\* \* \*

Lo único que tengo que agradecerle a Pepe Arcarón es la idea de los prismáticos para observar a mi profesora-inspiración del instituto. Todo el mundo en Lobster está al corriente de que él tiene unos prismáticos para fisgar a las muchachitas que abundan tanto por la acera de enfrente. Y todo el mundo sabe lo que está haciendo cuando algunas veces volvemos de comer pronto, sobre las tres y media, la hora de entrada al instituto, y nos encontramos su puerta cerrada con llave. Hace tiempo, nos turnábamos y todo para llegar antes y fastidiarle así el plan. Pero últimamente ya no. Porque fastidiar por fastidiar es algo tan aburrido, que, bien, bien, lo que se dice bien, en esta empresa sólo sabe hacerlo

él. (Sigo hablando en presente de mi trabajo y ya hace dos meses que lo dejé.) Y desde que le pasó lo de la motopaja, además, mucha gente dice que ya no hay nada que fastidiarle, que si sigue encerrándose no es más que para hacernos creer que nada ha cambiado.

A falta de otra historia mejor, he decidido contar, como me propuse, ciertas cosas de ese hombre que, desde que me fui, campa a su aire, sin oposición ninguna; porque allí no hay nadie que se arriesgue a plantarle cara. Los compañeros saben que es un mal bicho, pero nadie lo aplasta con la suela de su zapato; el personal se ha vuelto muy ecologista y la moda es decir que *todo el mundo tiene «sus cosas», cada quien es cada cual, vive y deja vivir, si malo es éste, peor podría ser otro, tú a lo tuyo, no ganamos nada, al fin y al cabo hace su trabajo, si está ahí por algo será...* Y es que, por lo visto, piensan que *el cabrón* es un eslabón necesario, y en cierto modo inevitable, en la cadena biológica de la empresa, de la nuestra y de cualquier otra. Dicen, y tal vez tengan razón, que en todas las empresas hay alguien como él. O será que les viene bien pensarlo así, porque es cierto que es un mal bicho peligroso, lleno de ponzoña en los colmillos y de ganas de usarlos. Eso me dijo un jovencito *de medios* una vez, ante mis quejas por la pasividad de la mayoría:

–Será que tú puedes contestarle... Porque yo no puedo, desde luego.

Y tuve que tragarme el chito porque seguramente era verdad: hay bichos a los que es mejor no pisar si se va descalzo. Y hay que llevar zapatos de suela gorda para poder pisar a un espécimen como Arcarón (¿a que su propio apellido suena ya a insecto venenoso, urticante por lo menos, Arca-

rón, alergeno como poco?)... y, bueno, sí, ciertamente, casi las únicas que llevábamos zapatos en Lobster éramos Amparo y yo.

Sin embargo, por otra parte, a veces pienso que no, que qué leche, que hay que volver a la culpabilidad de los pasivos, porque no es así: esos zapatos no nos los regaló nadie, ni a ella ni a mí; son mocasines hechos con la piel de nuestras propias mudas o con el pellejo de los bichos cazados por nosotras mismas con riesgo del nuestro propio. Estos pragmáticos que han venido, en forma de última generación, a ocupar las empresas, tienen un raro modo de hacernos sentir privilegiadas a quienes hemos salido protestonas. Al parecer, protestamos sólo porque podemos, como si se tratara de un don divino o un poder estamental que nos viniese de nacimiento. Y hay que estar muy atenta para descubrir las redes en que nos envuelven sin que nos demos cuenta. Utilizan, para escudarse, nuestro propio aparato ideológico, que disculpa de la pelea a quienes están en situaciones precarias, y así se libran no sólo de los golpes del poderoso, sino también de nuestro juicio, que en otro momento histórico los hubiera tachado, como mínimo, de cobardes.

Este año, a finales de año, como todos los años, volverán a llegar al despacho de Pepe Arcarón esas agendas de piel que a él le gustan tanto. Buenos servicios le han hecho... Por eso le encantan. Flamantes agendas llegando a la agencia a pares, a docenas, de las empresas más variadas. Él las acapara y elige siempre las más bonitas y las más generosas de formato y materiales, para abandonar a la rapiña de las secretarías las de tamaño bolsillo sin anillas, de lomo pegado, y también las de tamaño cuartilla o DIN A 4 si eran de las que

presentaban fotografías de paisajes en las cuatro estaciones del año porque, desde que alguien se burló de ellas en voz alta, le parecían horteras. Le gustan las cosidas con separador de seda, respunteadas y con tapas de materiales lo más parecidos posible a la piel. Negras, marrones, verdes oscuras, granates... Una vez consiguió un polvo de una de tercero de BUP gracias a una azul marino con ribetes beige. Era una preciosidad.

Igual que era una preciosidad la que había elegido esta vez. Se puso la chaqueta y el chaquetón de ante color vino tinto con mucho cuerpo, cerró la puerta de su despacho, bajó a la calle por la escalera (culpa de la barriguita que amenazaba con amorcillar los tramos entrebtones de sus camisas) y cruzó a la otra acera por el semáforo con la agenda cogida como un cura empuña de costado su libro de oraciones. También ésta, como un breviario, tenía cinta para entreverar en los días que fueran pasando. Y entró en la cafetería de la esquina del instituto San Leito, que está enfrente justo de la agencia.

La publicidad es siempre un buen tema de conversación; engancha porque entretiene y sorprende. Y él no tenía por qué decir que su parte era la administrativa. «Nosotros hemos hecho el anuncio de tal...» y «nosotros» significa todos, un equipo, un grupo perfecto en el que cada pieza cobraba según su mérito real, no aparente, y, por tanto, él más que ninguna otra pieza. Administrador financiero. La estúpida, una niñata, la creativa, que se creía tanto y cuanto, qué sabrá ella, se divertía, le hacía gracia por lo visto, llamándole «contable». «Tendrá usted que hablar con nuestro contable», la había pillado él diciendo por teléfono más de una vez.

Pidió una cerveza y dejó sobre la barra la agenda nueva. La cafetería era lo suficientemente cara y elegante como para mantenerse a salvo de ser invadida ruidosamente por los estudiantes del instituto. Incómodos vecinos. El dueño lo tenía claro:

—Que se vayan al Cantó. No son negocio para este tipo de local. Se te sientan ahí tres horas con una Coca-Cola para repasarse el examen. O una triste caña. No compensa, Arcarón, no compensa. Para repasarse el examen... o para morrarse —añadió, señalando con la copa que estaba brillando a dos estudiantes que se le habían acodado en una mesa.

Él conocía bien la escena. Ahora mismo tenía una delante: una niña estupenda y flamante, como la agenda, muy pocas veces abierta (todavía costaba separar bien por el centro una hoja de la otra, para meterle allí, en la parte más estrecha, donde ambas caras internas de las páginas se tocan, el señalizador de seda roja), con su hermosa melena morena y sus vaqueros claros, sentada a caballo sobre las rodillas huesudas de un zangolotino simplemente de su misma edad. Chavalas preciosas desperdiándose en los morros de críos llenos de alambres y de granos. Un patoso incontinente lo más seguro. O peor, un inocente ratoncillo en las afiladas garras de la gata; un roedor risueño, pero incapaz de satisfacer el hambre de ellas, ya maduras ahora y felinas desde siempre, prácticamente desde que hicieron la primera comunión ¿De verdad era un tópico hablar de ratones hombres y gatas ellas, como un día le reprochó la solterona de la secretaria del jefe? Estaba convencido de que no había mejor animal para comparar a una mujer que una gata... *Una gata en celo sobre un tejado de cinc caliente*, ¡eso era un título!, y sería eterno.

Él sabía que a las chavalas de quince, dieciséis y diecisiete les atraen mucho los señores de cuarenta. O sea, que era más fácil tirarse a dos de quince que a una de treinta, por utilizar una copla conocida. El problema con ellas, el único en realidad, era el acercamiento. Con las de treinta, sin embargo, acercarse, poder entablar conversación, es fácil, porque les gusta lo mismo lucir cuerpo bajo el vestido ceñido que lucir verborrea profesional detrás del título universitario. Casi más esto segundo. Pero entrarle a una de quince es verdaderamente difícil. Te miran con ese recelo todavía infantil, como al hombre desconocido que les ofrece un caramelo. Un tirito les ofrecería él con mucho gusto; sí, bueno, al fin y al cabo eso sí era verdad, eso del hombre malo que ofrece golosinas malas sí que era verdad, porque... ¡cómo se restriegan en la sábana de abajo después de metérselo, casi enseguida, dando pequeños puñetazos al colchón muy seguidos, de impaciencia, llamándote, se acabaron las mariconadas, ahora quieren fuego, que tu palo las levante, y cómo gimen! Es mano de santo el polvo genial en esos cuerpos que lo estrenan todo. Sintió su llamada urgente y dejó su reflexión y la cerveza a la mitad y se fue al servicio...

Claro que, si lo consigues, si consigues entablar con una de ellas una mínima complicidad sobre alguna anécdota estúpida, luego todo va rodado hacia donde debe ir. Mientras que, con la de treinta, lo más probable es que hablar, hablar y hablar sea lo único que consigas.

La cosa es encontrar a una mujercita que ya esté dándose el pico, claramente y en público, en una cafetería de al lado de su instituto, por ejemplo. Es decir, una que esté ya en la fase de exteriorización sin vergüenza. A continuación, es preciso

observar con detenimiento la calidad del morreo y deducir de él si la chavala es o no virgen. Fundamental que no sea virgen. Sí, quizá para alguno tendría más morbo si lo fuese, pero está cantado que a esa edad resulta mucho más fácil llevártela a la cama si no lo es. Porque, si no lo es, ya tienes el mundo reducido a sólo dos posibilidades: que le haya ido bien con su novio o que no le haya ido bien. Si no le ha ido bien con su novio (lo más probable), un apresurado, un derramador, se echará en tus brazos sin pensarlo (y hasta dándole las gracias al tarot por que hayas aparecido), con tal de resolver la duda angustiosa –angustiosa a pesar de que se le ha creado en tres días, como quien dice– de si será o no será frígida. Si será o no será frígida en pareja, porque que no lo es en la soledad ya lo sabe ella. Se echará en tus brazos sólo con que seas un poco astuto para montar la infraestructura. Y, tratándose de hacerlo con un hombre maduro, la infraestructura es siempre, tiene que ser, un hotel. Fíjate que no tanto por tu comodidad de tío casado como por sus fantasías, las de ella, de película. Se excitan pensando en un hotel de lujo con un tío casado.

Y si es una a la que le ha ido bien con su novio, se echará en tus brazos igualmente. Sí, porque, entonces, lo que ésta buscará será «aprenderlo todo contigo»; todo lo que luego pondrá en práctica con él. Es así de sencillo, no requiere más comentario. Si el tío ha sabido follarla bien, la tía se vuelve loca de alegría y de agradecimiento, y se vuelve también un poquito ansiosa e insaciable, algo viciosilla y una pizca guarrona con tal de saber y poder satisfacerle, ella, en cualquier cosa que él haya podido encontrar en otro sitio o con otra.

Se acercó a la mesa donde ella, su fichaje con prismáticos, estaba besando, a intervalos regulares de dos minutos



durante los cuales hablaba él, a un chico de pelo no del todo limpio.

—Oye, perdona, por favor —se dirigió a ella directamente, no a los dos, sino a ella y a los ojos—, perdona, tú estás en el instituto, ¿no?, en el Leito —la técnica de no mirar siquiera al futuro cornudito era eficaz porque le impedía intervenir durante los primeros segundos, que son los más importantes. Eso, que los hombres ya no puedan intervenir cuando le hablas a su chica, es de las cosas buenas de verdad que ha logrado el feminismo—. Mira, es que tengo que irme y he quedado aquí con un tal Paco para darle esta agenda y no aparece y yo tengo que irme... Paco-paco... Paco... no sé cómo se llama de apellido, da clases de Matemáticas, eso sí me lo dijo... ¿lo conoces?

—No sé...

—Sí, claro, igual hasta hay más de un Paco que da clases de matemáticas... Total, cualquiera sabe, y la cosa es que a mí me da igual, ésa es la verdad... Además, ya no puedo esperar más, tengo que irme. En todo caso... bueno, si puedo pedirte un favor... es lo único que se me ocurre... que si hay un profe de Matemáticas en tu instituto que se llame Paco, Paco lo que sea, pues que le des esta agenda, por favor, si quieres, y si no, pues... te la quedas tú si te apetece, o la tiras... me da igual.

—¿Qué...? —Siempre son lentas de reflejos al principio y prefieren decir «¿qué?» a cualquier otra cosa más larga, y suelen decirlo mirando asombradas a su chico, lo que en cierto modo es una invitación a que él también intervenga si lo desea.

Pero lo que cuenta es que el absurdo de la escena ya está establecido y que, de ahora en adelante, toda explicación

que se dé para aclararla será un avance sobre terreno más seguro.

—¿Que «qué»? Pues que paso, que yo me voy, que si conocéis —primer plural, de rápidos efectos tranquilizadores— a algún profe de matemáticas de tu instituto que se llame Paco y al que le suene haberle pedido a un imbécil como yo una agenda la otra noche, en un bar, porque creo que las colecciona o yo qué sé, pues que por favor se la deis, y que si no, pues que te la quedes tú, por ejemplo, si te gusta... a mí de verdad que me da igual.

—No sé... —ella—. Es que es un poco raro...

—Oiga, mir... —él. Y, si es él, hay que cortar su intento rápidamente:

—¡Claro que es raro! ¿Qué te parece un tío que te dice que se llama Paco, que es profesor en el Leito, que lo conoces en un bar de copas por la noche, que se fija en la agenda que llevas y te dice que es preciosa (bueno, no así, claro, charlando, va saliendo en la conversación), y tú le dices que la agenda es de tu trabajo, que tienes más, y él te pide una, y como resulta que coincide que trabajas al lado de su instituto, pues le dices que sí, que encantado, que si le hace tanta ilusión, que le regalas una, y quedas en la cafetería de la esquina, aquí, a una hora? Y yo vengo puntual con la agenda como un gilipollas, o como un maricón, más bien, vete a saber... cualquiera diría que a mí me importa algo... —haces una pausa—. Tengo que volver a la agencia... ¿Qué me decís, se la dais? Igual es que no ha podido venir... o que se le ha olvidado.

Hay que sonreír mucho y resultar un poquito incongruente; la inseguridad de uno les da a ellos seguridad.

—Creo que hay uno... —dice él—, pero no sé si será el que...  
Se llama Paco, eso sí.

—Bueno, pues si es él... Es por no quedar mal yo tampoco, ¿sabes?, porque el tío pagó las copas y todo, ¿sabes?, la verdad es que fue muy majo. Por eso he venido. Y si resulta que es verdad que las colecciona, pues me da pena que... ¿sabes? Pero, bueno, que si no es él, que nada, que ni preocuparos, la agenda no vale nada, os la quedáis. También había pensado dejársela a Antonio —entonces se gira uno hacia la barra para señalar con el cuerpo al camarero—, pero como os he visto aquí, ¿sabes?, he pensado que... —y le habla de tú al camarero, que es el dueño en realidad, para dar sensación de familiaridad y de confianza:— «Antonio, no cobres aquí». Estáis invitados a ésta y a otra si queréis... Pero es que yo tengo que irme, ¿sabes?, tengo prisa, ya tenía que haberme ido. Y que tampoco tiene mucho sentido que siga esperando, ¿sabes?, porque, vete a saber, igual es que ni piensa venir o se le ha olvidado, yo qué sé.

—No, vale, gracias... preguntaremos a ver... No se preocupe —decide él.

—Pues muchas gracias entonces. Y lo dicho: si no lo encontráis, ni os preocupéis tampoco. No tiene importancia... Si yo mismo no tendría que haber venido, pero si de verdad hace colección, pues... ¿sabes? Aunque en realidad ha sido más bien por lo de las copas, que os decía, porque el tío pagó las copas y fueron varias, la verdad, le costó la invitación como tres agendas.

Estaba claro, son caprichosas, que la agenda se la quedaría ella. Sin embargo, la agenda no debe tener truco; en la agenda no debe haber nada escrito, por supuesto que no.

Rotundamente nada. Inocentemente nada. No se puede correr el riesgo de que ella la hojee delante del chico o de que él mismo la hojee.

Era monísima. Y monísima era poco decir. La espiaba a diario con los prismáticos. No la había visto el curso pasado; debió llegar nueva este curso. Era preciosa. Podría ser modelo y él sabía de eso. Pero, ja-ja, «modelo», imagínate que le entras diciéndoselo:

—Oye, guapa, ¿quieres ser modelo?, yo puedo hacerte famosa.

No, le diría cualquier cosa menos la verdad: que era guapísima y que a él no le costaría mucho meterla en un anuncio de la tele si tenía un mínimo de talento como actriz. Ella le había sonreído al final, mientras se hacía cargo de la agenda, y él se había estremecido de arriba abajo.

El siguiente paso sería esperar que saliera del instituto dentro de sólo dos horas y media: riendo, con los libros abrazados, rodeada de ruidosas adolescentes y tropezada por chavales con cuerpos demasiado grandes que todavía no habían aprendido a dominar, en pendulante desbarajuste y perenne excitación. Aunque no, ella parecía mayor. Es enorme la diferencia entre las de catorce y las de COU, de diecisiete. El punto de dulce exacto para que quieran quererte son los dieciséis. Ella parecía de COU. Mucha fuerza en ese cuerpo obligado a esperar. Y qué delicia si se desatara bajo tus sacudidas.

La vería salir y entonces él, desde su coche aparcado en doble fila justo delante de la puerta del instituto, tocaría el pito tres rítmicas veces y llamaría su atención bajándose a medias del vehículo, un pie en el asfalto de Madrid y otro en

las esterillas aterciopeladas del que pronto sería un BMW de la gama más alta, apoyado el sobaco en la puerta entornada como se apoya un cojo en su muleta. Le haría señas escandalosas y procuraría que toda la acera lo viera y todos los recién salidos se preguntaran a quién llamaría ese hombre... táctica de la vergüenza... hasta que ella se diera por aludida y lo reconociese. Fundamental no moverse del coche. Fundamental no ir hacia ella. Hacer que ella viniese. Era la única manera de desgajarla de su pandilla. Su media naranja, hoy era jueves, él lo sabía, había que tener esto sabido, saldría de clase una hora más tarde que ella. Así que se acercaría sola hasta el coche para evitar seguir llamando la atención de todo el mundo, y él podría entonces decirle y darle. Aparecería con la agenda abrazada entre los demás cuadernos y libros sin haber podido entregársela a nadie... ella diría tal vez que porque no había tenido tiempo, estando en clase, de hacer averiguaciones, pero él le confesaría enseguida, después de darle su nombre, Pepe Arcarón, y de preguntarle el suyo pidiendo disculpas por no habérselo preguntado antes –fundamental saber su nombre con el apellido también: el apellido era el teléfono y, el teléfono, un susto en el futuro y un sacarla de casa una tarde para acudir a una cita con él y evitar así que siguiera llamando y el mosqueo de sus padres porque colgaba si no era ella la que se ponía–, que la agenda era para ella desde el principio; que no existía el tal Paco ni nadie que no fuera ella, que eso no había sido más que una excusa absurda para poder hablar con ella, una idea ridícula, pero la única que se le había ocurrido; que la veía entrar y salir todos los días desde allí arriba (señalaría al edificio de enfrente, pero sin mirarlo siquiera, sin dejar de mirarla a

ella, a unos ventanales indeterminados del cuarto, quinto o sexto piso), desde su despacho de la agencia donde trabajaba y desde donde no había podido evitar colgarse de ella como un crío... Que se sentía nervioso como un crío y que lo perdonara. Que le había escrito una carta, otra tontería. Pero se la daría. Que no se había atrevido a dejársela metida dentro de la agenda por no ponerla en un apuro delante de su chico. Y que tenía que irse ahora mismo, que no soportaba su manera de mirarlo. Que todo esto le parecía a él ponerse completamente en ridículo, porque él sabía bien que era un hombre casado y que su cuelgue por ella no era más que el típico cuelgue sin sentido del tío de cuarenta por la jovencita de diecisiete... que se lo explicaba en la carta. Volvería a pedirle que lo perdonara, se metería en el coche a toda prisa y cerraría la puerta antes de que ella pudiese decirle nada. Y luego, bajando la ventanilla como si se le olvidara, añadiría: «Por favor, no les digas nada de esto a tus amigos, me moriría de vergüenza si me reconocen por el barrio... Diles que he venido a preguntarte qué ha pasado con la agenda. Por favor. No te molestaré más, no te preocupes. No soy un viejo verde ni nada de eso. Puede que viejo para ti sí, pero verde no. Créeme. Todo esto ha sido una locura. No me hagas caso». Y arrancaría para irse muy deprisa, pero sin hacer chirriar los neumáticos, que eso queda siempre muy macarra, y más aún si se es un hombre confesadamente enamorado. No es ése el tipo de efectos exagerados que les gustan a las adolescentes (y no cabe duda de que les gustan los golpes de efecto); tienen que ser, o bien de los no vistos previamente en las películas, o bien, todo lo contrario, de los mil veces soñados por ellas porque se han convertido preci-

samente en comodines de las escenas románticas. Como esperarla arriba, en la habitación del hotel de lujo, con una botella de champán y, un minuto después de abrirle la puerta, sin embargo, antes de que ella haya tenido tiempo de quitarse la cazadora, ponerte tú la chaqueta y dar una o dos vueltas nervioso por allá —estar más nervioso que ellas es definitivo—, con la mano en el mentón y diciendo: «Esto es una locura, qué clase de locura es ésta...» Mirarla luego fijamente y concluir: «No puedo dejar que me vuelvas loco... eres tan increíblemente... Pero no puedo, me volverías loco. Todavía creo que estoy a tiempo». Y te vas hacia el teléfono de la mesilla de noche comentando: «Voy a pedir que me preparen la cuenta; quédate tú si quieres. Lo siento. Perdóname.» Y descuelgas el teléfono mirándola, y la miras, y la miras, y no dejas de mirarla en silencio... mientras esperas que te contesten de recepción y no dejas de mirarla a pesar de que ya te están contestando (*digamé... ¡dígame!*) y entonces cuelgas lentamente, sin dejar de mirarla y sin decir palabra, y lentamente vas hasta donde está ella y la aprietas en tus brazos y la besas. Con ternura los dos o tres primeros roces de labios, pero enseguida estrechándola con fuerza y comiéndotela. Con boca avariciosa en acometidas breves, pero imparables, hasta formar avalancha de pequeños mordiscos. Y aprovechando cada vez que tengas que respirar para, como si murmuraras sólo para tu interior, ir diciendo: «No puede ser, no, no, esto es una locura...». Si consigues que sea ella la que te quite la ropa a ti, la corbata sobre todo, no se te olvide llevar corbata, puedes estar seguro de que la historia durará lo que tú quieras que dure. Pero, claro... todavía faltaban varios capítulos para llegar a esto.

Está decidido: voy a distribuir por ahí un largo cuento anónimo con todas las lindezas como ésta que me sé de Pepe. Puede que lo tome de base para mi primer guión.

## II

–No soy perezosa para levantarme –me explicó–. Pero el día amaneció gris industrial y ése es un color que retrasa mucho la colocación de los huesos. Los huesos se acurrucan para dormir cada uno a su manera y donde más les gusta y por la mañana hay que darles tiempo para que vaya a encajarse cada uno en su sitio y con su tendón. Luego hay que probar, con lentitud y cautela, que el ensamblaje haya sido el correcto. La verdad es que los huesos conocen sus coordenadas de memoria, y casi nunca se equivocan; saben ubicarse en el plano general del esqueleto gracias a la información genética que llevan ellos de por sí desde que nacemos. O desde antes incluso. Desde mucho antes: según las últimas especulaciones, puede que la lleven a cuevas desde antes de que los agujeros negros empezaran a perder su guerra con las galaxias. O al revés, a ganarla, porque el universo, en siendo como es curvo, no tiene ni pies ni cabeza. Pero el cuerpo humano sí que los tiene y eso es lo que cuenta y por eso hay que darles tiempo a los huesos, evitando en lo posible los peligrosos *levantones*. Un tiempo que debe ser mayor en los días en que amanece sin sol a la vista, con el cielo cubierto de nubes tan sucias, tan parejas, que no se distingue el borde de una del principio de la otra. Ese cielo no les sirve

ni a los pintores más tristes; sólo les serviría, de servir a alguien, a los fabricantes de colchones del ejército, para relleno.

Sonrió. Cambió el peso de su cuerpo al otro pie y siguió hablándome:

—Y cuando la ciudad en la que amanece así se llama Reus y la ventana del hotel da a un patio irreciclave en macetas andaluzas de geranios porque nació ya para almacén de pilas de metro y medio de cajas de Coca-Colas y cervezas, entonces, el tiempo que necesitan los huesos, en segundos, hay que multiplicarlo al menos por siete. Porque a la armazón del cuerpo no le apetece ir a mirar fuera. Te duermes sabiendo lo feo que es el patio y, cuando te despiertas y le exiges al cerebro un informe inmediato de dónde estás, irremediamente lo recuerdas. De ahí que, al tiempo objetivo de recomposición general, haya que añadirle el tiempo subjetivo de la falta de ganas de levantarte. Falta de ganas y desazón casi amarga ante la realidad de tener que ir a trabajar a lugares tan desgraciados. Si alguna vez tuvo gracia la ciudad de Reus, ¡virgen santa!, que me perdonen sus habitantes, pero ya no debe quedar nadie capaz de recordarlo.

Y así me habló desde el principio. Tenía gracia para enristrar pensamientos y no le daba apuro expresarse bien.

—Aunque no sé por qué sigo quejándome después de veinte años. Hace diecinueve y medio que descubrí que mi trabajo, mientras siguiera siendo el mismo, rara vez me llevaría a ciudades con encanto; ni mis dietas a hoteles con el tal. Sabe dios que odio con todo el resentimiento de mi corazón esas guías turísticas para caballeres de ricito engominado y piel color de acabar de dejar el caballo en las cuerdas de su cortijo. No los llamo yupis porque yupi es una

palabra imprecisa, como casi todas las palabras demasiado nuevas. Las palabras, como los tornillos que vendo, necesitan un mínimo de vueltas de rosca para agarrar bien. También vendo, lógicamente, las tuercas que acompañan a los tornillos. Nosotros, TORNISA DE NAVALCARNERO, vendemos tornillos que agarran para siempre, como la palabra «señorito». Perderán sus cortijos por haraganes (es decir, en nuestro caso, cederá la plancha metálica a la que se agarran), trabajarán de ejecutivos o de simples comerciales (es decir, se oxidarán los elementos ensamblados), puede que haga un siglo que no les quedó de herencia ni la silla de montar con las iniciales de la familia (es decir, acabará la máquina en un desguace), pero el tornillo de TORNISA seguirá firmemente enroscado, aunque sólo sea sobre sí mismo, sin nada entre él y su fiel tuerca abrazándolo. Es así porque un tornillo de TORNISA es matemáticamente más tornillo que cualquier otro: dos vueltas más de rosca en el mismo espacio que las otras marcas. De eso se trata todo en esta vida: más por menos, situación ideal de competitividad perpetua. O, al menos, más por lo mismo, situación bastante correcta todavía en el mercado sin fronteras. Eso lo dijiste tú ayer en tu conferencia. Y eso le pasa a la palabra «señorito» y la imagen mental que se nos representa de ella en relación con ciudades, hoteles o amaneceres con vistas a patios llenos de geranios: que está muy lejos de la obsolencia dinámica de palabras que, como yupi, pretendieron agarrar con menos vueltas de rosca de las necesarias. Así se lo explico yo a mis clientes (bueno, no así exactamente, claro, pero con argumentos por el estilo) y así he conseguido durante años ser la que más factura de la empresa.

Había ironía en todo lo que decía, y tanta, que costaba saber si ella estaba o no de acuerdo con lo que ella misma planteaba.

—Sí, el caso es que soy muy autodidacta. Cincuentona y autodidacta, o sea, imagínate: perro viejo. No he asistido nunca a cursillos de formación ni de ventas ni nada de eso. En tantos años de profesión, éste es el primero que hago. (Y porque me han pillado a traición. Porque una se va haciendo vieja y pierde reflejos.) De hecho, yo no entré en la empresa como vendedora, sino como secretaria, sólo que, en cuanto el jefe se dio cuenta de que muchas veces era yo, modestia a parte, la que hacía la venta en el tiempo que un cliente tardaba en entrar a su despacho o en el tiempo en que tenía que entretenerlo por teléfono hasta que podía pasar la llamada, pues me ofreció ser comercial. Bueno, qué «comercial» ni qué leche, comerciales nos llaman ahora, pero somos viajantes, *los «jodíos viajantes» de toda la vida de dios...* (Esto es un chiste, perdona, me río yo sola, acordándome, pero verás... Viene de un caso real que me contaron. Resulta que va una periodista a hacer un reportaje a una residencia de ancianos, de esas residencias que usan de modelo porque tienen más jardín que las demás y un montón de actividades; un reportaje de los de cámara al hombro y en directo, de los de ir andando entre gente que finge que no ve ni la cámara ni el foco ni los cables, gente que finge que no se inmuta ante semejante despliegue, mientras sigue haciendo sus cosas normalmente, todo muy espontáneo, sí, sí, con tal de hacer creer que se cuenta la vida cotidiana del personal, qué pena, a mí me da una tristeza muy grande imaginar las horas que llevarán acicalando a las agüelillas para dejar-

las presentables, o las horas que se habrán tirado las limpiadoras sacando lustre al pasillo para treinta segundos se conexión... o, si entran en la cocina de un restaurante famoso, yo pienso siempre en la de horas de estropajo de aluminio que hay detrás de cada cazuela para que luego no salga en pantalla más que el jefe, diez segundos y con las manos cruzadas a la espalda, diciendo que lo mejor para esta época del año es elegir platos ligeros, porque agosto no es buen momento para el cocido... Total, que va esta chica intrépida, periodista de guerra en espera de conflicto, hablando micrófono en mano, de sala en sala de la residencia de ancianos, asilo adelante en realidad, hasta que, de pronto, frena en seco y le mete la alcachofa en la boca a una vieja que está sentada por allí como por casualidad, y le pregunta, con ese tonillo de cariño sobreentendido y con el plural ése de persona con puesto importante que habla con suborninados o con niños:

»—¿Qué, abuela, cómo estamos?

»—Yo bien, hija, muy bien.

»—Veo que estamos muy atareadas... a ver, póngalo usted así para que lo vean nuestros telespectadores, ¿qué estamos haciendo esta tarde, por ejemplo?

»—Pues ya lo ve usted, «terapia ocupacional» le dicen ahora —contesta la vieja, meneando la labor como le han dicho—, pero que es ganchillo, *el jodío ganchillo de toda la vida de dios...* —Y así tal cual me contaron que salió al aire la frase entera). ¿Qué te parece?

»—Tiene gracia, sí —le concedí.

»—Pues eso soy yo, que lo sepas: jodía viajante. Pasé de puta secretaria a jodía viajante. Y el que me ofreció cambiar

de puesto fue él, el dueño de la empresa, a cada cual lo suyo; entre otras cosas porque a mí nunca se me hubiera ocurrido plantearme la vida de hotel en hotel, más sola y aburrida que un ajo, ni siquiera para ganar más del triple de lo que ganaba como secretaria, era más del triple entre base, pluses, dietas y comisiones. Y es que, cuando el jefe es dueño, los prejuicios sexistas cuentan menos que las cuentas. Ahora hasta va por ahí presumiendo de haber sido el primero en España que le dio a una mujer una cartera de clientes para vender tornillos. Lo que no quita para que su mujer siga llamando a las sucesivas secretarías de su marido para preguntarles, a ellas, si su marido piensa ir o no a comer a medio día. Me consta que su mujer se ha ido sincerando con todas como en su día se sinceró conmigo:

»—Chica, es que él no me llama nunca para decírmelo— te explica—, pero luego viene y me monta una bronca si no le tengo algo preparado —y tú, conociéndolo a él, te crees perfectamente que se la monte—, y como estamos los dos solos y las cosas que él come a mí no me gustan, pues chica, acabo teniendo que tirar la comida y es una lástima. Y lo que yo le digo, ¡qué te costará llamarme!, pues que sí quieres... que no tiene tiempo, dice.

»Yo la conozco: su mujer es delgada como un fideo y tiene cara de querer ganarse, a fuerza de no comer, la estima de las vecinas del barrio de ricos en el que viven desde que lo son ellos también; lo son ya para siempre y hace tiempo, definitivamente ricos. Definitivamente, porque este jefe mío es garrulo antiguo de pueblo y a éste no le pillan las vacas flacas con el riñón al aire. Cada beneficio en mano, se ha ido comprando una casa aquí, una parcela allá, un edificio, unos

bajos comerciales... y éstos, por muy «inmuebles» que sean, como dice él, son bienes que no se disuelven. Y es que «La Flaca» (así la llaman en la empresa, con tanta agudeza como tienen para poner apodos, ya ves tú, los que se dedican a ponerlos), La Flaca, digo, antes del segundo mes que lleves de secretaria de su marido, ya te ha puesto en antecedentes de todo, de lo que tienen y de lo que no tienen todavía.

»—Pues ya son dieciséis— te cuenta—, entre apartamentos y pisos de más de tres dormitorios, sin contar los locales y los solares.

»O te suelta aquello de:

»—Pues es que no pudimos tener hijos. Pero yo sé (porque ni te imaginas todos los análisis que me hice, mientras que él se negó siempre a hacerse ninguno) que es él el que no puede y eso es lo que lo tiene amargado.

»O te lo mezcla todo en un popurrí perfecto de sus temas favoritos:

»—Pues salimos a discusión diaria, unas veces por unas cosas y otras por otra. Hartita me tiene. Yo no sé cómo lo aguantas tú (...) Pues yo soy muy devota de la Virgen Blanca, y a mí no me quita nadie que es ella la que está haciendo ahora tantos milagros en Guadalajara, en el pueblo ese al que se han ido a vivir tantos famosos y gente influyente (...) Pues el otro día, en la peluquería a la que voy, que es una de las mejores de Madrid (si no la mejor, por lo que te cuesta..., pero sí, chica, qué quieres que te diga, a ésa voy yo, y no pienso dejar de ir ¡Pero si no tenemos hijos! ¿Para quién querrá este hombre que guardemos el dinero?), pues que me encontré allí con la L..., la mismísima, que es clienta también, y ¿sabes lo que te digo?, que estaba mucho más estro-



peada que cuando sale en las revistas, o sea que eso de que las espían con las cámaras a traición, tururú. (...) Pues no será porque no le he dicho veces que adoptemos a uno, pero, chica, este hombre es de los que, si no es de su sangre, no quiere saber nada de niños; «que te los pueden dar con SIDA y tú ni lo sabes», eso dice, cuando yo sé que eso no es así; y, ¡bueno!, ni le hables de que sea chinito o algo así, con lo guapos que son. «De críos», dice él, «pero luego crecen.» (...) Pues ahora venden el chalé del final de nuestra manzana, el que fue de los G..., los primos hermanos de los consuegros del rey por parte de la mayor, y ya está él pensando en comprarlo también; pero, chica, piden una fortuna, y la verdad. Pues lo venden con muebles y todo, y te aseguro que por dentro es una auténtica divinidad, y todo porque, ya sabes, esa gente, cuando se muda, se muda de verdad, con todas las consecuencias, y amueblan casa de nuevas cada vez; a ver, claro, porque lo que te va bien para un estilo de casa, que es lo que a este hombre no le entra en la cabeza, pues no te va para nada, pero para nada, en otra, eso hay que reconocerlo.

»(Yo, a “La Flaca”, la llamo también “La Pues”). Y te parecerá un tópico, La Flaca, que la flaca sea así y que hable así, pero es que es así ella, tal cual. Así todos los días de la semana de todos los días del año: La Pues y sus llamadas. Hace veinte años que es así. Todas son de quejas y de información sobre lujos. Las quejas son siempre sobre el marido y te las da a ti, que eres la secretaria, porque da por descontada tu complicidad de padecedora conjunta. Pero a ti no se te ocurra cometer la ingenuidad de ampliárselas con el testimonio de las tuyas porque, después, en cualquiera de sus trifulcas, de ellos dos, se las arroja ella a la cara de él, envuel-

tas en tu saliva, y la que va de patitas a la calle eres tú. Vieja historia, viejo automatismo que toda secretaria debería conocer, pero estas evidencias no las enseñan ni en las academias de taquí-meca de antes, aquellas que estaban en los oscuros primeros de la Gran Vía o de la Puerta del Sol, ni en los modernos centros de FP; qué te voy a decir que no sepas tú: en todas partes siguen enseñando vaguedades. Ahora son ya vaguedades muy prácticas, incluso muy útiles, porque ya no queda tiempo para prólogos, pero siguen siendo vaguedades. En ninguna parte enseñan estrategias vitales, que al final es de lo único que se trata... ¿o no?»

–Pues sí. Tienes razón –le contestaba yo–. Te enseñan a inventar anuncios, en mi caso, suponiendo que eso se pueda enseñar, pero no te enseñan trucos para conseguir que el cliente los apruebe, cuando sí, efectivamente, al final es de lo único que se trata.

Pero le contestaba con desgana (al principio, el primer día que hablamos, cuando me llevó literalmente del brazo a tomar un café con ella en uno de los intermedios del dicho cursillo de técnicas de venta que me comprometí a dar para Lobster en Toledo; éramos las dos únicas mujeres allí y se debió de sentir sola), hasta con suficiencia le contestaba yo, como quien considera un ripio lo que al otro, entusiasmado, le parece un hallazgo poético, o un lugar común lo que al otro una original reflexión filosófica. Y si yo avalaba sus comentarios trayéndolos a ilustrar ejemplos de mi propia vida, no era más que por ser amable con ella, sólo para demostrarle que la estaba escuchando.

Sin embargo, eso fue así sólo al principio. Luego, a medida que avanzaban nuestras conversaciones, todo fue cam-

biando. Y vaya si cambió todo: como que probablemente hoy todavía no me doy cuenta de hasta qué punto.

—Pero, bueno —seguía ella—, esto viene a lo que te estaba contando, a cuando volví de Reus el otro día antes de tiempo con la excusa de que se me había olvidado que tenía una boda por la tarde aquí, en Madrid. Pues entre la mañana que amaneció, con la pereza que me daba levantarme tan pronto, y entre que no tenía nada clara tampoco la tontería que iba a hacer, todavía estaba desayunando y pensando si no sería mejor volver a llamar a la oficina y decir que había decidido no ir a la boda esa de las narices. Pero al final vine a Madrid a hacer lo que tenía que hacer. Y es que hace unos meses entré en el que fue hace tanto tiempo mi puesto de secretaria una chica que, no sé por qué, desde la primera vez que la vi, me cayó especialmente bien. De hecho, es la única de todas las que han pasado por ahí en tantos años con la que se me ha ocurrido hacer la excepción de advertírselo. Para eso me vine, para llevármela a comer a medio día y advertirle de cómo van las cosas en la empresa y de lo que estaba a punto de venírsele encima. La saqué del polígono y del bareto donde comen los de la empresa y me la llevé a un restaurante de Navalcarnero-centro. Porque era muy urgente decirle cuatro cosas. Sobre todo una era cuestión de horas, incluso, porque me di cuenta de que estaba a un tris de meter la pata. Pero era también la más delicada y tenía que dejarla para el final, para el postre.

»La primera advertencia que le hice es la que acabo de contarte a ti, la de cuidadito con darle la razón a La Flaca sobre su marido.

»—Y número dos —le digo a la chica (bueno, no tan chica, yo creía que era más joven, pero en esta comida me dijo que

tenía veintisiete años)—: si al jefe se le ocurre promocionarte para vendedora, tú dile que tienes novio y que estáis ya pensando en casaros.

»—Pero no tengo novio... —me dice.

»—Pues te lo inventas —le digo yo.

—No hace falta, no creo que me lo proponga. Yo no valgo para vendedora.

»—Eso pensaba yo, y mira.

«—Vale, pero no es mi caso; yo es que de verdad no valgo. De todas formas, a ti no parece que te vaya tan mal... —me suelta, como de pasada—. Bueno, no sé, yo lo digo por lo que veo de las comisiones en la nómina a final de mes...

»—Tú hazme caso y aparca ese tonillo de no fiarte de mí, anda, que lo que te estoy diciendo te lo estoy diciendo de corazón —le explico yo.

»Porque era verdad y porque no le pegaba nada a esta muchacha ir ya de resabiada por la vida. O eso pensaba por mi cuenta yo, que no la conocía de nada.

»—Oye, no; que no es que no me fi... —Empieza ella a excusarse, pero yo no la dejo, porque ya sabes que estas cosas, para que hagan efecto, es mejor dejarlas de lado cuanto antes y continuar hablando como si nada.

»—Si te gusta viajar —seguía yo—, hazte azafata. Porque lo mío no es ir de viaje, es ir a las misiones, que lo sepas. De polígono en polígono y todos son como hospitales de campaña en mitad del desierto. Tú no te haces idea de lo que es pasar-te la vida buscando direcciones del tipo de calle 7 M, sector 3, Polígono Sur. No es ya que no vengán en los callejeros provinciales, que los tengo todos, es que, cuando aparcas en verano a la solanera, o, según, con un frío de arrepentirse

en invierno, porque los polígonos son todos esteparios y tienen un clima tan extremo, que te cagas siempre, o de frío que no lo resiste un cristiano, o de calor... pues cuando por fin aparcas, te digo, y sales del coche y entras en la nave, nunca sabes si lo que te vas a encontrar debajo de las uralitas transparentes del techo, transparentes no, llenas de mierda, porque tienen mucha más vocación de tejas que de cristales, y dan una luz como si te bañaran de lodo con ella, yo no sé cómo las ponen todavía en los techos tan altos sabiendo que no las van a poder limpiar nunca, no sabes si lo que te vas a encontrar debajo, digo, son colchones o latas de encurtidos. Una vez fui a parar a una fábrica ¡de aros de sujetador!... te lo juro... y tampoco sé por qué los llaman aros cuando son medias lunas... Millones, tú piensa en lo poco que abultan y aquello era una nave: millones de pares de aros de sujetador... Y antes de que abriera yo la boca, el encargado, el jefe o quien fuera, ya se me venía de frente y diciéndome desde lejos de todo menos bonita porque tenía que haber estado allí el lunes y era jueves. Pero con muy malas maneras. Malas de verdad, ofensivas. Cuando por fin me dejó hablar, le dije que se confundía de persona y de empresa, que yo sólo había parado allí un momento para preguntar una dirección. Se disculpa («se disculpa» es mucho decir, se justifica más bien explicándome el malentendido), me dice dónde está la industria que busco y yo me voy, cruzo aquella inmensa nave, salgo a la calle, cruzo la calle y, cuando voy a subir otra vez al coche, aparca detrás de mí uno, un nene, que sale muy trajeado, con chaqueta de esas de una sola fila de botones, me da los buenos días y empieza a cruzar la calle para entrar en la nave de la que acabo de salir. Y yo lo paro

en seco y le digo, pero sería, eh, muy sería, con una cara de mala hostia...:

»—Oiga, perdone, usted tenía que haber estado aquí el lunes, ¿no?

»—Sí, bueno, es que...

»—Y hoy es jueves, ¿no?

»—Sí, bueno, verá usted...

»—¿Es jueves? ¿Sí o no?

»—Sí, lo que pasa es que...

»—Pues mire, ya no hace falta que venga usted más por aquí. Ni hoy ni nunca más. No, no, ahórrese las disculpas que tengo mucha prisa. Sencillamente: ya no necesitamos que venga usted más por aquí. Acabo de dejar encargado que se lo dijeran a usted en cuanto apareciera, si es que aparecía. Pero mire, me alegro de ser yo quien se lo diga personalmente. Por cierto, me llamo Yolanda Pérez, y soy la dueña.

»El tío se quedó de piedra, pero aun así, un segundo después de la primera sorpresa, todavía intentó darme explicaciones:

»—Lo siento mu...

»—Ya le digo que puede ahorrarse las excusas porque no pienso trabajar con gente tan poco seria. Y lo siento, tengo mucha prisa, ya ve usted que me iba. Adiós muy buenas.

»Y como me pareció que iba a seguir, que todavía no abandonaba, ya no dije ni una palabra más. Lo que hice fue señalarle con mi índice la puerta de su coche. Un gesto claro, demasiado claro, un poco duro quizá precisamente por lo que tiene de evidente, pero el caso es que fue efectivo, porque por fin dio un bufido y se subió al coche pegando un

portazo. Arrancó y se fue de allí cagando leches. Yo también me subí a mi coche y me fui.

»—¿No me digas que hiciste eso? —me soltó la chica, que no sabía si reírme la gracia o mantenerse a distancia de una terrorista.

»—Claro que sí. A veces me dan prontos como ése. Se me ocurre una idea y no puedo resistir las ganas de verla escenificada. Pero no te creas que soy una loca peligrosa. No lo hice para fastidiar al colega viajante, qué va. Lo hice para fastidiar al energúmeno de dentro. No te puedes imaginar la clase de cosas que me dijo. Era uno de esos pavos engréidos, soberbio, autoritario, maleducado, un machacador, qué sé yo... un fascista, en una palabra. Menuda mierda de tío. Con lo que me dijo a gritos, te aseguro que, si llego a ser yo de verdad la viajante, me doy la vuelta y que le den por culo. Por lo visto había perdido no sé qué y no sé cuánto por el retraso de tres días. Así que me lo puso a huevo: «¡Pues ahora sí que vas a esperar sentado!», pensé en cuanto vi llegar al muchacho aquel, con cara de acelerado, el pobre. Además, te aseguro que le ahorré al chaval una humillación por la que no debería pasar nadie.

»—¿Y qué hubiera pasado de haber sabido el comercial que tú no eras la dueña de la empresa? ¡Menudo trago! —me preguntó ella.

»Y ahí me di cuenta de que no me reprochaba del todo lo que había hecho. Cuando una persona pregunta por los detalles técnicos de una maldad, y no por los detalles morales, es que no le parece tan condenable.

»—¿Por qué un mal trago? De haberme pillado, le habría dicho que era una broma de colega a colega y que la broma

venía muy a cuento porque yo sí que sabía en propia carne lo que le esperaba en cuanto entrase ahí. Y ya está. Pero es que, además, eso que dices no podía pasar. No existía esa posibilidad. Cuando una persona, y más una mujer, dice con esa seguridad y ese mando que es la dueña de la empresa, es que es la dueña. Eso seguro. Y si tú, que no eres más que un viajante, conoces a otro como el dueño, entonces es que hay dos dueños y tú no lo sabías, o es que el que va de dueño contigo no es más que el encargado, o es el marido, incluso. El caso es que no se te ocurre poner en duda lo que acaba de decirte esa señora con tanta contundencia. Es así. Sencillamente. Mira, las relaciones humanas, las reacciones de la gente ante la gente, son más científicas, más predecibles de lo que imaginamos. El peligro no estaba ahí si lo piensas, sino justo en el otro lado. El único peligro estaba en que yo me hubiera equivocado al suponer que él era el que esperaban; y podía no serlo. Así que, precisamente por eso, empecé como empecé. Lo primero que hice en realidad, lo primerito, fue preguntárselo.

»—Ya lo entiendo. Qué gracia, claro, tienes razón: se lo preguntaste, claro que sí, qué gracia —me dijo ella, sonriendo por fin al caer en la cuenta.

»Había conseguido que sonriera, sí, que era de lo que se trataba, por eso le conté la anécdota, porque quería que se relajara y perdiera sus recelos conmigo y se sentara menos derecha en la silla.

Yo también acababa ahora, como la secretaria, de caer en la cuenta: «¿no tenía usted que haber estado aquí el lunes?», y sonreí ya, por eso, abiertamente, ante aquella audaz vendedora de tornillos. Me divertía la anécdota y me diver-

tía esta aparente casualidad de estar yo entendiendo lo mismo al mismo tiempo que la secretaria de su empresa. Pero se me cruzó una sospecha por la mente: me preguntaba si el paralelismo entre la secretaria y yo era de verdad casual o lo había buscado ella, si no estaría utilizando conmigo las mismas tácticas que con aquella chica, si no pretendería de mí que yo también me relajase ante ella y sonriera...

»—¿Lo ves? Es que tú tienes gracia para hablar —me dice la muchacha, pero sin mirarme, miraba los cuadros del mantel de la mesa—, y te atreves a hacer lo que haga falta, y conoces a la gente, mientras que yo me moriría de vergüenza si tuviera que hacer algo así.

»—Es que no tienes que hacer algo así —le digo.

»—Ya, claro, me refiero a que me moriría de vergüenza si tuviera que vender algo. Te lo digo porque como antes me has dicho que no se me ocurriera meterme a vendedora..., y es que a mí ni se me ha pasado por la cabeza, porque no valgo, de verdad que no valgo. O sea, que si querías hablar conmigo para decirme...

»—Mejor para ti, entonces —abrevié yo—, si te parece que no vales. Pero no, no era eso lo más importante que tenía que decirte. Quería, sobre todo, advertirte de algo... y esto sí que es urgente y crucial para que no metas la pata sin remedio en esta empresa... algo que tiene que ver con Lázaro Romero, el administrador... Cuando descubras, que lo descubrirás, seguro que sí, algo que... bueno, no puedo decirte el qué, algo muy gordo, ya lo verás, sobre él, cuando lo descubras, no se te ocurra ir a decírselo al jefe.

»—Cuando descubra qué.

»—No te preocupes, ya lo sabrás cuando lo descubras —le dije, como si me creyera que no lo sabía, aunque tenía mis razones para estar segura de que ya lo había descubierto.

»Pero es que, en estos asuntos, es mejor actuar como una buena madre: no obligar a la chiquilla a que te diga la verdad desde el principio ni ponerla tampoco tan contra la pared que tenga que decirte una mentira, porque, en ese caso, se empeñará en mantener la mentira y ya será imposible que te diga la verdad ni siquiera luego, cuando por fin descubra que no corre ningún peligro diciéndotela.

»—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, tres meses? —seguía yo, a lo mío—. Bueno, pues tranquila, porque no tardarás mucho en descubrirlo, es cuestión de tiempo. Hay secretarías que han tardado más y las hay que han tardado menos, depende de lo espabilada que fuera cada una, pero siempre acaban descubriéndolo. Y cuando lo descubras, y esto es lo que quería decirte, ten en cuenta que te pasarán dos cosas. Al principio, te tirarás mucho tiempo dándole vueltas a la cabeza, pensando si tienes que decírselo al jefe o no. Y te convencerás de que, al fin y al cabo, a ti te importa un bledo y que no vas a ir por la vida de acusica y que mejor te callas. Pero luego, con el tiempo, como la cosa es gorda, ya te digo, y como Lázaro Romero te irá cayendo cada vez peor y peor, bastante peor que el jefe, pues un día decidirás que esas cosas no se pueden callar y te armarás de valor y te darás un bañito de sentido de la responsabilidad y entrarás a decírselo al jefe de la mejor manera posible... y ese día la cagarás. Porque no hay manera ni buena ni mala de decirle eso al jefe ¿A qué le achacas tú que en esta empresa duren tan poco las secretarías? Ninguna llega al año. Pues por una de

estas tres cosas que te he venido a advertirte: o porque se confían con la flaca o porque acaban diciéndole al jefe lo de Lázaro. Sobre todo por esas dos porque la verdad es que, lo de convertirse en vendedora, sólo me ha pasado a mí. Por el momento. Porque, por lo que he visto de ti, he pensado que podría pasarte a ti también, digas tú lo que digas. Pero bueno. En todo caso, a mí, lo digo por mí, en mala hora se me ocurrió aceptar, desde luego.

»—¿Y por qué no lo dejas entonces y vuelves de secretaria?

»—Noto... Otra vez te ha salido ese tonillo de voz que... ¿qué pasa, no me crees?

»—No, yo no, yo...

»—Pues no lo dejo porque ahora tengo ya muchos gastos. Ahora no me alcanzaría con el sueldo de secretaria, es así de sencillo. En mala hora se me ocurrió comprarme un piso de familia, tres dormitorios tiene, y tres cuartos de baño, a ver para qué quiero yo tanto cubículo. Y piscina y sauna y zonas ajardinadas y un guardia de seguridad y todos esos gastos comunes que en realidad aprovechan sólo los que tienen hijos. Aunque pueda pagarlo, porque lo estoy pagando, en el fondo es un quiero y no puedo; ése es el virus de Madrid, aparte de lo cara que está la vivienda, se nos junta también el quiero y no puedo general. Yo empiezo el mes con menos ciento treinta mil pesetas, es decir, que empiezo debiendo lo que ya sería un sueldo normal para una sola persona en cualquier oficio. Eso para empezar. Y luego está el coche... Porque en esas liquidaciones mías que ves tú, está incluido el gasto de coche, pero muy por lo bajo, porque gasto un coche cada tres años y no termino de pagar uno cuando ya ten-

go que comprar otro... O sea, que no lo dejo por dinero, qué quieres que te diga. Y a lo mejor también porque lo de ir a las misiones a evangelizar acaba creando adicción. No es que te acabe gustando, ni mucho menos, todo lo contrario, lo que digo es que te vuelves adicta y luego no hay cura para esto. No hay centros de rehabilitación para las misioneras de la religión oficial, ¿sabes? Para las de las sectas sí, pero como ésta resulta que es la buena, la única religión.

»—¿Y por qué no se le puede decir nada al jefe de eso que dices? —me pregunta al fin, al cabo de un rato, después de que yo ya llevaba tiempo hablando a propósito sin parar y de cosas que sabía que a ella no le interesaban... Todo, para obligarla a que fuera ella la que volviese al asunto principal.

Y ella, la vendedora de tornillos, siguió contándome su conversación con la joven secretaria, sólo que yo volví a preguntarme, y cada vez me quedaban menos dudas, si no estaría haciendo ahora lo mismo conmigo. Si no estaría hablándome a mí también de vaguedades, a la espera de algo de mí o de poder avisarme de algo a mí también. Si no sería aquello una táctica para algún logro estratégico que yo no adivinaba. A fin de cuentas —ahora repasaba la secuencia de los actos—, fue ella la que se acercó a mí en un intermedio del primer día de cursillo, y se puso a hablar conmigo y me llevó a tomar café y me dijo que mi charla no había estado nada mal, que había dicho cosas interesantes. Que era la única de los que dábamos el cursillo que había dicho algo que mereciera la pena. Me lo dijo así, no que mi charla hubiera estado bien, sino que no había estado nada mal, pero a mí me halagó mucho oírlo, quizá demasiado para venir de una desco-

nocida. Pero es que ella era claramente mayor que yo y tenía un aspecto especial, un personaje un poco extraño, parecía distinta de todos los demás. Y no porque fuera allí la única mujer; su diferencia con los otros parecía más bien de alma que de cuerpo. Ya me había fijado en ella cuando estaba sentada, escuchándome. Me llevó a tomar café y me reí tanto con las cosas que me contaba, como lo del brillante que se compró en Ámsterdam, por ejemplo, que luego, en otro de los intermedios, cuando me propuso que comiéramos juntas por ahí, fuera del caserón, a parte de la gente del cursillo, acepté encantada y hasta llegamos con casi media hora de retraso a las sesiones de la tarde, de lo bien que lo pasamos. Así que, de pensar, muy al principio del primer café, que era una señora simpática y tal vez muy voluntariosa, pero un poco simple en el fondo; de creer que al fin y al cabo detrás de su raro aspecto no había más rareza que un físico singular; de tratar de regañarme a mí misma por haberme dejado impresionar como una tonta ante el simple comentario de cumplido de una alumna, de pensar así, pasé, en las siguientes conversaciones, a darme cuenta de que hacía mucho tiempo que no me enganchaba tanto oír hablar a una persona, y de nada en realidad, y que sólo una persona muy inteligente puede conseguir con tan pocos materiales una atención tan prolongada. Pensaba en lo poco que se parecía ella a esas cotorras, tan autoconvencidas de la gracia que tienen, que a los diez minutos te han puesto la cabeza como un bombo de contarte «cosas divertidas». Pensaba en lo poco que se parecía ella a una de esas mujeres cincuentonas, *asolitariadas* crónicas, que eligen víctima para charlar y no la dejan hasta que la destrozan porque en el fondo de su sadismo

saben que para ellas nunca hay segunda vez con la misma pieza. Pensaba en lo poco que le pegaba a ella haberme elegido a mí por casualidad o para nada.

Y recuerdo que, concretamente esta narración suya de la comida con la secretaria, la seguí hasta el final, y con verdadero interés; no tanto porque me intrigasen mucho los hechos que contaba, sino más bien porque me asombraba su modo de estar pendiente de las reacciones ajenas, su modo de explicarlas y valorarlas, y de actuar en consecuencia.

—... que me hice la tonta, vaya, sólo por maldad, sólo por el placer de ver el rodeo que tenía que dar la chica para hacerme la pregunta. Por eso la toreé un poco:

»—¿Cómo dices?

»—Pues que por qué no se le puede decir nada al jefe de eso que dices que tengo que descubrir sobre Lázaro Romero —me repite ella, toda inocente.

»—O sea, que ya lo sabes, ya lo has descubierto... —le digo.

»—Yo no sé nada, te lo pregunto porque como has dicho tú que...

»—Sí que lo sabes, sí, vaya si sí.

»—¿Y por qué crees que lo sé?

»—Porque está claro, mujer, no seas boba... Pues, por ejemplo, porque no me has insistido mil veces en que te dijera de qué iba lo que tenías que descubrir, ni siquiera has negociado conmigo que te diera una pista... y porque, en cuanto he cambiado de tema, has vuelto tú, pero no para preguntarme *el qué*, qué es lo que tienes que descubrir, que sería lógico, sino *el porqué no puedes decirlo*... Por eso y por más detalles que no vienen de ahora, sino de estos días atrás,

cada vez que hablábamos por teléfono. Así que vamos, anda, reconoce que lo sabes...

»—Es que yo no sé lo que sabes tú tampoco...

»—¡Bien! Chica lista. Y, además, prudente. Bien. Eso está bien —le dije, pero le mentí. No me parecía bien que fuera tan prudente; lo suyo tiraba ya más a calculadora que a sensata, y empezaba a desilusionarme su falta de confianza en mí.

»—No, lista no. Es que hablar así, sin saber de qué se habla, es muy difícil —dijo después, con esa suficiencia de la gente que “sabe estar”.

»—Que no, que sí, que tienes razón. Que esto no tiene ni pies ni cabeza. Y que haces muy bien, me imagino, no fiándote de nadie.

»Entonces me callé y ya no dije nada más. Supongo que se daría cuenta de que yo no pensaba seguir hablando del asunto. Así que tuvo que retomarlo ella:

»—Pero lo que sí podrías contarme tú, si quieres, es por qué no se le puede decir al jefe lo que sea que sea...

»—Pues porque no —dije; y muy tajante, porque pensaba abreviar. Pero enseguida decidí concederle otra oportunidad. Una es blanda. Y no me había hecho un viaje de quinientos kilómetros para cogerme ahora pelillos a las primeras de cambio:— Porque hay gente que no quiere saber ciertas cosas. O mejor dicho, no es que no quieran saberlas, claro, porque las saben, de hecho; lo que no quieren es que las sepan los demás. O mejor todavía, lo que no quieren es vivir al lado de alguien que ellos saben que lo sabe también. ¿Entiendes?

»—Ya, es como esos que saben que su mujer les engaña y un día viene un amigo, en plan amigo, a decírselo, y lo que hacen es dejar de ver al amigo, ¿no?

»—Justamente, eso es. Te irías a la calle antes, incluso, de que terminara el contrato de prueba.

»—Ya. Pero lo que no entiendo es por qué el jefe no echaría también a Lázaro, que es de lo que se trata, de que lo eche.

»—¿Qué quieres decir? ¿Que no te importaría que te echaran si con eso consiguieras que echaran al Romero también? ¿No te importa que te echen?

»—Claro que me importa.

»—Pues entonces no hace falta que entiendas por qué la única que se iría a la calle serías tú. Lo que hace falta es que me creas cuando te digo lo que te digo, y que es por tu bien si quieres conservar el trabajo, ¿o no quieres?

»—¡Claro que quiero, ya te lo he dicho!

»—Pues eso. Y como a ti te da igual lo que veas... ¿o no te da igual?

»—¿A mí? Completamente. Me importa un rábano, ya ves tú. Si no le importa a él, que es el dueño, me va a importar a mí... —hizo una pausa durante la que no logró, sin embargo, espantar la mosca—. Pero es que...

»—Pero es que... ¿qué?

»—Que no entiendo cómo una persona, sabiendo lo que pasa, si es que de verdad el jefe sabe lo que pasa...

»—Lo sabe —le repetí yo con paciencia—. Ya te lo he dicho. Sobre eso no tengas dudas. Lo sabe perfectamente. Mira, de todas las secretarias que han pasado por aquí antes que tú, y yo he conocido a unas cuantas, todas, menos dos, te lo estoy diciendo, se han ido a la calle por ese motivo. Por decírselo. O sea que, fíjate si lo sabe. Y lo peor es que se han ido, además, sin olerse que era por eso en realidad.



»—¿Y las otras dos?

»—Bueno, a una la echaron directamente por inepta. Y a la otra... sé que no fue porque llegara a descubrir lo de Lázarro, no le dio tiempo, sino por lo de la amante del jefe, por lo de las confianzas con La Flaca, porque llegó a decirle a La Flaca que su marido tiene a una querida en uno de sus pisos y que él mismo se autopaga el alquiler para que aparezca en la contabilidad.

»—Vaya...

»—Sí, es que es un hombre muy de los de antes. Pero lo del piso también lo sabías tú ya, no digas que no, porque eso se averigua mucho antes que lo otro.

»—Me refería a que aquí te echan a la calle por menos que...

»—No, tampoco es eso. Piensa que una secretaria que va contando por ahí, a tu mujer o a quien sea, tus secretos, tus secretos precisamente, pues no es buena «secretaria». Yo también la despediría.

»—Sí, bueno, sí, a lo mejor tienes razón, hay que reconocer que... Pero oye, una cosa, perdona... perdona que te lo pregunte, no es que no te crea, de verdad que no es por eso, pero...

»—¿Pero?

»—Bueno, pues... perdona, pero ¿cómo sabes tú que las echaron por eso?

»—¿Así que la chica volvía una y otra vez a sus recelos? Ya no me cabía duda de que era precavida en exceso. No sé si merecía que le dijese nada. Decidí hacerla sufrir un poco entreteniéndome en la parte que menos le interesaba.

»—El caso de la que se fue de la lengua con La Flaca me lo sé porque me lo dijo la misma Flaca. Sigue llamándome

después de tantos años, soy su más antigua confidente. Me llamó cabreadísima (que no llorando, por cierto) para contarme que se había enterado de que su marido tenía una amante, y cómo se había enterado, claro, porque se lo había dicho su secretaria. Y parece que con todos los detalles contables, además. Se agarró un rebote... que hasta le puso un detective... Y tú dirás: si le puso un detective, será porque pensaba reunir pruebas para divorciarse. Pues no. Las reuniría, me imagino, más que nada porque el otro es de los que lo nieguen todo incluso si lo pillan en la cama. Supongo que las querría para echarle más leña al fuego en las broncas que tienen. Porque una cosa está clara: la Flaca y el jefe no se separarán nunca, eso seguro. Y la que echaron por inepta... bueno, ése se fue a la calle porque de verdad no daba pie con bola, no se enteraba de nada, pero de nada, y mucho menos de los secretos.

»—Yo me refería a las otras —me dice, ¡como si yo no lo supiera!— ; me refería a que cómo sabes tú que las echaron por lo de irle al jefe con lo del Romero si dices que ni ellas mismas supieron que era por eso.

»—¡Uy, clarísimo! —le contesté.

»Sin embargo, me pareció que la segunda parte de su pregunta era inteligente: “si dices que ni ellas mismas supieron que era por eso”. En cierto modo, esa pregunta me confirmó mi intuición de que sí que merecía la pena, a pesar de todo, salvar a esta mujer, que les daba mil vueltas a sus antecesoras. Y entonces dejé de hacerla sufrir con el suspense y con mi empeño de madrastrona de conseguir que se ganara el favor que le estaba haciendo yo, la mayor, la marisabidilla.

»—Te lo explico—le digo—. Mira, ¿te das cuenta de la cantidad de veces que tengo yo que hablar contigo por teléfono?, hasta cuatro y cinco veces al día cuando estoy fuera? Contigo y con Lázaro Romero, es con quienes más tengo que hablar. (Con “Lazarito”, como lo llamen en el taller. ¿No has visto que se compra zapatos con alzas, como Aznar?, y es que todo lo que tiene de bajito y *renergío*, lo tiene de cabrón; está amargado por no haber sido alto, rubio y con ojos azules. Y la gente con complejos tan tontos es muy peligrosa en cuanto caza pelota, en cuanto tiene poder.) Y como todo el mundo sabe que Lazarito y yo nos llevamos a matar...

»—¿Y con quién no se lleva mal ese hijo...?

»—... de puta, sí, aunque pobrecita su madre, sí. Es un energúmeno, y además está tan seguro de su puesto en la empresa, que no tiene miedo, y el miedo es lo único que podría parar a esta clase de individuos, porque son unos cobardes, ¿sabes?; gallitos, pero cobardes... Total que, como todo el mundo sabe no nos podemos ni ver, y como todas las secretarias empiezan por odiarlo desde el primer día y acaban yendo a un cursillo para aprender budú al cabo del primer mes, pues conmigo pasa como con La Flaca, que yo me quejo a ellas de lo soplapollas que es ese cabrón y ellas acaban por darme la razón y muchos más ejemplos de las cabronadas que hace y que yo no veo porque no estoy aquí con él todos los días.

»—Ya, pero tú no haces como La Flaca, imagino, que vas y le sueltas al jefe lo que decimos, o a Lázaro mismo...

»—Pues claro que no. No me refería a eso. (Aunque también. Porque yo pienso: ¡Dios mío, como se confían a La

Flaca lo mismo que se confían a mí, ya verás lo que les pasa!, por eso, porque no es lo mismo.) Pero bueno, a lo que íbamos: que, como ellas me van contando sus penas y se desahogan conmigo de las putadas que les hace Lazarito, pues yo voy viendo el proceso. Al principio, son sólo quejas y explicaciones de las muchas que va haciendo éste por ahí, a unos y a otras, hasta que un día, de pronto, les notas un cambio en la voz y en la forma de referirse a él. Están como contentas y ya no es el hijo de puta ése contra el que no te queda más remedio que aguantar y callarte, sino el hijo de puta ése al que *un día de éstos, se va a enterar, se le va a caer el pelo, vamos-hombre-ya-está-bien...* Van apareciendo frases así y del tipo *¿Sabes lo que te digo?, que el que ríe el último ríe mejor*. Sí, o aquello de... *pues mira, aguanto porque aguanto, porque quiero, porque el día que se me hinchen las narices...* Esto oigo, ¿me explico?, y enseguida pienso: “Buenooo, ya lo sabe, ya lo ha descubierto. Ahora viene la maduración de la idea, después viene la toma de decisión (o la necesidad de venganza, si quieres; supongamos que es una necesidad), luego, la entrada al despacho del jefe a contárselo, y, poco tiempo después, el despido”. El despido, sí, y no se lo esperan, se quedan boquiabiertas. Primero porque saben que han estado cumpliendo bien y, después, porque no se lo creen tampoco teniendo en cuenta el enorme favor que se supone que le hicieron hace poco al jefe diciéndole lo que hace Lazarito y cómo lo hace. Y también porque el jefe se cuida muy bien de despedirlas dándoles todas las razones empresariales que te puedas imaginar y otras cuantas más, y sintiéndolo de todo corazón, claro, sobre todo después de lo muy agradecido que les está, claro sí, precisamente, por el

gesto de responsabilidad hacia la empresa que han tenido. Y mira tú qué ironía, ésa es la prueba que les da él de que para él está siendo, justamente por lo agradecido que les está, una de las decisiones más dolorosas que ha tenido que tomar en su vida... Éste ha sido vendedor antes que fraile y las muy pazguatas de ellas salen de su despacho sin ninguna rabia y más que convencidas de que, si las despide, es verdaderamente porque no puede ser de otra manera. Tú fíjate, a una le dijo que es que estaba a punto de firmarse un contrato con unos alemanes que se iban a quedar con toda nuestra producción y que, sintiéndolo mucho, lo que necesitaban con urgencia era una secretaria bilingüe de alemán. La pobre mía vino a advertírmelo, a mí especialmente, porque cayó en la cuenta de que, cuando se firmara ese contrato, los vendedores no íbamos a tener mucho sentido. Cayó en la cuenta de eso y no cayó en la cuenta de que lo que le había contado él no podía ser más que mentira, porque el cateto este que tenemos de jefe en el fondo es un tío listo y nunca en la vida se le ocurriría venderle toda la producción a un sólo cliente.

»—¿Y por qué no? —me interrumpe de pronto ella, incrédula—. ¿Cómo no va a querer tener la suerte de que alguien le asegure que le compra todo lo que produce?

»—Pero, mujer, eso sí que es obvio... —le digo yo, un poco bruscamente, la verdad. Pero es que una se va haciendo vieja, ya te digo, y además de volverse más exigente con casi todo, con la gente, con la comida... se vuelve una más impaciente, en general. Cada vez tolero menos tener que explicar lo evidente ¿No te pasa a ti?

—A veces —le contesto, con un laconismo del que enseñada me arrepentí.

—Bueno, tú eres mucho más joven. Pero lo peor del asunto es las consecuencias que tiene perder la paciencia: que lo que pierdes en realidad es la humildad. A fuerza de ver cómo los más jóvenes o los más inexpertos se asombran ante las evidencias más evidentes, tú acabas convenciéndote de que sabes muchísimo, de que eres poco menos que genial... ¿No te parece un proceso de degradación, algo muy triste?

Afortunadamente, no esperó a que le contestara, siguió su relato:

—Pues porque si le vendes todo a uno —me veo explicándole yo a la muchacha—, al principio puede que el uno te compre al precio que le pones, pero dos minutos más tarde, cuando ya has perdido tu cartera de clientes, el que pone el precio es el otro y te ahoga y te ahoga hasta que te deja sin respiración. Es lo que hace El Corte Inglés; por eso le llaman por ahí, por esos polígonos, no El Corte, sino El Hachazo Inglés... Pero qué más da eso, qué nos importa. Déjame que termine de explicarte cómo sé lo que sé. Lo sé porque veo el proceso y los pasos son siempre los mismos. Fíjate si lo sabré bien, que hasta he llegado a prever el día exacto en que por fin habrían decidido entrar a hablar con el jefe. Que son muchas llamadas al día, que tú lo ves, que son muchas horas de hablar aunque sea por teléfono; y muchos años... Ese día, el día que toman la decisión, se les pone en la voz un tono de victoria, de satisfacción, de venganza a punto de cumplirse... o de justicia, si quieres, lo admito, un tono justiciero. Ese día siempre te dicen algo que lo delata todo... *Mira, no te preocupes, tú tranquila, que a éste ya se la ha acabado el chollo. Lo que yo te diga. Éste no sabía con quién se las estaba jugando...* Y cosas así. Por cierto, que yo no sé qué

tendrán los refranes, que vienen que ni pintados para estos asuntos de las amenazas, las venganzas, los augurios... Ésa es otra pista, otro síntoma: desde que se enteran, empiezan ya a hablar con refranes: *donde las dan, las toman; el que a hierro mata, a hierra muere; a todos los cerdos les llega su...* Y tú vas viendo el proceso hasta que finalmente llega el día en que aparece el del San Martín, efectivamente, y yo ese día, te lo aseguro, colgaba el teléfono con un nudo en la garganta, de verdad.

»Y, entonces, me callé, ahora sí, me quedé como pensativa. Y ella también se calló y, al cabo de un poco, me dice por fin:

»—Ya veo. Ya me doy cuenta. Por eso me has traído a comer contigo. Porque yo estaba ya en la fase de *se va a enterar éste de lo que vale un peine...* ¿No? Pues te lo agradezco de verdad. Porque me ha faltado esto, pero lo que se dice esto, eh, para entrar a hablar con él esta mañana mismo.

»—Me he venido de Reus sin ver al otro cliente con la excusa de que tenía una boda esta tarde...

»—Una boda, sí ¿Y no la tienes?

»—Que yo sepa, no. Es que ayer, cuando hablamos por teléfono, me dio esa sensación. Incluso dudé si quedarme a dormir o coger el coche inmediatamente para estar aquí a primera hora de la mañana. Pero estaba muy cansada y me lo pensé mejor, pensé que con el listado que tenías que preparar para REUSA, no ibas a tener tiempo en toda la mañana.

»—Y así ha sido, tal cual. ¡Jopé, tía, lo sabes todo! —me suelta.

»Y lo que te decía, que una envejece ganando fe en los halagos y haciéndose adicta a las demostraciones. Eso de

que envejecemos hacia la sabiduría es mentira. Pero no acaba ahí la cosa. Luego veo como si le rondara por la cabeza una pregunta que no se atreve a hacerme...

»—¿Qué? ¿Qué estás pensando? —la animo yo.

»—Nada...

»—Dilo, mujer.

»—Pues... que tampoco entiendo ahora por qué has hecho esto por mí y no por las otras...

»De sobra me di cuenta de que me lo preguntaba tímidamente y con los ojos en el tenedor, o sea, que no era que le resolviera una sospecha lo que buscaba ya, sino que le dijera alguna cosa agradable. Sin embargo, lo que yo le contesté fue:

»—¿Las otras...? Tú piensa que por lo menos un par de casos o tres se te escapan antes de que te des cuenta de que un proceso es un proceso. Primero tienes que descubrir que lo es, que es un proceso, y que por eso tiene siempre los mismos pasos y el mismo final... Y bueno, luego, yo tampoco quiero meterme mucho en la vida de la gente, allá cada cual, no suelo hacerlo, de verdad, aunque ahora te lo parezca.

»Eso le dije, en lugar de lo que ella quería oír, que además era la verdad, que lo hacía porque me caía bien, mejor que cualquiera de las otras. Pero es que me dio miedo ser demasiado amable con ella porque estas jovencitas, después, en cuanto te descuidas, se te cuelgan a la chepa. Pretenden que medio las adoptes en el nuevo mundo que es la empresa, donde no tienen madre. Padre sí, todos los tíos se empeñan en ser sus padres, una chica joven en una empresa tiene que soportar padres hasta de su misma edad, pero madres no hay. Porque no hay mujeres en este tipo de empresas

como la mía y porque las pocas que hay no quieren hacer el papel. A lo mejor están ahí trabajando precisamente porque no les gusta el papel de madres. Y no me extraña porque es un papel demasiado complicado. Y demasiado sentimental para mí, me pilla ya muy mayor.

—Y tu joven protegida —le pregunté yo cuando me pareció que había terminado la narración de su parábola de salvamento— ¿no te hizo la pregunta clave? ¿La pregunta del millón? Porque en todo eso que cuentas del tal Lázaro, de sus manejos, y de que tu jefe los conoce, los que sean, y no lo despide y prefiere despedir a las secretarias para no tener testigos de que no lo despide, en todo eso, hay un punto que podría ser el más interesante de todos, y ése no me lo has explicado.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —me preguntó ella a su vez, y me pareció que contenta por el interés particular que yo mostraba.

—No, esta vez piensa tú —le dije—, te hago yo lo mismo que tú a esa chica, piensa qué puede ser algo muy interesante de esa historia que no has aclarado...

—Pues... no sé... como no sea saber qué hace Lázaro o por qué el jefe no despide a Lázaro...

—No, eso no, porque eso está claro. Al menos para mí, que tengo un caso parecido en mi agencia: no lo despide porque es el que lleva las cuentas y sabe demasiado como para enfrentarse a él así porque sí; me imagino que prefiere dejarlo robar controladamente, siempre que no se pase... ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas.

—No va por ahí, así que venga, sigue pensando...

—No caigo... De verdad que no caigo...

—¿Te rindes?

—Me rindo.

—La pregunta es... bueno, la pregunta eres tú... por lo menos a mí es lo que más interesa saber de todo lo que has contado... Tu caso... Si tú fuiste secretaria también (y doy por hecho que no tardarías mucho en descubrir el pastel; tú antes que las demás, seguro), entonces tú también debiste encontrarte ante la misma tesitura que ellas: decírselo o no decírselo a tu jefe para vengarte de Lázaro... ¿o no? (A no ser que el tal Lázaro no estuviera todavía en la empresa cuando tú eras secretaria...).

—Sí que estaba, sí. Y ya se lo montaba lo mismo que ahora.

—Pues entonces eso es lo interesante: saber qué hiciste tú. Por lo pronto está claro que a ti no te echaron... Pero ¿fue por callarte? Ahí es donde tengo yo la duda, porque (en fin, no te conozco, pero así, a bote pronto) tampoco te pega lo de callarte; no te pega nada que decidieras dejar al otro campando a sus anchas.

—Bueno-bueno, la creata, cómo hila de fino... —esto dijo de mí como si yo no estuviera delante y en clave de admiración sincera, lo que me produjo un súbito acceso de pudor y alegría—, hay que tener cuidado contigo, ¿eh?

—¿Te pongo en un aprieto? Perdona, no me lo digas si no quieres.

—Qué va. Nada de aprieto. Además, me gusta que pienses que no soy de las que se callan... Y tienes razón en que esa parte no te la he contado, pero porque pensaba que no..., pero, no sé, si de verdad te interesa...

—Lo que más.

—Bueno, pues lo primero que hice fue tantear al jefe, porque no me terminaba de cuadrar que él, con lo suyo que es para lo suyo, no se hubiera dado cuenta también; y mejor que yo. Tantear, pero sin demasiada prudencia tampoco. O sea, tantear dejándole claro que me refería a Lázaro, aunque no lo mencionara, y dándole de antemano la razón a él, como jefe, sobre lo poco conveniente que sería echar a ciertas personas. Vine a decirle algo así como que estaba segura de que él sabía todo lo que pasaba en su empresa, y que todo era «todo»: lo que se veía y lo que no se veía; y que no me cabía duda de que él mejor que nadie sabría lo que le convenía o no le convenía hacer con cada empleado. Le hice ver que yo comprendía que, a veces, una persona que dirige tiene que fingir que no ve algo, aunque lo vea claramente, con tal de no empeorar las cosas dándose por enterado... Porque yo también era de la opinión de que, a veces, darse por enterado, es empeorar la situación... ¿me sigues?

—Perfectamente.

—Con lo cual él me agradeció las dos cosas: la comprensión, por un lado, y la fidelidad, por otro, porque se dio cuenta de que no me había callado tampoco, que hubiera sido lo más fácil. O sea, que supo que también a mí me fastidiaba que Lázaro Romero robara dinero, no sólo a él, y que yo también vigilaba, no sólo él.

—No me extraña que tu jefe te tenga en lo más alto de su consideración, menudo coco...

—Sí, él piensa que, para ser mujer, valgo casi tanto como un hombre... Pero bueno, otra cosa quería contarte, ya que te interesa: la otra parte del asunto: Lázaro. Porque, por un lado, estaba mi postura con el jefe, pero, por otro, estaba mi

postura con Lázaro, que no tenía por qué ser la de callarme. Ni mucho menos. Todo lo contrario. A renglón seguido me fui a hablar con él y le dije: «Esto, esto y esto tengo sabido y documentado, ¿lo ves?, sé perfectamente lo que haces, cómo lo haces y por cuánto sale lo que haces. En tu mano está que me lo guarde o que lo cante a los cuatro vientos para que, no sólo el jefe, sino toda la fábrica se entere de que eres un ladrón. En cuanto me des por culo más de la cuenta a mí o a la gente que me cae bien a mí, estoy largando, ¿te enteras?». Y es que Lázaro no tenía por qué saber que yo ya había averiguado (para mi disgusto, porque estaría encantada con quitarlo de en medio) que el jefe sabía sus líos y que saberlo no significaba que fuera a echarlo. A estas alturas, Lázaro sigue convencido de que el jefe no sabe lo que hace. Y por lo mismo, sigue temiéndome más que a una vara verde.

—Genial... Impecable... —le dije, aprobando no sólo su astucia, sino, en el fondo, su idea de haber venido a rescatarme a mí de entre todos los de aquel curso—. Seguro que eres muy buena jugando al ajedrez...

—No sé jugar, ése es un juego muy fino; yo a lo único que juego es a las damas.

\* \* \*

Estos cuadernos míos, ya llevo cuatro, no tienen ni orden ni sentido. No son un diario, porque la persona que escribe un diario es más constante que yo, que lo mismo cojo hebra un día y me paso varios escribiendo sin parar casi ni para comer —como ayer y anteayer— que me olvido de la ta-

rea y pasan semanas sin que me apetezca reanudarla. Tal vez sean eso que acabo de escribir a vuelapluma, sin darme cuenta: una tarea. La que me impongo para tratar de entender mejor el origen de cierta zozobra general que siento de vez en cuando (Zozobra: «*Inquietud, aflicción y congoja del ánimo, que no deja sosegar, o por el riesgo que amenaza, o por el mal que ya se padece*»). Es una palabra madura ya, y bellísima, que ha ido siempre muy bien vestida, además, con la ropa que mejor le quedaba).

Pues una tarea, entonces. Una tarea que, al principio, recién estrenada mi condición de ociosa, me cundía más. Luego, a los dos meses o así, la dejé para empezar de una vez en serio a escribir algo que acabara pareciéndose a un guión, con Pepe Arcarón como personaje principal; es decir, que la dejé por otra, con muy buen criterio y buenas intenciones, pero hoy sé que con poco provecho final, la verdad. Luego, a los tres meses de dejar la agencia, me tocó cumplir con lo del cursillo de Toledo y, desde entonces, desde que conocí a mi extraña vendedora de tornillos, no sé exactamente qué he estado haciendo ni para qué. La culpa es sólo mía. Me dedico a romper papeles y a quedar con ella; a quedar con ella y a romper papeles. Un día escribo algo parecido a una escena de ficción; otro día quedo a comer con ella y charlamos; otro día voy al cine y, otro, rompo los papeles. También quedo con mis amigos de siempre, hablo, río, como, duermo, me levanto, paseo, voy a ver exposiciones, escribo, rompo papeles, leo, veo la tele... Pero todo así, sin orden ni finalidad.

Quizá la única constante en mi vida de los últimos meses sea la presencia regular de esta mujer, efectivamente. Desde

que nos conocimos, hemos quedado a comer prácticamente cada vez que ella ha estado en Madrid, es decir, todos los fines de semana, y algún día entresemana también, si venía a dormir a su casa, de paso entre una ruta y otra.

No tardé mucho en decirle, fue casi al principio, que había dejado la agencia y agarrado el dinero del despido y los dos años de paro para dedicarme a escribir guiones de películas. Le hizo mucha gracia; yo diría que le hizo mucha ilusión oír un plan así. Me llamó valiente y me dio ánimos. Me pidió que le dejara cosas que tuviera escritas, «para saber de dónde partes», me dijo, «y en qué te basas para tomar una decisión así». Pero yo le contesté que no, que ni hablar, que si leyera ahora algo mío, lo más seguro es que acabara por aconsejarme continuar con los anuncios.

Pero ahora que la conozco mejor, ahora, cuando hago memoria sobre nuestros primeros encuentros, el recuerdo me escuece. Su entusiasmo, desde el principio, conmigo, y mi estúpido distanciamiento, desde el principio, con ella. Me escuece porque no me conocía yo tan torpe y engréida.

Como cuando me dijo:

—¿Así que piensas escribir guiones? Pues a mí me encantan las películas de terror, a veces son las que tienen los guiones más originales, ¿a ti no te gustan?

—La verdad es que no es un género que me fascine —les respondí yo, y todavía me chirría en los oídos la palabra «fascine».

Sonó, la frase entera, como un gallo cursi en mitad de un aria apasionada y sincera, sonó como la palabra «fenomenal» referida lo mismo a un cuadro que a un fular de complemento. «¿Le gusta la exposición, Alteza?» «Es fenome-

nal», contesta la infanta, mientras se echa al hombro, de donde no tenía que habersele resbalado, qué lata, un fenomenal fular comprado esta misma mañana en una de sus tiendas favoritas de París, una tienda fenomenal, muy cercana a su domicilio... «La verdad es que es un género que no me fascina», le dije, como si estuviera diciéndole «me parece fenomenal que tengas esos gustos, pero te agradecería que me excluyeras de cualquier supuesta simpatía contigo en ese terreno.»

–Pues a mí me encantan –siguió ella, sin ofenderse–, y si yo supiera escribir guiones, escribiría uno de terror, uno en el que los ancianos, sobre todo las ancianas de una de esas residencias que te contaba el otro día de terapia ocupacional fueran las protagonistas. Yo que ellas crearía un grupo terrorista, una organización secreta que se dedicara a hacer justicia contra sus familiares y sus cuidadores y los funcionarios de ambulatorio y contra todos los que dicen «¿Cómo estamos hoy, abuela», en lugar de «¿Cómo está usted, señora?»... Sería una película salvaje y estupenda, ¿no te parece? Las ancianas designadas para cada venganza saldrían de una bolsa de labor, las viejas siguen guardando sus labores en una bolsa de tela, y en la bolsa estarían sólo los nombres de las que ya han pasado la edad de ir a la cárcel si las pillan... Porque lo malo de las películas de terror es que los guionistas no se preocupan de los móviles de los asesinos, o son del ultramundo, muertos resucitados o extraterrestres, o son unos desquiciados imposibles de los que no ha habido nunca. Por eso me gustó aquella película, no por buena, una en que los niños de una isla se cargan a los mayores, no sé si la has visto... Porque, dentro del género, esas películas por lo

menos son realistas, si se les puede llamar así, me gustan porque cogen la realidad, la vida cotidiana, y le dan la vuelta para convertir en horripilante lo que seguramente es horripilante de por sí, sin necesidad de darle la vuelta, ¿me explico?

Cada vez que ella hacía una pausa de verdadera expectación, no retórica, y me miraba a los ojos esperando una respuesta, yo procuraba meterme en situación lo antes posible y decirle algo, lo que fuera, aunque no me parara a pensar bien el qué, con tal de que viera que la estaba escuchando, al menos:

–Sí, bueno, es que a mí esas películas sí que me gustan, pero yo no las llamaría de terror...

–Vale, llámalas como quieras –me dijo–, el nombre es lo de menos, lo que importa es que me entiendas –me aclaró, con una lógica palmaria.

Y lo que yo vengo a confesar aquí ahora es que fui muy torpe, mucho, al principio, despreciando el torrente de conversación que es esta mujer. No hago más que darle vueltas a aquel principio nuestro, pero es porque todavía tengo la esperanza de que, exprimiéndolo, tal vez pueda sacarle alguna gota más de sustancia. Me gustaría entender por qué estuve tan ciega.

Estuve ciega, desde luego, si la tomé, como en una carrera de taxi, por el conductor justiciero arregla mundos, ciega si la tomé por poco sofisticada. En lugar de verme a mí como la sufridora que había elegido una plasta para no aburrirse en aquel cursillo, hubiera debido darme cuenta de que una mujer como ella nada tenía de charlatana ni seguramente tenía por costumbre hablar tanto con una desconoci-



da y debería de haberme preguntado, pero con auténtica curiosidad, por qué hablaba tanto precisamente conmigo. Lejos de esto, cuando le pregunté por qué había venido a buscarme, precisamente a mí, para que tomáramos café, no albergaba ninguna curiosidad cierta, sólo las ganas bobas de recibir un elogio:

–Porque, de los profesores del cursillo –me repitió–, tú eres la única que ha dicho algo sensato.

–¿Ah, sí? –le insistí yo para que me ampliara el halago aún más.

–Sí. Tú por lo menos has dicho cosas sensatas, y las has explicado muy bien, además. Me he reído con los ejemplos que ponías, nos hemos reído todos. Y eso es porque tú no eres como los ejecutivos esos, amigos tuyos.

–No son amigos míos.

–... el de la chaqueta a lo Mao, por ejemplo, el que ha hablado de cómo deben plantearse por escrito, previamente, los objetivos de la entrevista con un cliente, el de «los esquemas de máximos y mínimos de consecución de objetivos», o algo así, pero dicho en inglés, ese que va de guapito por la vida con su Audi TT, que ya habrás visto dónde lo aparca (lo habrás visto porque para eso lo aparca ahí, para que se vea bien), no sé si será amigo tuyo, pero a mí me ha parecido un gilipo...

–Gilipollas, dilo tranquila.

–Bueno, en realidad todos estos cursillos son una estupidez, si me permites que te lo diga, por eso yo siempre me he negado a que me traigan aquí a engordar con clembuterol, como al ganado. ¿Puedo ser sincera contigo?

–Sí.

–Pues deberían estar prohibidos. No son más que un sacadineros de las empresas de corbata a las empresas de polígono... Tú me entiendes, ¿a que sí?, sí, seguro que sí... Un sacadineros o un pagacomisiones a los corruptos.

–El del Audi TT no es amigo mío. No lo conocía. Da clases en la Autónoma de Barcelona.

–Algo más hará que dar clases, digo yo. Ése es como la chica del diecisiete. Además, tiene el colodrillo lleno de birutas de gomina, que menos mal que son negras, porque son igualitas que los caracolillos de mantequilla que nos ponen en el restaurante para engañar la espera... grasas limpias las dos, mantequilla y gomina, la vaselina también es una grasa limpia, pero grasas a fin de cuentas, tan grasas, que gusta pensar en un mes de agosto a la solanera de la siesta en la hondonada de Córdoba... Lo veo, al caballere, con la espaldera de la camisa blanca llena de chorretones y me consuelo. Porque lo de ir a vender a los polígonos no tiene nada que ver con lo que dice ese del pelo engrasado, ¿sabes?

–Es como ir a las misiones, decías, ¿no? –ésta era yo, autosuficiente, sobrada.

–O como era antes lo de ir a las guerras. Te haces mercenaria de un señor, te pones a su servicio con tu armadura y tus caballos (sobre noventa caballos llevo yo, por mi cuenta) y sales al mundo a conquistar plazas. Entrás en un territorio, vences y pactas con el general de los conquistados las condiciones y los tributos que se paga por ellas, le dejas la enseña de tu señor, en forma de membrete y logotipo y leyenda en el escudo, y te marchas a la conquista de cualquier otra plaza. El señor, que se queda siempre en la corte a atender sus otros intereses, paga luego a sus mercenarios según el méri-

to de cada uno; a unos el diezmo y a otros la mitad de un quinto, pero, al final, a todos les paga lo mismo en realidad: la mitad de muy poco, que acaba siendo casi nada cuando terminas de darle de comer al caballo... –y, como al llegar aquí, yo ya me había distraído, ella cortó en seco—. Lo que pasa es que esta clase de metáforas se han quedado un poco rancias, ¿no? ¿Tú cómo lo ves?

–Pues... bueno, no; no sé... –balbuceé yo, porque, efectivamente, me había pillado. No sólo la falta de atención, sino un mohín de desprecio ante esta manía, una habilidad exhibicionista que tiene alguna gente de verbo fácil, de encadenar una metáfora de cabo a rabo hasta que se convierte en una alegoría tan perfectamente adecuada como insulsa.

–Déjalo, no importa. No digo más que tonterías –dijo, bajando los ojos. A ella se le ensombreció la cara y a mí se me encogió un poquito el corazón.

Pero no tardó dos segundos en recuperar su buen ánimo:

–Digo muchas tonterías, pero una cosa es cierta: no me gusta decirlas delante de cualquiera... así que... la pregunta que yo me hago es: ¿Qué haces tú aquí? Porque no te parecen a éstos.

–Soy una de ellos.

–No digas tonterías tú también. Ni por lo más remoto. No te conozco, pero tengo ojos en la cara.

¿En qué se basó ella desde el principio para tenerme esa simpatía? ¿Qué me vio que no tengo?

El caso es que seguimos hablando y hablando, durante el cursillo y después del cursillo, y, poco a poco, fui acostumbrándome a su manera de explicarme lo suyo. Incluso

fui acostumbrándome a su físico. Ahora, cuando la veía aparecer por el restaurante, ya no me resultaba tan extraño como las primeras veces.

Porque mi vendedora de tornillos tiene un cuerpo, por decirlo así, fue ella la que lo dijo así, «irregular».

–Aunque, bueno, ¿tú has visto que un esqueleto humano tenga alguna clase de regularidad, aparte de la simetría vertical? –me comentó—. Pues no, la única regularidad que tiene es que resulta verticalmente simétrico. Pero, eso, como todos los animales. Todos, incluso los insectos, son verticalmente simétricos. Hasta los peces. ¿Y tú sabes por qué? Porque yo no lo sé. Para mí es un misterio. Pero quitando esa simetría vertical, por lo demás, el ser humano es un conjunto de lo más desastrado. Piensa en las serpientes sin embargo. Las serpientes sí que son regulares; son regulares a lo alto y a lo ancho. Las partas como las partas. Hasta la lengua la tienen bífida. A lo mejor por eso son la representación del demonio para los creyentes. Por su perfecta regularidad. Porque no hay nada que les moleste más a los creyentes que la armonía de la naturaleza. ¿Tú no serás creyente verdad? –me interrogó dando por hecho el no que le hice con la cabeza—. Porque cualquier orden en la naturaleza les molesta. Les molestan todas las leyes naturales. Porque necesitan una naturaleza siempre caótica para darle sentido a su Dios. Cada nueva ley natural que se descubre, una circunscripción electoral menos para su dios. Así que todas-todas, hasta las leyes más tontas, les molestan, hasta la de la Gravitación Universal les jode... ya ves tú qué puede importarles a ellos que un vaso tenga que caerse en ciertas circunstancias... pues no: cualquier santo de ellos, levitando, se la salta;

no ya sólo el gran jefe andando sobre las aguas, sino un santo cualquiera, incluso de segunda fila. Y es que tratan de ridiculizarla aunque no les perjudique especialmente, sólo por eso, porque es una ley natural.

Tenía unas piernas largas que debían adivinarse muy delgadas bajo sus pantalones: pantalones siempre amplios, de los que llevan raya y necesitan cinturón, pero no de hombre, sino de los que eligen para sus viajes las viejecitas felices europeas; pantalones de jubilada, de mujer que no los llevó nunca en su juventud; pantalones que permiten el medio tacón y una cierta coquetería, luego, en la blusa. Piernas largas y sí, tal vez demasiado delgadas para admitir pantalones de pitillo, o falda. Piernas que terminaban en una cintura ancha, sin embargo, y metida en una o dos rodajas propias de la edad; una cintura proporcionada al dictado del medio siglo, pero capaz, a cambio, de esconder modosamente cualquier atisbo de barriguita.

Luego, a partir de la cintura, a partir de esas líneas que, desde los pies, habían prometido longitudes de esbeltez, todo se reducía de pronto, sin embargo, como en un encogido de lavadora, achicando el proyecto original hasta dejarlo en altura media de española nacida antes de los potitos. Su tronco, sin llegar a la deformidad, rompía bruscamente las proporciones, o quizá, para afinar mejor, las volvía más humildes, menos pretenciosas, lo dicho: más de andar por casa.

También el tamaño del pecho, por la holgura de la blusa, como sus caderas o el diámetro de sus muslos por la del pantalón, debía ser adivinado. Podría aventurarse que sus tetas no eran pequeñas y que, si estaban tan cerca de la cintura, no era tanto porque se le hubieran derramado con los

años, sino más bien por el fenómeno antes descrito, el de acelerar en el tronco el resumen de toda ella hasta la desembocadura en el cuello.

El cuello volvía a ser de nuevo largo y estrecho. Un cuello elegante de los que en las fotos de carné, las que obvian el cuerpo que hay por debajo, la hacían comparable a la Audrey Hepburn de sus años más rectos; verdaderamente un cuello de ave noble de estanques versallescos, sustentado en dos firmes tendones y un apetecible hoyuelo, el cuenquito perfecto para un solitario y austero brillante, engarzado mínimamente en oro blanco, que ella nunca se quitaba desde aquella tarde de compras en Ámsterdam cuando tiró de *visa* como nunca para autorregalárselo...

—Me lo compré hace años —me contó de él cuando le dije que me gustaba mucho, por decirle algo amable, la primera vez que tomamos café juntas, durante el cursillo—, en uno de esos viajes organizados, ya sabes, de los de «No me discutas, cariño; está claro, mira: si hoy es Martes, esto Bélgica». (¿No has visto esa película?) Creo que es la única apariencia de joya que me he comprado en mi vida. Digo yo que sería cuando me di cuenta de que no iba ya por el camino de poder esperar que me lo regalase un marido o un amante fino. Fue uno de esos viajes en los que siempre te tocan de amigas dos catalanas, siempre, ¿te has fijado?, nos tocan siempre porque vamos solas y ellas se dan cuenta y te abordan enseñada con lo de «Oye, en lugar de apuntarnos a la visita con la agencia, si somos tres, nos podemos coger un taxi, porque, repartiendo los gastos, nos sale más barato ir por nuestra cuenta». Siendo dos no, pero siendo tres sí, así que te necesitan —y como yo me reía y le decía que sí con la cabeza,

ella amplió el comentario—. Es que es verdad, a mí por lo menos me pasa siempre, por mucho que cambie de viaje o de agencia, siempre me tocan mi Montse y mi Nuri; cambian de cara, pero para mí son ya como de la familia. Y es que las catalanas viajan más, no te lo digo, como parece, por el tópico del dinero, viajan más solas, se valen más por ellas mismas, se organizan mejor... No sé, pero, para una vez que me tocaron que eran canarias, te digo que yo que eché de menos a mi Montse y a mi Nuri. Y no me quejo, que conste, yo me alegro de que vengan a mí, yo las comprendo. Hay que comprender que no pueden entrarle a una pareja, porque las parejas van a lo suyo; ni a un hombre solo tampoco, primero porque no hay, porque son poquísimos los hombres que viajan solos, y después porque, aunque los hubiera, salen mucho más caros, y ellas lo saben, así que, aunque hubiera uno, ellas me prefieren siempre a mí.

—A ver... ¿cómo es eso de que los hombres salen más caros? —Le ayudé yo, que, con apenas conocerla, ya había tomado la actitud de ser generosa con ella (quizá más bien condescendiente, para mi vergüenza) y darle los pies para continuar que hacía años que no le daba a nadie. Entonces vi, me gustó ver que, en los tres meses que llevaba fuera de la agencia, quizá había empezado ya a recuperar cierta parte de humanidad que había estado a punto de perder sin darme cuenta... Condescendiente con ella, sí, perdonavidas todavía, pero humana ya, de nuevo.

Y es que yo, de jovencita, era una persona normal, educada, y no le regateaba a nadie una pregunta de hilo de interés sobre lo que estuviera contando; al contrario, solía estar pendiente de las interrupciones de los demás para devolver,

en su momento, la palabra y el protagonismo a la persona que lo había perdido antes de terminar, por haberse aventurado en una narración tal vez más larga de lo permitido. Pero eso era antes, al principio, antes de que los altos ejecutivos me volvieran una de ellos, igual de cicatera, igual de rata y cruel, siempre cortando con el cuchillo de cercenar lucimientos ajenos bien afilado.

Antes de corromperme, efectivamente, detectaba enseguida, como un mal olor, a las personas que no te preguntan con tal de no concederte ni ese mínimo interés siquiera, no vayas tú a creerte que les interesa lo que estabas diciendo; prefieren someter su curiosidad, que, de todas formas, es siempre escasa. Yo tengo para mí que es gente envidiosa, en general, arribista y poco clara, gente dura, gente para quien la máxima emoción expresable es un remedo de risilla de doblaje, mil veces ensayada para que tenga la medida justa. Y no se me ocurrió que estuviera volviéndome como ellos. Una cree, equivocadamente, que la facultad de detectar una enfermedad y saber diagnosticarla con detalle nos protege de padecerla.

Al encontrarme con esta mujer, tan sin contaminar todavía, ella no, de esos manejos turbios que dirigen las conversaciones, a pesar de su trabajo de trato con la gente y a pesar de ser diecisiete años mayor que yo, me llevé, no sólo una sorpresa por el hecho mismo de que quedara gente así, sino una alegría muy personal, porque me renovó el disfrute de la charla inútil, gratuita, limpia; esa en la que los tópicos sobre hombres o sobre catalanes sí que caben porque se está entre amigos que sabemos que nunca serán cómplices de las maldades para las que fueron acuñados; entre amigos y no

entre comisarios del término medio, del universal relativo y de las largas listas de consideraciones inventadas exclusivamente para poder reprimir al que olvide una sola de ellas. A mí no me cabía la menor duda de que ella no tenía su opinión sobre los hombres hecha de tópicos ni sobre las mujeres catalanas. Por eso la conversación pudo seguir su cauce despreocupado y feliz. Muy distinta habría sido ésta, y puede que hasta nuestra relación, si yo, a las primeras de cambio, hubiera intervenido, superstición en mano, vade retro, para espantar fantasmas que no existían: «¿Cómo te atreves a decir eso de las catalanas?, yo misma me siento catalana y me resulta ofensivo lo que dices». La viga en el ojo ajeno, la condena preparada sólo porque nos encanta condenar, aunque sea teniendo que fingir que nos creemos el, sin embargo imposible, enraizamiento del pecado.

—Pues porque los hombres beben más y te hacen gastar más, en general. Claro, mujer, tú ponte en la mentalidad de mi Montse y de mi Nuri. Cuando te fichan, no es sólo por los taxis. Piénsalo: viaje organizado, media pensión, lo que significa que hay que hacer por lo menos una comida diaria fuera. Y las dos lo tienen ya más que comprobado: si repartes una cuenta de restaurante entre tres, tu parte sale siempre más barata que si la repartes entre dos. Se pide un primero y se reparte entre tres, que no es lo mismo que entre dos; y una botella de vino entre tres y un postre entre tres. Pero ¿qué pasa con los hombres? Como es verano, se piden una cerveza nada más entrar, como si la cervecita en Europa costase lo mismo que en España. Y como a ellos no se les echa en cara que tengan un poco tripa, pues les parece poco un primero, y tienen razón, porque saben que con uno, en-

tre tres, se quedan lampando, así que se piden dos primeros. Y dos primeros entre tres, sale a más que un primero entre dos. O sea, un pan como unas hostias. Llegamos al postre y, bueno, como el postre dulce no va con ellos, pues menos mal, parece que, en el postre, no ponen objeción, uno para tres; pero, ay, tremendo error, porque, a cambio, te guardan una sorpresa final: como están en Europa Central y en Europa son muy buenos los aguardientes secos, pues van y se piden con toda la geta un orujillo que cuesta una pasta. En realidad, lo de que en esos países son muy buenos los licores de frutillas del bosque es una excusa, porque lo que verdaderamente les pasa es que no saben renunciar a sus costumbres españolas ni cuando salen fuera. Beben vino y alcohol como si estuvieran al mismo precio de aquí, y eso la Montse y la Nuri lo saben. Igual que saben que le llaman comistrajos a toda la carta en cuanto no se parece a la nuestra y, en consecuencia, acaban pidiendo un solomillo a la plancha, le llamen turnedó o como le llamen, lo más sencillito, dicen, cuando resulta que es también lo más caro. O sea que, aunque la figura del hombre que viaja solo no exista en la práctica, aunque en la práctica no es más que una hipótesis, si resultase que alguna vez se materializara, daría igual, porque tú ten por seguro que la Montse y la Nuri preferirán acercarse a mí. Es más, afinando más, porque se puede afinar más: eliminadas las parejas de entrada y los hombres por experiencia, si hubiera que elegir entre varias mujeres solas, también es seguro que me elegirán a mí... ¿Ves por qué? —y se mostró a sí misma para que juzgara yo—: Creen que como poco. Y se equivocan, desde luego. Lo que pasa es que yo respeto las reglas del juego, para no darles el viaje, y me ciño

al único primero y al postre único; casualmente la cerveza no me gusta y nunca pido licores con el café... ¿qué te parece?

—Que eres una joya.

—¿A que sí? Bueno, pues me acuerdo que las dos que me tocaron el año de este brillante, eran tan agarradas tan agarradas, que no veas la cara de asombro que pusieron cuando entré en aquella joyería de Ámsterdam señalando el brillantito del escaparate. Era un asombro de esos beligerantes, de los que te piden, te exigen, que les des una explicación, y más vale que sea buena, a semejante derroche. Yo les dije que me lo compraba porque en el fondo no me salía tan caro. Menos de la mitad que el banquete de comunión de mi hija y prácticamente lo mismo que el traje para ese solo día y los accesorios: guantes, rosario, libro de nácar, recordatorios, fotografías... Entonces la Montse y la Nuri se miraron extrañadas y me dijeron que ellas habían entendido que yo estaba soltera y que no tenía hijos. Y yo les contesté que sí, que era verdad que no tenía hijos y que por eso precisamente. Pero no lo pillaron a la primera, así que les expliqué que, a la edad que tenía yo, mi supuesta hija, de haberla parido, estaría ya a punto de tener que hacer la Primera Comunión y, por lo tanto, a punto de suponerme un gasto mucho mayor que el de este diamantillo. Vamos, que no estaba invirtiendo yo en mi capricho tonto más que otras en los suyos, es lo que venía a decirles. Pero mis amigas tardaron en reírme el chiste, no creas, primero porque se retrasaron mucho, ya te digo, en entenderlo, y luego porque dudaron todavía un rato más sobre si tenía gracia o no... Al final, y como pasa tantas veces en la vida, cuando vieron que ni podían quitarme de la cabeza por mi bien la idea de comprár-

melo ni las razones que yo les daba les servían de mucho tampoco, pues empezaron a dárselas ellas mismas, solitas, las buenas razones, las que sí valían, las que no había encontraba yo: que *un diamante es para siempre*, que *es una inversión*, que *estábamos en donde menos valían*, o *eso se decía*, que *las piedras siempre se revalorizan*...

Por lo alto de la pequeña joya que era su cuello, se extendía hacia afuera, como un balcón señorial, una barbilla honorífica, ganada valientemente en batalla contra las hechuras escuetas de su boca y sus dientes; bonita boca pequeña, muy bien perfilada en mitad de la meseta del mentón y de las cumbres de su nariz. Una nariz poderosa, sin embargo, diseñada como la de los perseguidos por su raza; una nariz de pueblo elegido por Dios para poblar campos de concentración o las maderas de los violines o los mostradores de las joyerías de quince metros cuadrados o los estudios de cine de la América del Norte. Una nariz que, según me contó su dueña, dos veces peligró ser desdibujada por un cirujano y que, si logró permanecer faxímil, fue sólo gracias al miedo que nuestra vendedora de tornillos ha tenido siempre a los anestésistas, sean éstos drogadictos o no.

Y sobre la nariz, por fin, dos inmensos y pavorosamente profundos ojos verdes; verdes de verdad, verdes como las aguas dulces que se tiñen de sus riberas; verdes y traslúcidos, verdes y generosos con la noche para la que guardan luz durante todo el día, iluminadores ecológicos que acumulan sol y transparencias en unas baterías celosamente guardadas en los rincones más secretos de su cerebro. Con la vida de esos ojos, nuestra vendedora de Tornisa de Navalcarnero hacía olvidar a capataces y administradores que su

cuerpo era, efectivamente, demasiado «irregular» para hacer bien ese trabajo en los tiempos esculturales que corren.

Sin embargo, después de este intento de describirla físicamente, me doy cuenta de que todas estas palabras, aunque las hile yo con artimañas, no consiguen presentarla. Salvo lo último, sus ojos, que fue siempre lo primero que vi y durante mucho tiempo lo único, todo lo demás podría muy bien no pertenecerle y ella seguiría siendo la misma. (No por verdes y luminosos, esos ojos suyos, dicho sea de paso, son menos inquietantes y llamadores a su abismo que los de Nolde.)

En todo caso, quizá algunos movimientos de su cuerpo la expresen mejor. Movía las manos como una de esas mujeres a las que no les adivinas la infancia porque se han desprendido de ella de una manera eficaz y de verdad superadora, como lastre conscientemente arrojado por la borda de la cesta del globo amniótico. Tan increíble sería en sus labios una confesión de infancia feliz en pueblo tranquilo, como otra de una infancia terrible en los arrabales de una metrópoli de veras demasiado urbana. ¿Que cómo mueven las manos las mujeres sin infancia? Pues escasean, pero hay mujeres así, que llaman al camarero como si ellas no tuvieran historia, o como si, mejor dicho, su historia nunca las hubiera tenido a ellas. Se nota en cómo llaman al camarero, en cómo encienden un cigarrillo y, muy especialmente, en cómo se sientan al volante de su coche. En los tres gestos demuestran una seguridad de personas mayores innatas, natas maduras, nacidas ya con edad para hacer esas cosas desde el primer momento: calostros y meter primera; chupete y levantar la mano una sola vez, en el momento exacto en que el camarero de restaurante de menú del día –ese que se espe-

cializa precisamente en no mirar para no ser requerido— está al descubierto y debe aceptar que han hecho diana en él; sonajero y una precisión milimétrica en la colocación del mechero para que una fracción de segundo sea suficiente surtidor de llama, chas, y toda la redonda corona del cigarrillo queda incendiada, no se puede encender un pitillo en menos tiempo, chas, milésimas y listo, continúa su charla sin que haya habido ni siquiera una pausa de respiración.

Además, ella misma nunca me habla de su infancia, no tengo casi ninguna referencia: señal, no de que la oculte, sino de lo poco que le importa. Un punto de referencia ¿para qué? es la infancia. ¿Qué explicaría en su caso haber tenido uno, cinco o ningún hermano, un padre rico o severamente popular, una madre consentidora o enferma de los nervios? Si esos hechos son referentes para la mayoría de nosotras, no lo son para un manojo de mujeres especiales que dan la sensación, no de que no tienen historia, ya digo, sino de que no la necesitan. Y, por lo mismo, dan a la vez la sensación de ser perfectamente capaces, si un día se fajan con alguien en un pulso de tú a tú, de contar sus recuerdos sin adulteraciones y desde donde sea preciso... Para ellas, todo, hasta eso tan difícil de no hacerle trampas a la memoria, no es más que ponerse.

Lo más parecido a un recuerdo de cuando era pequeña que me ha contado, vino a propósito de una parada que hizo hace no mucho, en su pueblo. Me gustaría saber reproducir lo que me dijo con su misma rara precisión para enhebrar ideas dispares, me dijo:

—De joven, puede que alguna vez llegara a pensar que mi existencia era inútil, que yo era una inútil, una mujer-hom-

bre-persona inútil. Pero nunca me imaginé que volvería a pensarlo de mí ahora que soy vieja. Las reflexiones tempranas (pamplinas de cerebro virgen, ya sabes, sucedáneos de los recuerdos por venir), esas reflexiones sobre la utilidad o inutilidad son más propias, sí, creo yo, de la juventud y de sus excesos de actividad y expectativas, que de la madurez. Pero es que las cosas se han puesto de pronto mal para mí. O no ha sido de pronto, sino paulatinamente, como sucede todo lo cotidiano en el universo, y yo no me he dado cuenta. El caso es que mi trabajo de viajante me aburre ya sin remedio. Tanto me aburre, que últimamente no hago más que pensar en mi otra cara, en mi vida privada; y es peligroso ponerse a mirar un vacío tan profundo como ése. Te lo digo yo. Pienso: no soy ni madre ni amante de nadie que de verdad me interese... Y si ahora tampoco me entretiene mi trabajo... ¿qué me queda?

—Yo tampoco soy ni madre ni amante de nadie que de verdad me interese y ya no me queda ni el trabajo.

—Pues eso. Tú me entiendes entonces... —Pero lo pensó mejor y se corrigió enseguida:— Aunque no. Porque a ti te queda todavía lo de querer ser artista. En eso estás. Y a mí no. Yo no tengo ni la más remota idea, ni una pista siquiera, de cuál pudo ser el talento que en mí se desperdiciara. Además, ¡qué pereza ponerme ahora a desenterrar cualquier sueño antiguo, suponiendo que lo tuviera! Sinceramente, creo que si alguna vez ambicioné alguna clase de quimerilla adolescente, ya la he olvidado. El ser más bien feíta, y no del todo la más aplicada de la clase, creo yo que ayuda, desde el principio y a tiempo, a no hacerse una demasiadas ilusiones en la vida. La rubita aquella que se aprendía de me-

moría todas las canciones de Marisol para convencernos de jugar al escenario durante el recreo (nosotras, el coro, claro, y ella, con un mango del diábolito empuñado como micrófono, la solista), aquélla seguro que se abrasaba el pelo con agua oxigenada. Y, con envidia (que también pone amarilla la cabeza), se abrasaba las esperanzas, seguro, porque soñaba con ser niña prodigio. Por guapa. Precisamente por guapa. Por parecerse a una guapa, le dio por soñar su suerte. Porque, por muy buena actriz que resultara ser aquella vieja pellejuda de Furtivos (a la que siempre le he dado un aire y ahora empiezo seriamente a parecerme), nadie, ninguna niña, soñó nunca ser como ella. A nadie le frustró no conseguirlo. La rubita aquella, además, la que me tocó a mí, se llamaba (yo no sé cómo se llamaría la tuya, porque todas tuvimos la nuestra), pero ésta se llamaba de verdad, en el Registro, no era un diminutivo ni un apócope, Marieta, y un nombre como ése, en un pueblo en el que más de una se llamaba todavía María Isidra o Jacinta, es toda una licencia para concebir derechos sobre un futuro radicalmente contrario al de las Petras o Fuencislas. Hace dos semanas, por casualidad, pasé por mi pueblo. Diré mejor: por el pueblo en el que me criaron. Y decidí pararme a tomar café; pero no creas que me paré llevada por la nostalgia, no, sino por un espíritu científico. Me paré con la intención de observar mis reacciones ante los estímulos y tomar nota de ellas lo más exactamente posible, y no con la idea de regodearme en mis recuerdos, que no son recuerdos que propicien el regodeo. Tampoco lo son, es cierto, que despierten agujas en el estómago. Son recuerdos normalitos, vulgares y corrientes, sin los picos de las grandes gráficas, las que miden catástro-



fes o euforias. De todo el pueblo, sólo me apeteció volver a un sitio, ni a la que fue la casa de mis padres, ni al cementerio donde están los dos ni a la ermita de las afueras contra cuya pared norte perdí la virginidad sin que me quedaran ganas de grabar ningún nombre por el camino verde que va a ella. Volví a mi escuela. Al patio de mi colegio. Y me da cuenta, ahí sí, de que todavía reboto, como el eco de los gritos, en los pilares de los soportales del patio de mi colegio. Son los pilares los que suben y bajan las voces a las aulas. Los de hormigón. El alma es conductora, el esqueleto mantiene en pie; la carne, sin embargo, y los ladrillos, aíslan y se rinden al primer temblor. Voy a cumplir cincuenta y un años. Ahora, la tierra que saco de mí cuando excavo es arena porosa y seca. Y la pesadilla es no poder asirla. (Qué misterio de Santísima Trinidad ni qué ocho cuartos, señor catequista, ¿a quién le interesa contar los granos?). Lo devastador es no poder asirla.

»Y me acordé de Marieta, te digo, de sus ínfulas, con la misma incredulidad sobre sus posibilidades de éxito que cuando salíamos al recreo. Pero esta vez con un ingrediente nuevo en el aliño, la ternura. La ternura, sí. Porque la incredulidad que en aquellos recreos me sabía a vinagre de burla y recelo, me supo el otro día, rodeando las vallas de la escuela, a hierbabuena tierna de comprensión y solidaridad. No la he vuelto a ver desde que teníamos catorce años, pero supongo que ha estado engordando y acumulando líquidos en las piernas, y arrugas en el cuello, como todas. Ahora sé que si la viera ahora mismo, la abrazaría y procuraría hablarle sólo de cosas agradables para hacerle olvidar la realidad mortal a la que nos acercamos las dos, cada vez en peores

condiciones. Nosotras dos. Como las demás del coro. Como todas. O no. Qué digo. Puede que no como todas. Puede que ella y yo sigamos siendo tan distintas como empezamos siendo. Puede ser que ahora, como entonces, siga siendo yo más valiente que ella. Porque yo sigo sin necesitar esperanzas para vivir... –eso me dijo mi vendedora de tornillos.

Y si al principio de conocerla, sin darme cuenta, y aunque me reía mucho, en el fondo me permitía el lujo de mirarla por encima del hombro cuando me lanzaba algunos razonamientos que a mí me parecían, ya lo he dicho antes, poco más que tópicos, muy pronto, y del mismo modo, sin darme cuenta, sus comentarios empezaron a parecerme raramente lúcidos. Poco a poco, sus ideas se me fueron haciendo profundas y noté que me repercutían dentro. No sé cómo, en cuanto nos separábamos, en cuanto las sacaba del presente en primer plano, adquirían dimensiones de originalidad auténtica, de originalidad sin imposturas, sin adornos. De vez en cuando revelo en blanco y negro, así que puedo poner un paralelismo con el revelado de fotografías: me pasó como cuando has hecho un negativo fijándote en una parte de la escena y, a la hora de positivar, descubres que hay en él, a los lados de lo que a ti te pareció importante, o por debajo o por arriba, otro encuadre, otro mundo de luz y sombras más interesante que el que tú decidiste ver. Y entonces le das a la manivela para que la ampliadora suba por su riel con la incertidumbre de no saber si la casualidad habrá mantenido con foco lo que tu torpeza despreció.

Quedábamos para comer y después de dejarla, después de no importa qué conversación con ella, yo volvía a mi casa invariablemente con la urgencia de releer lo que había escri-

to, como si hubiera caído de pronto en algo (aunque no supiera bien en qué), y tuviera que corregirlo inmediatamente antes de que se me olvidara. Me cargaba, sin que me temblara la mano, escenas enteras que había tardado en escribir una semana. Y hasta personajes que tenía prácticamente contruidos después de varios meses. Y lo curioso es que lo hacía alegremente, sin que me doliera, como quien tira basura o despeja una mesa de restos de comida. Descubrí que había una relación de causa-efecto entre las cosas de las que hablábamos y las purgas que yo hacía en mis folios. Sólo que tardé algo en descubrirlo porque, como diría ella, se tarda un tiempo en descubrir que un proceso es un proceso.

\* \* \*

Mi modista de Atenas tenía una fuerza extraordinaria en la presencia y en los ojos. Quizá conocía sus poderes, pero estoy segura de que no estaba acostumbrada a hacer lo que hizo conmigo. Quizá fuera la primera vez, también para ella, de una manera sólo un poco distinta de la mía: la primera vez que se atrevía a poner en práctica ese ímpetu mudo. A mí también me gustaría, alguna vez, disponer de su misma fuerza, ponerla a funcionar descaradamente y ver sus efectos.

El poder de mover el mundo con el cuerpo y con los ojos, sin una palabra, sólo con gestos, que la otra, la que los recibe, no tiene más remedio que traducir, a su vez, a la lengua del cuerpo y de los ojos, ese poder extraverbal, iba a decir, no es innato. Es sólo de las mujeres, y no de todas, pero no es innato. Los hombres no lo tienen simplemente porque no lo han practicado nunca, y, al ser un poder inde-

pendiente de los suyos, lo han despreciado siempre; por eso han llamado brujas a las mujeres que sí han dispuesto de él. Son brujas porque hipnotizan con el casi no movimiento, de tan lento, de sus manos; y con sus ojos.

Fue la envidia la que les puso brujas. Porque el desprecio, aplicado a las virtudes ajenas, es la misma mala cosa que la envidia. Y se les inventó un servilismo, diabólico, pero servilismo, a mujeres que, todo lo contrario, crearon de la nada su libertad y la de muchas otras.

Aunque hablar de ella como de una bruja debe ser, a estas alturas, pienso yo, dentro de la semántica del mundo de las mujeres, tan tópico como haberle mandado versos de Safo. No es una metáfora muy original, hay que reconocerlo. Y aunque lo fuera: a mí lo que me gustaría sería poder hablar de ella sin metáforas. Y de mí. Las metáforas enturbian siempre; las comparaciones no siempre clarifican. La imaginería verbal, apalabrada, a menudo esconde lo que pretende exponer. Y a mí lo que me gustaría sería poder hablar de ella, es decir, de mí, sin mediaciones. Sin mitos, sin representaciones simbólicas, sin delegación de significados; es decir, sin coberturas, a cuerpo limpio, sin escudo para las verdades puntiagudas.

¿Tanto me chirría a mí la palabra que nombra el deseo de una mujer por otra que necesito envolverla en otras ciento distintas? Pues me desconocía tan cobarde si es así. Si así fuera, habría estado siendo muy permeable, sin saberlo, a los aleccionamientos que crítico. No me gusto como ahora me veo: asustadiza y un poco mojigata, incluso.

Lo que sucedió en aquel hotel, hoy lo sé, tuvo poco de casual. Y fue más una afloración que un descubrimiento. Tal

vez la mujer que me amó fue antes amada por otra mujer gracias a esa misma energía de magma venido como un río desde las entrañas de lo que sea que contenga la incandescencia y que se derrama sólo de vez en cuando. Tal vez no sabía ella tampoco que había aprendido a incendiar de deseo a una mujer de esa forma infalible en que había sido incendiada ella misma primero y tal vez tardó años, a su vez, en atreverse a probar ese poder fuera de ella y lo probó en mí. Tal vez yo aprendí aquel día esa fórmula de embrujo, aunque aún tarde años en atreverme a usarla. Ya he tardado años.

Tal vez muchas de nosotras podríamos, mudas y dueñas de nosotras mismas, ir hacia una mujer, una determinada, esa desconocida que no podemos quitarnos de la memoria tras simplemente haberla contemplado despacio en vaya usted a saber qué extraño momento, y explicarle con los ojos que debemos besarnos porque no queda otro remedio... ¿Cómo es posible que ella me dijera tanto y yo lo entendiera todo sin una sílaba?

Me habló con el silencio, sí, pero imagino que después de una más que larga y fermentada sobrantía de palabras. Porque ese poder no es una técnica de adquisición inmediata tampoco, sino el resultado de una reflexión muy íntima que antes ha pasado por todos los discursos indagadores, morales y estéticos conocidos.

Yo sostengo que hay en Atenas ahora mismo, viviendo, cosiendo quizá a estas horas, una mujer extraordinariamente fuerte que una vez se prendó de mí lo bastante para hacerse bruja por un día. Por uno, pero porque tuvo más de quince para llenarse de palabras repasando, como fracasos,

peor, como inhibiciones, todos los capítulos de su vida anterior en los que no hizo lo que hizo conmigo. Por una vez (debió decirse, y yo lo sé), voy a poner en práctica el conjuro: yo misma le llevaré la túnica, iré hacia ella y la miraré de modo que no le quepa la menor duda de que debemos abrazarnos porque es la única explicación que puede darse al deseo.

\* \* \*

¿Y qué hace una bruja sin compañera? Siempre las ponen, a las brujas inventadas, o bien en compañía de un montón de brujas más, indeterminadas, danzantes y todas muy chillonas, o completamente solas. A menudo solas. Si alguna vez se las presenta en grupo, es porque han quedado para algún aquelarre. A los brujos hombres (éstos sí que inventados todos, porque no los hay reales: no los hay reales porque no están en la realidad nombrada; «las mujeres, la mayoría, son unas brujas», se dice, pero nadie dice de los hombre que sean unos brujos para referirse a su identidad real o para diferenciar a los que lo son de los que no lo son), a los brujos hombres, los de los cuentos, digo, les ponen siempre, sin embargo, un compañero íntimo, un aprendiz: aprendiz de brujo con nombre propio o aprendiz de guerrero, con más nombre aún, que será favorecido con la magia para cumplir su religiosa misión de salvar el mundo; el caso es que nunca están solos. Pero las brujas representadas siempre están solas. ¿Por qué las recrean así si una bruja sin compañera no tiene sentido? ¿Tenía mi modista ateniense compañera? ¿Una aprendiz de su taller?

Celestina la tuvo, una amiga bruja insustituible para ella: Claudina. Y Claudina murió y la dejó sola para los restos. Y Celestina, después de la muerte de Claudina, ya no volvió a ser la misma. Sus nombres son sonoramente la misma nota, por eso me gusta repetirlos, para hacer de una el eco de la otra: Celestina, Claudina. Porque el eco es la palabra muerta que se resiste a desaparecer de la memoria. (Y los estribillos pretenden lo mismo, permanecer; y las rimas consiguen lo mismo, quedarse.) Muy imborrable debió de ser la complicidad entre ellas para que el furor de vida de Celestina fuera, en adelante, tras perder a Claudina, un furor de muerte. Prostituyó su magia por dinero y el dinero, que fácil llegaba, se le escurría de las manos por los mismos caminos por los que había venido, por los del vicio. Cuando Fernando de Rojas la conoció, Celestina no era tan vieja como él decía, pero era una mujer al final de su vida, eso sí.

¿Dónde están las compañeras de las brujas, sus amantes de corazón? Nos las presentan revolcadas masivamente entre ellas, pero sin amor propio, desnudas, pero sin cuerpo enamorado. Y poco verdaderas parecen así. Yo las imagino más creíbles: queriendo a quien no deben y siendo queridas. ¿Dónde están sus compañeras de vida? Nos las han ocultado siempre. Las tuvieron, eso es lo único seguro. Y a saber si no se fueron a la cueva precisamente por eso, para estar juntas. Si hago un esfuerzo, puedo separar los murmullos de los vientos que paran en aquella cueva de la voz de dos de ellas, que también viven allí y están ahora charlando tranquilamente:

—¿Por qué aprenderse, entonces, de memoria, toda esa re-tabíla de palabras sin sentido...? —oigo que pregunta la más joven de las dos.

—(... sin sentido, pero con ritmo, como la poesía moderna).  
—... Sí, pero ¿por qué aprenderse los conjuros de memoria si tú misma dices que son las hierbas que pones en la poción lo que importa?

—Porque algo hay que rezar, de todas formas, para darle su parte de magia al asunto. Algo poderoso, de vigor verbal apabullante... Tan incomprendible como lo que rezan ellos en latín, pero por razones más honestas incomprendible, y sin el recurso fácil de una lengua desconocida... Y, dime, ¿vas a improvisar una cantinela nueva cada vez, una cantinela difícil, sincopada y espeluznante, además? Créeme: es mejor aprenderla junto con la receta de la pócima. Porque... no se te olvide nunca una cosa: la persona que viene a ti para que la ayudes está mucho más pendiente que tú de cuanto haces y dices. Y recordará el conjuro, aunque no lo recuerde literalmente. Así que, más te vale, si viene en otra ocasión para algo semejante, que le suene que es el mismo. No es tan difícil, ya te he explicada el truco para aprenderte la fórmula a la par que su armadura sonora: ponle a cada ingrediente de la naturaleza, un nombre de ingrediente del imaginario oscuro; puedes coger los míos o puedes inventar los tuyos propios si quieres. Hierba buena: ponzoña de alacrán. Perejil: placenta de soltera. Salvia: hígado de musaraña. Aunque es mejor tener dos, o incluso tres nombres para cada planta, porque a menudo la receta tiene pocos compuestos y la cocción es muy larga y el rezo debe ser casi tan largo como la preparación. Hierba buena: ponzoña de alacrán y cerumen de la oreja de un sordo. Perejil: placenta de soltera y feto de gata negra. Salvia: hígado de musaraña y escamas de víbora preñada... Te repito que quien venga a ti va a estar muy pendiente de lo que hagas y de lo que farfulles, así que

*procura que los ingredientes que nombres, por si alguien se los aprende, sean también muy difíciles de encontrar. Porque es peligroso que la gente se autoconjure y caiga en la osadía ignorante de administrarse por su cuenta los brebajes...*

Yo debería irme a vivir al campo. Ni Atenas ni Madrid ni París. A las brujas les gusta el campo. Pero ninguna bruja se iría a vivir al campo sin una compañera. Las brujas van a las ciudades muy grandes porque sólo en las ciudades grandes es posible encontrar compañeras sin que la búsqueda en sí misma se convierta en un escándalo. Pero, cuando la encuentran, seguro que vuelven al campo. ¿Van a la ciudad para buscar en los bares de ambiente?

Un momento: algo están comentando las dos brujas de la cueva sobre el campo, a ver si oigo mejor lo que dicen:

*— ... no sólo para poder encontrar las hierbas que nos hacen falta, también para cultivar las que están prohibidas. Y porque a las brujas nos gusta la noche y la noche sólo existe en el campo. La noche es duda; el día es tajante. La luna es agricultura; el sol es pastoreo viril. Venció el sol. Vencieron los hombres. Y siguen ganando a fuerza de poner farolas por todas partes. Quieren que el campo termine cuanto antes y por eso ponen farolas ya desde antes de que termine el campo, antes de que haya empezado la ciudad... Pero nada de esto que te digo aquí lo repitas tú luego fuera de aquí o te quemarán en la hoguera.*

*—Ya no hay condena al fuego.*

*—Pues dirán que es simple, simplista, simplificador tu criterio; no querrán admitir que tus palabras son metáforas y las tomarán al pie de la letra con tal de quemarte por ellas, ¡digo que si te quemarán!, seguro que te queman; un día te sentirás muy quemada de la ciudad y de sus cenáculos.*

*—¿Y de los hombres?—pregunta la aprendiz.*

*—Esa quema es anterior y tú ya la has padecido o no estarías aquí... De todas formas, no se quema una con los hombres por culpa de ellos solamente, creo yo, de su mayor o menor culpa en el cerillazo; se quema una por combustión interna. Son ácidos propios los que nos van comiendo por dentro hasta que taladran el envase, que somos nosotras mismas, y afloran en forma gaseosa y, entonces sí, al mínimo chispazo, nos encendemos.*

*—¿Por combustión interna, dices? Pues algo así será, sí, porque es verdad que ya me siento un poco chamuscada, y eso a pesar de que he conocido sólo a hombres buenos, incapaces de quemar a nadie.*

*—Dime una cosa, por curiosidad, para mi estadística secreta... ¿Sueles acariciar, lamer, mordisquear... es decir, te entretienes mucho sonsacándole diminutos pezones a las tetillas de los pechos de los hombres sobre los que te acuestas?*

*—¿Qué...?—y se adivina la risilla de sorpresa de la aprendiz detrás de su exclamación— ¡Ah, ya! Bueno. Pues... Pero no, te diré más, te daré un dato más útil para eso que en el fondo me preguntas: hace poco he descubierto que al hombre al que más he deseado en mi vida, lo vi una noche, en blanco y negro, vestido de frac, en Marruecos, en la película. Aparece con las manos metidas en los bolsillos y se pasea cantando entre las mesas de un cabaret.*

*—Sí, la recuerdo, la escena... vaya, vaya... qué interesante... Y sí, es una buena pista la que me das, y más delatora, efectivamente, que la de responder que sí a mi pregunta. Pero, dime, ese descubrimiento ¿fue terrible para ti?*

*—De-sa-so-se-gan-te más bien. Me produjo inquietud, más que miedo.*

—*Inquietante, dices. Ya lo creo que debió serlo. El deseo de lo prohibido lo es siempre. Nos saca de la quietud y se lleva nuestro sosiego al futuro y allí lo planta, como señoelo, para que corramos en pos de él, a recuperarlo. El deseo nuevo se lleva nuestra vieja tranquilidad, sí, nos la aleja y nos la pone a una distancia que nos va a costar mucho recorrer... Por eso la pregunta es siempre la misma: ¿Qué hacer frente a lo que nos inquieta? ¿Sabes tú lo que vas a hacer, pequeña?*

—*Por lo pronto, aprender malas artes. Para eso estoy aquí. Ya veré luego cómo las uso.*

—*Con que el frac de Marlene, ¿eh?... Inolvidable, sí, el beso que ella le da a una mujer que está sentada en el público. Pero tienes unos gustos muy clásicos, jovencita, perdona que te lo diga.*

—*A ver, qué quieres, no puedo evitarlo. Antes de que los deseos se concreten, son siempre símbolos, ¿o no? Y muy generales... Pero todo se andará. Por lo pronto, ya no necesito que Marlene Dietrich fume para desearla. Quizá dentro de poco tampoco necesite que sea Marlene... ni que se vista de hombre...*

\* \* \*

Me gusta cocinar. Debo ser de las pocas mujeres que, viviendo solas, se cocinan para ellas los mismos laboriosos platos que si cocinaran para las amigas. Aunque eso era antes porque, en este año y medio de paro que llevo, he visto que no era del todo cierto. O que fue verdad, pero que ha dejado de serlo. Era verdad que me cocinaba con todo lujo de detalles cuando trabajaba y me quedaba sola en casa un

fin de semana. Pero ha dejado de ser verdad en cuanto me he visto metida en casa todos los días, en cuanto mi soledad ante los fogones se ha convertido en cotidiana. Ahora es más fácil que ni me acuerde de descongelar lo que voy a comerme y que recurra al microondas como hacen los policías americanos cuyo celo en el trabajo, justo al contrario de lo que me pasa a mí, les ha hecho perder la cocina casera. O, mejor dicho, les ha hecho perder a la Brenda que les cocinaba y la casita con porche donde lo hacía y al hijito de ambos que estaba dentro de la casita. Brenda se fue, lo dejó, y se llevó al niño. Aunque las *Cariño-ojos-tristes*, las *Brenda-cariño* (todas las Brendas son llamadas *cariño* y tienen tristes los ojos) abren su puerta a estos Maik desajustados cada vez que van a visitarlas después del divorcio que pidieron ellas. Y les abren siempre, por muy después del divorcio que sea la visita, como si no pudieran olvidar la vida de plenitud que Maik les dio a pesar de todo, *fue bonito mientras duró, ¿verdad, Brenda-cariño?*, hasta que el cuerpo de policía de Nueva York les hizo insoportable la competencia. Las Maripuris de los Pepes puede que no, pero los Brendas de los Maik que trabajan en la criminalidad sin horario los adoran siempre, eternamente, siempre les abren la puerta, aunque lo hagan poniendo mala cara, al verlos aparecer por detrás de la mosquitera, porque la de ellas es una mala cara de vencidas por las circunstancias y no de rabiosas histéricas como la de nuestras Maripuris, hay una diferencia, y siempre les dejan entrar a darle un beso de buenas noches a Bobby, que se despierta para enseñarle al padre la foto de ambos con la que duerme: papá con la gorra de policía que ya no es obligatorio que lleve y Bobby con el casco de no sé cuál de los violen-

tos deportes para hijos de policías americanos, fútbol americano o jockey sobre hielo americano.

Yo no llego a tirarle desde lejos al microondas el pedrusco congelado como hace Maik procurando acertar dentro como si fuera la boca de una rana tragaperras, no lo hago con esa viril soltura capaz de costarme el propio microondas (que, como no es americano, no soportaría semejantes malos tratos), ni me tiro tres cuartos de hora delante de la puerta abierta del frigorífico vacío, como si me sorprendiera que estuviera vacío, porque a mí no me sorprende, porque yo sé perfectamente lo que hay y lo que no dentro de mi frigorífico, nadie lo llena por mí, nadie por mí lo vacía, ¿cómo no voy a saberlo?, ¿cómo puede sorprenderme que no tenga huevos? El susto me lo llevaría si encontrara un par de ellos después de haberlos gastado todos... A esas cosas no llego, no, pero las otras de la vida sin trabajo y sin compañía sí que empiezan a pasarme. Me aburre el laborioso proceso de reducir una salsa sólo para un filete. Y no digamos el tiempo que hace que no me hago un potaje...

La cocina, eso he descubierto yo ahora (eso tan sabido desde siempre, sí, pero nuevo para mí), no es un placer solitario, desde luego que no, no puede serlo, ni es independiente de la conversación que la acompaña y la justifica. Ni es inocente en lo que se refiere a las esperanzas que esconden los manjares; ni es ajena tampoco al desarrollo de los acontecimientos que han acabado en nuestros orgasmos.

Lo curioso de esto es que, ahora que lo pienso, siempre que me he esmerado cocinando ha sido para alguna mujer. O para varias reunidas la misma noche. He cocinado para algunos hombres, pero para poquísimos, ni siquiera para to-

dos con los que me he acostado, que no han sido tantos de todas formas, y nunca nada elaborado, siempre cocina para salir del paso. Cada vez que me he puesto a cocinar de verdad ha sido para nosotras. Puedo estar preguntándome por qué durante un rato; tengo todo el tiempo que quiera para hacerme preguntas inútiles.

Por ejemplo: ¿Será que no me he esforzado con los pocos hombres para los que he cocinado porque no he estado enamorada de verdad de ninguno de ellos? Bueno, es una idea. Aunque sería más sutil plantearla diciendo que ninguno me ha impresionado lo bastante para que yo hubiera querido impresionarlo a él a mi vez. Pero, aun así, aun después de formularla mejor, seguiría sin ser una explicación porque tampoco me he enamorado de Asun, la jefa de prensa de Nicate, y siempre que la invito me desvivo. Y lo preparo todo con mis poquitos de nervios cuando vienen a cenar Paqui, Susana y Pilar, de Masa Media. Las solteras, por cierto. Ahora caigo. Esto sí que sería una consideración a tener en cuenta. Porque, cuando quedo con parejas, siempre quedamos a cenar fuera. Mujeres solas. No es que la limitación la haya puesto yo, simplemente acabo de darme cuenta. Otra cena suele ser con Celia, mi vecina de bloque, y Cloti, su compañera de trabajo, las dos separadas. Vale, dejémoslo, también pueden ser casualidades... Y otra cena de las que preparo con gusto de vez en cuando es para Elisa y Juana Robles, las dos hermanas pequeñas de uno de mis ex, mis entusiastas cuñadas voluntarias. Son raras como un perro verde. Raro era también el nene, el hermano, que no me habla desde que lo dejamos, primero porque se enfadó conmigo por haberlo dejado yo y después, cuando se le pasó el ca-

breo porque encontró a otra, porque dice que su actual novia es una celosa enfermiza; según sus hermanas, lo que es su actual novia es un energúmeno. Ellas dos y yo sí que hemos seguido viéndonos. Qué familia la de éstos... A mí ellas, dentro de lo locas que están, siempre me hicieron gracia, más que él que es el más cuerdo de los tres. Las dos abrieron hace tiempo una tienda de productos orientales y no se acuestan en ninguna parte sin previamente haberle preguntado a una pirámide de granito que tienen, y que pesará sus buenos cinco kilos, hacia dónde ponen la cabeza. En su día me la trajeron aquí, a ver si mi cabecero estaba donde debía, porque me tienen mucho cariño y quieren las mejores vibraciones para mí, y, afortunadamente, el peñasco dictaminó que no podía estar en mejor pared. Son vegetarianas, por supuesto, y para mí es un reto muy divertido invitarlas a comer. Y según las fiestas que me hacen, si les diera crédito, se me subiría el pavo a la cabeza. En todo caso, modestia aparte, creo que la cocina es un asunto que no se me da nada mal.

Últimamente, para quien más y mejor he cocinado ha sido para mi increíble vendedora de tornillos. Es una mujer muy generosa. Pero mucho de verdad. Como sabe que me gustan, me trae vinos que ni en las comidas de empresa se atreve una a pedir. Y yo tendría que haberme dado cuenta de... tendría que haber valorado mejor mis propias reacciones. Y las suyas, claro. Pero digo las mías, sobre todo, porque ése ha sido nuestro problema precisamente: que las suyas han sido desde el principio más fáciles de interpretar para mí que las mías.

Tendría que haberme dado cuenta de que esa ilusión de tul rosa y olor a merengue con la que salgo yo el sábado tem-

prano a hacer la compra (temprano para que no me quite nadie las mejores piezas de cada puesto) raya en el empacho. Entusiasmo completo ante la idea de preparar la comida para las dos. Tenía que haberme dado cuenta de lo que significaba dormirme el viernes teniendo en la cabeza, como último pensamiento, qué platos le prepararía a ella al día siguiente, ventajas e inconvenientes de cada uno, dificultad de hallazgo de materias primas o facilidad, tolerancia mayor o menor de los primeros platos a un retraso suyo imprevisto, contundencia o liviandad de los segundos...

Y yo sabía el sábado pasado, a media mañana, lo intuía aunque no fuera consciente, mientras estaba cocinando, que la que nos esperaba no sería una de tantas sobremesas, que ya no podría retrasarse más, a mi pesar, lo que teníamos que decirnos. Por eso, aunque me esmeré mucho más, lo único que conseguí fue pasarme un poco con casi todas las medidas: demasiado romero en el lomo y demasiado apio en la ensalada.

–Cuéntame otra de tus historias –le pedí cuando ya estábamos tomando el café.

–De qué historias.

–De esas que te pasan cuando estás de viaje.

–Que es casi siempre... –añadió ella, me pareció que con una tristeza nueva. De hecho, en el rato que llevábamos sentadas en mi sofá, había estado más pensativa que de costumbre. No durante la comida, sino en el café, después de dejar la mesa y de recoger los platos. Desde que se sentó y se relajó, noté que se le entristecía la expresión y el color de la voz-. No tengo tantas historias. Y creo que ya te las he contado todas.



—Sí que tienes.

—No tengo, no. Lo parece, porque te las he contado seguidas, pero no son tantas. Casi nunca hay nada que contar. La vida que llevo es tan aburrida, que a veces las provoco yo, las historias, con tal de tener algo que contarme a mí misma por la noche, en los hoteles. En esos hoteles que tienen un plafón en medio del techo, en todo lo alto y amarillento; tan alto, tan amarillo y tan centrado, que es imposible leer. Los hoteles con diablitas son otra categoría de hoteles. Hace tiempo que aprendí a llevarme siempre una linterna de las que se pillan al libro. He leído mucho en estos años, no me ha quedado otra —Definitivamente, algo le pasaba; hablaba para sí misma antes que para mí—. Por falta de historias propias, precisamente. Ahora, todos los hoteles, aunque sean regularcillos, tienen ya una tele en la habitación, pero antes no. Y ahora leo menos, claro. Porque yo, en el fondo, lo único que quería era... pues lo mismo que dices tú, que me contaran una historia, y eso lo hace también una película de la tele. Ni siquiera tiene que ser buena. Yo soporto las malas historias como soporto los malos hoteles: como parte del trabajo, o las conversaciones estúpidas con los clientes. Tengo mucho aguante. No es eso lo que me deprime. Lo que me deprime es que la conversación sea aburrida cuando estoy con alguien que me interesa... —Aquí hizo una pausa inesperada, como si se hubiera callado algo que venía ya por su cuenta, sin permiso suyo, a completar su frase—. O que el hotel sea malo cuando voy de vacaciones. O pensar en que es mi propia historia la que resulta mediocre, sin gracia, sin fuste. Por eso, para que no sea siempre así, de vez en cuando, yo misma me las ingenio para meterle un gag a lo mío.

Le fabrico yo el añadido a mi guión. Como ese que te conté a la salida de la fábrica de aros de sujetador. Si lo pienso, pocas veces me han pasado cosas interesantes que no sean descaradamente obra mía. ¿De las que pueda tener gracia contar...?: muy pocas. ¿Que no las haya ideado yo misma...?: poquísimas. No sé, tendría que... Bueno, sí, hay una. A lo mejor una sí. Ésa no fue del todo obra mía. Por lo menos la primera parte no. No es que sea gran cosa, contada no es gran cosa, pero me pasó sin yo buscarlo, sí, accidentalmente. Una aventura a mi pesar, como si dijéramos. Una aventura que luego trajo una cola larguísima...

Pero se detuvo, como si la cola en la que pensaba fuera, efectivamente, demasiado larga. Así que tuve que insistirle:

—Pues venga, empieza.

—Me da un poco de pereza y además no sé si... —y volvió a quedarse pensativa.

Este silencio suyo duró más y yo, al principio, no me atreví a decir nada porque vi que lo que no sabía era si quería contarme esa historia o no.

Pero es curioso cómo somos, qué picajoso se vuelve nuestro orgullo, qué dispuesto a tomarse la intimidad ajena —el celo que se ponga para guardarla—, como un feo, como una falta de confianza... porque, al cabo de un momento, me sorprendí a mí misma diciendo, casi ofendida:

—No, bueno, si hay algo que no quieres contarme..., no me lo cuentes.

Sin embargo, ella dijo enseguida, como si no me hubiera oído:

—Te cuento, sí, te cuento. Esta vez sí. Mira por dónde, he decidido que de hoy no pasa —y me miró de una forma seve-

ra, igual que se mira a quien hubiera que ajustarle alguna cuenta; parecía haber vuelto de un rincón remoto de su cabeza con la suma hecha.

Después sonrió y se le puso un matiz de burla en la cara. Se diría que la idea de resolver lo que tuviera pensado la estimulaba mucho. Y no se entretuvo más: de la burla pasó a poner mirada de desafío y empezó a contarme, sin más preámbulo:

—Verás tú, de pronto va y se me para el coche en una carretera comarcal... menos que comarcal, local. Fue hace años, muchos, yo tendría más o menos tu edad de ahora, sí, un poco menos, treinta y uno tenía. Fue después de Navidad, así que... finales de enero, ponle. ¡Con un frío que hacía...! En mitad de ninguna parte, *en un lugar de la Mancha*, sí, pero con un frío espantoso que había estado haciendo toda la semana. Se me para y no sé por qué, porque no entiendo de mecánica. Levanto el capó y miro por allí a ver si veo algún cable suelto. Pero nada. La radio funcionaba, así que no era de la batería. Poco más sabía yo. Y que tenía gasóleo, claro. Me pilló con el depósito casi lleno, y eso, con el frío que estaba haciendo, me pareció un consuelo. Pero al principio. Me pareció un consuelo sólo al principio porque enseguida me di cuenta de que no me iba a servir de nada tener gasóleo para calentarme, si resulta que el coche no arrancaba. Total, que veo que no puedo hacer nada y que no me queda otra que apartar mejor el coche, empujándolo un par de metros, porque la carretera es estrecha, y esperar a que pase alguien y pedirle que me lleve a un pueblo, al que sea, a buscar ayuda. Serían las cinco de la tarde o así, quedaba una media hora para que se hiciera de noche. Me pongo

a esperar, y no pasa nadie. Espero, y nadie. Diez minutos, y nadie. Un cuarto de hora, y nadie. Y de pronto empieza a nevar. Pero a nevar de verdad. Ya lo habían dicho en la radio, que se esperaba nieve. Enciendo la luz del coche por dentro y me pongo a mirar el mapa. Pero levantando la cabeza muy a menudo, no se me vaya a escapar un coche que pase... Veo que tengo que estar en un trecho... en alguna parte de un trecho entre dos pueblos que están a catorce kilómetros uno de otro, y no me acuerdo de cuándo pasé por el pueblo de atrás, pero calculo que debo estar a la mitad, más o menos. Mala suerte: lejos de todas partes. Una carretera que apenas se veía en el mapa. Una de esas que elijo yo a dedo, como para atrochar, aunque yo sé que las elijo más bien para no aburrirme tanto, para olisquear caminos nuevos. Caminos solitarios... ¡y tan solitarios!, como que es verdad que no pasaba nadie. En el coche no podía quedarme sin calefacción porque ya empezaba a sentir frío; tendré que hacer algo, me digo... Y entonces empiezo a tomarme en serio la idea de que igual no me queda más remedio que ir andando hasta uno de los dos pueblos. Sí, pero a cuál voy, ¿al de atrás o al de delante? Por intuición no podía decidirlo porque seguía pareciéndome que estaba más o menos a la mitad... Y en éstas se me ocurre una idea: buscar el mojón más cercano para ver en qué kilómetro estoy y saber así si es mejor tirar para delante o para atrás; como es una carretera local, y tengo en el mapa el tramo completo, es fácil ver, viendo el mojón, hacia dónde es más corto ir. Me abrigo bien, tenía un chaquetón bastante impermeable y forrado de piel sintética por dentro. Nada de abrigo de paño de señorita de ventas, menos mal. (Yo, normalmente, entro a

los despachos con mi traje de chaqueta y aparco en la puerta, así que el abrigo se queda siempre dentro del coche, o sea, que no forma parte del uniforme de comercial, y, menos mal, porque soy muy friolera, y aprendí rápido que tenía que llevar un abrigo-abrigo.) Total, que salgo del coche, nevando, me fallaban los zapatos, eso sí, pero qué se le va a hacer... y echo a andar para adelante, buscando el mojón; y a lo mejor tendría que haber andado para atrás, porque tardé un montón en encontrarlo, a mí me pareció más de un kilómetro; aunque puede que me lo pareciera por andar bajo la nevada, no sé. Cuando por fin lo encuentro, lo miro, y veo que estoy a ocho kilómetros del pueblo de atrás y a seis del siguiente por delante. Mala suerte, sí, casi en la mitad, como me temía, no había calculado yo tan mal a ojo... Mientras tanto, se había hecho de noche. Se había hecho casi de noche y, en todo ese tiempo, no había pasado ni dios. Yo no hacía más que decirme: «¿Y si no pasa nadie? ¿Y si entra la noche cerrada sin que pase nadie?». La nieve estaba cubriendo muy deprisa la carretera, dentro de poco ni se vería... Dentro de poco, nadie podría circular por allí. Esa carretera no tenía más tramo que aquél y, según el mapa, no había nada entre los dos pueblos. O sea, que, si alguien hubiera salido de uno o del otro, ya habría pasado por allí en el tiempo que llevaba parada. Y si no había salido nadie antes de que arreciara a nevar, ahora ya sí que, con tanta nieve, iba a ser imposible que nadie saliera. Estaba oscurísimo. No sabía qué hacer. Me repetía que quedarme en el coche toda la noche, sin calefacción, era peligroso: podía congelarme. Una noche larga donde las haya, de seis de la tarde a ocho y pico de la mañana, y a saber, además, si la nieve, de seguir

cayendo así, no haría imposible transitar por allí al día siguiente... No, no, pensé que era mejor andar que quedarme quieta. Tampoco eran tantos kilómetros; aunque iban a ser más, claro, porque tenía que volver al coche, para coger la linterna que llevo en la guantera y para abrir mi maleta pequeña de viaje y ponerme todo lo que pudiera: me puse las medias de reserva encima de las que llevaba, y la otra blusa, cogí la funda de tela en la que meto las zapatillas de noche y la usé de guante para una mano (eso era otro fallo, no tenía guantes porque no los uso, siempre me han estorbado) y hasta cogí las bragas del día anterior y me las puse en la cabeza a modo de gorro... Sí, sí, no te rías, ya sabes que es por la cabeza por donde se va más calor, por las orejillas...

—¿Y qué clase de bragas eran, de esas mínimas, de tirillas, de tanga... o más abrigaditas?

—Más abrigaditas. No de matrona antigua, ya me hubiera gustado, pero tampoco de las de la raja en el culo, menos mal que entonces no se llevaban. (No te rías, que es verdad.) ¡Anda que no me acordé yo veces de los tiempos antiguos, cuando todo el mundo llevaba una manta en el coche! Desde que no se rompen los coches, se ha perdido esa buena costumbre. Tenía muchísimo frío. Me puse las bragas en la cabeza y me eché a andar por esas estepas con la esperanza, todavía, de que pasara algún coche. Que no pasó, claro. Yo no hacía más que ir calculando a cada paso cuánto tardaría una persona normal, no acostumbrada a andar, en recorrer seis, siete u ocho kilómetros, en llano, pero andando bajo una nevada. La gente que hace deporte o anda por la montaña sabe esas cosas, pero yo no. Y te aseguro que es angustiioso no saberlo. Porque a mí, si alguien me dice que se tarda

seis horas en hacer seis kilómetros, me lo hubiera creído igual que si me dice que se tarda una.

—¿De noche y nevando? Hora y media, sí; bueno, dos como mucho.

—Y eso tardé, efectivamente. No llegó a las dos horas. Pero lo que cuenta es que yo no lo sabía cuando empecé a andar. ¿Tú te imaginas lo que es ponerte a andar en contra de copos de nieve como la palma de la mano y sin saber lo que tardarás? Cuando volví a pasar por el mojón que había visto primero, ya iba helada, tocándome la punta de la nariz de vez en cuando, por si se me caía. Tenía helados los pies, sobre todo. Menos mal que no había ventisca, si no, fenezco de verdad. Seguí andando un buen rato; venga a andar y andar, y el siguiente mojón no aparecía... Y yo pensaba: si esto no es más que un kilómetro y resulta que me quedan cinco y pico como éste, con el frío que tengo, no llego, vamos... La verdad es que lo pasé mal. Por el frío y por la incertidumbre, ya te digo, porque no podía calcular. Hasta que por fin vi el otro mojón. Me acerqué a él con la linterna y temblando; temblando por la tiritaña y temblando de pensar que, efectivamente, todo lo que yo llevaba andado pudiera ser sólo un kilómetro. Pero no, claro. Lo que pasaba es que faltaban mojones; o no los habían puesto de uno en uno o se habían destruido algunos con los años. Cuando pude ver los números, vi que llevaba cuatro kilómetros y, entonces ya sí, pude calcular a qué ritmo iba y cuánto tiempo me faltaba para llegar... y que no era tanto. Así que, la segunda parte de la caminata, aunque debía de estar más cansada y más helada, se me hizo menos dura que la primera, y la hice más deprisa y todo; yo creo que hasta se me quitó la mitad del frío... Lle-

gué al pueblo a eso de las ocho y media de la noche, nevando todavía. Y claro, ni un cristo por la calle. No había ni farolas. Bueno, una, sí, en una punta de la calle, que era la misma carretera, y otra muy al fondo... Un pueblo de esos que han crecido sólo a lo largo, sin núcleo en el centro, a lo largo de la carretera. Me pareció que no tenía más que otra calle paralela por cada lado. Ni hostel de carretera ni gasolinera ni señal de que hubiera nada público por allí... A pesar de todo, era un triunfo y una tranquilidad estar en alguna parte. Un bar tendrán, pensé, por lo menos un bar sí tendrán. Y me entró la risa; la risilla que da el frío, sería, digo yo, pero pensaba en la famosa imagen de la movida española, España tiene mucha marcha, la gente vive de puertas a fuera, hay un bar cada veinte metros, todo el mundo trasnocha, es normal acostarse de madrugada... Me acordé de quitarme las bragas de la cabeza, aunque, desde luego, no había peligro de que nadie me viera con ellas, no. Seguía andando por la carretera, que ya te digo que era la calle principal del pueblo, y nadie; ni coches ni personas. Me fijaba en los callejones laterales, porque buscaba un letrero luminoso o algo que diera idea de ser un bar. Por fin, en una esquina, veo que sí, que hay una cristalera con luz por dentro y destellos de una máquina tragaperras. ¡Un bar! Entro, y hay una tele encendida, una mesa con tres abuelos jugando al dominó y dos tíos en la barra, con un quinto de cerveza cada uno (nada de caña, botellín), me fijé en eso, qué tontería, en que no eran cañas y en que no era hora, tampoco, de que los abuelos estuvieran jugando al dominó. Yo qué sé de dónde me saqué la idea de que no era hora, como si al dominó sólo se pudiera jugar después de comer, de cuatro a seis, por ejemplo. Entro, me

sacudo un poco la nieve, y los viejos, los tres, se quedan congelados mirándome; uno se quedó con una ficha levantada en la mano y todo, a punto de ponerla, pero congelado. Y los otros dos con la cabeza girada hacia mí, pero inmóviles también, y amarillos. Más que congelados, porque allí la única que sentía frío era yo, ellos estaban amarillos como las figuras de cera. Los de la barra, los de la mesa: todos amarillos y paralizados, pero muy naturales. El bar entero parecía el rincón de un museo de éstos. Hasta yo me quedé quieta un momento. Daba susto aquella inmovilidad, aquel color de caras y las caras mismas. Pero me repongo un poco y consigo cruzar el local y llegar hasta la barra; y le pido un coñac al que está atendiendo. Un calvo con siete pelos trasatlánticos, que me mira con el mismo descaro que los otros cinco. Bueno, pues... ¿podrás creer que aún tardó, él por su cuenta, otro par de segundos más en reaccionar? O pon que fuera uno, pero todavía tardó ese instante de más, de propina, un retraso con propina, un segundo larguísimo, que lleva siglos sin terminar de pasar, ese segundo de puro aspaviento, que media entre un coñac y una mujer forastera que entra sola a pedirlo a un bar en una noche de perros. El del bar se vuelve por fin a coger la botella y comenta:

»—Buena está cayendo...

»—Sí, y parece que va a cuajar —dices tú, procurando ser tan campechana como ellos, pero sin dejar de asombrarte, en el fondo, al oír que tu voz sigue siendo humana.

»Después ya, poco a poco, todo el mundo va entrando en humanidad, afortunadamente. Y no es que desaparezca el recelo, ni siquiera la ictericia, pero las parálisis, por lo menos, van curándose. Poco a poco, lentamente, no creas, por-

que... el de la ficha, por ejemplo, la deja al fin sobre la mesa, sí, pero sin golpearla como tiene por costumbre; con tanta parsimonia la deja, que lo que choca es la suavidad, precisamente, no parece el dominó aquello. Y, al abuelo que le toca jugar a continuación, tiene él que avisarle de que le toca, hasta que dice «paso» y, entonces, al que se le acumula el retraso es al tercero, que tiene que volver a repasar las fichas que le quedan, como si se le hubieran olvidado. Y a los dos de la barra también les cuesta su entrenamiento volver a acodarse en ella y ponerse en línea conmigo para poder mirarme de reojo... Cuando por fin me pone el coñac el hombre, yo empiezo a contarle lo mío, pero muy resumidamente: le digo que primero me deja tirada el coche, que después veo que no pasa nadie, que al rato decido venir andando... y ya, para acabar, le digo que voy a necesitar un hostel o una pensión donde pasar la noche hasta que por la mañana pueda encontrar a un mecánico que vaya a ver qué le pasa al coche... Lo que le digo textualmente es:

»—Entre lo tarde que se ha hecho ya y entre que así no se puede circular, con tanta nieve, no me queda otra que pasar la noche aquí. Y mañana a ver si consigo que vaya un mecánico; o llamaré a una grúa, directamente, si no, no sé.

»Así mismo se lo dije, quiero que lo sepas, que fue exactamente así y por este orden: primero un hostel, porque ahora está claro que no se puede hacer nada, y después ya, mañana, al día siguiente, un mecánico, una grúa o lo que haga falta. Y me estaban escuchando todos perfectamente: el dueño del bar, los tres abuelos y los dos de la barra. Me oyeron perfectamente, sí, pero como si estuvieran sordos. Porque, ya verás, primero intervino el del bar:

»—¡Uy, un mecánico a estas horas...! —dice—. Imposible. Es que aquí no hay ningún taller de esos grandes que tengan un horario de veinticuatro horas...

»—Ni que hubiera ni que no hubiera —salta uno de los de la barra, echándose la boina para atrás—. La cosa es que, con el nevazo que está cayendo, no se puede ni circular. Es tontería ponerse a pensar quién puede ir... Pero por la hora no, hombre, eso es lo de menos. Por la hora... ya ves tú, el mismo *Miguel* iría ahora mismo, sin problema. El problema es que así no... Tal como está ya la carretera, ya no se puede ir a ningún lado; y eso hay que comprenderlo también...

»—No, no; claro que no —intervine yo enseguida—, no se me ocurre que haya que ir ahora, yo decía para mañana, y eso contando con que mañana se pueda ir, que tampoco está claro si sigue nevando así.

»—Ahora ya, con lo que lleva nevando, habrá por lo menos una cuarta de nieve —intervino el otro de la barra—, y que no parece que tenga intención de parar tampoco. El *Miguel* sé yo que tiene un cargador de batería, y mecánico es, sí, y muy bueno además, pero, entre que lo buscas y lo encuentras y va él a su taller a cargar las herramientas, te dan las diez de la noche y medio metro de nieve... y así no se puede salir a la carretera.

»—Que no, que no, que no se me ocurre que vaya a ser esta noche... —tuve que decir por tercera o cuarta vez seguida.

»—Y *pa na*, a lo mejor, porque puede que llegues allí y no sea de la batería, que sea de cualquier pieza, vaya usted a saber; igual el *Miguel* ni la tiene de repuesto...

»—No, de la batería seguro que no es, porque me funcionaba la radio. Pero bueno, que eso da lo mismo ahora; por

esta noche, ya nada. Mañana habrá tiempo de ver qué es o qué no es.

»—Si el caso es que el *Miguel* puede que esté todavía en su taller, porque ése echa el cierre, pero se queda a trabajar por dentro muchas veces, y no son las nueve todavía... —éste fue ahora uno de los tres abuelos de la mesa del dominó, lo dijo mirando al del bar, pero él mismo se contestó—. Lo que pasa es que se adelanta poco con que esté allí si no se puede circular con los coches por la carretera.

»—Buenas ganas son de exponerse a tener un accidente —añadió el viejo que estaba sentado a su derecha—, el *Miguel* o el que sea que pudiera acercarse. Y, bueno, si fuera que dijéramos que no hubiera más remedio que ir, pues se va, pero...

»—Ninguna necesidad hay de ir ahora —repetí yo, y procuré que lo mío sonara por fin tajante, educado pero tajante.

»Sin embargo, no debieron de oírme porque, al mismo tiempo que yo, había empezado ya a hablar el único que no había hablado todavía, el tercer abuelo de la partida:

»—No, no, lo que hay que ver es que, tal como está la noche, te expones a ir y no poder volver luego. Llegar llegas, a lo mejor; pero ¿y si no para de nevar? Capaz es que luego no puedas volver y estamos en las mismas.

»—Pero si no hace falta. Si a mí no me importa esperar a mañana, de verdad que no —dije aún, como una idiota.

»—Dices tú ir... —éste era el dueño del bar otra vez, dirigiéndose al que acababa de intervenir—. Pues yo te digo una cosa, aunque parara de nevar ahora mismo y ya no nevara más, ahora mismo necesitas tú ya poco menos que un oruga para circular por la carretera, fíjate lo que te digo. Y si no,

anda, asómate y mira y verás lo que se ha formado ya ahí fuera.

»—Que se va mañana y ya está, que las cosas hay que tomarlas como vienen... Lo que importa ahora —empecé a decir, con la intención de zanjar el asunto en la frase siguiente, pero no tuve ocasión de pronunciarla porque, sin mirarme siquiera, el de la boina tomó su turno, ya le tocaba otra vez en segunda ronda:

»—Hombre, un oruga no sé, a lo mejor un todoterreno... Pero que no es ya eso lo peor, lo peor es que llegues y no puedas arreglarlo porque haga falta remolcarlo hasta el taller y ahí ya sí que ni todoterreno ni grúa ni nada, ahí sí que te toca esperar a que el piso esté bueno o no lo traes.

»A estas alturas de la escena, mediada la segunda rueda de intervenciones, todas abundando en que esta noche no se podía ir a arreglar mi coche, me di cuenta, una es lenta, pero me di cuenta, de que mi opinión les importaba un comino, ni me habían tenido en consideración siquiera. Volvieron a decir lo de la batería y casi llegaron a la conclusión de que tenía que ser la batería. Luego pasaron por el taller del tal *Miguel* un par de veces más o tres, unas estando él dentro y otras estando él en su casa, dos calles más arriba. Repasaron las posibilidades de circular en la nieve de su furgoneta, la del *Miguel*, adivinando si tendría o no cadenas, primero, y quitándoselas luego, aunque las tuviera, por insuficientes ante el nevazo. Valoraron la urgencia del asunto de mi coche según unos criterios que no se preocuparon de explicarme, la compararon con una urgencia médica y poco menos que sentenciaron que era una exageración querer que el *Miguel*, ese buen muchacho, tuviera que salir con la noche de perros

que hacía y el peligro que corría de quedarse el pobre hombre hundido en cualquier cuneta, porque ni las cunetas se veían ya... Finalmente, cuando se cansaron, en el primer silencio real que se hizo, un silencio que les permitió a los de la barra pedir otro botellín cada uno, y, a los de la partida, volver a remover las fichas, aproveché yo para preguntarle al dueño del bar dónde había un hostel o una pensión.

»—Es que aquí en el pueblo no hay ningún hotel.

»—¿Y una pensión...?

»—Tampoco. Un poco más allá, en Villanueva, sí que hay un hostel.

»—Ya, pero si no está aquí, a ver cómo...

»—Sí, sí, claro, que eso a usted no le arregla nada, sin coche, ya lo sé, si es que estaba pensando... —y de verdad entornó los ojos y todo, para pensar mejor, mientras metía un trapo sucio dentro de un vaso limpio, para secarlo.

»—Yo no sé ahora, pero antes, la María Martínez, la hija del Silvestre —dijo el que estaba en la barra, cerca del de la boina—, tenía un par de habitaciones que las alquilaba cuando venían los de la Vinícola de la Rioja, pero ahora ya, desde que hicieron el hostel en Villanueva, paran allí, aunque tengan que hacer diez kilómetros más, porque esa gente es gente de negocios... Vienen a comprar y traen cuartos.

»—Uy, pero ya hace mucho que esa mujer no alquila habitaciones, incluso desde antes de que hicieran el hostel; desde que se le murió el padre —aclaró el de la boina—. Como ahora la mujer está sola, ya no deja que entre nadie extraño en su casa. Por las habladurías. Entre eso, y entre que ahora te piden un montón de permisos para nada que tengas abierto al público... ya no, no.

»—A lo mejor hablando con ella, siendo yo como soy una mujer y tratándose de lo que se trata... digo, se me ocurre, si no hay otro sitio...

»—No, otro sitio no hay, ésa es la pura verdad —dijo uno de los abuelos—, pero que yo tengo entendido que la María no estaba, eh, quiero recordar que no. No me hagáis caso, pero yo he oído que se había ido a la boda de un sobrino, a Barcelona, y que no venía hasta finales de mes. Lo sé porque mi nuera se ha quedado al cargo de ir a echarle de comer a su gato y regalarle las macetas.

»No lo pude evitar por más tiempo: mi debilidad es que me entra la risa, ¿sabes?, ya me pille sola o acompañada, me río, será una flojera nerviosa del trigémico, pero el caso es que se me sueltan los músculos de la mandíbula y me da por reír, ya lo habrás visto, no son carcajadas ruidosas, no es nada escandaloso, no, menos mal, nada de pasar por loca, pero paso por irónica más veces de las que lo soy, en mí se confunde la sorna con la impaciencia y hasta con la mala leche. El dueño del bar me ve y me dice:

»—No me extraña que se ría usted; se ríe usted por no llorar, me imagino...

»—Pues sí, algo así. Pero que no hay tanto problema, de verdad, ¿a qué hora cierra usted el bar?

»—Uy, aquí cerramos pronto, ya ve usted el panorama, a veces no han dado ni las once cuando ya estoy cerrando...

»—¿Y no hay en el pueblo ningún sitio que esté abierto toda la noche? ¿Un ambulatorio pequeño, una farmacia de guardia? ¿No tienen cuartelillo de la Guardia Civil?

»—Ni siquiera. Pero que eso mismo le iba yo a decir, es que no me ha dado tiempo: que se queda usted aquí en el

bar aunque sea, cierre yo o no cierre, se puede usted quedar aquí, en la calle no se va a quedar, eso seguro que no, mujer, no se preocupe usted por eso...

»—¡Desde luego que no se va a quedar en la calle! —esto lo dijo una voz de mujer, levanté la cabeza, todavía sonriendo, y la vi salir de una puerta lateral de detrás de la barra, secándose las manos en la parte baja de un mandil limpiísimo—. Ni en el bar tampoco se va a quedar, ¿cómo se va a quedar aquí, hombre, sentada en una silla, como un palo?, ¿a quién se le ocurre? —se lo dijo al que parecía ser su marido, mientras lo apartaba para pasar por la estrechura del pasillo interior de la barra y se acercaba a la esquina en la que estaba yo—. Se sube usted a dormir con nosotros aquí arriba, a la casa, en una cama, como las personas.

»—No, no, de verdad, se lo agradezco mucho, pero de verdad que a mí no me importa quedarme en cualquier sitio... ¿Y una gasolinera? ¿No hay una gasolinera que esté abierta de noche?

»—Tampoco hay —dijo el hombre—, pero que mi mujer tiene razón, que lo mejor es que se quede usted con nosotros.

»—Es que eso tenías que haber empezado por decirle a esta señora, y no que si el hostel, que si la María Martínez, que si estará que si no estará... Usted se queda aquí y mañana ya veremos. Mañana será otro día. Eso es lo primero que tenías que haberle dicho, hombre. Y no que... ¡vaya una ayuda que iba a recibir de nosotros! Tenemos libre la habitación de mi hija, que está estudiando en Madrid, en la universidad, pero no habríamos de tenerla, y mi cama se la dejaba yo, fíjese usted lo que le digo... Es así como hay que



hacer las cosas, y no que vamos a perder las buenas costumbres todos al mismo tiempo: los ricos... y también los pobres, que es lo peor.

»—En mi casa también tenemos un sofá cama —dijo el de la boina.

»—Y en la mía se puede usted quedar también, todo es cuestión de acostar juntos a los zagales —dijo el que estaba a su lado, pero los dos sin mirarme, como si les diera vergüenza ofrecerse.

»—No si... ahora verás, ahora ya le van a sobrar a usted camas para poner un hotel —dijo la mujer, sin perder su buen humor, porque más que regañarle a su marido, había venido a llamarlo lento de reflejos, torpón; más bien desatentos a todos los que estaban allí, que malos.

»—Pero en la calle no se hubiera usted quedado, eso seguro que no —dijo uno de los abuelos—. Lo que pasa es que estábamos pensando qué y cómo.

»—Menos pensar y más resolver —dijo la mujer, como si hubiera estado en la conversación desde mucho antes, o como si los conociera—. Y tendrá usted hambre, además, habrá que cenar, digo yo...

»No tuve más remedio que aceptar dormir en casa de esta mujer. Ella tendría unos sesenta años. Y no sé por qué me pareció que su marido era más joven. Así cuadraba que tuviera una hija veinteañera, una sola; debió tenerla tarde, cerca de los cuarenta, seguro. Tampoco hablamos mucho más el matrimonio y yo; el poco rato de cenar y de subir a acostarnos se nos fue en volver a repasar otra vez las circunstancias de mi avería, del empezar a nevar, de la caminata, de lo que haríamos al día siguiente... Les hice varias preguntas

sobre su hija, por educación, y supe que estaba estudiando Empresariales, que era muy buena estudiante y que estaba sacando los cursos con beca, que a ellos no les importaba pagarle la carrera, que el bar no es que diera mucho, pero que para eso sí que daba, aunque no hacía falta, porque la chiquilla no podía ser más trabajadora ni más responsable. Les dije que yo vivía en Madrid y que me gustaría poder conocerla, saludarla, que supiera que podía recurrir a mí si necesitaba algo, contarle por qué curiosidades de la vida iba a terminar durmiendo en su cama... Entonces su madre me dio enseguida el teléfono y la dirección y me agradeció mucho que me ofreciera; creo que le gustó la idea de que su hija tuviera a alguien con quien contar en Madrid, como si Madrid fuera un territorio salvaje o como si su hija no se estuviera valiendo sola. Seguro que sí. Pero, de todas formas, y mientras no se me ocurriera otra manera de agradecerles lo que estaban haciendo por mí, me comprometí sinceramente a ponerme en contacto con ella.

—¿Y la conociste? —intervine yo; pero no lo hubiera hecho de no ser porque ella se había callado de pronto, como si hubiera decidido dar por terminada la historia ahí. A mí me pareció un corte demasiado brusco para que fuera de verdad el final.

—La conocí, sí, pero ésa es otra historia...

—No, es la misma; es la continuación. No me engañes: antes has dicho que era una historia que trajo una cola muy larga, ¿qué cola? Cuenta.

—Otro día.

—¿Por qué? También has dicho que esta tarde no tenías prisa...

—Y que no pasaba de hoy, eso también lo he dicho. Me lo he dicho a mí misma. Pero he cambiado de idea. Una es vulnerable. Además, llevo mucho rato hablando, tengo la garganta seca...

—Te traigo agua, si quieres.

—Muy graciosa, pero no. Te toca a ti contarme algo.

—Yo no sé contar las cosas tan bien como tú.

—Alguna vez tendrás que contarme algo... tuyo —dijo ella, de pronto, cambiando de registro, como si quisiera empezar a tocar otra clase de música.

—Te he contado muchas cosas... —dije yo, para dejar cuanto antes aquella dirección hacia mí que no me apetecía que siguiéramos.

—De cuando eras pequeña, solamente.

—Y de la agencia también te he contado cosas.

—Sí, también de tu trabajo. Pero nada tuyo, de ahora, personal, de lo que te pasa... o no te pasa. De lo que sientes, de lo que no sientes, de lo que te preocupa o no te preocupa...

—¿Y qué quieres saber? —dije, pero lo dije mientras me levantaba para ir a la cocina a echar más hielo en la cubitera y traer otras dos Coca-Colas. Light, además, y sin nada de alcohol, como casi siempre. Lo dije yéndome, así que ella interpretó bien que no era más que una pregunta retórica. Por eso no interrumpió mi huida.

—¿Tienes tónica? —me preguntó de lejos—. Me apetece ahora un gintónic.

—Sí tengo, sí. Y yo también me apunto. Desde que no trabajo, no bebo.

—Pues yo no bebo desde que me endiñaron una multa

que... Las cosas se han puesto duras. Sólo faltaría que me quitaran el carné. Tendría que ir a trabajar en burra.

Pudimos seguir hablando mientras yo iba a la cocina, porque en mi casa no hay más tabiques que los del dormitorio.

—Será por la ansiedad por lo que me apetece—dijo, levantando más la voz, para que la oyera desde lejos, pero se detuvo antes de continuar la frase—; la ansiedad de la falta de tabaco; eso dicen, que provoca ansiedad... ¿No te has dado cuenta de que he dejado de fumar?

—¿Cómo no voy a darme cuenta? No te he dicho nada para no recordarte el tabaco, precisamente —pero ¿era verdad lo que le estaba diciendo, que me había dado cuenta y no le había dicho nada? No lo sabía ni yo, pero no quería herirla con mi falta de atención hacia ella—. Y lo notaré más cuando te vayas y ya no tenga que abrir de par en par todas las ventanas. No le digo nada a la gente que viene aquí fumando, porque yo también he sido fumadora, pero no te imaginas el olor tan horrible que deja el tabaco en la ropa, en las cortinas, en la tapicería, en todas partes.

—Pues, si te molestaba, podías habérmelo dicho...

—No, de eso nada —le dije yo bien alto—. Peor que el olor a tabaco es tener que soportar a esa gente que no piensa más que en su casa y en sus cosas.

—Si llego a saber que te molestaba, igual hubiera dejado de fumar antes—dijo. Y a mí, que detecto con una precisión de alérgica los alardes ajenos, aquello no me lo pareció.

—Eso es todo un halago, sí señora.

—¿No me crees?

—Pues no debería —le dije—, pero sí te creo, sí. Lo que creo es que eres capaz de encontrar una buena excusa en

cualquier cosa. Un acicate. Tú, que no los necesitas, los encuentras en cualquier sitio.

–Si me lo hubieras dicho el primer día que vine a tu casa, hoy haría ya más de un año que no fumaría.

–Bueno, visto así, parece como si tu retraso en dejarlo fuera culpa mía. ¿Eso qué es? ¿Otro truco de vendedora que no conozco?

–No, es una manera de decirte... –pero se interrumpió, no terminó su frase. Y esta vez, a diferencia de otras, no fue su modo travieso, un poco coqueto, de hacerme ver que había cosas que se callaba; esta vez me dio la impresión de que verdaderamente no quería terminar lo que había empezado a decir.

Yo no había dejado de mirarla desde lejos, en todo el tiempo que tardé (y me entretuve de más a propósito) en preparar las tónicas, el hielo, las dos rodajas de limón y los vasos largos; por eso sé que en ese momento, además, se levantó del sofá, y me dio la espalda para seguir hablando sin mirarme. Es más, hizo un sincero esfuerzo para que no se notara que acababa de cambiar el final:

–... de decirte que hace ya mucho que nos conocemos.

–¿Mucho? Apenas un año, ¿eso es mucho?

–Un año y unos meses. Muchísimo. Si fuera un prólogo, ya estaría siendo el más largo de mi vida. Claro que... eso no sería lo peor. Lo peor es que ni siquiera lo fuera.... –bajó algo el volumen de voz para decir esto último, pero no lo bastante, puesto que yo lo oí perfectamente.

–¿Qué has dicho? No te oigo –le mentí, sin embargo, amparándome en que era creíble que no la hubiera oído. Lo que no sé es si yo quería que lo repitiese, o lo contrario, que

quedara establecido claramente que no lo había dicho. Y en esa duda tendría yo que haber visto un buen ejemplo de lo que venía siendo nuestra relación de tira y afloja desde que nos conocimos.

–Déjalo, no importa. Te decía que me acuerdo bien de la primera vez que vine a tu casa porque me impresionó. Primero, el mero hecho de que me invitaras, porque siempre quedábamos fuera, en los restaurantes...

–Sí, pero como siempre nos cerraban... –dije yo. Y levanté la bandeja, con mi aprehensión habitual a que todo se me cayera, para llevarla al salón-. Cada vez quedábamos antes y seguían cerrándonos siempre, siempre éramos las primeras en llegar y las últimas en irnos.

–Hasta que un día me invitaste a comer, pero aquí, en tu casa. Aquel día no te dije que estaba de viaje cuando cogí el móvil, que llevaba una ruta y que no podía volver a Madrid para estar al día siguiente comiendo contigo. No te lo dije porque tenía mucha curiosidad por conocer tu casa y no me apetecía aplazar el momento.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué tanta curiosidad? –le pregunté: se me escapó, no pude evitarlo, la vanidad es traicionera. Pero me arrepentí enseguida porque hablar de lo mío podía darle pie a hacerme preguntas más personales.

–¿Por qué? Pues... porque la casa de una mujer que vive sola sí que dice mucho de cómo es ella. Los cuadros, los muebles, los colores... Una casa de familia no es lo mismo, no es tan personal. No puede serlo, claro, es lógico.

–Te advierto que yo siempre he vivido sola y no todas las casas que he tenido han tenido los muebles a mi gusto, ni los cuadros (¡imagínate los cuadros, con lo que cuestan!), ni

[los colores... He vivido de alquiler, con las paredes y las puertas al gusto del dueño, y con los muebles que me iban dando unos y otros.

–Ya, pero aun así, dice mucho. Y de eso que cuentas hace ya tiempo, además, y yo no te conocía. El caso es que ahora tu casa sí está a tu gusto, ¿o no?

–Sí, ya sí, más o menos. Pero a base de dinero, no te equivoques. Y bueno, no del todo... Los metros cuadrados, por ejemplo, siguen sin ser los que a mí me gustarían. A mí no me asustaría multiplicarlos por cinco. Ni por diez, si pudiera.

–Sí, pero eso mismo que dices, precisamente, que te gustan los espacios grandes (eso precisamente), ya se ve aquí, está claro... Has tirado los tabiques.

–Sí.

–Bueno, pues eso, que yo sabía que tu casa hablaría por tí. Y habla mucho. Es más, incluso dice cosas de ti que tú no dirías.

Durante una décima de segundo conseguí imponerme sobre mi curiosidad: qué cosas. Sobre mi vanidad, más bien, otra vez, siempre hambrienta, pues de su tono de voz se deducía que lo que mi casa decía de mí era bueno. Pero sólo lo conseguí durante un momento:

–¿Ah, sí? ¿Y qué dice mi casa de mí que no diría yo?

–No, de eso nada. Si tú no lo dirías, tampoco lo diré yo, no señora. La información que me da a mí tu casa es un secreto mío personal.

–Venga, dímelo, no te hagas la interesante.

–No, no. Y no te empeñes que no me vas a sacar nada.

–¡Ya ves tú qué puede ser!... Nada importante, nada que no se pueda saber por cualquier otra vía.

–Si yo hubiera pensado eso, no me habría venido aquel día de madrugada, conduciendo desde el País Vasco, para estar aquí en Madrid a media mañana... Y la verdad es que mereció la pena –Lo decía sonriendo y mirando ostensiblemente a su alrededor, mis cosas, con tal de darle más comicidad a su intención de dejarme con tres cuartos de narices–. Mi curiosidad estaba justificada, ya lo creo que sí.

–Pues debe decir algo muy terrible, mi casa, sobre mí, cuando no te atreves a decírmelo.

–Ni con ésas me vas a sacar nada. Tú sabes muy bien que no es sólo lo malo lo que no nos atrevemos a decir.

–¿Tan importante era ver mi casa? Yo todavía no he visto la tuya.

–Pero eso es porque no te ha interesado. A lo mejor has caído en la cuenta ahora mismo... –dijo. Pero me dio la impresión de que no quería llevar razón.

–Yo lo que sé es que no me has invitado.

–Porque siempre estoy de viaje y nunca tengo todo lo que haría falta para atender a una visita. O me faltan refrescos o patatas fritas. O, si hago compra para ponerme a cocinar, siempre acaba faltándome la pimienta ¡Y no digamos ya el perejil! Debe hacer años que no tengo en mi mano un ramillete de perejil fresco.

–Así que te pasaste la noche conduciendo para venir a conocer mi casa...– Yo enderecé otra vez la conversación porque no había perdido las esperanzas de que me dijera lo que mi casa le contaba de mí más que yo misma. Me interesaba de una forma real, sincerísima; y algo desmesurada, tal vez. O quizá no, quizá era lógico que me interesara tanto lo que ella pudiera decir porque me había dado motivos sobra-

dos para subir a los altares su capacidad de observación. Me parecía que era la persona más aguda, más sagaz, más astuta y más... ¿inteligente?, que había conocido nunca. Y seguramente lo era.

—Sí, salí de Bilbao hacia Madrid antes de que amaneciera. Andaba por Burgos cuando me llamaste, camino de Bilbao. Llegué a Bilbao, hice las dos visitas que tenía esa tarde, a la carrera, y adelanté la que tenía al día siguiente. La adelanté para quedar a cenar esa misma noche. Y no se queda a cenar con los clientes, ¿sabes?; yo menos que nadie porque lo odio. Pero con aquél sabía que podía quedar porque iba a estar encantado. Él sí, seguro, porque cada vez que voy se me insinúa. Pero en plan divertido. Es un tío simpático, me cae bien. Aunque no sé qué habrá visto en mí... Bueno, es que no es en mí: yo creo que le hace proposiciones a cualquiera que se le ponga por delante. Me da que éste es un entusiasta de la cama, un practicante muy devoto, creo yo, de esos que tiran cinco anzuelos al mismo tiempo.

—¿Es guapo, joven, interesante? —le pregunté yo, pero como jugando.

—A ver... ¿es joven?, sí, más joven que yo y algo mayor que tú. Sobre los cuarenta. Es ingeniero de no sé qué, pero vasco, ya sabes, o sea, que no se le nota tanto, porque es muy sencillote. Y vividor, desde luego que sí. La empresa es de su padre, sólo que, en este caso, se cambian las tornas, es el hijo el que trabaja más que el padre, y mejor. Los conozco a los dos y vale más el hijo, en todos los sentidos. ¿Y guapo...? Bueno, guapo no diría yo, pero no está mal.

—¿Te gusta, entonces?

—Qué tontería. En absoluto— me contestó rápida y contundentemente, como si estuviera segura de querer parecerme contundente—. Lo que pasa es que me cae bien. Que ya es muchísimo de todas formas. Me cae bien porque, aunque se pasa el rato intentando ligar conmigo (conmigo y con quien se le ponga a tiro, ya te digo), la verdad es que no es nada agresivo. Al contrario, es un tío tierno, fíjate. Una rara avis, en el fondo. Porque está muy seguro de sí mismo (lo está, sí, claro, si no, no tendría esa soltura para ir ligando con tanto descaro), pero lo raro, digo, es que su seguridad no resulta ofensiva. Ni por un momento. Yo creo que lo que le pasa es que le gustan las mujeres más que a un tonto un lápiz; pero que le gustamos de verdad, entiéndeme, que le gustamos profundamente. (Por cierto, nunca le he preguntado por su madre; y me da que debe de ser un personaje interesante; la próxima vez que lo vea le preguntaré.)

—O sea, que te gusta... —insistí yo, y no sé por qué, porque no venía a cuento.

—Pues no, ya te he dicho que no. —Seguía de pie y de espaldas a mí, mirando las cortinas. Las cortinas, exactamente las cortinas, el entramado de hilos de mis cortinas, la abstracción de su tejido, la nada, aunque, si le hubieran preguntado, ella habría dicho que miraba la espectacular vista que Madrid le da a mi casa.

Entendí que se había acabado aquel meandro. Y nos quedamos en silencio un momento. Luego, volví a la línea recta que me interesaba:

—Así que tenías mucha curiosidad por ver mi casa...

—Sí, ya te he dicho que sí.

—¿Y te decepcionó?

—No, ya te dicho que no. —Contestaba como si todo fuera el mismo cuestionario. Y burlándose así un poco de mis intentos de sonsacarle algo.

—Pero te la esperabas distinta.

—No, yo no te he dicho que me la esperase de ninguna manera.

—Ya, pero tú sabes que no podemos evitar hacernos una idea de algo que a lo mejor luego...

Pero no pude seguir porque ella se dio la vuelta con un giro casi violento y me miró lo más de frente que me ha mirado nadie nunca. Pero muy por encima de mí, sin embargo, a una altura desde la que podía sobrevolarme entera, porque ella seguía de pie y yo había vuelto a sentarme en el sofá, y me encontró encogida sobre mí misma, abrazada a mis propias piernas, como si tuviera frío o fueran a meterme en la caja de sorpresas de un mago... Se quedó ahí sin quitarme los ojos de la cabeza, adelantó una mano, como si fuera a decirme algo, pero no lo dijo. Cuando por fin habló, lo que me dijo a la cara fue, con esa valentía que tiene ella y que yo no tendré nunca:

—¿Es tontería empeñarse, verdad? Es tontería porque está visto que tú no vas a hacerme nunca la pregunta clave. Por ti no vamos a salir nunca de este impás. No me vas a preguntar a santo de qué me paso toda la noche conduciendo el primer día que se te ocurre invitarme a tu casa, como si la invitación fuera de la Casa Real, en lugar de decirte simplemente que no podía quedar contigo ese día porque me iba a pillar de viaje. Ni me vas a preguntar por qué me acerqué a ti en el cursillo. Ni me vas a preguntar por qué te vengo dedicando casi todo el tiempo que paso en Madrid como

si no tuviera a nadie más a quien ver los pocos días que paso por aquí. No, claro, porque todo eso es lógico, todo es normal. No tiene nada de raro. Tú no tienes ninguna pregunta que hacerme.

Su osadía y su sinceridad me conmovían. Y hubo un momento en que estuve a punto de corresponderle con alguna parte de verdad mía. Fue éste en que bajé el escudo y casi le dirigí la espada hacia mi pecho, ofreciéndoselo así:

—Y tú, ¿no tienes preguntas que hacerme a mí?

—Muchísimas, y llevo un montón de tiempo buscando el modo, pero no lo encuentro.

—Lo mismo me pas...

—¡No! —exclamó con más fuerza aún y dando un paso hacia mí, como si los ojos que ya me tenía clavados de punta no hubieran llegado todavía al corazón de nada—. ¡No me vengas con que a ti te pasa lo mismo, porque no es lo mismo! ¡Por ahí no trago! No es lo mismo —se había enfadado de verdad—. Tú no me haces las preguntas porque sabes las respuestas. Mejor dicho, a ti no te ha hecho falta hacer las preguntas porque yo te he ido dejando adivinar las respuestas. No es lo mismo. Es justamente al contrario. Porque tú, a lo que te has dedicado concienzudamente es a hacer imposible que yo pueda adivinar las tuyas.

—¡Joder! —fue lo único que acerté a decir.

—¡»Joder«, qué! ¡Qué! ¿Es que no tengo razón?

—No he dicho que no tengas razón.

—Mira, tú tienes un problema: te pierden las palabras. Créeme. Y es un problema serio. Porque ni siquiera las usas para expresarte o ser feliz con ellas. Te envuelves con ellas, nos envuelves a los demás con ellas, a mí, y consigues quedár-

telas todas y que no nos sirvan ni siquiera las nuestras para nuestros propósitos. Las estiras, las retuerces, las separas o las pones todas juntas... el caso es que, al final, pasa un día y pasa otro día y yo me voy sin haberte dicho lo que venía a decirte y sin oír lo que quería que me dijeras. ¡Y no es tan difícil, ¿sabes?! En la vida corriente, la gente corriente no pone las cosas tan difíciles –me hablaba enfadada conmigo, ya no cabía duda. Sin violencia, pero con un disgusto enorme.

Nos quedamos calladas un momento. No sé cuánto. Y luego, por fin, por fin, ella dijo:

–Yo te he dejado adivinar, intuir, entender... que me gustas. Ya está dicho. Así de sencillo. Llevo dándote pistas desde que te encontré. Pero tú nunca me has preguntado nada que me diera pie a decirte nada. Al principio, pensé que era porque no te enterabas de nada, porque no te dabas cuenta de mi cuelgue contigo, pero enseguida vi que eso no podía ser, que eso era imposible porque no tienes un pelo de tonta y porque no podía ser una casualidad que nunca, nunca, con la cantidad de preguntas que haces, nunca me hicieras las preguntas complicadas, que son las más normales en cualquier otro caso: tienes novio, no lo tienes, qué hombres te han gustado, qué historias de amor te han marcado más... Y cuando una persona no hace ciertas preguntas después de un tiempo es, o porque conoce la respuesta, o porque teme que le devuelvan la pregunta.

–En mi caso, por las dos razones –le concedí yo.

–¿Sabías que me gustaban las mujeres y no querías que te preguntara si te gustan a ti...?

No era exactamente eso, estuve a punto de corregírselo: «Sabía que yo te gustaba y no quería que me preguntaras si

tú me gustas a mí». Pero simplemente asentí con la cabeza porque me di cuenta de que era demasiado cruel hacerle semejante matización.

–Mira –siguió ella–, normalmente, a mí no me cuesta nada averiguar si una mujer entiende o no entiende. Es fácil saberlo. Es fácil si ella no se empeña en hacerlo imposible, claro. Y cuanto más inteligente es ella, más fácil resulta. Porque yo tengo una teoría que no me ha fallado nunca. Cuanto más inteligente es un persona, más le cuesta mentir, más aborrece esa forma zafia y plana de no decir la verdad. Por eso, por mucho que le cueste responder a una pregunta comprometida, te responderá con evasivas, con circunloquios, «la persona con la que vivía, la relación más larga que tuve, cuando te enrollas con alguien...», te dirá, por no decir ni hombre ni mujer, pero no te mentirá; ten por seguro que, por puro instinto, se alejará de la falsedad como de algo despreciable y encontrará un modo más sutil, el que sea, de no decirte lo que no quiere decirte.

–Bueno, ¿y a qué conclusión has llegado conmigo, si puede saberse? ¿Entiendo o no entiendo? –Yo no sé qué mierda de tono de voz me salió aquí, pero no fue agradable; a mí no me gustó y a ella mucho menos que a mí.

–Mira, si vas a ponerte en ese plan, lo dejamos ahora mismo; me voy a mi casita y aquí paz y después gloria.

–¡Perdóname! ¡De verdad! No sé lo que me pasa. No te enfades. Tienes razón. Y tienes razón en todo, además, ¿para qué darle vueltas? En todo. Hasta en eso de las palabras que has dicho. Es verdad que las uso para levantar barricadas a mi alrededor y es verdad también que no me sirven para nada porque todavía no sé de lo que tengo que

defenderme. Porque ni me siento víctima ni me siento atacada. Ni siquiera me creo cobarde. Y si tengo miedo de algo, te juro que, en este caso, no sé de qué es. No me entiendo. Pero me doy cuenta de que tienes razón y me alegro de que me lo digas cabreada, porque eso me ayuda a saber hasta qué punto lo mío puede llegar a ser un abuso. Porque es malo para mí, eso seguro, pero también es injusto para los demás. Es injusto para ti, sin ir más lejos. Fíjate si será verdad que tienes razón, que resulta que la historia de amor que más me ha impresionado a mí, la que más huella me ha dejado, tuvo que ser forzosamente sin palabras. Duró una sola noche y fue con una mujer, sí, por si querías saberlo, pero fue sin palabras. ¿Increíble, verdad? Y a lo mejor por eso me impresionó más... Si llego a poder hablar, seguro que no hubiera pasado nada...

—Cuéntamela —me pidió y en esa sola palabra suya, en el modo de pronunciarla despacio, había implícito un mundo entero de «actos físicos»: un cogerme por los hombros y traquetearme para hacerme comprender que se tenía muy ganado el derecho a exigirme que fuera yo quien le contase una historia a ella, y que ya no iba a consentir que no lo hiciera. Así lo sentí y por eso le contesté:

—Te la contaré, sí. Mejor todavía, la tengo escrita, te la dejaré leer. Fue en Atenas. Voy a buscarla. Está escrita a mano, pero mi letra es muy clara. La tengo por aquí. Pero que sepas, cuando la leas, que si no te la he contado antes, no ha sido por... ni por miedo ni por vergüenza ni por desconfianza de lo que pudieras pensar tú, no. No te la he contado precisamente para no sustituir con mis palabras lo que, de pasar, tenía que pasarme sin ellas.

—No entiendo lo que dices, no entiendo nada.

—Ya, es que no te lo estoy explicando. Es lógico que no lo entiendas.

—¿Y por qué no me hablas claro?

—¿Por qué, por qué, por qué...? —repetí yo, pero como rogándole que no me pidiera explicaciones más allá de las que podía darle.

Y supongo que se apiadó de mí.

—Mira, mejor vamos a hacer una cosa —terció entonces ella, inesperadamente—. A ver si así abreviamos. Yo voy a terminar de contarte lo que te estaba contando, primero. Porque en esa historia, en lo que trajo consigo después, puede que encuentres algo que te ayude a decidir luego si me cuentas tú algo a mí o no, ¿vale? Hablo yo primero (como siempre, por otra parte.)

—Vale.

—Sí, porque ya me he cansado del toma y daca este que nos traemos.

—Sí, yo también.

—Tenía que haber sido yo, desde el principio, la que pusiera las cartas sobre la mesa. Por eso es mejor que hable yo primero. Lo sabía, sabía que tenía que ser yo, pero es que nunca me ha costado tanto decir cosas tan sencillas... En mi vida, vamos.

—La culpa la tengo yo. Tú lo has dicho. Por ser como soy.

—No, bueno, no lo sé —dijo.

Y luego se calló y así estuvo unos segundos, con la cabeza un poco alta de más, como concentrándose para cantar un aria en un recital. Incluso apoyó una mano, de pie, en una esquina de mi estantería blanca, como una soprano se



apoya ligerísimamente en el piano negro. Cuando yo hice amago de romper el silencio, ella levantó esa mano para mandarme paciencia:

—No, no, déjame a mí. Primero te cuento yo mi parte. Es mejor. A ver... ¿por dónde iba?

—Ibas por lo de decirle a los del bar que te pondrías en contacto con su hija, la que estudiaba en Madrid...

—Sí, iba por que me dejaron la habitación de su hija, sí. Yo ya tenía decidido ponerme en contacto con ella, por hacerles ese favor a sus padres; y porque se me había ocurrido regalarle algo a la chica como forma de agradecerles a ellos lo que estaban haciendo por mí. Pero, mira por dónde, después de fijarme en ciertos detalles de aquella habitación, si me quedaba alguna pereza por conocerla, se me quitó. Aunque, bueno, no creo que entiendas bien lo que pasó si no te cuento primero algo de mí, de cómo me sentía yo por aquel entonces. Iré rapidito, no te preocupes. Te haré un resumen. Pero no me interrumpas.

—No te interrumpo.

—Estaba a punto de cumplir los treinta y uno, como te he dicho. Una edad especial, creo yo. Acababa de dejar a un novio con el que había estado viviendo, durante tres años, más o menos, pero así como vivo yo, a salto de mata, entre viaje y viaje. Lo dejamos mutuamente; nada traumático. Yo creo que él tenía ya por ahí otro apaño y a mí, la verdad, aquella historia ya no me servía más que para follar y punto. Poco más. Al mismo tiempo que pasaba eso, a mí se me estaba removiendo la tierra debajo de los pies porque resulta que, en uno de mis viajes, no sé cómo, o, bueno, sí lo sé, en Zaragoza, fui a parar a un bar de chicas. Es que se me había

metido en la cabeza que a mí, lo que de verdad venía apete-ciéndome últimamente, sin saber por qué, era acostarme con una mujer. Porque sí, y por nada en especial. Porque me excitaba muchísimo pensarlo. Desde hacía mucho tiempo, pero últimamente se había convertido en un deseo real, en un deseo cada vez más activo. O sea que, si acabé en ese pub de Zaragoza, no puedo decir que fuera por casualidad. Más bien fue una conclusión, porque ya desde mucho antes, cada vez que me enteraba de que una película tenía en el argumento una historia de amor entre dos mujeres, iba a verla con una curiosidad y unas ganas que no dependían de que la película fuera buena o fuera mala. Si me enteraba de que tal actriz o tal cantante se enrollaba con mujeres, inmediatamente pasaba a caerme mucho mejor que antes. Y con las escritoras y sus novelas me pasaba lo mismo. También alquilé alguna película porno, pero de eso sí que no repetí mucho, porque no me gustaron. Claramente no. Casi me molestaba que una película porno tuviera esas escenas porno entre mujeres. Esto es curioso, a mí me lo parece, era como si me estuviera volviendo muy devota de una congregación, como de monjas, por ejemplo, y me molestase que hablaran mal de mis compañeras... No sé, no llegué a entender por qué, pero me pareció que eso de que no me gustaran las películas porno entre mujeres tenía un tufillo raro a... pues a devoción, sí, a mitificación, a...

—Yo también he alquilado alguna y a mí tampoco me gustan. Me excitaban, pero como las demás, y sin gustarme, gustándome mucho menos todavía. Yo creo que están hechas para los hombres, para los gustos de los hombres. Lo que yo veía ahí era un exceso de tetas infladas, de lencería

imposible, de tacones que no lleva nadie, de uñas asquerosamente pintadas... Odio las uñas largas y pintadas, me dan asco. Perdona, sigue.

–A mí tampoco me gustan.

–Además, son como garfios; esas uñas no son creíbles entre mujeres que... digo yo que deben hacer daño cuando... ¿no? ¿o no?

–¿Me lo preguntas? –dijo, y me miró con cara de complicidad–. Me imagino que sí, que son un peligro.

–Perdona, sigue –le dije yo, espantándome el pudor de delante de la cara con un manotazo al aire, como si fuera una mosca.

Sonreímos las dos. Estábamos más tranquilas de lo que cualquiera de nosotras hubiera creído hacía unos minutos. O así me pareció porque yo lo estaba, estaba tranquila. A punto, incluso, de poder decir que estaba a gusto. Como en la montaña rusa después de haber bajado dos terribles pendientes, que se te instala en el estómago una especie de tolerancia a la intensidad que te permite, casi, disfrutarla. Y ser consciente al mismo tiempo.

Una vez más había tenido razón ella al descargarme de ser yo quien hablara primero.

–Pues eso, que las películas, que las novelas, que los cuadros, que todo lo que se relacionaba con las mujeres empezó a ser atractivo para mí por sí mismo. Biografías de escritoras, de pintoras, de actrices... Bueno, empezó no. No se sabe cuándo empiezan estas cosas; más bien fue que pasó a ser algo que yo buscaba cada vez más conscientemente. Y creo que hasta dejé al tío con el que estaba por... cómo explicártelo, por comodidad. Prefería hacer en mi casa de Madrid lo

mismo que hacía cuando estaba de viaje: meterme en la cama yo sola conmigo misma y fantasear a mi gusto, sin tener que poner caras de disimulo delante de nadie. Me había enterado de que en el Tubo, en Zaragoza, había un bar de mujeres, en el que se reunían lesbianas, así que, lo que no me hubiera atrevido a hacer aquí en Madrid, lo hice allí, porque sabía que tenía un hotel y eso facilita mucho las cosas. Entré en aquel bar yo sola. Y no me gustó nada lo que vi, pero nada. Estuve a punto de salir corriendo. Pero llegué hasta la barra y tuve el valor de pedir un algo. Zaragoza no es tan grande, aquel bar no debía de ser un lugar de paso de mucha gente, así que yo creo que todas las que había allí debieron de darse cuenta de lo nueva que era yo y de lo mal que lo estaba pasando... Era para pasarlo mal, te lo aseguro, malos tiempos aquellos todavía, no es como hoy... Había cuatro mujeres sentadas a una mesa juntas, y yo creo que poco menos que tomaron la decisión, en asamblea democrática, de mandarme a una de ellas a que me rescatara. Es que me di cuenta de que estaban hablando de mí. Pillé dos o tres sonrisas de suficiencia, o que me parecieron a mí de suficiencia, y me sentí todavía peor que después del bofetón de entrada que fue ver a todas aquellas mujeres, la mayoría con pinta de camioneras... Y se me acerca ésta, una, que la verdad es que no era nada fea, si vamos a juzgar así las cosas, pero tenía el pelo cortísimo, no le sentaba bien; un corte como se hacían por entonces las francesas, tan radical, que daba miedo. Le hubiera quedado mucho mejor una media melena castaña, incluso con algunos rizos, con mechones cayéndole por las orejas porque hubiera sido bueno tapar un poco aquellas orejas tan... tan... ¡tan orejas!... y tampoco le hubiera venido mal (¿De qué te ríes?)

—De nada, sigue. De mis propios recuerdos. Luego te cuento yo.

—¿De verdad?

—Palabra que sí. Tú sigue.

—No, bueno, pues eso, que no era fea, pero que se ve que por entonces no estaba bien visto arreglarse mucho en esos ambientes, yo qué sé. Hazte a la idea que de esto que te cuento hace ya veinte años y las cosas han cambiado un montón, yo lo veo a diario. Lo primero que me dijo, y eso sí que no se me olvida, fue: «¿Es la primera vez que vienes por aquí? No te hemos visto antes». *Hemos*, dijo, y ese plural tampoco me gustó nada. Desde mi punto de vista, las cosas no podían estar yendo peor. Sin embargo, por otro lado, me apetecía un montón estar allí y también me apetecía que aquella mujer hiciera el esfuerzo de quedarse conmigo. Le dije que sí, que era la primera vez, por no mentir, sólo por eso, porque en estas cosas te pillan siempre si mientes, pero la verdad es que no me hizo ninguna gracia tener que reconocer semejante inferioridad delante de aquel plural tan protector que se había buscado ella: «*No te hemos visto antes, ni mis amigas ni yo: ninguna del ejército que me defiende te conoce, intrusa*». «No te preocupes», me dice, «dentro de un rato te sentirás mejor, más tranquila.» Y aquello ya fue la gota que colmó el vaso. Porque a mí me pone muy nerviosa que alguien me diga que no me ponga nerviosa. Así que le dije: «Mira, es la primera vez que vengo a un sitio así, pero tengo treinta años y estoy ya muy trabajada en lo de vivir mi vida, ¿sabes? O sea que, si tú sabes que yo he venido a ligar y yo sé que tú has venido a ver si ligas, pues nos vamos a mi hotel y nos ahorramos mucha saliva».

—¿Así tal cuál se lo dijiste?

—¿Verdad que soy muy bruta? Pero es sólo cuando me pienso mucho las cosas. A mí me pasa al revés que a la mayoría; espontáneamente, cuando no pienso las cosas antes de hacerlas o decirlas, soy más educada, más respetuosa, menos agresiva... Pero, cuando reflexiono y empiezo a tener en cuenta esto y lo otro y lo de más allá, me sale la vena salvaje, como si tirar por la vía más expeditiva fuera la conclusión más razonable de todo eso...

—¿Tú te das cuenta de lo bien que te expresas, de lo bien que te explicas? —Me salió del alma decírselo. Y así conseguí poner en voz alta una sensación que había tenido con ella desde que la conocí: que es la persona que mejor se conoce a sí misma de las que he conocido yo. Me asombraba su capacidad para explicarse a sí misma, para autocontarse, quizá por eso era tan interesante oír sus historias.

—¿Cómo dices?

—Que ojalá tuviera yo la mitad de tu lucidez y no el doble de palabras, que es lo que tengo.

—Tampoco te vayas a machacar tú ahora con eso que te he dicho de las palabras, ¿eh?, que no es para tanto.

—Déjalo. Sigue, venga, ¿cómo reaccionó ella cuando le dijiste eso?

—Yo creo que se dio cuenta de que lo mío iba de farol. Me dijo que ella sí que necesitaba un poco más de tiempo, que tenía que ir más despacio, que si no me importaba que charláramos un poco primero, que nos dijéramos los nombres, y cuatro datos tontos más como ése por ejemplo... Nos reímos las dos de mí. Eso fue bueno. El resto... Llegado un momento, pero antes de salir del bar, le dije que iba a ser la

primera vez que me acostara con una mujer y que sentía más que nada curiosidad, «de modo que luego», le dije, «si no sale bien o no me gusta, no me vengas con que te he utilizado porque está claro que eso es lo que voy a hacer, utilizarte para saber de qué va esto; estás a tiempo de decirme que no». Otra brutalidad de las mías. Pero no podía evitar estar a la defensiva. Lo mío no era una ofensiva, y por eso ella no se ofendió, sino una defensa. Me pareció una tía maja porque no se mosqueaba fácilmente. Me dijo que ella también me iba a utilizar a mí, para pasárselo bien esa noche, porque yo le gustaba, así de sencillo. Y que todas las que estaban en el bar habían hecho, en algún momento de su vida, lo mismo que yo: probar. También dijo otras cosas que me gustaron menos...

—¿Cómo cuáles? Eso me interesa mucho.

—Pues del tipo de «la que prueba repite», «serías la primera que no quedara contenta conmigo», «te trataré como a una diosa»... Yo qué sé; chulerías de esas que no le aguantarías a un tío en la vida. Pero en la vida. Lo que pasa es que dichas por ella... no sé por qué, no resultaban prepotentes, o no tanto como parecía por la frase misma. Es difícil de explicar lo que sentía yo: no me resultaba agradable oír la decir esas cosas, pero tampoco me incomodaban tanto como pudiera parecer... Es complicado, ya te digo. Ella daba la impresión de estar recitando un papel que no le iba en el fondo, como una mala actriz. Y al principio, todo mi empeño era decirle que lo dejara, que dejara el papel, que no lo necesitábamos, que yo no lo necesitaba... estuve a punto de decirle que si buscaba a una mujer era precisamente porque no quería encontrarme con un hombre o con un remedo de

hombre. Pero no se lo dije, porque eso sí hubiera sido ofenderla y porque tampoco era ella exactamente un remedo de hombre. Que te digo que me cuesta mucho explicar esto. Vamos a quedarnos con la imagen esa de una mala actriz recitando un papel que no le va y en el que no cree... ¿me sigues?

—Sí, sí.

—Vale, pues ahora damos un paso más. Imagínate que es muy mala actriz y que se ha aprendido de memoria el papel, pero de pronto te das cuenta de que no puedes decirle que no interprete ése, que prefieres que interprete el suyo propio, porque el suyo no se lo sabe, suponiendo que lo tuviera, uno propio, no se lo sabe. Sólo se sabe ése, mal interpretado, malvivido, no asumido incluso, pero no tiene otro. ¿Sabes a lo que me refiero? Me pasa a mí con algunas vendedoras de grandes almacenes y con gente que se dedica a atender profesionalmente; yo siempre intento que dejen de interpretar el papel porque hasta les sale tonillo cantarín y todo cuando te hablan de un producto, te hablan con soniquete, es horrible. Yo lo intento, y las hay que reaccionan y cambian el chip, sutilmente, pero lo cambian, y entonces yo respiro y ella respira y ya seguimos las dos la venta o la consulta más normalmente, más humanamente... Vale, pero eso son sólo algunas. Hay otras que no saben, que no pueden, que se mosquean incluso si quieres cambiarles la honda, porque no tienen otra. Dan la impresión de ser inmunes a tus intentos de cercanía, de veracidad. Y todo porque no son lumbreras precisamente, y las pobres mías se acogen al rezo porque no sabrían hablar de otra manera, simplemente por eso. Se agarran a decirlo todo con esa musiquilla porque

puede que sean tartamudas y de otra manera no les saldría de corrido la explicación que te están dando sobre la licuadora de frutas... ¿no te ha pasado a ti?

—Un montón de veces; pero sólo ahora que lo dices lo entiendo.

—Pues algo así me pasaba a mí con aquella chica. Me cuenta de que sería, no ya inútil, sino hasta injusto, pedirle que dejara esos tics de ligona con mucha pluma porque puede que no tuviera alternativa, ella no. Pero yo fui incluso más allá, porque acabamos en mi hotel y nos enrollamos y nos dio tiempo de mucho... y encontré otra razón por la que hubiera sido injusto escarbar allí dentro: porque yo tampoco podía, no quería, ofrecerle nada a cambio de que se desnudara también interiormente. No se intenta llegar a las entrañas de alguien de quien te vas a despedir, y lo sabes, a la mañana siguiente —aquí hizo una pausa más larga y me miró como si me preguntase algo—. Bueno, abrevio porque, si no, esto no acaba nunca. Nos enrollamos y me gustó. Eso iba a decirte. No ella, pobre, que no me gustó por su cabeza, sino la escena por sí misma. Me gustó un montón. Me quedó muy claro que aquello había sido demasiado fuerte como para dudar de que me gustaba. Y eso sin tener de frente a una mujer que me impresionase de verdad... así que me dediqué a imaginar la gloria que sería topar con una mujer que de verdad me gustara. Como si antes no me hubiera gustado ninguna. Lo pensaba como si nunca me hubiera gustado una mujer, pero fui descubriendo que eso tampoco era del todo verdad. Descubrí que me habían gustado varias. Ni una ni dos, unas cuantas me habían gustado a lo largo de mi vida hasta ese momento. Al día siguiente por la mañana, cuando

me subí al coche para irme sola a hacer kilómetros y kilómetros, esa misma mañana, empezó el proceso, un proceso de reciclado de la memoria, y hasta hoy no he dejado de hacer recuento de la cantidad de mujeres que me habían gustado a mí sin saberlo yo. Como dice la canción, aquella noche tuve una experiencia religiosa, más bien que sólo física. De pronto, la luz se hizo en mi cabeza y se me mostró la verdad, el camino y la vida; y el verbo, *gustar de las mujeres*, se hizo carne y habitó en mí con una fuerza nueva, transformadora. Amén. Recuperé recuerdos que yo creía inocentes, pero que seguramente fueron inocentes sólo porque yo no estaba preparada para que fueran de otra forma. Lo típico: una monja de mi colegio que se me iluminó de pronto en el recuerdo con un halo propio, milagro-milagro, mi primer amor, tendría yo siete años; o aquella hermana de mi compañera de pupitre, mayor que nosotras, a la que, en un arrebato de amor, cuando se mudaban del pueblo, le regalé mi cadena de oro (luego tuve que decirle a mi madre que la había perdido); o la extraña, mustia y solitaria encargada de la biblioteca municipal a la que todo mi empeño era sacarle una sonrisa; o mi profesora de historia del instituto que llegó a ir a hablar con mis padres para pedirles que hicieran el esfuerzo de pagarme una carrera, la que me dijo que yo era inteligente a pesar de que yo misma no quisiera verlo así y que, si me había empeñado en no verlo así, era sólo para que me doliera menos darme cuenta de que no iba a poder estudiar en la universidad; o una chica que me encontré una vez haciendo autoestop y que me dijo que se iba a Alemania a trabajar porque en su pueblo sólo se podía ser puta en una venta de las afueras o madre de siete hijos y mujer de un campesino

que tendría siempre que estar por encima de ella en cualquier conversación... te lo juro que me lo dijo así tal cual, *con uno que tendrá que quedar siempre por cima*, así de claro lo tenía, y no tendría ni los veinte años... sola se iba, con más valor que... yo qué sé... me emocionó la chavala. La llevé en el coche lo más lejos que pude y todavía me estoy arrepintiéndome de no haberla llevado hasta Alemania.

Paró un momento, bebió y me miró:

–Me enrolló mucho. Así no acabamos –fue su conclusión–. Total, resumiendo, que cuan...

–Nada de resúmenes. Sigue. Tenemos todo el tiempo del mundo.

–Pues no te creas que es mucho tiempo ése tampoco, que no. Pero, bueno, una idea ya sí puedes hacerte de por dónde iba mi vida la noche aquella de la nevada. Había dejado a mi medio novio y lo de Zaragoza había pasado unos dos o tres meses antes. Te lo he contado sólo para que entendieras en qué estado de ánimo, de vida, me encontraba yo cuando entré en el dormitorio de la hija de los dueños del bar, y con qué claves nuevas podía interpretar ahora señales que antes se me hubieran escapado seguramente. Entré y, al principio, me pareció una habitación normal y corriente. No destacaba por nada, era la habitación que unos padres de pueblo le ponen a una hija. No me acuerdo del cabecero ni de la colcha, ni de las cortinas; nada especial, ya te digo. Había un estante de libros y fui a mirarlos enseguida, eso sí. Era una sola balda, y pequeña, además; no una balda suelta, sino la parte de arriba de un escritorio pequeño. No había muchos, y la mayoría eran de texto. Eran tan pocos y tan poco personales, que no podía sacar de ellos ninguna con-

clusión. Bueno, a fin de cuentas la chica ha elegido Empresariales, me dije, y no tiene más que veinte años, veintidós, porque estaba haciendo cuarto ya... No podía esperar que hubiera allí nada sorprendente, tampoco lo buscaba. Te lo estoy contando mal porque da la impresión de que entré allí buscando algo y yo no entré allí buscando nada. Estaba curioseando, y tampoco creas que con mucho interés. Miraba mientras me iba desnudando, simplemente. En el estante había también una foto de ella en la que pude ver que era guapa, muy guapa, incluso. De ella sola, una foto informal, no de estudio, en la que estaba sonriendo. Guapa, pero anodina, pensé. O a lo mejor era un prejuicio mío, después de ver sus libros, y precisamente porque era más guapa de lo normal. Me fijé mejor en la foto y algo sí me llamó la atención: que la expresión de su cara, a pesar de que en la foto se veía que sabía que le estaban haciendo una foto, no era la de una chica que se sabe guapa, era más bien la de una chica que temiera que eso no fuera suficiente. Pero enseguida me regañé también, esta vez por querer afinar tanto. Hasta que no me senté en la cama para quitarme los zapatos, después de repasar el estante, no me fijé en las paredes. Parece mentira, porque había dos pósters tamaño doble folio y uno muy grande, tamaño póster: tendría que haberlos visto antes. Y los vería, claro, pero no me fijé en ellos. Hasta ese momento. Uno de los pequeños era una fotocopia en blanco y negro, ampliada, de una famosísima foto de Greta Garbo, en la que tiene las manos por delante y todo el pelo para atrás. Me quedé sentada y pensando: «Hace falta tener muchas ganas de esa foto para hacer una fotocopia ampliada y ponerla en la pared, en lugar de algo un poco mejor impreso». El otro

póster pequeño era una página doble de una revista en la que Martina Navratilova estaba consiguiendo llegar a una bolea. El póster grande, ése sí comprado y decentemente impreso, ¿a que no sabes lo que era? (no sé si conoces al fotógrafo, en aquella época había muchos pósters suyos), era una foto de Hamilton: dos señoras vestidas con trajes blancos, largos y vaporosos, como del siglo XIX, sentadas con mucho desmayo, una recostada en la otra, en una barca inglesa, en un canal estrecho, plácido, de frondosas orillas, y toda la escena tamizada por una neblina tan falsa como el algodón de feria. Mucha sombrilla de encaje y mucho *flu*. Una cursilería importante. Pero, con esas tres imágenes, habría que ser muy ignorante del mundo para no sacar conclusiones...

–Eso te iba a decir... Verde y con asas.

–Pero también la ausencia de libros cantaba algo... también... ¿o no? Veintidós años y allí no había más que tres o cuatro libros que no fueran de texto, y ninguno de ellos se sabía de los que mandan leer en los institutos. Deja que haga memoria: Un mundo feliz, El lazarrillo de Tormes, los artículos de Larra... Una antología de Antonio Machado... Y alguno más que no recuerde, pero pocos más, eh, dos o tres más, como mucho. Y no es que se hubiera llevado consigo el resto, porque allí no había espacios vacíos... ¡Ah, sí, tenía también aquella cosa horrible de Juan Salvador Gaviota! El resto, te digo, eran libros de texto.

–Espera, una pregunta. Teniendo en cuenta que por sus paredes supiste que le gustaban las mujeres, y por sus libr...

–Supe que lo tenía claro, más bien. –Me interrumpió ella para corregirme sobre ese matiz tan importante.

–Sí, bueno, eso.

–No, es que no es lo mismo –volvió a insistir.

–Vale, sí, no es lo mismo. Supiste que *tenía claro* que le gustaban las mujeres, y supiste también que no leía mucho... (Aunque, bueno, eso, en las chicas de ahora, no es tan... indecoroso).

–Esa chica no es de ahora –volvió a interrumpirme—. Esto que te cuento pasó hace veinte años. Esa chica es ahora mayor que tú... ¿No tenías tú muchos más libros en tu dormitorio, a su edad?

–Sí, pero, mira por dónde, parece que ella tenía los pósters adecuados y yo no –dije, con toda mi sinceridad, pero como de pasada, movida sólo por las ganas de resultar aguda, divertida, perspicaz... Mi encantadora vendedora de tornillos hizo un gesto de sorpresa feliz, pero yo seguía queriendo terminar mi razonamiento, así que fingí que no me daba cuenta y seguí –Lo que quería preguntarte era... porque seguramente confirmarás mi idea, y me importa mucho saberlo: de las dos cosas que supiste de ella, una fue más fuerte que la otra, ¿o no? Dejemos a un lado la tercera, porque dices que también supiste que era muy guapa, de las otras dos conclusiones que sacaste, digo, ¿cuál pudo más en ti: suponer que era lesbiana o suponer que no era muy culta? Pero quiero que me contestes pensando en aquella noche. O sea, antes de conocerla, sin tener en cuenta lo que pasara después, que yo no lo sé, ni si la conociste a fondo o no, aunque supongo que sí...

–Déjalo, sé por dónde vas, y sí, efectivamente, tengo que reconocer que pesaron más las paredes que el estante. De hecho, te lo tenía que haber explicado así: que entré en la

habitación pensando que la iba a llamar como forma de agradecimiento a sus padres, como un compromiso (porque a mí la gente muy joven, como era ella entonces, en general, me aburre; y una chica joven que estudia Empresariales... pues, sinceramente, no es como para despertar volcanes de curiosidad; yo sigo sin entender cómo una persona desperdicia la oportunidad de estudiar en la universidad eligiendo esa clase de chorradas...), y sin embargo, sí, lo confieso, después de ver los pósters, que eran tres y los tres delatores, la representación que me hice de ella fue muy distinta. Se me despertó un interés distinto por conocerla; por saber si tenía novia o no la tenía, si iba a los sitios de ambiente o no, si sería capaz de hablarme de sus asuntos con tranquilidad... Total que, en cuanto volví a Madrid, la llamé. Sí.

—O sea, lo que me imaginaba: que pueden más dos tetas que dos estanterías... *repletas*. —La primera risa fue la mía. Me salió bien la tontería que dije.

—¡Joder con la que creata! —se reía ella—. ¡Qué claro habla cuando quiere! Y en verso.

—Sí, los ripios son cosa de la publicidad... Venga, sigue. La llamaste y qué.

—Ya le había contado su madre la aventura, mi aparición, y le había dicho que podía ser que la llamara, que eso había dicho yo que haría. Más: parece que su madre me había puesto a mí por las nubes; le caí bien a la mujer. Y ella a mí también. Total, que quedamos para cenar. Yo tenía pensado llevarle a esa cena un regalo, a ella, a la hija, pero cambié de idea. Decidí hacerle el regalo a su madre. De parecerme mejor hacerle el regalo a la hija con tal de que la madre no interpretara que quería pagarle la cena que no me cobró y la

habitación, pasé a creer que lo mejor era hacerle el regalo directamente a quien me hizo la merced. Aunque me conozco, y sé que cambié de idea porque no me apetecía romperme la cabeza tratando de encontrar algo que le gustase a la hija.

—Porque ahora la hija tenía interés para ti...

—Sí, señora, y por eso te cuento el detalle del cambio de idea, para seguir dándote la razón en lo de las tetas. Era verdad que me intrigaba y me interesaba, así que ahora era más fácil elegirle un regalo a la madre que a ella. Me acuerdo que le compré un pañuelo de seda de esos grandes, para llevar como un chal.

—Y seguro que te costaría una pasta, porque ya he visto lo generosa que eres con los regalos... —Puede que mi comentario no viniera a cuento, pero vi la oportunidad de darle una vez más las gracias por los que me hacía a mí cada vez que venía a mi casa.

—No tanto. En fin, a la chica le hubiera encantado abrir el paquete, me lo dijo, pero no le dejé. También me preguntó qué era y tampoco se lo dije. Tonterías, pequeñas bromas, ya sabes, una manera de romper el hielo... Charlamos... Le pregunté por sus estudios... Me pareció una chica normalita, agradable... no le costaba nada reírse, o sea, más bien franca... Normal, bien. Ella estaba más cortada que yo; lógico, a fin de cuentas, le sacaba casi diez años y se veía que yo le imponía respeto, así que me fui creciendo por minutos. Tanto me crecí, me sentí tan sobrada frente a ella, que decidí que lo mejor era ir al grano. Porque yo lo que quería era que hablara ella y comprobar si mis deducciones eran correctas. Poco más. Y cuanto antes mejor. No me apetecía tirarme las semanas de *profundización en la amistad* que ha-



cen falta para que alguien te cuente ciertas intimidades, ya me entiendes.

—... te entiendo, sí: como en nuestro caso, quieres decir, ¿no es eso?

—Más o menos. Pero con ella, ésa es la diferencia, no me apetecía estirar mucho el asunto. Así que decidí ir al grano, o sea, hablarle de mí. Porque, no lo dudes, para conseguir que alguien hable, lo más fácil es empezar tú a contarle algo muy parecido a lo que quieres que te sea contado a ti. Le dije que había dormido en su habitación, que había visto sus pósters y que de ellos había deducido que a ella sí que podía yo decirle la verdad sobre mí... (lógicamente, esperé hasta el momento en que me preguntó lo que se suele preguntar en estos casos, si estaba casada o no, si tenía hijos...) y entonces le dije que no iba a disimular con ella contestándole a esas preguntas con vaguedades, que la verdad era que a mí me gustaban las mujeres y que lo mío no eran los maridos, sino las amantes. Puso una cara muy especial. Porque creo que no se lo esperaba de mí o a lo mejor fue que no se esperaba que sus pósters fueran tan delatores, no sé. Yo sólo me había acostado una noche con una mujer, pero a esas alturas ya tenía claro que me hubiera gustado acostarme con un montón más, así que fingí que sí, que era lesbiana poco menos que desde siempre. Te recuerdo que yo partía de la suposición de que ella no sólo lo era, sino que lo sabía perfectamente y desde hacía tiempo, así que, al decirle yo lo mío, tenía que ser inmediato, si no me había equivocado, que ella me dijera a mí lo suyo. Y justamente. Me lo dijo a renglón seguido. «Yo también», me dice. Y le pregunto: «¿Desde cuándo lo sabes?», y ella me contesta: «Desde que tenía diecisiete años

y conseguí llevarme a la cama a mi profesora de historia, que resulta que era la madre del chico con el que estaba saliendo»...

—¡Qué fuerte!

—Eso mismo pensé yo. Que hay gente que va deprisa y al grano toda la vida, desde jovencita, y que ése es un tipo de gente. Y luego estamos las demás, las pavisosas, como yo...

—... y como yo.

—... que llegamos tarde a todo. Qué fuerte, sí, porque ella... ¡anda que se achicó!, no creas que dijo... Lo que dijo fue «conseguí llevarme», en plan potente total. Y yo me quedé... Se la veía tan modosita, tan femenina... A partir de ahí le hice un montón de preguntas. La chica no lo sabía, pero tenía ella más cosas que contarme a mí, que yo a ella. Me dijo que se había enamorado realmente de esa mujer y que se había enrollado con su hijo sólo para poder estar siempre con ella; pero sin ser consciente, claro, al principio. Dice que no se dio cuenta de lo que le pasaba, que le gustaba más la madre que el hijo, hasta que un día se fueron los tres a un concierto, a Madrid, y tuvieron que quedarse en casa de unos amigos de la madre en la que les dejaron una cama para dos y un sofá cama. La madre les ofreció a ellos dormir juntos en la cama y quedarse ella en el sofá. Pero la chica, Marcela (se llama Marcela)...

—¿Marcela? ¡Qué nombre!

—¿Te gusta?

—Sí, me gusta.

—A mí también. Le pregunté si conocía a la Marcela del Quijote y me dijo que no. Me dijo que sabía que siendo ella de La Mancha tenía delito que no lo hubiera leído, pero que

no. Que sólo había leído los trozos que les pusieron en su día en clase para hacer un trabajo. Me dijo que se llamaba Marcela por su abuela, la madre de su padre. Y yo le dije que la Marcela de Cervantes, bien leída, tenía su miga como mujer. Le expliqué el personaje un poco por encima, le dije que también era muy guapa, como ella, y le dije, sobre todo, que salía muy al principio, para ver si con eso se animaba a buscarla. Bueno, pues han pasado un montón de años, sigo viéndola de vez en cuando, y casi estoy segura de que sigue sin leerlo.

—Sí que tiene miga, sí. A mí también me llamó la atención cuando lo leí... Pero venga, sigue con la historia.

—Ella me pidió que la llamara «Marce», que así la llamaba todo el mundo. ¡Marce!, ¿te lo puedes creer? ¡Qué horror! Por un lado, la chica me gustaba, pero, por otro, tenía estas cosas que... Y yo le dije que ni hablar, que de ninguna manera, que no estaba dispuesta a hacerle yo también ese feo, hacérselo a ella y hacérmelo a mí cada vez que la nombrase...

Le hice un gesto de impaciencia para que volviese al hilo central y ella sonrió:

—Sí, sí, volviendo a lo que me contó. Que se quedaron en casa de esa gente en Madrid y que la madre, la profesora de historia, les ofreció la cama para que durmieran juntos su hijo y ella. Por lo visto se traían mucha juerga los tres y unas cuantas copas de más. Marcela dijo que no, que si había que dormir en un sofá cama, dormiría ella, y que durmieran juntos la madre y el hijo. Entonces el hijo dijo que no, que era mejor que en el sofá durmiera él, como un caballero, y que fueran ellas, las dos, las que durmieran en la cama cómoda-

mente. Y las dos dijeron enseguida que sí, que ésa era la mejor solución. Porque se querían mucho las dos, se llevaban muy bien y hablaban mucho y se reían mucho... Y durmieron juntas. Durmieron y ya está. Pero dice Marcela que en su vida había sentido nada tan fuerte como que el cuerpo de esta mujer la rozara. Lo curioso es que parece ser que a su profe le pasó igual esa noche; sólo que, mientras que la reacción de Marcela fue: *voy a por ella porque me gusta*, la reacción de su profe fue: *apártate de mí, Satanás*. Y así pasaron un mes. Un mes en el que dice Marcela que no se podía respirar el aire de tan espeso que se volvía en cuanto se miraban o se tocaban por casualidad. Hasta que, según me contó, una tarde, consiguió llevársela a la cama. Literalmente fue ella la que se llevó a la cama a su profesora, y no al revés, porque dice que empezó a besarla en la cocina y no le dejó abrir la boca para otra cosa hasta que no llegaron al dormitorio... La historia no duró más que lo que quedaba de curso, porque Marcela se vino a la universidad a Madrid y porque ya antes, en el verano, ella, la profe, le dijo que tenían que terminar, que se sentía cada vez peor, que aquello era un disparate, y cortó.

—¿Y qué tal lo pasó... «Marce»? —remarqué el feo diminutivo por alguna malsana corriente interna de mi cerebro cuyas fuentes solemos tender a no investigar—. Dices que te dijo que se había enamorado de su profesora, ¿no?, lo pasaría mal, entonces, me imagino...

—Supongo. Pero lo que me comentó es que llegó a Madrid como quien llega al paraíso de la libertad. Y que se dedicó a ligar como una loca. Cosa que no creo que le costara mucho porque ya te digo que era, bueno, es, muy guapa.

—¿Y el padre del chico, el marido de la profe, no aparece?

—Pues no. Creo recordar que me dijo que era madre soltera. Y una mujer joven; en realidad, no se llevaban tantos años...

—Y cuando ella te preguntó a ti por tus historias, ¿tú qué le contaste? Porque digo yo que te preguntaría a su vez...

—Pues el caso es que estuve dudando muchísimo de si inventarme que tenía una historia presente o no, o dejarlas todas en un pasado indefinido. Dudaba porque...

—... porque no sabías si presentarte como libre, disponible, en ese momento, o no, ¿a que sí?

—Sí, algo así. Porque libre estaba, de hecho, pero no sabía si me apetecía abrirle a ella esa puerta o cerrársela ya, desde el principio. Eso sin pensar si yo podría gustarle a ella o no. Hablo de mí. Sólo de mí.

—¿Y qué hiciste?

—Mis dudas eran porque estaba notando que me podía más la pereza que la curiosidad. Por un lado, hervía de curiosidad por seguir acostándome con mujeres, como si tuviera que recuperar el tiempo perdido. A los treinta y uno me sentía un poco vieja ya. Pero, por eso mismo, lo que me apetecía era acostarme con una mujer de verdad, no con una jovencita. Y no sólo es porque fuera jovencita, la pereza me venía de que esta chica era, para mí, un poco... era agradable, sí, simpática, se la veía buena persona, pero era un poco...

—¿Anodina? —le ayudé yo con mucho gusto.

—Sí, eso, muy guapita y tal, pero...

—O sea, que ahora era el estante el que estaba ganando a las paredes...

—Justamente, sí, bien dicho ¿Y no te parece eso a ti un poco triste? Aunque el asunto era complicado porque... mientras me estuvo contando lo de su profesora, que me lo contó con todo detalle, no como te lo he contado yo, pues... me estaba excitando, ésa es la verdad, y un montón.

—Por eso te lo contó así.

—Sí, yo también me di cuenta. Me di cuenta de que estaba acostumbrada a seducir, que era... maravillosamente descarada. A lo mejor por guapa, pero el caso es que su naturalidad era... no sé cómo decirte, tan cómoda, tan... «facilitadora», que daban ganas de abandonarse. Y todo esto estaba pasando en la primera cena.

—Sí, me lo creo. Es que los flujos del deseo entre dos personas aparecen desde el principio... Casi siempre. Otra cosa es lo que tardemos en darles cauce.

—«Los flujos del deseo....» Muy bonito, te ha quedado muy bonito.

—No te burles.

—No me burlo. Pero fíjate en una cosa. Si fuera verdad lo que dices, que el deseo aparece desde el principio...

—... o no aparece nunca...

—... o no aparece nunca, cierto. Pero, si es verdad que aparece desde el principio, entonces yo tendría que decir que no deseé nunca de verdad a esta chica. Es más, afinando, afinando, podría decirte que el deseo que sentí, según eso, lo que me excitaba mientras me contaba lo de su profesora, no era la imagen de ella, sino la de su profesora, precisamente. O sea que, «para darle el cauce adecuado a los flujos de mi deseo», hubiera tenido que dedicarme, inmediatamente, a localizar a esa profesora de historia de la que ella me habla-

ba... ¿Sabes lo que le dijo su profe cuando le pidió que lo dejaran? Pues no le dijo que la quería mucho, pero que ya no la deseaba, como suele ser normal; le dijo justo lo contrario, que era demasiado fuerte lo que sentía con ella en la cama y que no se correspondía con lo que sentía por ella fuera... ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? Que seguramente le dijo la verdad.

—Lo gracioso es que yo, un tiempo después, hubiera podido decirle exactamente lo mismo. Y algo muy parecido le dije. Es triste.

—O sea que tuvisteis una historia finalmente.

—Sí, la tuvimos.

—Pues eso es lo que cuenta. Que las tres tuvisteis una historia de amor para recordar luego; las tres: tú, la profesora y Marcela. Y una historia muy agradable ¿no?

—Sí, eso sí.

—Y si resulta que descubristeis que era más fuerte el deseo que el enamoramiento, pues mejor, porque eso es muy perturbador en sí mismo. Y, gracias a eso precisamente, me imagino que después seguiríais la búsqueda y que, más tarde o más temprano, encontraríais cada una a alguien a vuestra medida. Porque... ¿dices tú «triste»? ¿sabes lo que a mí me parece triste de verdad? Que para una vez que encuentras a una persona de la que te gustan lo mismo sus paredes que sus estantes, para una vez, mejor dicho, que los estantes casan con la pared, a ti te pille en la inopia y dejes pasar ese mirlo blanco sin atreverte a tocarlo siquiera. Eso sí que es triste. Lo demás no deja de ser la búsqueda. En el caso de esa profesora, puede que Marcela fuera sólo un prólogo. Y qué. Gracias al prólogo, puede que luego supiera aprove-

char ese momento especial, que debe llegar pocas veces en la vida, en que por fin aparece alg...

—A ver, un momento, ¿es que tú eres de las que cree que todas las historias de amor conducen a una sola? —me lo preguntó con un poco de sorna, como esperando que le dijera que no, que entendiese que era mejor para mí decir que no.

—Sí. Lo creo. Más o menos, pero sí.

—¡¡No me digas!!

—«Más o menos», digo: no me machaques. Yo sí que creo que todos los ensayos de prueba-error conducen a una, a dos historias de amor de verdad. A tres como mucho. Porque la vida es corta. No da tiempo a más. Y hay más gente de la que nos imaginamos que no culmina su búsqueda nunca. Claro que también se empeña, la mayoría del personal, en reducir sus posibilidades a sólo un lado de la acera...

—Me parece que tú tienes tendencia a darles mucha importancia a las cosas. Y la gente que tiende a dar mucha importancia a las cosas es porque, en el fondo, se da mucha importancia a sí misma —me dijo y a mí se me quedó la frase como lo que era: un repaso que me estaba dando, suave, pero certero—. Por eso te caben en la cabeza ideas como esa de destino, de culminación, de la vida como un proceso con sentido, con un discurrir ordenado... Yo más bien creo que vivimos en un caos, que somos nosotras las que nos inventamos que lleva un cierto orden con tal de no desesperarnos ante la perspectiva de no poder dirigirlo ni siquiera mínimamente. Y si encontramos alguna isla de orden, de sentido, en mitad del galimatías, o es una ilusión que nos hacemos, como te digo, para no volvernos locas o, si es real, es tan casualidad como el desorden mismo.

Me callé porque no supe qué contestarle. No sabía si tenía razón ella o la tenía yo; es más, no sabía si yo pensaba realmente lo que había dicho ni si lo que yo había dicho era distinto de lo que había dicho ella. Y es que, las ideas generales, las que tratan de explicar nuestra concepción del mundo, yo creo que a la mayoría se nos escapan, creo que no sabemos realmente expresarlas y que no podemos, por eso, adscribirnos a unas o a otras. Yo lo que creo es que usamos esas parrafadas filosóficas como excusa para hablar de algo de nuestra manera de ser que nos gustaría que fuera más rotundo, más trascendente que un simple rasgo de carácter.

—No sé —acabé diciéndole—. Pero es verdad que yo me consuelo de mis errores pensando que me servirán luego para culminar algo con éxito. Mientras que tú te consuelas de los tuyos, me parece a mí, pensando que son inevitables, simplemente, ¿o no?

—Son inevitables. Y no creo que se aprenda de ellos más que de los aciertos, ni más que de los asuntos que se nos quedan en tablas, que son la mayoría.

—Vale, pero dejémoslo, que ya nos estamos liando otra vez. Y yo lo que quiero saber es lo que te pasó con esa chica, con Marcela. ¿Qué le dijiste por fin? ¿Que tenías novia en ese momento o que no la tenías?

—Primero me pregunté a mí misma si me apetecía seguir viéndola o no; y decidí que sí, porque me resultaba agradable y porque ella parecía conocerse muy bien el mundo de los bares de ambiente madrileños. Pensé que me daría menos apuro y menos pereza salir por ahí si iba con ella que si iba sola. Y luego, según eso, decidí decirle que acababa de

terminar una relación de varios años de la que no me apetecía hablar. Que no solía frecuentar los sitios de mujeres, que andaba muy fuera de esos lugares, pero que ahora, en este momento, me apetecía. Entonces ella me dijo que tenía una novia desde hacía unos meses, aunque cada una seguía viviendo su vida. Que se veían a menudo, pero que no vivían juntas: Marcela compartía piso con otra estudiante y esta chica tenía alquilada una buhardilla. Me dijo que me convenía salir y conocer gente y que, si yo quería, podíamos salir las tres de vez en cuando. Me presentó a su novia y salimos las tres juntas varios sábados. Y no me gustó nada, pero nada, esa chica. Su novia. Ni me acuerdo de cómo se llamaba, tenía un nombre de esos modernos, imposibles, de los que se pusieron de moda en los barrios obreros cuando estaba naciendo esta gente, por los años setenta y tantos, yo qué sé, tipo Vanesa... o Tatiana... o... no sé.

—¿Y qué tenía la pobre chica que no te gustase? —le pregunté yo con sincera curiosidad, pero también con un poco de sorna.

—Todo. Era de la misma edad que Marcela, veintipocos. Fea, no creas que era guapa. Muy delgada, muy masculina, con el pelo muy corto... Físicamente era como un soldado; pero como un soldado con complejo de enclenque, no sé explicártelo mejor. Un soldado voluntario, al que le gusta la vida militar, pero que sabe que sus compañeros son más fuertes que él y no les perdona que lo sean. Más o menos. Miraba como si estuviera resentida con medio mundo. Ojos pequeños y juntos, como los mochuelos; oscuros, pero muy oscuros, sin ningún brillo. No se reía ni haciéndole cosquillas. Ni sonreír siquiera; lo más, una mueca de lado, tan de

lado, que yo juraría que tenía atrofiada ya la otra comisura de la boca, una parálisis facial en la pubertad o algo así. Te podrás imaginar que, además, hablaba poco, y que era la pobre Marcela la que estaba pendiente de ella, siempre preguntándole si le apetecía esto o lo otro. Tenía una vespa (le pegaba tenerla a la rancia esta), y una noche de las que salimos, no fueron muchas, porque yo... Bueno, una noche, yo me había llevado mi coche y ella y Marcela habían ido en la vespa al sitio donde habíamos quedado, un pub, un local horrible, y cuando salimos de allí porque iban a cerrar, estaba cayendo una chupa de agua monumental. Además, era de madrugada y hacía frío. Yo les propuse llevarlas en mi coche a las dos adonde quisieran, y que dejaran la moto allí, con la cadena puesta, ya la recogerían mañana. Pero la dueña dijo que no, que se la podían robar a pesar de la cadena. Sólo ella tenía casco, Marcela no. Entonces yo le dije a Marcela que se viniera conmigo en el coche y que la otra llevara la moto sola, que era tontería que se expusieran a coger una pulmonía las dos, con que se calara una, valía. Marcela se quedó que no sabía qué decir porque incluso andaba un poco resfriada. Pero ésta, que no hablaba nunca, se soltó de pronto una parrafada increíble. Literalmente le prohibió a Marcela irse en el coche conmigo. Me dijo a mí que ella la había traído y que ella se la llevaba. Como si de verdad hablara de un paquete. Yo no me podía creer el tono que se gastaba esta chorba con Marcela, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Pero lo peor de todo es que Marcela no parecía reaccionar. No sólo se fue con ella, sino que incluso intentaba calmarla para que no se exaltara tanto. Yo sí que me fui de allí haciéndome cruces y jurando que no volvería a ver a es-

tas dos nunca más. Hice fu, como el gato. Quita, quita. Lejos de semejantes líos. De hecho, Marcela me llamó después un montón de veces, me dejaba recados en el contestador, y yo la llamaba una vez de cada tres y siempre para decirle que no podíamos quedar. Por cierto, no te he dicho lo que estudiaba la otra, en la vida lo hubieras adivinado, te apuesto lo que quieras a que no: estudiaba Teología, en Comillas. Como lo oyes. Por lo visto, sus padres eran de una de esas sectas de los católicos de base, los Kikos, o algo así, no llegué a enterarme bien. Unos integristas. No es que tuvieran mucho dinero, pero ésta era una hija tardía, y única, cosa rara en esta gente, que suelen tener un chorro de hijos, los que dios les manda, así que los padres estaban tirando la casa por la ventana para que su niña estudiara. Estudiara para... yo qué sé para qué, para sacerdotisa, me imagino, por si llega la ocasión de serlo. Teóloga, seglar y lesbiana, manda narices el cacao mental de la criatura. Le habían alquilado una buhardilla para que pudiera vivir sola, como ella quería. Ésta lo que tenía claro era que necesitaba un picadero y creo que hasta había hecho huelga de hambre y todo con tal de que no la mandaran a un colegio mayor católico. En fin, que yo creía que la historia esta había acabado ahí; y por mi parte, desde luego que acababa ahí. Pero no. Una tarde, después de dos meses por lo menos, cuando llegué a casa en mi coche, me encuentro a Marcela en la puerta de mi bloque. Esperándome. Que quería hablar conmigo y pedirme un favor, pero que, como no me ponía al teléfono... Que entendía que no quisiera saber nada de ella ni de su novia después del numerito que me montó la otra el día de la lluvia. Pero que ya la había dejado. Que la había dejado hacía más de un mes, y

que hacía mucho más tiempo que quería dejarla, pero que la otra, como estaba un poco desequilibrada, la amenazaba siempre con suicidarse y cosas así, pero que ya estaba, que se acabó, que tenía muy claro que no quería volver a verla, que ése no era el problema... Subimos a mi casa, le preparé un café... ¿Y el favor que querías pedirme?, le pregunté. Y entonces me dice que el problema estaba ahí precisamente, que había empezado de exámenes, y que no podía estudiar en su casa porque la otra no la dejaba. Que estaba loca, que no aceptaba la idea de que se había acabado, y que se le presentaba en el piso cada dos por tres, que se liaba a llamar al timbre, a llamar por teléfono, a esperarla cuando volvía, que no la dejaba en paz. Y que si podía quedarse unos días en mi casa. Para poder estudiar. Que había caído en la cuenta de que la otra no sabía dónde vivía yo, ni tenía mi teléfono ni nada (y era verdad, porque siempre era con Marcela con quien hablaba y quedábamos en los sitios), que, como yo vivía sola, y viajaba tanto, que si le hacía el favor, que el curso que viene cambiaría de piso para que la otra no pudiera localizarla, pero que ahora ya, a estas alturas... Que hasta hace poco había estado procurando volver a su piso lo más tarde posible, volvía casi sólo a dormir y que así había conseguido darle esquinazo muchas veces, pero que ahora, como tenía que estudiar, no podía estar fuera de casa tanto tiempo, que no me estorbaría, que no sería mucho tiempo, que... Yo le dije enseguida que sí, que claro que podía quedarse, que estaría bueno que justamente yo le negara una habitación, y todo el tiempo que quisiera, además; pero que ésa no era la solución. Que la solución no era esconderse. Que lo que la tipa esta le estaba haciendo se llamaba acoso y que era de

denuncia. Me contó que desde que había cortado, la otra no la había dejado en paz, que estaba desesperada, que no sabía qué hacer, que al principio pensó que serían unos días, que se le pasaría, pero que ya había pasado más de un mes y cada vez era peor. Que ahora mismo estaba más asustada que nunca por cuál podía ser su reacción cuando viera que había desaparecido del piso, que le había dicho a su compañera de piso que le dijera que se había marchado a su pueblo y que sólo vendría para los exámenes finales, pero que se temía que la otra iría a su facultad a buscarla y comprobar si era verdad que se había ido porque lo más seguro es que no se lo creyese... (Lo que no te puedes imaginar es cómo me hervía a mí la sangre mientras Marcela me contaba todo esto.) Que ya no temía que se suicidara, como amenazaba, que eso ya no le causaba efecto, porque sabía que no lo haría, que ojalá, pero que no, que era por otras cosas por las que tenía miedo... ¿Qué cosas?... Otras amenazas que le había soltado a lo largo de la relación... ¿Qué amenazas?... Que no era capaz de suicidarse, como decía, pero sí era capaz de ir contra ella, contra Marcela, que podía ir a poner carteles en su facultad anunciando con su nombre y apellidos que era lesbiana, porque ésa fue una de sus amenazas una vez que intentó dejarla, la amenazó con eso porque se le había metido en la cabeza que la dejaba precisamente porque era incapaz de asumir su sexualidad públicamente. Y ahí ya no pude más y salté. Y le dije que ya estaba bien, que no podía quedarse de brazos cruzados, que si denunciarla no, algo tenía que hacer, algo, lo que fuera, pero algo más que venir a refugiarse a mi casa, que yo encantada, pero que eso no era plan. Le dije que esta gente es bastante cobarde,

que esta clase de gente no tendría ninguna fuerza si los demás no se la dieran y que la íbamos a poner en su sitio si ella quería. Que podía quedarse en mi casa todo el tiempo que le apeteciera, pero que me parecía increíble, casi indigno de ella, que pasara por el aro de que una mocosa la echara de la suya propia. Entonces ella se excusaba diciendo que su compañera de piso también se había quejado de que tuvieran movidas un día sí y otro también, que la casa no era sólo suya; y que lo más fácil era quitarse del medio porque le daba miedo que la loca ésta reaccionara cada vez más desesperadamente, con más locuras; ya tenía enteradas a todas las vecinas del bloque... Total, resumiendo, que lo estaba pasando de verdad mal, y que yo le eché cuentas a sus veintidós añitos, a su falta de experiencia en la calle, y que decidí ayudarla, pero ayudarla de verdad, rápido y con eficacia, no pedagógicamente, no esperando a que fuera ella la que tomara las decisiones y la que actuara, sino amistosamente, simplemente como la amiga brutota que lo da todo por ti sin ningún conocimiento de psicología... Había que abreviar, así que decidí que sería más que suficiente con que fuera ella quien tomara las decisiones; actuar, actuaría yo. Le dije que, si ella quería, si estaba convencida, si le parecía bien, si estaba dispuesta, podíamos pararle los pies a aquella desquiciada. Y con sus propias armas, además. Que no nos costaría nada conseguir que la dejara en paz. Le dije que lo primero que haríamos, si me daba permiso, es que yo me presentaría en su facultad de Teología en medio de una clase en la que estuviera ella. Yo, que no me corto un pelo, entraría en clase, en plena clase y la sacaría con la excusa de algo urgentísimo. A la vista de todo el mundo. Al pasillo las dos. Allí le en-

señaría un taco de fotocopias en las que estaría escrito su nombre, sus apellidos, el domicilio de sus padres en el pueblo de Cádiz donde vivían, y la información clara sobre su lesbianismo. Carteles para pegarlos por toda su facultad de Teología de Comillas. Le diría que Marcela y yo éramos pareja y que ya estaba viendo que hasta las fotocopias las tenía hechas y preparadas para el caso de que se le ocurriera seguir montándonos el escándalo a alguna de las dos. Junto a las fotocopias de los carteles para su facultad, le enseñaría fotocopias de varias cartas de amor que ella le había escrito a Marcela, metidas ya en un sobre con la dirección de sus padres puesta, a falta sólo del franqueo, por si se le ocurría hablar con alguien de Marcela y de su vida privada. No sólo toda la facultad de Comillas sabría de ella lo mismo que ella dijera de Marcela o de mí; sino también sus padres. Por último, como un regalo mío y de Marcela, especial para ella, un puñado de váliums diez, un puñado capaz de tumbar a un elefante y la recomendación de que, si finalmente decidía suicidarse, se tomara exactamente esa cantidad; que, como eran difíciles de conseguir, aquí tenía las suficientes pastillas para que no fallara. Que no se tomara unas cuantas ni la mitad, sino todas, que para eso se las habíamos conseguido. Y tal cual lo estuvimos hablando las dos, Marcela y yo, tal cual lo hice yo. Todo, menos lo de las pastillas, porque Marcela dijo que eso no. Que eso le daba un poco de repelús. Pero el resto, tal cual. Y no sólo estaba de acuerdo, sino encantada, porque ella también pensaba que, haciéndole frente, y más con esa fuerza, no se atrevería a cumplir sus amenazas. Ya el mero hecho de decirle que estábamos juntas le iba a suponer bastante freno porque, según me dijo Marcela, yo les im-



ponía bastante respeto a las dos. Aquella noche se quedó ya a dormir en mi casa y al día siguiente yo, que tenía coche, la acompañé a la suya a que buscara sus cosas. Tenía que seguir pagando el piso, para no dejar tirada a la otra con el alquiler, así que no hicimos ninguna mudanza grande, sólo lo imprescindible, sus libros, su ropa, las cartas de amor que la otra le había escrito... ¿Qué será que a esta clase de locas les da siempre por escribir? Y yo preparé un cartel, hice las fotocopias y al día siguiente por la mañana, sin ir más lejos, ya me había cogido con éste dos días de trabajo, vino lo de sacarla yo de su clase de... Mneumatología, no te lo pierdas, de su clase sobre el Espíritu Santo, para entendernos. Sí, justo al día siguiente del traslado, antes de que la loca tuviera tiempo de ponerse nerviosa buscándola. No convenía que tuviera tiempo de reaccionar por su cuenta. Luego, al cabo de unos días, hice otra cosa más. Pensé que hacía falta algo más, como si fuera una dosis de recuerdo de una vacuna. Llamé a sus padres y me tiré un buen rato hablando con ellos como si yo fuera una profesora de su hija; hablamos de nada, en realidad, de los estudios, de cómo iba, de nada, pedí hablar con la madre y también con el padre, con los dos, a eso de las once de la noche, además, para que la llamada fuese, en el fondo, por poco que lo pensarán, bastante rara. Una hora hablando con uno y con otra y de nada concreto, de once a doce de la noche. Seguro que se mosquearon. Les repetí mi nombre con mis dos apellidos un montón de veces, conseguí que lo apuntaran, incluso, para que no se les olvidara, porque les pedí especialmente que hicieran el favor de hablar con su hija y decirle que yo los había llamado para charlar con ellos de sus progresos como alumna.

Nada más colgar, la llamé a ella misma y le dije que había estado hablando con sus padres... que no les había dicho nada, sólo por saludarlos, por conocerlos, pero que, como me enterase de que hacía o decía algo en contra de Marcela, iba a ir a hacerles una visita en coche para poder hablar con ellos personalmente de cómo era su hija, y que hablaría con toda su familia del pueblo, y con las monjas del colegio en el que había estudiado y con todo el que se me ocurriera que podía conocerla, que a mí no me daba ningún corte... Ya me había visto actuar en el pasillo de su facultad, así que no cabe duda de que me creyó. Estaba segura de que sus padres también la llamarían inmediatamente para comentarle la conversación tan extraña que acababan de tener con una señora que dijo ser profesora de su hija... y que se llamaba exactamente como yo, con mi nombre y mis dos apellidos.

—Madre mía...

—Madre mía, qué. Tú no te imaginas lo mal que lo estaba pasando Marcela: una tía sensata, sana, buenísima estudiante, capaz de valerse perfectamente por sí misma, pero incapaz de una cosa tan simple como sacudirse de encima el peso de esta mostrenca. La lástima es la cadena más gorda con la que se puede atar a una persona. Es más gorda todavía que el miedo. Con el miedo atas a la gente cobarde, pero con la lástima, con el sentido de culpa, atas incluso a la gente más fuerte.

—No lo decía por eso. Al revés. Me asombraba de lo... increíble que eres. Lo expeditiva, lo... valiente. Me encanta ver lo claras que tienes las cosas y lo poco que dudas a la hora de actuar. Si yo tuviera un problema, el que sea, no se me ocurre mejor aliada que tú. De verdad. Eres un lujo de persona.

—¿Lo ves? Pues lo difícil es encontrar a alguien que lo vea así. Como yo lo veo y como lo ves tú. Estamos de acuerdo. No te digo con los piropos, sino con el modo de ver ciertas cosas... ¿Qué se podía hacer en un caso así? Dime tú.

—Quitar a Marcela de en medio lo primero, en eso cayó ella misma también. Y después, sí, yo lo tengo claro, ir por la vía rápida a quitarle a esa tía las ganas de joder. Y tanto que sí. Otra cosa es que yo seguro que no hubiera sido capaz de discurrir tan claramente como tú qué hacer y cómo hacerlo... y cuándo, además: inmediatamente.

—Pero si no tuve que inventar nada... No tuve más que ponerla frente al espejo de sus propias amenazas. Le devolví la moneda, simplemente, no tuve ningún problema, ni ético ni de imaginación. ¿Los carteles en la facultad? Idea suya. A mí no se me ocurre publicar la sexualidad de nadie. Y seguramente no lo habría hecho, fíjate, hiciera ella lo que hiciera. Pero ella creyó que era perfectamente capaz, que era de lo que se trataba.

—Eso te iba a decir... ¿Qué cara puso cuando hablaste con ella? ¿Y qué hizo? ¿Hizo algo o no?

—Nada en absoluto. Nada de lo que llegáramos a enterarnos, por lo menos. Pero no, nada, seguro que nada. Yo le aconsejé a Marcela que no fuera a los bares a los que solían ir juntas, durante varios meses o un año como mínimo. Para dejarle a la otra ese territorio, por lo menos, y para evitar que se encontraran y saltara alguna chispa.

—Pero ¿qué cara puso cuando la sacaste de clase, qué te dijo...?

—Pues el caso es que cuando le enseñé las fotocopias de los carteles para su facultad y los sobres con la dirección

de los padres puesta, y todo eso, como no le dejé hablar, no me enteré de lo que hubiera querido decirme. Primero no salía de su asombro y, después, como estábamos en el pasillo de la facultad, en cuanto hizo amago de querer hablar, o insultarme más bien, empecé a subir el volumen de voz, y le dije que, o se callaba completamente, o me ponía a gritar hasta que saliera toda la gente de clase. Y como veía que era verdad, que no me achicaba, que hablaba altísimo y moviendo mucho, además, los carteles, tamaño doble folio, en los que estaba su nombre y la palabra lesbiana bien grande... pues ella se pasó el rato poniéndose delante del taco de carteles que yo agitaba en la mano para que no pudieran leerlos de reojo los que pasaban por el pasillo en esos momentos; sí, y chistándome de vez en cuando, con sus mejores modales, para que yo no me enfureciera y bajara el volumen. Era ella la que intentaba calmarme a mí y procuraba no sacarme de quicio... Y yo me lo pasé en grande, comprobando lo rápido que se puede cambiar de papeles cuando una se lo propone, lo distinto que era verla a ella ahora poniendo paz, en lugar de ver a Marcela, aquella noche, bajo la lluvia, tratando de calmarla a ella. Y me lo pasé en grande repitiéndole una y otra vez las mismas cuatro ideas básicas, se las recalqué para que no se le olvidaran, una y otra vez: los carteles para la facultad, las cartas para sus padres, y las copias para toda la gente que se me ocurriera de su pueblo... Hasta que me cansé yo, porque cada vez que ella me decía que sí, que ya valía, que se había enterado, que lo dejara ya... yo volvía a empezar la retahíla completa y cada vez levantando más la voz: los carteles, las cartas... Hasta que aprendió que no me podía decir nada, nada de nada. O sea, ya ves: no tengo ni idea de

lo que pensó o se le pasó por la cabeza. Luego, cuando a los pocos días la llamé después de hablar con sus padres, como eso era por teléfono y no en un pasillo donde la gente la conocía, pues tuvo el atrevimiento de iniciar un conato de advertencias, ¡dirigidas a mí!, momento exacto en el que le dije que, o se callaba inmediatamente, o le colgaba a ella para marcar de nuevo el teléfono de sus padres y decirles todo lo que me había quedado con ganas de decirles... Y cerró la boca. Y punto final. Después no volvimos a saber nada de ella. Desapareció. Nunca más se supo. Ni idea de qué hizo o dejó de hacer.

—¿Y Marcela? ¿Qué pasó con ella?

—Pues... Ya te digo que se vino a vivir a mi casa. Pregunta: ¿dónde dormía? Respuesta: en el sofá cama. Mi otro piso era más pequeño que el que tengo ahora. Pregunta: ¿durante cuánto tiempo? Buena pregunta. No, en serio. Quiero contarte la historia completa y te la contaré. Sigo. Llamamos a los padres de Marcela para decirles que había tenido que dejar el piso en el que vivía, por no me acuerdo qué que les contamos, pero que no se preocuparan, que podía quedarse conmigo en mi casa hasta que encontrara otro piso. Los padres, encantados. Por un lado, que qué molestia, pero, por otro, encantados de que su hija estuviera bien guardada conmigo.

—¡Bien guardada! ¿Y lo estaba?

—Espera, ya voy. Marcela, encantada también. Dispuesta a encontrar otro piso, pero feliz de saber que no lo encontraría, compartido con estudiantes, hasta primeros del curso siguiente. La única que no estaba contenta era yo. Porque veía que ella se estaba prendando cada vez más de mí (ya ves tú, qué atractiva puedo ser yo, pero ya sabes lo que pasa, yo

tenía diez años más que ella, y estaba cuerda, sobre todo, mientras que ella acababa de dejar a una cría, una niña, que estaba, además, como una regadera). Empecé por no darle importancia a su cuelgue conmigo porque casi me pareció lógico. Digo yo que reaccioné como creo que se deben de tomar las profesoras de instituto el cuelgue de una alumna, con cariño (hasta con complicidad, en este caso, en el gusto por las mujeres), pero nada más. Aunque... el problema no era sólo su edad... Te voy a confesar otra cosa: yo tenía la mosca detrás de la oreja con ella; porque no me gusta la gente que... bueno, que se enrolla con gente desequilibrada... ya está, ya lo he dicho. Igual es injusto; a saber cómo se ve una envuelta en esa clase de historias, pero yo siempre pienso que... y no me gustaría pensar así, pero pienso que hay..., que puede haber un grado de tolerancia a esos líos, vaya.

—No te preocupes, no hace falta que me lo expliques, te entiendo.

—Ya sé que es horrible, que es como echarle la culpa a la víctima. Y, en el caso de Marcela, yo no hacía más que repetirme que lo mío era un prejuicio, que no tenía derecho a pensar así de ella, porque, además, la historia con esta mneumatóloga, *espiritista*, hablando en plata, no duró ni un curso completo, apenas unos meses, y, de esos meses, seguro que una buena parte se la pasó Marcela queriendo dejarla y tratando de hacérselo lo menos duro posible. Se pierde mucho tiempo en eso, lo sabemos. Se tarda mucho en terminar. Y ni siquiera llegaron a vivir juntas... No sé. También puede ser que yo tuviera mis miedos propios, que no dependían de ella, y que fuera por ellos por los que deci-

dí, al principio, mantenerme a distancia. Cualquiera sabe. O tenía esperanzas secretas, idealizadas, de encontrar a una mujer de esas que... de las que te enamoras perdidamente, y quizá por eso me pareciera que no podía entretenerme con alguien como Marcela, como si una cosa impidiera la otra...

–Como si temieras que apareciese esa mujer y se te escapara por estar tú en brazos de otra...

–Sí, señora. Por no estar pendiente. Algo así. Una superstición, si lo analizas bien, pero sí. Un prejuicio de novata, un recelo de doncella boba, como si disfrutar ahora quitara el disfrute de mañana, como si el cuerpo se gastara por usarlo, o, peor, como si el deseo se estancara con el uso.... cuando es justo al contrario: cuanto más vive el deseo y más se cumple, más deprisa fluye, más avanza y más exigente se vuelve, más talento echa a la hora de buscar y encontrar nuevas y mejores satisfacciones...

–Entendido –le dije yo, sonriendo desde lo más hondo de mí misma, porque aquélla era la primera vez que le había pillado, yo a ella, una pequeña trampa mental, una doble dimensión en su discurso que buscaba, desde su experiencia, dar explicación a matices de la mía que yo no le había confesado aún, pero que ella se temía; esta argumentación explícita sobre sí misma iba, en realidad, dirigida a mí. Me enterneció descubrir su celo en desmontar mis reparos... Y seguí preguntándole:– Pero, dime, venga, qué pasó finalmente con Marcela, ¿guardaste tu virginidad de doncella para seguir buscando a la mujer de tu vida o decidiste que se podía muy bien yacer con la compañera y seguir estando al loro de lo que pasara por la calle?

–Menos guasa. Te recuerdo que eres tú, y no yo, la que piensa que todas las historias de amor conducen a una sola verdadera.

–A dos o tres te he dicho. No me resumas tanto. Cuatro a lo mejor. Según la persona... Yo qué sé.

–... y te recuerdo que soy yo y no tú la que cree que el presente es el amor y el amor es el presente. Y que vivir es *vivir lo que haya* porque es lo que va a haber, no hay más. Pero bueno. Dejemos eso. A ver... volviendo a Marcela. Se vino a vivir a mi casa, sí, aunque, con mis viajes, no pasábamos juntas mucho tiempo. Apenas los fines de semana, y tampoco enteros, porque era el tiempo que aprovechaba yo para ver al par o tres de amigos que tengo. Lo cual tampoco era bueno, porque yo creo que el roce cotidiano hubiera enfriado mucho las pasiones, las tuyas, quiero decir. Un día, sería miércoles o así, entre semana, volví a casa de uno de mis viajes, por la noche, sin avisar; ¡no me iba a parar en un pueblo a buscar una cabina sólo para avisar que iba a ir a dormir a mi propia casa...! No se te olvide que hubo una época en que no existían los móviles. Llegué, y lo típico, te lo podrás imaginar con el prólogo que te he hecho: me la encontré en la cama, en mi cama, con una tía. No tuve que abrir la puerta del dormitorio, la tenían abierta, las vi, me vieron, les pedí perdón por la interrupción, les cerré discretamente la puerta y me fui a la cocina a esperar acontecimientos. Y mientras estaba allí, serían las doce de la noche, con una loncha de jamón de york en la mano, me estaba regañando a mí misma por lo mal que me había sentado la escena. Me decía que no tenía yo ninguna razón para enfadarme. Ni siquiera por el hecho de que usara mi cama, porque se supone que iba a es-

tar vacía y porque no es lógico que te enrolles con alguien abriendo un sofá. Además, yo me estaba zampando un jamón de york que, de no ser por ella, no estaría allí. Y de verdad que lo pensé así, tal cual, te lo juro: «La cama será mía, pero el jamón de york es suyo». Tardaron un poco en salir de la habitación. La primera que salió fue una mujer, ya vestida, con vaqueros y un jersey ancho, muy deportiva, muy cómoda con su ropa, muy juvenil, a pesar de que era bastante mayor que yo, cuarenta y tantos. Dichosa ella, pensé, que no tiene que llevar ropa de aliño. Me miré mi ropa, mis zapatos finos, mi pañuelo de seda, mi pelo recogido... y, no te lo creerás, pero casi me dio vergüenza que aquella desconocida me viera vestida así. Salió pidiéndome disculpas, que perdonara, que ella había entendido que Marcela estaba sola, que acababa de enterarse de que ésa era mi cama... «Y todo es cierto», le aclaré yo, «Marcela vive aquí, pero no somos pareja. Ella duerme normalmente en el sofá, pero sabe que puede usar mi cama cuando trae a alguien. La culpa es mía por no avisarle de que venía.» Después salió Marcela y dijo que ya había hecho la cama con sábanas limpias y que perdonara por haberla ocupado sin mi permiso... Entonces la otra mujer y yo nos miramos y sonreímos, porque, al fin y al cabo, no estaba claro si se había cometido o no un atropello a mis derechos como propietaria del jergón. Les ofrecí a las dos prepararles café o algo, pero no quisieron. La otra dijo que ya se iba y Marcela dijo que la acompañaba abajo a buscar un taxi. Yo me ofrecí a llevarla a su casa en mi coche, pero ella dijo que ni hablar, que vivía lejos y que era demasiado tarde, y que yo estaría más que cansada de conducir. Todo muy comedido; muy agradable, incluso. Todo como

tenía que ser. Me alegré de haber dominado completamente mi primer pronto. Estaba satisfecha de mí misma. Cuando me quedé sola, el poquito rato que me quedé sola hasta que Marcela volvió a subir, no te imaginas la cantidad de cosas que me pasaron por la cabeza. Pero una idea sobrevolaba por encima de las demás, recurrente, poderosísima, era una imagen: cuando las vi a las dos en mi dormitorio, fue la primera vez en mi vida que vi a dos mujeres juntas, abrazadas, en una cama. Tenían encendida la luz del salón y la puerta abierta, así que la luz formaba un haz grueso y perfecto sobre la cama. Era una luz de cine, casual, pero bien dirigida... ¡y la música!, habían puesto un disco mío de la Callas, muy típico, pero perfecto, la verdad. Y, sin embargo, afortunadamente, aquello no era una película. Así que, bueno, tuve la suerte de que esta imagen fuera real y tuve la suerte de que, a pesar de serlo, real y todo, fuera preciosa y se me extendiera por todo el cuerpo como una fogata... desde las orejas rojas, hasta las rodillas medio derretidas. Me imagino que ayudó el que Marcela sea, te lo vengo diciendo, especialmente guapa, y verla así, completamente desnuda, acostada sobre la otra mujer, con las piernas metidas en los muslos de la otra... la verdad es que la imagen resultaba... *muy perturbadora*, como dirías tú. Excitante como pocas cosas que yo hubiera visto antes. Y más cuando Marcela se dio cuenta de que yo había aparecido en la habitación, en la habitación no, en la puerta, y se volvió para mirarme. Y me miró sin asustarse, no como la otra que sí que se asustó un poco, me miró fijamente, yo diría que con toda la paciencia del mundo, y se dio media vuelta sobre sí misma, con lo que se quedó al costado de la otra, y con los pechos al descubierto, y extendió

un brazo, con el dedo índice levantado, en una postura muy parecida a la del Adán de Miguel Ángel, y me dijo, pero pronunciando bien todas las sílabas: «Qué bien que hayas venido. No te esperaba». Como lo primero, «qué bien que hayas venido», lo dijo, insisto, muy despacio y con toda tranquilidad, pues luego, lo segundo que dijo, el «no te esperaba», no sonó ya ni mucho menos a incomodidad, sino más bien a una sorpresa muy agradable. Y creo que, como en ese momento estaba ella... pues en lo que estaba, por eso le salió la frase aderezada, además, con toda su pimienta... le salió ese punto de descaró sexual que te digo que tiene. Total, bueno, que ahí me tienes a mí, sentada en mi sofá, que era su cama cerrada, sin poder espantar de mi cabeza la fuerza erótica de esa imagen. A mi pesar. Y de su voz diciendo aquello. Cuando volvió, vino a ponerse delante de mí, de pie, tapándome la tele que no estaba viendo, para pedirme perdón otra vez por lo de la cama... Me dijo que a esta mujer acababa de conocerla esta tarde, en la librería de mujeres... Y yo le dije, burlándome cariñosamente, pero burlándome: «¿Tú, en una librería!?»», como si viniera a cuento, que no venía en absoluto. Además, yo no me burlo de nadie por una cosa así, de verdad que no, nunca, pero...

Mi vendedora de tornillos se detuvo, dejando en el aire, para acompañar al pero que se quedó colgado, la mitad de su mano derecha extendida. Fui yo quien terminó la frase:

—«Pero»... como estaban volviendo a ganar los pósters de las paredes, pues quisiste contrarrestarlo con tu superioridad en los estantes.

—Correcto-correcto. Lo malo de eso es que, si no tienes cuidado, y yo no lo tuve, puedes hacerle pupa a alguien.

Marcela se resintió del golpe, lo sé. Admitió que había ido a la librería, no por ella, efectivamente (y en ese efectivamente, en ese darme la razón, se le hizo un nudo en la garganta y tuvo que tragar saliva antes de seguir hablando), había ido por mí, buscándome un libro para mi cumpleaños, que iba a ser pronto. Y eligió esa librería y no otra para poder pedirle a la chica que atiende que fuera un libro, una novela, de amor entre mujeres, porque creyó que me gustaría. Entonces yo, ni corta ni perezosa, para terminar de empeorar el asunto, me levanté del sofá, me fui hasta «mis estantes» y le señalé tres baldas repletas: «Mira, todos estos libros, de aquí hasta aquí, son novelas, o de lesbianas o sobre lesbianismo». Y ella me dijo: «Ya lo sé», pero con tristeza me lo dijo, con cada vez más tristeza, «no soy tan inculta ni tan tonta como me crees. Por eso me había hecho una lista...» Y se fue a buscar en su mochila unos papeles doblados y me los extendió para que los cogiera. «Ahí están copiados todos esos libros», me dice, «todos, los apunté todos para pedirle a la de la librería que fuera un libro que no estuviera ahí, y la de la librería, en cuanto le echó un vistazo a la lista, me dijo que iba a ser muy difícil encontrar algo que no tuvieras ya, que tenía que ser que hubiera salido hacía poco y entonces fue cuando intervino esta mujer que acaba de irse, que era una clienta que estaba allí, y quiso ver la lista también y entonces me preguntó si tú, la persona para la que quería el libro, hablabas francés y yo le dije que no me extrañaría, pero que no lo sabía, y ella entonces desechó la idea, la que fuera, que se le había ocurrido primero, y volvió a repasar toda la lista muy despacio y luego le preguntó a la de la librería si tenía una novela que se llama *Filomela y Progne*, porque ésa no

estaba en tu lista, me acuerdo del título, pero no de la autora, y la de la librería miró el ordenador y le dijo que no, que no la tenían, pero me preguntó si faltaba mucho para tu cumpleaños, porque podíamos pedirte esa novela si había tiempo, porque llegaría pasado mañana o al otro y yo dije que sí, que la pidieran...» Todo eso me dijo allí de pie, junto a mi estantería, y, a medida que lo decía, se le iban escapando las lágrimas. Y a mí también. Pero con una diferencia, a ella se le saltaban las lágrimas de pura lástima de sí misma, de autocompasión, se ahogaba en su propio darse cuenta de lo incomprendida que estaba siendo; a ella le emocionaba verse protagonista de una escena en la que su bondad y su buena intención habían sido machacadas por mi prepotencia. Mientras que mis lágrimas, si no estuviera feo que lo dijera yo, eran más espesas y tenían más sustancia. A mí me dolía de verdad ser tan... inflexible, y no sólo con ella. Empezaba a resultarme muy amargo reconocer la poca tolerancia con la que estaba llegando a lo que se supone que es la madurez. Tenía de frente, y me daba cuenta, a una chica majísima, atractiva como pocas que veas por la calle (colgada de mí, además, por razones misteriosas) y teniendo que pagar, por ser joven y poco leída, unas culpas que no eran suyas. Empezando por la culpa de haber elegido, desperdiçando así la suerte que no tuve yo de haber podido llegar a la universidad, una carrera tan poco enriquecedora como Empresariales, yo me metía a menudo con ella por eso: «Contable, a ver si te crees que es otra cosa lo que estás estudiando, estudias para contable, o para ejecutiva». Ella no tenía más culpas que las que yo le echaba encima. Y daba pena ver cómo sus mermas ante mis ojos se convertían en in-

seguridades paralizadoras para ella. Todo el descaro con el que seguramente se había dirigido a la mujer que me encontré en mi cama para conseguir acostarse con ella aquella misma tarde en que se conocieron, conmigo no le valía ni para rozarme la mano. Así que me vi como uno de esos hombres progres de los ochenta que machacaban a sus «compañeras» con sibilinos desprecios porque no leían a Martha Harker ni a Simone de Beauvoir... Más todavía, me vi, físicamente también, como uno de ellos: un poco calvete ya, con una barba feísima, una altura diez centímetros por debajo de la media; con gafas de concha, una nariz prehistórica con algún que otro pelo asomando, enclenque, poquita cosa... pero avergonzando a conciencia, eso sí, a una mujer «estupenda» de la única forma que alguien como yo podría: con cuatro guiños culturetas de la intelectualidad vigente... Me vi haciéndole pagar a ella mis rodillas huesudas, mi morrillo detrás de la nuca, mis manos demasiado grandes... Y me vi convirtiéndole su espontaneidad en mala educación, su vitalidad en atolondramiento, su sinceridad en falta de reflexión y su maravilloso cuerpo en un asunto vulgar... —hizo una pausa.

—No me creo de ti que fuera para tanto —le dije—. Y, de todos modos, cada quien es libre de darle importancia a lo que quiere. Tú se la dabas a unas cosas y ella a otras.

—No es tan sencillo. Ella actuaba con toda claridad delante de mí y yo no hacía lo mismo con ella. Fue entonces cuando me dijo que estaba enamorada de mí, pero que sabía que a mí no me pasaba lo mismo. Me dijo que mucho daño tenía que haberme hecho la mujer con la que había estado para que yo no hablase nunca de ella y para que en aquella

casa no hubiera ni una sola foto suya, que seguramente yo andaba todavía convaleciente y que no nos habíamos conocido, por eso, en el mejor momento... ¿qué te parece? Era una ocasión perfecta para decirle la verdad, ¿o no?, que no había estado con una mujer más que una noche en mi vida. Pero...

—«Pero»... no se lo dijiste. Te dio vergüenza decírselo. ¿Y qué? Sería porque te sentiste vulnerable delante de ella en ese momento... o en ese terreno...

—«¿Y qué?» Cómo que «y qué». Nada de «y qué». Por muy vulnerable que yo me sintiera, ella no me estaba atacando. Lo mío era tan injusto como esto de la guerra preventiva... —respiró, miró al suelo, y luego dijo:— Estuve ayer, viernes, cenando con ella. Han pasado veinte años y me he acostado con unas cuantas mujeres, bastantes, y ella también... con muchas más que yo; es un poco promiscua; es elegante, gana bastante dinero, ahora tiene una novia que es un encanto de persona... pero, ¿sabes qué?, que no os parecéis ni en el blanco de los ojos. —Y aquí hizo otra pausa, pero yo no supe qué decir; no me esperaba el final del comentario; no entendía qué relaciones guardaban esas cosas en su cabeza—. Anoche mismo —repitió ella pensativa—, así que tengo el recuerdo fresquísimo para poder compararos.

—Tú sabrás por qué nos comparas.

—Sí que lo sé, sí —dijo, pero se ve que a última hora no le apeteció que lo supiera yo también, porque hizo un punto y a parte.

Y se recobró y siguió contándome su historia, aunque ahora como si fuera ya un deber, una obligación terminarla:

—Aquella noche fue la primera vez que nos acostamos juntas. Y el año siguiente, el último que le quedaba de carre-

ra, lo pasó en mi casa. Y que sepas que el primer paso lo di yo. Ella no se hubiera atrevido a pesar de su descaro habitual. Me acerqué y la abracé. Luego nos besamos y, a partir de ahí, ella creyó que lo hacía con una experta y yo no tuve la valentía de sacarla del error. De hecho, a estas alturas, todavía no le he dicho que le mentí el primer día que nos conocimos. Todavía a veces me pregunta por aquella larga relación, anterior a la suya, de la que no hablo nunca.

—Tampoco tiene tanta importancia. Y a lo mejor era más real lo que le dijiste...

—No, no te pongas de mi parte. No tiene importancia para mí, y ahora ya, a lo mejor tampoco para ella, pero en aquel momento sí que hubiera sido importante para ella saberlo, sí, porque puede que ése fuera el único punto en el que me llevaba ventaja. Le quité lo único en lo que hubiera podido estar ella más segura que yo. Y yo lo sabía. Fíjate si lo sabía, que por eso no se lo dije... Para robarle su única ventaja. Sí.

Entonces se levantó de pronto. Fue a buscar su bolso. Sacó un paquete de tabaco y yo me abalancé a quitárselo de las manos. Se lo quité.

—Hace mucho que lo llevo en el bolso —dijo—, y no lo había tocado. He preferido verlo y tenerlo cerca para hacerme fuerte delante del enemigo, cara a cara.

—¿Y a qué viene esto ahora, entonces?

—No lo sé.

Lo cierto es que se había puesto muy triste hacía apenas unos segundos; muy pensativa. Pero lo que fuera que le afectase de aquella manera, era algo tan entrañado, tan íntimo, que no se me hubiera ocurrido nunca, ni siquiera a mí, la de infinita curiosidad, preguntarle.



Fui a la ventana, la abrí y tiré el paquete a la calle. Y en ese instante, con ese gesto, decidí hacer algo que tenía que haber hecho hacía tiempo: hablarle. Hablarle yo a ella.

—No hace falta que fumes —empecé a decirle—. Siéntate. Ven aquí, anda, siéntate. Ahora me toca a mí. Y tienes razón para estar enfadada conmigo. Esos folios que te he dado están sacados a limpio de un cuaderno que escribo y cuentan mi noche de amor con una desconocida. Con una mujer desconocida. ¿Resumen? Me encantó. Ella, su cuerpo, el mundo que se me abría... No te cuento los detalles, ya los leerás. Pasó hace cinco años, seis años ya, más bien, una eternidad para mis adentros. Una pequeña y doméstica eternidad. No he vuelto a acostarme con una mujer. Pero no ha sido ni por miedo ni por falta de ganas; sino porque no ha podido ser, simplemente. Al principio me fue más fácil seguir acostándome con los hombres con los que me acostaba. Eran dos. Los alternaba. No es que sea una vampiresa, ni mucho menos, qué va, pero coincidió que era así en aquel momento. Es lo que tiene no enamorarse, que no notas el exceso de sucedáneos. Uno de ellos estaba empeñado en mudarse a vivir aquí. No me he enamorado nunca de nadie como para eso, que lo sepas. Soy muy solitaria y muy sociable, las dos cosas a la vez. (Aunque bueno, lo de sociable..., no sé. Tampoco importa). El caso es que hace algún tiempo que me di cuenta de que, para encontrar a una mujer tenía que esforzarme, buscarla, y vaya usted a saber qué más luego, después de encontrarla. No es como con los hombres, ninguna mujer iba a venir a llamar a mi cama. Tenía que moverme yo. Ir adonde van las lesbianas, por ejemplo. O ponerme un letrero de yanqui en un congreso que me identifi-

cara a mí como una de ellas, si lo que quería era permitirle a otra mujer que fuera ella la que se acercara a mí. Lo que fuera, pero algo tenía que hacer. Tenía que salir de mí hacer algo. Pero me sentía como una cría, o sea, un poco ridícula, valorando cómo tenía que vestirme para salir y rifándome dentro de la cabeza los tipos de mujer que se me ocurrían. Como si la oferta fuera infinita en el sitio al que pensaba ir y, mi único problema, elegir, saber elegir. Fui a uno de esos bares. Hace un par de años. Y me pasó lo que a ti en aquel sitio de Zaragoza, que no me gustó lo que vi, sólo que en mí parece que tuvo peores consecuencias, porque en seguida dejé de ir. Fui tres o cuatro veces más, ponle que cinco, pero en seguida dejé de ir. Me sentía, en el mundo de la noche y de las copas, como un pato en un garaje. No me gustó ninguna mujer de las que se me acercó y yo no me acerqué a ninguna. Creo sinceramente que no superé la primera impresión que me dio aquel ambiente. Allí fue la primera vez que vi, en vivo, a dos mujeres besándose. Y si pudiera describirte lo contradictorias que fueron aquellas sensaciones, que no puedo, sería yo una mujer sabia. Tendría esa sabiduría para el análisis de lo humano, del abismo de lo humano, que no tengo. La escena no era precisamente entre la Sharon Stone y la Catherine Zeta Jones, era entre dos chicas no muy guapas, con no muy buen tipo y con trazas no del todo femeninas. Las dos estaban más bien rellenitas, llevaban camisa y vaqueros, a una de las dos le quedaban los suyos especialmente estrechos, le costaba moverse dentro de ellos, seguro que le hubiera sido imposible levantar la pierna; y llevaban zapatones y el pelo corto. Y bailaban con los brazos caídos además, las dos, cogiéndose ambas por la cintura, con un

solo brazo, con el otro fumaban, que es una forma de bailar que a mí me parece feísima... Así que... mis sensaciones del *vivo y directo*, para ser las primeras, fueron un desastre. A lo mejor porque nos hacen creer que sólo la belleza puede justificar ciertas cosas y que, por eso, cuando no hay belleza, no hay justificación; no creas que no me di cuenta; quizá ya había entrado yo, efectivamente, por el aro de lo que nos obligan a pensar y no me había enterado siquiera. O bueno, a lo mejor no fue un rechazo tan profundo ni tan completo, a lo mejor fue, mi rechazo, sólo porque la escena real decepcionaba a las de mi imaginación. A lo mejor fue sólo porque hay ciertas cosas en las que la belleza, la estética, se da por supuesta, y te sorprende que no sea así, que no esté luego, en la realidad, la belleza que has ideado. No sé. Había allí otras chicas que sí que eran guapas, y atractivas, por lo menos atractivas en el sentido más corriente del término, pero no sé por qué, por mi mala suerte quizá, no se estaban besando en ese momento. No fueron las que me tocó observar a mí bailando y besándose, en todo caso. Hacía poco, además, que había visto una película maravillosa, estéticamente, en la que Catherine Denève y Susan Sarandon se acostaban juntas en unas escenas con la música del dúo de Lakmé que se te derretían los centros de sensuales que eran, electricidad pura, y claro, nada tenía que ver eso con lo que estaba viendo yo esa noche. Además, Catherine Denève resulta que es una vampira sofisticadísima, imagínate lo que puede ser una mujer con su atractivo, multiplicada por sí misma un montón de veces a lo largo de los varios siglos que tenía de vida... absolutamente irresistible para cualquiera; mientras que las dos mujeres que se besaban allí tenían de fondo una

música sintética, de chimpún de ordenador, y una historia detrás de, por poner algo, auxiliar de enfermería en un turno de noche y limpiadora de una contrata; no es lo mismo que ser las dos sacerdotisas egipcias o escritoras, o pintoras o fotografías... (Ésa es otra, parece que sólo el éxito social justifica las transgresiones. O el superávit de cultura). Desde luego que no es lo mismo. Imagínate a estas dos pobres mías con cuerpos de botellín y trabajos malpagados...

—No me hace falta la imaginación: yo también he visto y he sentido lo mismo que tú, ya lo sabes —dijo.

Y yo sentí algo extraño. Tal vez le molestaba que yo me regodease en lo feo, y que por eso me cortó.

—Pero la diferencia —le expliqué— es que a mí me da mucha vergüenza confesarte esto... ¡Lo del rechazo, digo!, no lo de haber ido al bar, al contrario: el rechazo que sentí. Ni te lo habría contado siquiera si no llegas a empezar tú... Me daba miedo que pensaras que yo soy una... ¿puritana?

—Vaya, vaya... —dijo, simplemente, pero para mí fue como si hubiera dicho: «No me creo que tú pensaras que yo iba a pensar que tú eras una puritana; no es eso. A saber qué temías que pensara.»

—No, puritana no. Miento. Pija. Yo sé que tú sabes que no soy una mojjigata. Esas cosas se notan enseguida. No; seguramente de lo que tenía miedo es de que pensaras que soy una pija. Peor, tengo miedo de serlo de verdad. Le tengo miedo al vacío, a haberme estado vaciando y que no me quede nada dentro. Es que... lo feo me resulta tan feo, tan feo... Y no es que no sepa analizar por qué esto resulta feo y aquello no, o por qué lo feo ha llegado a ser feo... o lo zafio, zafio... Lo sé. Yo sí he leído a Marta Harneker, yo sí he leído

los manuales adecuados. Pero no puedo evitar el rechazo. El análisis no lo impide. Yo huyo de lo feo como si de verdad la belleza fuera la virtud, y no la ética.

—Son la misma cosa, pequeña creata. No existe la ética sin la belleza.

—Pero sí que existe la belleza sin la ética.

—Bueno... —lo pensó un momento—, sí. Ha existido. Pero deja de pensar así, no te líes otra vez con las palabras. Vamos a quedarnos en que aspiramos a una ética que a su vez aspire a la belleza. Y punto. Y, mientras tanto, sigue hablándome de ti, anda, que me interesa más...

—¿Lo ves? ¡Te estoy hablando de mí! Estoy haciendo un esfuerzo para hablarte de mis miedos... —me quejé, haciéndome la incomprendida, pero no pude evitar sonreír y también, porque me daba cuenta de que, así mirado el asunto por encima, con palabras como ética, virtud, estética... y todas juntas y a la vez, iba a ser difícil, efectivamente, que me tomara en serio. Ni yo misma podía tomarme en serio. Y sin embargo, era verdad lo que le decía—. Lo que pasa es que yo no sé explicarme a mí misma igual de bien que te explicas tú. Pero te estoy hablando de mí y de lo que me preocupa, créeme.

—Perdona, entonces. Entonces es que no te he entendido. Y seguramente no te entiendo porque no puedo creerme que una tía tan maja como tú se asuste de ver que no le gusta lo feo. Incluso si vieras que lo toleras menos que nadie en este mundo, eso no tendría por qué ser un susto para ti. Lo que dices, que te asusta la fealdad, se ve en esta casa, se respira. *En las paredes y en los estantes*, por seguir con la broma; en los cuadros, en los muebles, en el olor, en los co-

lores, en cada pequeño detalle, en cómo cocinas, en cómo pones la mesa, en la música... Así eres tú. Simplemente.

—No, «simplemente» no. Porque yo no sé cómo soy. Y si lo que soy se ve a través de todo esto, que sepas que todo esto se compra con dinero, ya te lo he dicho.

—No todo. El espíritu que coordina el conjunto de lo que hay aquí, no. Y no es muy normal que una chica de tu edad tenga una casa como ésta. Tan... especial. Es muy bonita, pero es, sobre todo, muy especial.

—No, claro, seguro que no es normal, claro que no, cómo lo va a ser. Yo he viajado más de lo normal, con dinero. He conocido muchos ambientes distintos, con dinero. He estudiado y soy una mujer medianamente culta, con dinero. Y ésa era la única ventaja que tenía mi oficio, ganar mucho dinero.

—Y tener un oficio como el tuyo, en el que, *además*, ganas dinero, ¿no tiene mérito, según tú?

—Pues no, no lo tiene. No tiene mérito que te paguen por engañar a los demás con las astucias más rastreras.

—¿Y tampoco tiene mérito que gastes tu dinero en unas cosas y no en otras? Cuando vine a esta casa la primera vez, me impresionó muchísimo, ya te lo he dicho. Y no fueron los cuadros solamente. Fue... —pero no me dijo qué, seguía sin decírmelo, pasó directamente a la conclusión—. Mira, la gente que gana dinero, es libre de gastárselo en lo que quiera. Así que te podía haber dado por comprarte... joyas, por ejemplo.

—¡Joyas!

—Bueno, no sé, abrigos de piel, cosas de mal gusto, ya me entiendes...

—No, no te entiendo. Porque para mí está claro: o tienes dinero, o no puedes comprar lo que te gusta. La mayoría de las cosas bonitas que hay aquí cuestan mucho dinero. Por eso no tiene mérito que las tenga.

—¿Y los libros? Tienes tantos como yo y la mitad de los años.

—No sé los que tendrás tú, pero los habrás leído, seguro. Mientras que yo, ni tengo tantos, ni los he leído todos tampoco. Aquí hay un montón esperándome. En mi oficio había pocas horas muertas.

—Que no, que no todo es cuestión de dinero. ¿Y esa silla, por ejemplo?

—Sí, es verdad. Te dije que la cogí de la calle y es verdad. Pero la llevé a arreglar con mis añadidos de diseño y me cobraron, por el arreglo, más que si fuera de un arquitecto famoso.

—¿Y la colcha de tu cama? No deja de ser una colcha, pero es preciosa.

—Pues también me costó un pastón, que lo sepas. Mal ejemplo. Ahí has dado otro mal palo. Me encantan las telas, son mi vicio. Cuando encontré ésa, que fue en Italia, la pagué bien pagada. Es un brocado antiguo procedente de no sé qué cortinaje de no sé qué palacio. Pagué la tela y luego tuve que pagar otra vez no poco para que me hicieran con ella la colcha a la medida de mi cama, una cama que tampoco es barata porque mide uno ochenta, y no uno cincuenta, o uno treinta y cinco; así que son caras las sábanas, es caro el colchón de látex sobre el que me acuesto, es caro el cabece-ro porque también es un diseño mío y está hecho a medida...

¿Sigo?

—No, no sigas. Por ahí no. Por ahí no nos vamos a entender. Porque tú te empeñas en quitarle mérito a cosas que para mí son definitivas de lo que una persona es y de por qué es como es. Y tú no eres una ejecutiva pija rodeada de gilipolleces, sino una de las tías más interesantes que he conocido en mi vida... ¡Y no me digas que no he conocido a mucha gente!, por lo menos no me negarás que la muestra que tengo es amplia...

—Me ves con buenos ojos.

—¡Ya estamos! —se quejaba ella porque no era, efectivamente, la primera vez que no le dejaba decirme cosas agradables.

Unas veces provocaba que me las dijera, pero otras, en cuanto los halagos trataban de profundizar un poco, se lo impedía. Sin embargo, yo tenía mis razones para impedirlo y no eran razones del todo confesables; formaban parte de la corriente más subterránea de mi cabeza con respecto a ella.

—Pero tienes razón, vamos a dejarlo —le dije—. Sigo con lo del bar. Que me resultó muy chocante, te digo, lo que vi, a pesar de que yo también sé pensar y enseguida me dije que no era normal sentir rechazo ante dos mujeres normales y corrientes y no sentirlo ante una pareja heterosexual normal y corriente, rellenita ella y calvito y con tripilla él. La pareja heterosexual besándose produce indiferencia y, la otra, rechazo. No es lo mismo. Y me doy cuenta. Y me lo digo. Y me lo repito. Y lo entiendo y lo asumo, pero lo único que consigo entonces es que me produzcan cierto rechazo las dos.

—Bueno, eso te iba a decir, que, en general, es muy difícil que ver besarse a una pareja de gente normal, sea del estilo

que sea, te excite. Sin embargo, en el cine te excitan todas, todas las parejas y todas las escenas, porque todas son parejas de gente guapa, con música adecuada. Todas tienen papelones y superdiálogos.

—Además, yo a esos sitios fui sola y no se debe ir sola a sitios así. Porque te plantas en la barra con una lupa y un bisturí en lugar de sentarte tranquilamente a charlar con una amiga, a reírte y a estar a la expectativa, que es a lo que hay que ir. A eso súmale que no me gusta salir de noche (trasnochársi, pero no para ir de copas), y la música de esos sitios está tan alta, y hablar es tan difícil, y la gente se vuelve tan rara cuando se aturde por el ruido y por el movimiento ese de pavos en traslado que es obligatorio hacer con el cuello para que quede claro que estás muy entretenida siguiendo el compás...

—«Pavos en traslado...» —repitió, pero se había instalado en ella una tristeza profunda, que se imponía hasta en su modo de reír mis pequeñas gracias.

—... total, que abandoné. Me dediqué a mis fantasías mentales. Al esteticismo vacío de mis fantasías, si lo quieres ver así. Me retiré a esperar a no sé qué mujer (poco menos que una sacerdotisa egipcia, sí, que además de ser guapísima y eterna, supiera tocar el piano), venida de vaya usted a saber dónde y dispuesta a llamar a esa puerta para que yo no tuviera más que ir a abrir, sin haberme molestado en salir al feo mundo real a buscarla. Tampoco creas que mi trabajo me dejaba mucho tiempo libre de todas formas. Lo que sí hice, después de darme cuenta de que lo mío no eran los hombres, fue irlos despidiendo. Eso sí. Me quedé igual que he estado siempre: sola. Por eso no noté la diferencia de es-

tado. También ahí me pasó lo que a ti, que preferí mi cama para mí solita. Me dediqué, como tú, a leer más y más de mujeres y sobre mujeres: otra coincidencia. Después se me metió en la cabeza el proyecto de dejar la agencia y eso me ha tenido bastante más que entretenida, mi cerebro no daba abasto. Dejar esto, dejar lo otro. Y no me extrañaría que la idea de tener más tiempo libre para dedicarme a buscar a una mujer sea una de las que más haya influido en mi decisión. Inconscientemente, claro, y parece una barbaridad, ocultamente, muy en la oscuridad de mí misma. Y apenas empiezo a intuirlo así ahora, pero cada vez lo veo más claro: imagínate a una rara persona, digamos que muy parecida a mí, que tenga unas enormes ganas y energías y capacidades sobradas para cambiar de vida, pero que no sepa exactamente qué es lo que quiere cambiar... Digo rara porque lo raro es tener esa energía para hacerlo, no mucha gente la tiene. Y lo triste es, o lo más raro todavía, es que sea esa persona precisamente la que no sepa qué es lo que tiene que cambiar para estar más a gusto. Es aquello de que dios le da pan a quien no tiene dientes, aunque en mi caso sería al revés, dios le da dientes a alguien como yo, que no sabe qué pan tiene que comerse... Me explico mal, otra vez, ¿verdad?

—No, qué va. Te explicas muy bien. Lo normal, efectivamente, es saber que no te gusta tu trabajo y no tener fuerzas para dejarlo. Y lo raro es tener el valor de dejar un trabajo como el tuyo y no saber si era eso lo que tenías que dejar... Dejar tu trabajo para tener tiempo para ligar con una mujer es... como matar moscas a cañonazos. Es un disparate, pero yo te creo, mira por dónde, intuyo por lo menos que podría

ser verdad. Aunque, bueno, te aconsejo que no digas eso donde la gente te oiga.

—Sí, pues abrevio, entonces. Prefiero que no nos liemos con mis rodeos mentales. Resumiendo, que, en éstas, apareciste tú. Justo en mitad de ese panorama. Al principio, me excitaba pensar que podía ser que yo te gustase. Me entusiasmaba la idea de que jugáramos a no hablar claro, yo te hacía preguntas que procuraba interpretar por mi cuenta, sin tu ayuda, aunque sabía que no tenía más que preguntarte directamente para que me dijeras la verdad. Pero no quería. Y no quería preguntarte para que no me preguntaras tú: sí señora. Para que no me preguntaras, porque no lo sabía, si tú me gustabas a mí. No si me gustaban las mujeres, porque creo que sí, sino para que no me preguntaras si me gustas tú, porque no lo sé. Ya está, ya lo sabes.

—...

—Tus viajes hacen que nos veamos con interrupciones. Intensamente cuando nos vemos, pero sin la posibilidad de una continuación sin hora límite que nos hubiera hecho falta. Por eso, cada vez que nos vemos, tenemos que volver a crear el aire de confianza o de reto o de lo que sea desde el principio; siempre arrancamos de cero. Y eso nos ha venido ocupando hasta ahora. Yo me he dedicado a disimular, dices tú, y es verdad. Y, sobre todo, a cortar tus intentos de adentrarnos en las verdaderas confidencias, por eso, porque no quería que me hicieras ninguna pregunta antes de saber yo cuál podía ser la respuesta. He disfrutado mucho de esta intriga. Muchísimo. Pero no sabía qué sentía por ti. Mejor dicho, tenía clarísimo que te iba queriendo cada vez más y veía que nadie se había colado tan de prisa en el centrillo mismo

de mi corazón como tú. De verdad. Es apabullante el modo en que te echo de menos para el poco tiempo que hace que nos conocemos; insisto en lo del tiempo porque soy lenta de reflejos... Hasta hace poco creía que no me había enamorado nunca, pero, desde que me acosté con aquella mujer griega, no hago más que revisar mi lista de impresiones: otra cosa en la que coincidimos. Ahora creo que al menos una vez me enamoré de verdad y también he estado varias veces colgada de mujeres con las que no he tenido contacto siquiera. Amores platónicos. Pero al menos una vez me enamoré, ahora lo sé seguro, sólo que, como no fue de un hombre, tardé años en ponerle nombre a lo que me pasó. Me pasó con veintidós, con una compañera de facultad, y me enteré con veintiocho, estando en Grecia, con una desconocida. Me pasó con veintidós, me enteré con veintiocho y no se lo he contado a nadie, ni por escrito siquiera, hasta ahora que tengo treinta y cuatro... parece una secuencia de seis, seis, seis... diabólica, ¿no?. Si mi vida va a ir de seis en seis años, viviré un sexto de lo normal.

—...

—Era una compañera de mi facultad. Y estoy convencida de que yo también le gustaba. Pero no, ninguna de las dos le pusimos nombre a lo que nos pasaba. Ella tenía novio y yo también, pero les dábamos esquinazo continuamente. Yo dejaba al mío con sus sentencias y ella dejaba al suyo, más de su edad que el mío, preparándose el MIR. Pero los dejábamos aparcados, eso es lo que cuenta, para salir las dos juntas un montón de veces. Y nunca se conocieron entre ellos, ahí tienes otro dato interesante. A ninguna de las dos nos apetecía que saliéramos los cuatro juntos. Eran muchas pistas, se-

guramente tuvimos en la punta de la lengua la palabra clave. Pero no. El verbo no se hizo carne. Y una vez, incluso, estuve a punto de besarla, una vez estuve a punto de darme cuenta de que la deseaba. El caso es que, terminada la carrera, se fue a su tierra, a Valencia, y allí se quedó, supongo. El problema es que nos conocimos tarde, en quinto. Quizá, si nos hubiéramos conocido en primero, o si ella no se hubiera marchado de Madrid... Pero no volví a verla. Desde hace un tiempo para acá, me ha dado por pensar que si la buscara, si la llamase, estoy segura de que... Tengo la dirección de sus padres y los padres no suelen cambiar de dirección. Bueno, te lo cuento desordenadamente porque yo misma no tengo las cosas muy ordenadas en mi cabeza. Pero lo importante es que ahora sé que ella fue un amor mío, seguro-seguro que lo fue. Y, en cierto modo, correspondido, o no habría sido ni tan fuerte ni tan real. Por eso me da tanta rabia ahora pensarlo, porque debimos quedarnos a... esto, pero a esto, vaya, a un tris, de haberlo descubierto y haberlo vivido. Si alguna de las dos hubiera tenido experiencia, nos habríamos enrollado. Pero las dos andábamos en la inopia. Y a saber a cuántas mujeres les habrá pasado lo mismo. Aunque algo se nos debió de quedar, esas cosas dejan huella. Digo yo que alguna huella deben dejar, por leve que sea, las ganas de pecar no satisfechas porque, si no, no me explico cómo otras mujeres, más brujas, más sabias, más maduras, más... expertas... la ven. Y la ven claramente. Queda huella y hay mujeres capaces de verla. Porque, si no, cómo se explica que una mujer se me acerque a mí, a mí que no conozco más que pollas, de diversos formatos, pero pollas, y sin hablar siquiera mi idioma, se atreva a dar por hecho que a mí me iba a apetecer que me vis-

tiese y me desnudase a su gusto... ¿Eso qué es? ¿Cómo puede ser? Dímelo tú que me cogiste en el cursillo a tu antojo, sabiendo más de mí que yo misma... Y no me digas que eso es la pluma porque yo no tengo pluma, o tendrías que explicarme qué clase de pluma es esa que se tiene sin tenerla.

Me callé, esperando su respuesta, así que ella no tuvo más remedio que hablar, ésta vez sí:

—No, no tienes pluma. No es una pluma física por lo menos. Y yo tampoco sé explicarlo.

—Pero ¿qué me viste?

Se tomó un segundo para respirar hondo y luego dijo:

—Una fuerza interna capaz de ponerme a mí de rodillas como ante un milagro... Por ejemplo.

—No, venga, déjate de tonterías... —sin embargo, lo que acababa de decir era tan... que todavía me sonaba en los oídos—. En serio, dime, en qué te basaste tú para pensar que podíamos llegar a un momento como éste. Porque lo pensaste, ¿a que sí?

—Lo pensé, sí, pensé que podía ser que entendieras —abrevió ella, porque sus frases eran más claras que las mías, más directas, más sencillas.

—Pero ¿en qué lo notaste?

—No es una pluma física, ya te lo he dicho. Es una sensación que no tiene reflejo físico. No en ti, porque en mí sí que lo tuvo: empezaste a hablar, te vi y te deseé, así de sencillo. Y era algo que venía de ti, sin embargo, porque no me pasa con cualquiera. O eso creí, pero no puedo explicártelo mejor. De todas formas, no le des muchas vueltas porque... no sé tú, pero yo, hay un montón de cosas de mí y de los demás que no entiendo.

—No, yo sí que quiero saber a qué se debe un misterio así —sentencié.

—Pues te deseo suerte porque lo vas a tener difícil. En todo caso, por si te sirve de ayuda —juraría que había en su voz un poco de cansancio, como si le invadiera la pereza ante una situación ya vivida—, te diré que, a veces, cuanto más abstractas nos hacemos las preguntas, más concretos son los temores que representan...

—No te entiendo.

—Que da igual cuál fuera el estigma; la señal de Caín en la frente o una mancha de nacimiento en el muslo por un antojo de café con leche que pasara tu madre... qué más da. Las personas nos reconocemos entre nosotras por los motivos más extraños. Nos reconocemos, eso es lo importante —dijo.

Y me di cuenta de que le aburría el asunto. Más bien, de que estaba siendo paciente conmigo. Afinando un poco más, me di cuenta de que se había concentrado en su propio mundo, de modo que el mío le estaba siendo ahora redundante y ajeno. Y si la hubiera observado con más atención, tal vez habría descubierto que llevaba un rato tratando de no llorar.

Pero yo seguía tan pendiente de mí como lo he estado siempre, toda mi vida, preocupada por lo mío, por sacarle a ella una explicación de lo que vio en mí. No lo conseguí, tuve que llegar sola a mi conclusión: lo que ella viese en mí, si estaba en mí, lo vio ella y lo vio mi modista, pero puede que sólo fuera visible para ellas, mirada yo desde ellas mismas. Tal vez, al reconocer nuestros deseos, nos den de regalo, como premio, unas de esas gafas de visión verde que

usan los militares para ver felinamente más allá de lo normal en la noche oscura... En *la noche oscura del alma* ajena: llamaradas verdes, reverberaciones espectrales del deseo en los cuerpos detectados para hacer blanco en ellos. Sí, ése debe de ser el premio: poder ver, en la noche oscura, a las otras almas impuras.

Continué con mi recuento:

—Y puede que de Ana Mari, mi amiga del alma, también me enamorase en la adolescencia, pero imposible saberlo ya a estas alturas... porque a ella he seguido viéndola, así que el enamoramiento ha tenido tiempo sobrado de nacer y de morirse mucho antes de que lo hayamos ni pensado. Y puedo hacer memoria de otras presencias anteriores aún...

Aquí hice una pausa porque de pronto se me vinieron al corazón dos o tres latigazos de memoria muy antigua, pero muy nítida. En aquel preciso momento rescaté, cobijado en esas sensaciones, un recuerdo de mí misma que tuvo allí mismo un despertar tan repentino y vivo, como largo y profundo había sido su sueño hasta entonces... Recuperé:

El primer recuerdo que tengo de una mujer a la que probablemente amé sin saberlo. Es de cuando yo tenía ocho o nueve años. Y la recuerdo, a esta mujer que estaba casada y vivía en la casa de al lado, porque se fue. La recuerdo por haberse ido, como si la ausencia fuera el motor de la memoria. Porque su marcha fue mi primera gran despedida: el estreno del vacío en mi corazón, la primera vez que el dolor se hizo cargo de mí por culpa del abandono de otra persona, la aparición de la ruptura en la vida infantil en la que todo parecía lineal, eterno, inmutable... Al dolor de la pérdida se le unió entonces también el orgullo de saber, de darme cuenta,



de creerlo así, que el dolor era más grande para mí que para mi madre o para nadie (aunque mi madre lloró un ratito en el momento justo de arrancar el camión, pero hoy creo que tal vez fue recordando las dos grandes veces anteriores en que ella misma tuvo que irse con todo a cuestras). Ella, nuestra vecina, lloraba también y pegaba al cristal la palma de la mano abierta, en lo alto de la cabina del camión. En el camión iban ella, y su marido en medio, y el conductor, porque, antes, hace mucho, la gente se mudaba al mismo tiempo que sus cosas.

Fue la marcha de una vecina que no tenía hijos... y la de su marido, claro: un desconocido, un fantasma, un reloj de fin de jornada –cuando sus llaves ametrallaban la puerta, yo tenía que irme a mi casa enseguida, con un «yameiba» al cruzarme con él por el pasillo, que era igual que el «avemarí-apurísima» al cruzarme con el cura por una calle lo bastante estrecha también para no poder evitarlo—. Pero ella tenía siempre conmigo un gesto de complicidad cuando yo salía obligada de su cocina, era una mueca que hacía con la boca y guiñando un ojo porque casi siempre tenía las manos llenas de un cuchillo y un pepino, o de un rabo de sartén y otro de rasera, y que venía a querer decir algo así como «ea, tienes que irte, que ya viene, mañana seguimos».

Y como se fue, no llegué a terminar el *tú y yo* de panamá que estaba llenando de claveles a punto de cruz: porque la única gracia de aquella absurda labor era tener que hacerla a sus órdenes en las largas siestas de verano. Y así como mis capullos eran matemáticamente correctos por la parte de arriba porque sabía concentrarme y no perder el dibujo, por la parte de atrás, sin embargo, la libertad de mis puntadas

hacía impresentable mi labor. Pero a ella le daba pena mandarme deshacer el bordado, como a una Penélope resignada, porque en el fondo las dos sabíamos que sólo servía para que pudiéramos charlar hasta que llegara su Ulises de La Extensión Agraria.

Yo procuraba decir cosas graciosas o muy sabias para que ella se riera o me las celebrase, y muchas veces lo conseguía. Pero otras no, otras veces decía algo creyendo que iba a ser muy gracioso y a ella no le hacía ninguna gracia. Este desajuste me torturaba. No entendía el baremo por el que algunos comentarios míos le parecían brillantes y, ante otros, no se inmutaba. Así que mi anhelo por entonces no era otro que el de descubrir a qué regla de tres responderían sus reacciones. No daba con ella. Incluso tenía que esperar un día o dos para saber si el éxito de una ocurrencia mía, que a mí me había parecido clamoroso, lo era de verdad, rotundo, o no, porque lo era sólo si ella le comentaba luego a mi madre, dándole bombo, lo que yo había dicho.

Otras veces se ve que no sólo no acertaba, efectivamente, sino que fallaba del todo, porque recuerdo bien, con una emocionante claridad después de tanto tiempo, lo mucho que alguna vez me dolió algún tono de reproche por su parte... Un dolor en dos actos: era como un aguijón cualquier comentario irónico suyo dirigido a mí; un aguijón que deja notar su pinchazo ardiendo al clavarse, pero que tiene un veneno retardado que se redobla horas más tarde, espantoso de sufrir, cuando, a solas, después de la picadura, se inflama, se abulta, se recalienta, enrojece, se agranda y quema mucho más.

No sé cómo interpretar la abrumadora importancia que le daba yo a todo lo que viniera de aquella mujer, porque no

sé si puedo decir que me enamoré con nueve años, pero, en todo caso, sí sé que no era una madre para mí. Puede que yo sí fuese para ella la sustituta de la hija que no tenía, pero ella no era para mí como una madre, porque mi madre estaba en la casa de al lado y yo la quería y ella me quería y no me sentía abandonada en absoluto... El mío no era un problema de madres.

A no ser que mi padre fuera tan poderoso, tan autoritario aunque no lo pareciera todavía, tan predestinadamente mi enemigo en el próximo futuro, que ya necesitara yo entonces, antes de que empezaran los enfrentamientos, nada más intuir que se me avecinaban, dos madres... para compensar. Porque, cuando una guerra acaba siendo tan dura como de hecho fue después la nuestra, entre mi padre y yo, digo yo que se dejará intuir en su gravedad, que se dejará pronosticar en sus terribles términos... para que podamos ir pertrechándonos de aliados y deshaciéndonos de cómplices del enemigo.

No sé, a saber. Pero es cierto que, cuanto más atrás miro, más mujeres encuentro.

—... sí —continué, sin contarle de viva voz los detalles de este recuerdo—, puedo hacer memoria hasta llegar a averiguar lo que pude sentir verdaderamente, sin saberlo, por una mujer de hace un montón de años, pero no puedo saber lo que siento por tí, que estás aquí, ahora mismo. Así es. Y si no quiero que me preguntes es porque no lo sé.

Iba a decirme algo sobre esto, pero esperé un instante y no lo dije. Así que seguí:

—Y es que, por un lado, tú eres real y seguro que infinitamente mejor, pero yo no puedo evitar pensar en mi modista

de Atenas, la que aparece en esas páginas, más de lo que sería razonable, aunque no me apetece ni remotamente ir a buscarla; y pienso en mi profesora del instituto de enfrente, a la que sólo conozco de verla entrar y salir del instituto, y pienso en mis abstracciones de mujer habituales. Y también pienso en mis recuerdos de amores no vividos. Y no sé qué lugar ocupa cada una de esas cosas en mi cabeza y en mis deseos. Me noto incapaz de desenredar mi propia madeja. A veces me digo que, si estuviese enamorada de ti, lo sabría, pero lo único que sé, por experiencia, es precisamente que eso es mentira. Por experiencia, lo que sé es que se me han escapado mis propios amores sin haberlos adivinado del todo. Sólo porque eran mujeres y las mujeres tenían que serme obligatoriamente invisibles para el amor. Y tú tienes las cosas demasiado claras para poder entender el follón en el que yo me encuentro. Por eso no consigo escribir ni una escena que me guste. Creo que he hecho bien dejando mi trabajo, pero que no he acertado en el «para qué». Y a veces pienso de ti lo mismo, que he hecho bien queriéndote, pero que me equivoco en algo. Y tengo miedo de hacerte daño porque tengo claro que me apasionas como la mente más clara con la que he lidiado en mucho tiempo, y te quiero muchísimo, pero no consigo que abrazarte me resulte imprescindible. Es más, me da por pensar que, si nos abrazáramos, no nos gustaríamos tanto. Lo que siento es un desequilibrio insoportable: o el deseo debería ser mucho más fuerte o tú más torpe, menos poderosa, más desentrañable.

—Um... —Pero tampoco en esta ocasión dije nada en voz alta. Movié la cabeza negando las palabras que no había dicho. Me miraba, pero yo no era capaz de adivinar lo que es-

taba pensando. Por eso seguí hablando, a tontas y a locas, sólo para evitar el silencio:

–Me he acostado con hombres a los que he deseado menos o casi nada. Pero a los que no quería. Así es más fácil. Pero a ti te quiero demasiado para proponerte que nos acostemos juntas.

–¡Qué tontería! Propónmelo –dijo, pero enseguida se arrepintió de su broma.

–No lo voy a hacer. Y tampoco me lo propongas tú.

–Si tuvieras alguna duda que se pudiera resolver en la cama, me lo dirías, ¿verdad?

–Te lo diría. Pero no tengo ni idea de cuáles son mis dudas... Ni de qué manera se resolverían mejor –le dije.

–Yo sí que no tengo ninguna duda. No necesito acostarme contigo para saber que nada en este mundo me gustaría más. –Guardó silencio y creo que pensó algo distinto de lo que dijo después–. Bueno. ¿Y qué hacemos, entonces?

–No lo sé –respondí con toda sinceridad.

–De todas formas... déjame que te diga una cosa, y no te ofendas... Yo creo que no eres sincera. Sé que no me estás diciendo la verdad. A lo mejor es porque no la encuentras, como tú dices, no porque quieras mentirme conscientemente, pero sé que no me estás diciendo la verdad porque la verdad tiene una virtud especial: la de resultar siempre, siempre, como una se la espera. Si te esperas que una verdad sea dolorosa, es muy dolorosa cuando llega. No falla. Y ésta no lo está siendo para mí. No me está doliendo tu rechazo como debiera. Por eso no me lo creo. Me duele, pero no tanto. Si fuera un rechazo real, me dolería como no puedes ni imaginarte.

–La duda no es rechazo.

–Sí que lo es. Para mí sí. Normalmente lo es. Aunque esta vez no lo sé porque, si tu duda significara lo que casi siempre significa: que no, que no nos vamos a enrollar, que me vaya haciendo a la idea..., me estaría doliendo tan rabiosamente la verdad, que no creo que pudiera soportarla ahora mismo así como así. Por eso sospecho que no es verdad. Dicho esto, te diré también que no pensaba proponerte que nos acostáramos juntas. No, no, esta tarde no. Porque hemos llegado a un grado tal de parlanchinería, que estoy segura de que estamos algo así como borrachas de semántica... Sobre todo tú. Yo he estado hablando más que tú desde que nos conocemos, entre otras cosas porque he estado poniéndolo todo yo. Pero a ti se te suben a la cabeza las palabras bastante más que a mí. Estamos empachadas de palabras, y la libido se resiente, ¿sabes? Yo tengo claro que se resiente. Aparte de que a ti te apetezca o no acostarte conmigo, lo que está claro es que a mí sí que me apetece. Y cada vez que vengo a tu casa siento como si pudiera tocar con la mano la felicidad... Sin embargo, una vez dentro, estando contigo, tú te encargas de conseguir que todo el deseo de mi cuerpo se convierta en narraciones, en historias; consigues que se me vaya la fuerza por la boca. Luego nos despedimos, me voy a mi casa y me dedico a pensar en lo que tenía que haber ocurrido y no ocurrió, me dedico a pensar en ti desnuda y con todas las conversaciones cerradas... Y hoy no creo que deba ser un día distinto. Me iré. Sin más. Lo vamos a dejar aquí, me voy antes de que la tentación me haga razonar de otra manera. Tenemos tiempo. La semana que viene entera voy a estar fuera y el fin de semana que viene tampoco lo tengo

libre. Tengo que... ir a una boda. Nos vendrá bien a las dos est...

—¿Tienes una boda? —le pregunté, incrédula, para hacerle ver que había captado su broma.

—Sí —me contestó, pero sonó como si hubiera dicho: «pongamos que sí».

—¿En Reus?

Yo sonreí y a ella se le iluminó la cara. Acercó la mano y me tocó el pelo. Fue lo más cerca que estuvo de mí. Pero un segundo después se puso muy seria:

—No puede ser. No puede ser que seas tan especial y que, al mismo tiempo, tengas tanta tontería como tienes encima. No me lo explico, no lo entiendo. No me cuadras... Contigo, no me salen las cuentas...

—Todo el mundo tiene contradicciones...

—Sí, pero las tuyas son... cómo te diría... inverosímiles. Eres como un personaje mal construido. Te han puesto unos rasgos de carácter que resultan incompatibles con los otros.

—¿Cómo cuáles?

—La dulzura y la sensibilidad, el cuajo, la hondura en definitiva, junto con una frivolidad que raya en lo increíble, por ejemplo. No cuadra. ¿Una inteligencia privilegiada y una torpeza tan grande para agarrar la vida con las dos manos...?, ¿las dos cosas a la vez? (Bueno, puede que eso sea más frecuente) —se contestó ella sola, pero las bases de su idea no se tambalearon porque enseguida encontró otra dualidad muy semejante—. O esa valentía de la que hablabas (y que es cierta, además, eso creo yo), una valentía de las que no se encuentran, como la de dejar tu trabajo, sí, por ejemplo, ¿y al mismo tiempo una cobardía inexplicable para sim-

plemente abrazarme, aunque no termine de gustarte, o para simplemente seguir yendo a los sitios de ambiente donde sabes que puedes encontrar lo que buscas, una mujer que te guste? No me cuadra. Un sentido del humor, una alegría y unas ganas de disfrutar que no casan por ningún lado con esos remilgos de persona triste que parece que se te instalan en la cabeza. Por cierto, no tienes edad de seguir consintiéndole a tu cabeza tantos aspavientos de tiquismiquis. Te haría falta alguien con mucha autoridad moral sobre ti, alguien que te diera cuatro meneos a ver si espabilas.

—Tú misma.

—No, yo no puedo. No se te puede querer tanto como yo y regañarte al mismo tiempo. Y no sería honesto tampoco. Porque no sabríamos nunca si lo que estoy haciendo en el fondo no es más que echarle en cara que yo no te guste. Pero vale ya de hablar, eh. Me voy, te digo. Y no sé si tengo una boda en Reus o son dos o tres seguidas, no me acuerdo. Ya te lo diré. En todo caso, que sepas que me alegro de que hayamos hablado y me alegro de que tengas dudas. Por lo menos tienes algo. Te quedará algo cuando yo me vaya.

—¡No, no, pero esto qué es! —salté yo, indignada, porque había empezado a levantarse y todo—. ¿Cómo que te vas? No, no, ni hablar. Tú no te vas así, tú me lo explicas primero... por qué te vas.

—Me voy porque *siento* que es lo que tengo que hacer, irme. Y me voy durante algún tiempo porque creo que nos va a venir bien a las dos un poquito de distancia.

—¿Es un castigo esto, entonces?

—A lo mejor sí, en cierto modo. No lo sé. Pero un castigo a mi osadía, en todo caso, no a tus dudas. Un castigo a mi

atrevimiento, no a tu falta de decisión. Igual tenía que haber esperado más, pero me he cansado de esperar. En mi vida le he dedicado tanto tiempo a una historia; a una historia que tiene que ser de cama o no será una historia mía, sino una de tus historias... Para ser de las dos, tengo que poder abrazarte hasta donde se me acaben las fuerzas. Y si no puedo, porque no me dejas, entonces quédatela, la historia digo, hazte cargo tú de ella. Amóldala a tus modos. Yo no puedo poner más de mi parte. Lo he puesto todo. Y no me arrepiento, pero con esto quiero que veas que, si ahora lo quito, quito lo mío, no sé lo que nos queda. Si le quito mi interés, mi empeño (mi pasión, casi) por ti, mi entusiasmo, mi deseo... si me lo llevo a mi casa ahora, porque es mío, todo eso, ¿qué nos queda? ¿Tus dudas? Según tú, sí, tus dudas sobre mí. Porque eso sí que es tuyo. Tus dudas son tuyas, no son mías. Sólo tuyas; porque tú lo necesitarás, pero yo no necesito saber si tú estás enamorada o no de mí, o saber si lo estás más o menos que de tus fantasmas, o que de tus expectativas... Tampoco me pregunto si me vas a hacer daño. Entre otras cosas, porque no te dejaría. Esa duda la tienes tú. Y todas las demás. Todas son tuyas. Y con ellas te quedarás. La alegría de estar contigo, la felicidad de pensar que podría dormirme a tu lado o la emoción de saber que disfrutaría de tu cintura como de una salvación... eso, todo eso, es lo que yo pongo siempre que nos vemos. ¿Y tú qué pones? Tus dudas. ¿Tú crees que esta intensidad que nos une es normal? ¿Normal entre amigas? ¿Es normal que no piense en otra cosa que en volver a verte, desde el momento en que aprieto el botón para bajar en el ascensor, cada vez que me voy de aquí? ¿Y qué sientes tú? Dudas ¿Crees que es fácil, habi-

tual, frecuente que aparezca en mi vida alguien tan interesante como tú? Tú tendrás muchas amigas maravillosas, con las que nunca te cansarías de hablar y de reír y de discutir... cultas, sensibles, inteligentes, buenas, atractivas, originales, divertidas... y libres, completamente libres para hacer lo que les dé la gana, dispuestas, con casa propia, con los deberes terminados, sin maridos, sin hijos, sin ataduras de ninguna clase, con trabajo, con dinero propio, con coche, con idiomas... y además, concienciadas, revolucionarias, rebeldes, peleonas, preocupadas por las demás mujeres... y... lesbianas si se tercia, tú tendrás muchas, y comprendo por eso tus dudas, pero a mí me ha costado media vida dar contigo.

### III

Me puso un plazo para no vernos. El plazo es largo, acaba de empezar y ya la hecho de menos de una forma escandalosa. La echo de menos como no me imaginaba. No me lo imaginaba yo, pero ella puede que sí supiera lo duro que se me iba a hacer a mí no tenerla cerca. Puede que haya contado con eso como su esperanza. Una esperanza suya que tendría que ser la de las dos. Razón de más para llamarla. Pero no puedo. Porque se lo prometí. Quedamos en que no nos veríamos ni nos llamaríamos durante seis meses, ¡seis meses!, en una de esas separaciones de prueba existencial que ya cayeron en desuso después del abuso que se hizo de ellas en los años ochenta. Parece, yo lo he visto en el cine, que hubo una época en que estuvo de moda ponerse plazos para casi todo. ¿Una crisis?: un plazo. ¿Una duda?: un plazo. ¿Una alternativa difícil?: un plazo. Y siempre había tres posibilidades de estado con otra persona: estamos juntas, estamos separadas o nos-hemos-dado-un-plazo. Era una época en que al tiempo se le concedían poderes autónomos, poder de regulación, de reparación y hasta de decisión... Supongo que luego llegó este individualismo extremo en el que nos hemos totalizado hoy y el tiempo acabó por perder su predicado de curandero y su condición de

mediador. Ahora ya apenas actúa y, si lo hace, es siempre en nuestra contra.

¡Un plazo! Una prueba de merecimiento de princesa para un cuento de hadas hubiera sido mejor: salir a recorrer mundo buscando, y hasta encontrarlos, doce dientes de doce dragones diferentes con los que preparar, machacándolos mucho, un polvo mágico que nos devuelva la cordura. O atravesar con los pies descalzos, y con ella a cuestas, un pasillo de brasas encendidas... Pero ¿un plazo? Aunque no tengo derecho a quejarme, porque fue culpa mía. El problema soy yo. Se enfadó conmigo; no me lo dijo, pero yo lo sé. Le dolió mi tibieza. Se fue porque no hubiera soportado la humillación de pedirle nada. Ni de dármelo tampoco, ya no, tal como iban las cosas. Ya no quería darme nada más. Un castigo a mi engreimiento. A mi ceguera. A mi creerme yo algo. Y no puedo llamarla porque, según ella, si la llamase ahora, cuando apenas hace quince días que empezó el plazo, si la llamase antes de que cumpla el plazo, sólo significaría que me resulta muy difícil soportar mi propia soledad.

Otras veces nos hemos visto de semana en semana y yo no contaba su ausencia de siete en siete días. Es saber que ella no está para mí lo que convierte su ausencia en un taxímetro avaricioso. ¿Por qué puso un plazo tan exagerado? Un mes, tres meses incluso, hubiera sido más normal, dentro de lo anormal, dentro de lo melodramática que es la medida en sí misma. Pero ella puso seis meses. Ella, que no tiene nada de teatrera ni de cursi ni de empalagosa romántica ni de masoquista ni de sádica, puso seis meses. Ayer se me ocurrió pensar que los puso porque son exactamente los meses que me quedan a mí de paro. Es el plazo que me que-

da para hacer algo, para escribir un guión, o para rehacerlo de entre el montón de escenas que he tirado a la basura. Ella lo sabe. Ayer se me ocurrió pensar que los puso, como lo ha estado haciendo todo hasta aquí, por mi bien. Debí de pensar que un mes se me iría sin haberme enterado siquiera de que había algo que resolver; y que, de haber puesto dos o tres, se me hubieran ido también en esperar con impaciencia que pasaran. Un tiempo desaprovechado, pues, porque mi cabeza no hubiera podido dedicarse en serio a pensar en otra cosa. Seis meses, sin embargo, es tiempo suficiente como para que, después de pasados los primeros días, pueda centrarme de nuevo un poco y hacer algo.

Pero a mí me da por pensar, de vez en cuando lo pienso y me preocupa, que es un plazo imprudentemente largo... No sólo difícil de soportar, sino peligroso. ¿En qué lío me he metido por ser como soy? ¿Cómo se puede dejar ir a una mujer como ella? Me dijo que, durante seis meses, iba a poner todo lo que pudiera de su parte para «descolgarse» de mí, que sinceramente lo intentaría y que yo hiciese lo que quisiera. O guardarle ausencias, como a un quinto, o salir a ver si encuentro algo que de verdad me guste, o que me guste más. Que las dos necesitábamos tiempo; yo para aclararme y ella para recuperar su distancia de prudencia conmigo. Sonaba raro ponernos plazos (antiguo, efectivamente), responder a estrategias, establecer normas, pactar comportamientos... Como si nuestra historia tuviera que ser, por mi culpa, por mi grandísima culpa, un asunto trascendente, una responsabilidad seria, una entrega de amor verdadero y de profunda devoción, una unión con consecuencias. Fue ella la que puso la separación y el plazo, pero fui yo la que

puse los absolutos más pesados en mitad de la levedad de la ternura y en medio de la fugacidad del deseo.

Toda duda de amor es, yo creo, en el fondo, cuando se plantea, o una exigencia de compromiso o una manifestación avergonzada de un miedo viejo y menos confesable, que nada tiene que ver con el presente. En mi caso, puesto que no deseo atar a nadie, más parece lo segundo. Pero ¿a qué tengo miedo, entonces, si no lo tengo a los prejuicios? ¿A la realidad tal vez? ¿A que ésta sea la máxima belleza alcanzable en el territorio real? ¿Es que no es suficiente? ¿Sería esperable más? ¿Y qué si ella fuera sólo la mitad de lo que espero? ¿Acaso no es ya, de hecho, más de lo que he tenido nunca? Ella no es la mitad de lo que espero, sino el doble de lo que he tenido nunca y es quince veces más de lo que yo soy. Así es y así debería pensarlo. Así debería reconocerlo y así debería actuar en consecuencia. Porque lo peor ha resultado ser que así lo siento.

Ahí no hay duda: así lo siento desde que ella no está. Mano de santo, pues, obligarme a echarla de menos. Sabio castigo el suyo. Antiquísimo y de probada eficacia.

Hay amantes a quienes la vida les concede por casualidad una separación temporal como la que ella ha puesto voluntariamente entre nosotras. Pero ¿por qué esperar a que sea el destino el que produzca los beneficios que podrían derivarse de esa circunstancia? ¿Por qué no establecerla nosotras de mutuo acuerdo? Algo así vino a decirme. Y yo le preguntaba una y otra vez qué beneficios serían éstos. Pero me contestaba a medias. No los explicaba. Insistía en que para ella sería buena la distancia, ganar fortaleza frente a mí; y para mí también, para hacer o descubrir lo que quisiera con respecto a ella. Yo trataba de suprimir el plazo comple-

tamente, quitarle la idea de la cabeza, pero vi que eso se había convertido en imposible desde el momento en que había hecho el primer amago de levantarse para irse. Después intenté dejarlo en menos tiempo. Le ofrecí una semana y mi promesa de dedicarme a pensar en lo que me decía. Pero una semana era demasiado poco. Una semana era lo que tardábamos en vernos normalmente. Un mes, le propuse: «Yo no necesito más tiempo para darme cuenta de que algo es como está siendo ya...», le decía, pero entonces me contestaba que era ella la que necesitaba más tiempo.

—Si lo que quieres es que te eche de menos y me dé cuenta, así, de lo mucho que te quiero, que sepas que no me hace falta tiempo... —le decía yo.

—Ya sé que me quieres mucho —me contestaba ella—, lo que quiero es que sepas si me deseas o no, y que eso venga después de haberme echado de menos; tiene que ser después, ni como consecuencia de echarme de menos, ni como la condición para dejar de echarme de menos... —me decía, y ya empezábamos a hablar de esa forma complicada en que hace falta repetir los estribillos para que la frase avance un palmo nuevo cada vez—. Y para eso, la separación no puede ser por poco tiempo, porque entonces tu deseo, de aparecer, sería una consecuencia de echarme de menos, ni puede ser tampoco ésta una separación radical, de enfado, de no volverás a verme, o tú pensarías que te impongo, como condición para seguir siendo amigas, que te acuestes conmigo... Y no es eso. Hazme caso: dentro de seis meses, nos veremos otra vez y hablaremos. Por mi parte, te garantizo que, pasado ese tiempo, seremos buenas amigas. Amigas de verdad pase lo que pase. Dame tiempo para que se me cure un poco



esta fijación que tengo ahora contigo, y ya verás cómo no tienes que volver a echarme de menos nunca más en tu vida. Seremos viejecitas viajando juntas con el Inverso si tú quieres... Dentro de seis meses sabrás mejor qué quieres de mí; y, sea lo que sea que quieras, lo tendrás. Palabra.

Pero, o soy mala negociadora o ella es más inflexible de lo que parece. Con todo su talante dialogador, con sus cincuenta años de madurez y mundo y ganas de comprender y de agrandar... el caso es que no conseguí rebajar su condena ni siquiera en mes.

Aunque también fue que abandoné. Porque, llegado un momento, supe que tenía razón, que nos vendría bien a las dos lo que proponía. Pensé en mí. En lo lenta que soy para las cosas importantes de la vida, al parecer. Y en que llevaba retraso en el saber comportarme frente al cuerpo ajeno, deseable o casi-deseable, de una mujer. Y en que los retrasos viejos producen retrasos nuevos, como en las compañías de trenes. El vicio de retrasarse crea una dinámica difícil de romper. Nos pasó a todas con los primeros amores. ¡La de vueltas que le dimos a la primera vez que nos acostamos con una persona! Las siguientes veces, con personas nuevas, menos mal, nos retrasamos menos, llegamos a saber antes lo que queríamos. Y finalmente hemos madurado hasta poder tomar la decisión en un pis pas.

Ha sido tristísimo que dos mujeres como nosotras no nos fundiéramos en un abrazo. He fallado yo. Y sigo sin saber por qué. Habría sido un abrazo de rayo zigzagueante capaz de cruzar, por caminos a su antojo, todo nuestro cielo en un segundo, capaz de juntarse y fundirse viniendo de valles distintos... pero en lo alto: porque ni ella ni yo somos ríos.

No somos ríos discurriendo por un cauce, con diques de contención, pantanos reguladores, puentes salvadores, paseos a la orilla, trasvases... sino otra clase de trazo: rayos: electricidad atmosférica e imprevisible, caprichosa y zahareña, que no reconoce ni cuencas ingeniosas ni vertientes naturales; energía no domesticada aún por los hombres de ninguna manera, con el poderío que le hace falta para elegir su propio recorrido en mitad de la nada y dibujarlo como un arañazo en el cielo plácido de los dioses, y con autoridad para elegir también una muerte propia sin ninguna placidez, incendiaría de cipreses de cementerio y partidora de malditos y maldecidos... rayos, no ríos.

Pero no, hablo de las dos y no. Es ella sola la que es así. Yo soy más previsible y menos indómita.

Sin embargo, yo no le temo a ese abrazo. A mí no me asusta abrazarla. Me lo pregunto una y otra vez por sí, en una de éstas, la respuesta fuera que sí me da miedo. Pero no. Definitivamente no. ¿Y qué es entonces?

Quizá le esté dando demasiada importancia, no al abrazo, sino a sus consecuencias: y esto sí podría ser una mejor pista para entenderme a mí misma. Yo que mí misma no descartaría la hipótesis de estarle dando, por cobardía, demasiada importancia a las consecuencias que tendría enrollarme con ella... Por ser ella, precisamente, y no otra. Por intuir que no sería lo nuestro un escarceo y que, por tanto, lo que tema sea verme viviendo en pareja con una mujer, en una especie de matrimonio... y con todos los visos, además, de ser el más duradero de cuantos he tenido hasta ahora... Puede. No es descabellado pensar que el motivo de no estar ahora y desde mucho antes las dos juntas en la cama, no sea

otro que la ausencia casi radical de frivolidad detrás de ese placer... Porque yo nunca he estado tan cerca de estar tan cerca de alguien. Es la primera vez que mi deseo amenaza seriamente mi convivencia conmigo misma en solitario.

Pudiera ser ése, tan sencillo de entender, el motivo de mis reservas. ¿O debería seguir indagando en mí hasta encontrar razones menos vulgares? Yo qué sé. Llevo días y días haciéndolo y a lo mejor es sólo vanidad querer encontrar explicaciones complicadas. Podría ser que rechace la verdad por su falta de originalidad. No me extrañaría. He leído tantas novelas pastosas en las que el diálogo interior se retuerce y se tortura en pretendidos meandros del corazón que no son, sin embargo, más que palabras que necesita lucir quien las escribe, he soportado a tantos protagonistas agónicos de sentimientos inverosímiles, que no me extrañaría haberme contagiado de la vanidad de tales intentos. El cine tiende a ser más claro que la literatura, más rotundo, menos parsimonioso con lo vacío de contenido, menos consentidor de naderías, menos pretencioso... aunque sólo sea por su medida, aunque sea sólo porque, ni aun juntando en una obra todos esos vicios a la vez, dispondría su engréido autor de más de dos horas para engañarnos acerca de la pretendida genialidad incomprendida de su espíritu. Dos horas máximo y es bueno saber que, de ellas, un autor, por muy pagado que esté de la originalidad de su alma, debe forzosa-mente ceder una parte y delegar en otros autores para completar su engendro, debe delegar en otros para encontrar la música de su corazón, por ejemplo, en otros a menudo profundos de verdad que, a diferencia de él, necesitaron muy poco para expresar máximos. La música. El cine la tiene.

Las novelas no. La música es la más grande de las artes para mí, por eso, porque, de todas, es la que más significado puede concentrar en menos espacio-tiempo. La menos superficial, pues; y tal vez por ser, precisamente, la más epidérmica.

Sería bueno que me fijara, estos días, mientras dura el plazo, en qué música estoy prefiriendo oír. O qué películas buenas de las que guardo me va apeteciendo volver a ver. Proyecciones le llaman a eso, sí, curiosamente. Bueno para desentrañarme, para seguir tratando de encontrar haces de luz dentro de mis oscuridades. (Qué bonito. Pero es que llevo varios días y muchas horas seguidas escribiendo en este cuaderno. Y durmiendo poco. Mañana intentaré hacer algo de provecho).

\* \* \*

Seis meses es un plazo muy largo. Además de largo, peligroso, sí. Peligroso para mí, porque ella es una vividora imprudente. Saldrá a ligar todo lo que pueda por esas ciudades. Lo sé. Además de porque me lo dijo textualmente, lo sé porque se fue enfadada conmigo. Y esa clase de enfados provoca promiscuidad. Venganza del cuerpo despreciado. Refuerzo de los criterios propios. Y resulta que su criterio sobre la fugacidad de la vida y, por tanto, la prioridad del presente es el más firme de cuantos ha registrado la humanidad en su camino hacia la búsqueda de sentido. Debería hacerlo mío también. Pero yo aún vivo la vida como si pudiera aplazarlo todo eternamente. Así que, mientras que yo, encerrada en mi casa, la espero o, mejor dicho, aprendo a ver lo que he podido llegar a quererla sin saberlo del todo, ella buscará a alguien a quien querer que no sea yo, que no sea obsesivamen-

te yo, que no sea exclusivamente yo, que no sea tontamente yo, que no sea empecinadamente yo, que no sea humillantemente yo... decepcionantemente siempre, yo. Y de ella sí puedo temerme que sepa ver mucho-bueno en cualquier muchacha encantadora, mucho-bueno-lo-suficiente para dejar en ridículo esta grandeza mía rígida, hierática y vacía de todo goce. Mucho-bueno-lo-suficiente como para que, dedicada ella en cuerpo y alma a querer querer a alguien, acabe descubriendo así, por la vía infalible de la comprobación de resultados, que puede pasar de mí tranquilamente.

Además, ¿qué sé yo de ella, de su presente real? No sé si estaba enrollada con alguien cuando me conoció. No sé si tiene amores perdidos pendientes sólo de ser recuperados. Los momentos de agravio son proclives a la arqueología. No sé si, mientras hemos estado juntas, del mismo modo que yo he seguido pensando en mi profesora de la acera de enfrente, ella habrá seguido pensando en alguna medio conocida suya, y, del mismo modo que ahora yo podría ir y cruzar por fin la calle para hablar con mi musa, ella podría cruzar el descampado de un polígono para ir a llevarse del brazo a tomar café a cualquier dueña de fábrica de aros de sujetador... Le pega mucho más a ella que a mí tener abiertas fichas de proyectos de almohada. Y desde luego le cuesta mucho menos que a mí ponerse en marcha.

Sólo a una pazguata, y salida necesariamente de un guión americano, se le ocurriría decir aquello de «no te preocupes, si de verdad te quiere, dentro de seis meses estará en lo alto de la torre Picasso, esperando a que tú acudas a la cita».

\* \* \*

Últimamente, sólo verla a ella, charlar con ella, discutir con ella, escuchar sus largos y bien traídos razonamientos, tener la suerte de que soltara la lengua, como se suelta el trazo cuando se lleva media tarde dibujando, era mi único entretenimiento y mi única verdadera alegría. No nos hemos visto desde hace mes y medio.

Hace una semana, me dejó un recado en el contestador. Lo he escuchado un montón de veces. Me lo sé de memoria, como si fuera un texto en clave que tuviera que resolver, aunque supongo que no hay nada oculto detrás de lo que dice. Lo que pasa es que, a veces, las verdades generosas, cuando son tantas y se concentran todas en una cuña de treinta segundos, como ocurre en su mensaje, producen una extraña seducción que el receptor no sabe explicar. Así como los buenos anuncios fascinan la atención porque están hechos de una cadena de hermosas mentiras atadas a la realidad por un solo eslabón verdadero, a veces es uno solo, apenas una sola verdad mínima, sin importancia, casi idiota... así, su mensaje era para mí fascinante porque estaba hecho de todo lo contrario y al revés, de una cadena de verdades bellísimas y una sola, pequeña y tonta mentirijilla:

*«Sé que es miércoles y que habrás ido al cine.*

*Sé que no estás y por eso te llamo,*

*para asegurarme de que no me contestas.*

*(Ya es bastante duro oír tu voz, aunque sea grabada.)*

*Te llamo para decirte que estoy bien, que no te preocupes,*  
*y que no pierdas la paciencia.*

*Vi que era tu número el que aparecía en mi móvil,*  
*ayer, tres veces,*

*y por eso no lo cogí.  
 Sé que me echas de menos, lo sé de verdad.  
 Yo también.  
 Pero no me lo digas.  
 No quieras decírmelo. Un trato es un trato.  
 No me llames. Por favor.  
 Tú a lo tuyo y yo a lo mío, que todo se andará.  
 No me llames porque me costó... una agonía  
 no coger la llamada.  
 Adiós. Cuídate.  
 Por cierto, sigo sin fumar, lo que demuestra  
 que tengo fuerza de voluntad.  
 Pero no me pongas a prueba, no me hagas trampas.  
 En fin, lo dicho, cuídate».*

No es verdad que esté bien. Yo debería no ser tan egocéntrica y darme cuenta de que a ella le estará yendo peor que a mí.

La primera vez que oí este mensaje, he de reconocer que... me excitó su voz. Físicamente. Creo que es la primera vez que me ocurre. Tiene una voz recia, contundente, y la modula bien. No arrastra las sílabas finales como hacemos la mayoría y no apaga la brillantez de ningún sonido sólo porque baje el volumen. La mayoría de los mortales, cuando, en una parte de un párrafo, hablamos más bajito, lo que bajamos no es sólo el volumen, digo, sino la claridad, la luz de las palabras. Sólo los locutores profesionales con los que yo trabajo, y no todos, se han desecho de esos vicios. Y ella. Misteriosa mujer de infinitas y rarísimas habilidades.

\* \* \*

La última tarde que pasamos juntas se alargó hasta la hora de cenar, se alargó más allá de las dos o tres veces que estuvo a punto de irse. Conseguí, a cambio de prometerle respetar su plazo, que no se fuera de inmediato como tenía decidido, que se quedara un par de horas más, hasta la hora de cenar, sí, para que no nos despidiéramos con el mal sabor de boca de esa especie de ultimátum. Consintió. Creo que le pareció buena idea. Pero en su manera tan segura y tranquila de aceptar me di cuenta de que ya se había ido. Y que nada de lo que yo dijera le haría cambiar de opinión. Aunque, tal vez, si yo hubiera hecho algo que no fuese sólo hablar...

Pero no. Tampoco. Porque se le había instalado ya en el alma, por culpa de mi incapacidad para decirle que la quería, o que podría ser que la quisiera o que me gustaba... una tristeza profundísima, impresionante. Había una tristeza incalculable (y, tan grande, era nueva para mí, nadie la había sentido por mí tan honda), una tristeza bellísima, honrada y hermosa, digna como el dolor que nos ensancha... y se le derramaba en el modo en que empezó a hablarme de pronto de las carreteras...

—Transita una por esas carreteras tan sola, que, a veces, le da a una por pensar en la cantidad de muertos, de muertos de todas clases, que estará pisando. Muertos antiguos, anteriores al asfalto, digo también; anteriores, incluso, a la era de la necesidad de trasladarnos tan a menudo. Los caminos han sido caminos siempre, ¿te has parado a pensar en eso?, han sido formados en línea por los animales, un sendero apenas, y luego allanados y desbrozados y ensanchados por manadas de animales; y luego seguidos por los humanos

también, que siempre hemos sabido aprovecharnos del trabajo ajeno. Estos caminos principales que ahora recorremos me da que nunca han sido otra cosa que caminos. Los grandes caminos han sido caminos siempre; de la eternidad para acá, siempre. Quizá las veredas más locales se hayan cerrado alguna vez, puede que se cierren en temporadas en que nadie las transite, pero yo estoy segura de que volverán a abrirse, y con el mismo recorrido que tuvieron, en cuanto una bestia tenga que ir de un sitio a otro; porque seguro que esa bestia encontrará y seguirá el criterio original con el que surgió aquel trazado... Seguro. Lo que quiero decir con esto es que puede que no sea posible, ni aquí ni en el universo estelar, tener un sendero propio, único, un recorrido personal... Habrá caminos y caminos alternativos a éstos, pero, si son caminos, siempre lo fueron, y si lo fueron siempre, entonces alguien y muchos los han seguido antes que nosotras. Y no creas que esta idea me parece triste; al contrario, a veces me consuela más que poner la radio del coche... La gente, por otra parte, muere donde le pillan, así que los caminos, si lo son, y justamente por serlo, habrán servido de lugar donde caerse a miles, a millones, de humanos y de animales, por los siglos de los siglos. En ninguna parte habrá abundado tanto la muerte como en los caminos. Por algo será que en las leyendas tradicionales la muerte aparece siempre en los caminos... No sé de qué se extrañan tanto en los telediarios cuando dan las cifras de los muertos en las carreteras. Las batallas viejas, las de escudo y espada, también dejaban abundancia de muertos en la cuneta. Siempre es por un camino por donde se sale al encuentro del enemigo al que mataremos o nos matará, ya venga a caballo o en muchos jeeps

del ejército, da lo mismo. Mientras la tierra sea tierra, y no aire o agua, el caballo de guerra buscará un camino y el jeep de guerra hará lo mismo. Una autopista, una pista de chinorro, o una veredita de montaña... Y por la vía ésta de pensar en la muerte, en lo que pienso realmente es en el desperdicio que ha sido mi vida hasta ahora. He vendido tornillos once meses al año para comprarme el derecho de no hacerlo durante uno solo; y he vendido tornillos saliendo a la intemperie por los caminos cinco y hasta seis días a la semana para comprar a plazos el refugio de noventa metros cuadrados en el que me cobijo una sola noche por semana, dos últimamente... ¡No me digas que no es una desproporción! Debería haber una relación más equilibrada entre el tiempo que das y el que recibes. Y no es que no me guste mi trabajo, es que no sé cómo hubiera sido mi vida sin él, porque no la he tenido... Ahora sé lo que podemos llegar a añorar los cuerpos que no tuvimos junto al nuestro, calentitos, entre las sábanas... tantas noches que ya se han pasado... Qué tremendo desperdicio de habitaciones de hotel. Los hoteles que nuestras fantasías de masturbación juvenil idealizaba, porque eran propicios al disparate, a la gozosa aberración, se han convertido para mí en iglesias consagradas al deber de dormir.

—Yo he tenido suerte en eso sin embargo. Mi aventura de Atenas fue en un hotel. —Lo dije para rebajar la intensidad, se me ocurrió decirlo para introducir un cambio, un repecho llano en la cuesta arriba; pero no pude ser más torpe cuando más falta hacía que no lo fuera.

—Bueno, yo también, de vez en cuando... Pero más de vez en cuando de lo que quisiera. Desde que me di cuenta de que me gustaban las mujeres, debí darme cuenta, parale-

lamente, de que iba a ligar mucho menos. Ahora, a veinte años vista, lo sé. De heterosexual ligaba más. (Ligaba más, pero disfrutaba menos...) De todas formas, lo mío sigue siendo un desperdicio de hoteles, se mire como se mire. La desproporción, otra buena desproporción, entre noches de amor y noches de soledad es aterradora. Aunque, bueno, es cierto, qué le vamos a hacer, es así: dejaron de gustarme los hombres y eso explica de sobra que haya ligado tan poco siendo viajante con hotel pagado. Enrollarte con una mujer requiere más tiempo.

—Sí, también yo he pensado en eso. En que se lleva tiempo. Ojalá todo fuera más fluido, más rápido, más... normal. Bueno, dicen que en los bares de ambiente sí que se puede ligar en ese plan, aquí te pillo y aquí te mato.

—No lo creas tú eso, nunca es tan rápido como con un hombre. Aunque, bueno, muchos de mis compañeros viajantes tíos, la mayoría de los que tienen rollos de hotel, no los tienen tampoco porque hayan ligado en la primera noche. La mayoría pagan, no nos engañemos. Los hombres pagan a las mujeres para desahogarse; pero yo no me siento ahogada, o mi ahogo, en todo caso, no se afloja con esa clase de prestaciones. Lo mío es más difícil: yo necesito la generosidad, la gratuidad del corazón, el respeto de mi cabeza por la otra cabeza, y hasta un atisbo de amor... para que se me levanten los pezones, o para que se me desescondan, mejor dicho. Una chispa de algo. No hace falta que sea un incendio, ni una especie de fuego eterno como seguramente te hace falta a ti, pero algo sí, un poco de algo, sí. Y esa necesidad reduce mucho las posibilidades de aprovechar una habitación de hotel.

—También aumenta el disfrute tener esa necesidad de unos mínimos para acostarte con alguien, tú lo has dicho.

—Pero no sé si compensa. Un orgasmo es un orgasmo y, disfrutarlo, en brazos de una mujer, casi nunca es un asunto triste; aunque sepas que es un rollo de una sola noche, nunca es triste, siempre es un placer. Mientras que la pereza (esa pereza que empieza pareciéndonos también un disfrute placido y que por eso consigue mantenernos solas dentro de una habitación de hotel) acaba siempre en tristeza. La pereza acaba provocando tristeza siempre.

Cada vez me sentía más avergonzada de mí, de mi ligereza de cascos frente al calado de sus bodegas de carga; sentía que mi flotabilidad, mi estar por encima de casi todo, no se debía más que al vacío.

—... y la pereza nos puede porque se parece mucho a ir aceptando la muerte. Es un entrenamiento para que vayamos aceptando, con tal de que nos cueste menos dejarlo, que no nos dejemos gran cosa detrás. ¿Qué tendría que haber hecho para aprovechar mejor mis noches de hotel? ¿Salir más a menudo? Al principio lo hacía más, salía más veces a ligar, pero últimamente lo hacía menos, es ley de vida. Ahora tendré que volver a empezar. Aparcando la tristeza y la pereza juntas. He ligado, no se puede decir que no, pero la verdad, la verdad, es que nunca se me ha dado del todo bien. Siempre he sido un poco raspa. Y los ramalazos de mala leche aumentan con los años... así que no sé si... Y si a eso le unes que nunca he sido guapa y que últimamente, además, soy vieja, no sé yo si... Porque, ¿cómo se hace eso de ligar sin que te entre la risa, cuando, por ejemplo, te dice una...

«—Soy profesora de universidad.

«—Pues yo vendo tornillos.

¿Qué te parece? O bien, aquello de...

«—Yo pienso cogermela mochila este verano y mi carné de estudiante y recorrerme Europa. Dos meses o tres, lo que me dure la pasta, y hasta que empiecen las clases.

«—Pues yo no sé si cogermela un programa de Viajes Halcón o un apartamento en Cullera...

«O bien, algo mucho más exótico:

«—Yo acabo de colgar los hábitos. Hasta hace un año era Mercedaria de la Caridad.

«—Pues yo todavía no, sigo siendo viajante.

«O a lo mejor no, a lo mejor consigo que no me entre la risa. O reúno un poco de valentía y soy yo la que se acerca y dice:

«—Me gustas mucho, llevo un rato observándote y me pareces un encanto...—«un encanto», ¡qué frase!

«—Pues, mira, yo es que he venido con aquella chica de la camisa de cuadros, ¿la ves?, la que está jugando al billar...

«Puedo seguir, si quieres, todos son casos reales, te lo aseguro, vividitos por mí. Resumidos, pero padecidos textualmente.

—¿El de la monja también?

—También. La monja, la profe de universidad, la maestra de escuela, la estudiante de medicina, la camarera del local, la empleada de banca, la enfermera, otra vez la enfermera (yo no sé qué pasa con las enfermeras y con las monjas, que la mayoría entienden)... la jugadora de balonmano profesional, la dueña de la tintorería... Parecen muchas, pero repártelas en veinte años y verás que no salen tantas. La domini-

cana empleada de hogar, la dependienta de panadería (o sea, la bollera, ésta sí que lo era propiamente...)

—¿Y tu historia de amor más larga?

—En Madrid, en mi casa, en mi cama, al principio de todo, la de Marcela. Año y medio. Pero porque el empeño lo puso ella, por eso duró más. Luego, durante años, he seguido viendo a algunas de las que te he mencionado. Con la dueña de la tintorería, por ejemplo, la historia duró cuatro años. Pero nos veíamos tan de cuando en cuando, que, si juntamos los días... La quise mucho, de todas formas. Sigo queriéndola mucho. Ya hace años que no nos acostamos juntas. Sigo viéndola cada vez que voy a Logroño. Y tres años duró la historia con la empleada de banca; creo que de ésta me enamoré un poco. Lo dejamos porque se enrolló en serio y no quería hacer sufrir a su amiga... Pero te digo la de Marcela porque fue la menos esporádica. En noches, fue la que más duró.

—¿Y la monja?

—No, lo de la monja sólo duró una noche.

—¿Y qué tal?

—«¿Y qué tal?» Pues nada. No duró más que una noche, ya te digo. Y fue hace un montón de tiempo, ya casi ni me acuerdo. Me acuerdo que fue siendo yo muy novata, eso sí, y que, si terminamos en mi hotel, fue sólo porque, al decirme ella que acababa de salir de monja, yo me sentí un poco más segura de mí misma; si tuve fuerzas para hacerme la descarada fue porque pensé que ella sería todavía más inexperta que yo en las cosas del mundo, y eso me dio valor para ir derecha al grano. Pero no me gustó mucho el asunto, he de decirte. Estuvo bien, fue agradable y eso, pero...

—¿Y por qué no te gustó? Eso es más interesante todavía.

—Ay, yo qué sé por qué no. Pues porque no. Por todo y por nada en especial.

—Por algo sería...

—Sí, claro. Lo que digo es que no tiene importancia. De verdad que no. Ni me acordaba casi.

—Para ti no, pero para mí sí la tiene. Es un favor que te pido. Me gustaría que hicieras el esfuerzo de explicarme por qué no te gustó.

—¿A qué viene tanto interés? ¿Porque era monja?

—No, no es por ella. Lo que me interesa es saber qué es lo que *no* te gusta a ti en una mujer.

—¿Y de qué te puede servir eso?

—Bueno... me gustaría entender por qué las cosas son de una manera y no de otra, por qué alguien nos gusta mucho y por qué otra persona no nos gusta.

—Ya. Pues saber eso es imposible. Cada caso es distinto. Hay miles de razones para que una persona te guste o no. Y no me parece que se pueda sacar una conclusión de eso.

—No te creas —me atreví yo a corregirla—. Para que una persona te guste, sí que hay muchas razones, a lo mejor tantas como tenga ella misma para ser como es, pero, para que no te guste, no hay tantas; hay muy pocas, a veces son sólo cuatro detalles de carácter que no soportas.

—Bueno, no sé... —pensó un momento—, ahora que lo dices, quizá sí tengas razón y resulte que lo difícil sea sólo decir lo que nos gusta de una persona, porque sería no acabar, mientras que decir lo que no nos gusta... Sí, puede que lo que no nos gusta sea una cosa más restringida, y más nuestra, más conocida, porque no depende de la otra persona,

manías que tengamos, a lo mejor, rasgos generales que no toleramos y que, en cuanto los detectamos en alguien, nos desagradan... Puede que sí...

—Vale. Pues cuenta... Dime por qué no te gustó la monja.

—Qué pesada eres, pero si casi ni me acuerdo de ella... No me gustó porque no teníamos casi nada en común. Le pregunté si seguía creyendo en dios y me dijo que sí. Le pregunté un montón de cosas y no me pareció que pensáramos igual. Lo que le gustaba leer, los autores, qué pensaba de esto y de aquello, y se me caía a los pies en cada respuesta... Pero, bueno, eso tampoco hubiera sido para tanto. Lo que pasa es que... ya que te empeñas en que haga un esfuerzo de memoria, lo que recuerdo es que me pareció bastante aprovechadilla. Sí. No sólo conmigo, sino en general. Y desde el principio me lo pareció porque, tal como me contaba su historia, yo iba deduciendo, por debajo de sus palabras, que poco menos que se había metido a monja para mejorar su nivel de vida, el suyo personal, porque era la mayor de cinco hermanos, huérfana de padre, y ya estaba su madre buscándole trabajo a los diecisiete años, con el bachiller terminado, para que contribuyera a la economía familiar, y ésta, en lugar de cumplir su verdadero destino, decidió irse al convento, pasó de Marijóselopez, a Sormariajosé, gracias a la vocación que le entró de pronto, y pasó de golpe de estar predestinada a dependienta de una mercería a tener ciertos estudios... Y según ella misma dijo, cuando se metió a monja ya sospechaba, desde que entró, que le gustaban las mujeres; de hecho, se prendó de una monja en el noviciado y estuvieron juntas unos cuantos meses. Bueno, juntas... manitas, miradas lánguidas, poemas, ya sabes... el hombro para llorar, el



abrazo emocionado de perdón y alegría tras un arrebatado de genio que no es más que deseo acumulado... Y, por lo que me contó, un beso furtivo, una vez, uno que se les escapó hacia los..., entre el torrente de los demás, éste fue hacia los labios, una casual desviación de uno en la cascada total de los otros besos precipitados... durante el cuerpo a cuerpo de la reconciliación que siguió a una pelea que había sido más apasionada que las demás. No hace falta mucha imaginación para ver la escena. Me dijo que eso de que muchísimas monjas son lesbianas es verdad. Es lógico y es verdad. La mayoría no practican, sin embargo, no es como en los conventos de frailes. Me dio la impresión de que tenía las cosas muy claras, demasiado claras para no tenerlas muy premeditadas también. En la única noche que estuvimos juntas, me preguntó si podía contar conmigo cuando fuera a Madrid, ya que yo tenía casa y vivía sola, porque tenía que venir a Madrid un par de días, una vez al mes, todos los meses, para no sé qué cursillo que no me acuerdo bien si daba o recibía; esta gente está siempre de cursillos, dejan los ejercicios espirituales, pero les quedan los cursillos, los seminarios, los foros, las jornadas... Tienen su propio circuito de bolos y van de gira pagada, hoy paga la diputación, mañana Cáritas, pasado el episcopado de aquí, luego la universidad católica de allá, una asociación de vecinos, una cofradía de virgen en vísperas de Semana Santa... Se lo montan muy bien. Si son de la jerarquía porque son de la jerarquía y si son críticos de la jerarquía, pues como críticos de la jerarquía... el caso es ir por ahí aleccionando y cobrando por hacerlo. Cobrando y aleccionando. Qué gente. Sin dar palo al agua. Le dejé mi teléfono y ésta sí que me llamó después, y no una vez ni dos;

siempre con recados en el contestador, porque me pillaba de viaje, y una o dos veces le devolví la llamada, pero la tercera ya no. Y se ve que esta vez que no la llamé coincidió que le tocaba venir a Madrid y me dejó otros dos o tres mensajes más en el contestador, entre semana, mensajes que yo no hubiera podido oír, de todas formas, hasta el fin de semana, porque estaba de viaje largo, pero es que, además, coincidió que ese fin de semana empalmé con otro viaje sin pasar por casa; me fui con Marcela y una novia suya que tenía por entonces a un pueblo de la costa de Murcia, de donde era esta chica... Total, que cuando volví a mi casa, me encontré lo menos seis o siete mensajes acumulados, uno detrás de otro, que no tenían desperdicio... Iban subiendo de tono. En el último, directamente me insultaba. Y todo porque no había podido quedarse en mi casa como tenía pensado ella, por su cuenta. O sea, mal. Además, no era ni agradable físicamente siquiera. Le colgaban los brazos de una manera rara, como a los simios. Resumiendo, que, de ser *pescao*, no tenía más que espinas... Eso es todo.

—Cuéntame más, anda...

—¿Qué más quieres que te cuente? ¿Todavía no te haces a la idea del personaje? Otro detalle, sí, ahora que me acuerdo: los mensajes que me dejaba antes de enfadarse eran demasiado fogosos para ser creíbles. Eso sin contar que yo no dejaría esa clase de mensajes en el contestador de nadie sin saber cómo vive realmente esa persona, quién pasa por su casa y quién no... Le dije que vivía sola, pero pude haberle mentido y, aunque no lo hubiera hecho, a mi casa podía ir a limpiar una señora, por ejemplo, o podía estar pasando unos días en mi casa un familiar. No hay que dejar nunca esos

mensajes, por discreción, y por proteger a la otra persona de lo que muy bien podría ser un secreto. Pero ahí tienes el matiz; a mí, la sensación que me dio, fue precisamente que esta mujer era de las que van arrasando por donde pasan. De las que se abren hueco a codazos por donde sea y como sea. El contestador era justamente un modo de decirle a una supuesta, posible, tercera persona que yo me había acostado con ella y que lo nuestro había sido poco menos que una explosión nuclear...

—Sí me hago idea, sí. Y gracias. Se agradece que hagas el esfuerzo de explicarme las cosas; disfruto oyéndote retratar a la gente... Da gusto.

—Bueno, eso es porque todas las personas tienen algo digno de ser contado. Cada persona es un mundo, ya sabes...

—No, eso es porque tú tienes un talento especial para analizar a la gente. Lo que no me explico es cómo, conociéndolas tan bien, con esa capacidad que tienes para radiografiarlas por dentro, no te asusta lo que ves, cómo no te da por salir corriendo... En eso se nota lo buena persona que eres, lo comprensiva y lo tolerante que eres. Porque una cosa es ser medio cegarruta, como yo, y no ver ni la mitad de los defectos ajenos, y otra tener tu ojo clínico, verlos todos y, no obstante, hacer como si no los vieras...

—Te estás inventando una yo que no soy. El ojo clínico del que hablas tú son los años, no es una sabiduría propia. Échate tú misma veinte años más encima y conocerás mucho mejor a la gente que ahora. ¡Y estaría bueno que no! Viviendo día a día, se puede aprender algo de matemáticas, no digo yo que no, pero de lo que más se aprende, sin duda, es

de cómo somos las personas. Lo que pasa es que es un aprendizaje lento, porque es de los de espejo... aprendemos sobre todo a detectar en qué nos parecemos y en qué nos diferenciamos unos de otros. Nosotras mismas somos nuestro único manual de referencias. Y, en el caso de las mujeres, más todavía: somos nuestra única referencia, entre otras razones porque las que han inventado para nosotras, para que las sigamos como tales referencias, para que nos guíemos por ellas, para que nos identifiquemos con ellas, no son material de fiar. Son falsas. No es ya que sean referencias interesadas, que lo son, sin duda, e injustas, sino que no valen, sencillamente, que son falsas, vaya; que te miras al espejo y no te reconoces en ellas.

—Te voy a echar mucho de menos...

—Me he puesto muy seria. Perdona. Muy plasta, muy filosófica.. Pero la culpa la tienes tú, que conste. Por tirarme del aire. Éste es un mal vicio que se coge por hacer kilómetros y kilómetros sola: te da por pensar y por soltarte a ti mismas unas parrafadas... que no veas.

Miró el reloj, como si estuviera haciendo tiempo para irse. Como si quisiera irse. Como si no hubiera conseguido dejar de querer irse desde que dijo que se iba. Levantó la tapa, distraídamente, de una caja de madera labrada que yo había puesto hacía un par de días sobre la mesa baja del salón. Antes estuvo en la estantería. Del tamaño de una caja de zapatos. Dentro, sólo se veía un paño blanco, envolviendo algo, como se envuelven las joyas:

—¿Qué es esto? —me preguntó, antes de levantar el paño—. ¿Puedo verlo?

—Ábrelo —tuve que decirle.

—¡Es un membrillo! Um... ya decía yo que olía muy bien. Me encanta el olor. —Lo sacó, se lo pegó a la nariz y aspiró profundamente varias veces. Ésa es la única manera que hay de oler un membrillo.

—A mí también. Es que no soporto el olor ese que está de moda, el de pétalos secos de un batiburrillo de flores, que se ponen en un cuenco todos juntos... No son olores naturales, les echan potingues para que huelan en la bolsa cuando la vas a comprar.

—Pues con lo especial que eres tú para los olores, tenías que sufrir mucho cuando yo venía aquí fumando como un carretero... ¡Qué falta de respeto la mía!

—Que no, que dejes ya eso del fumar, que me siento mal. Me doy cuenta de que soy una maniática.

—Más que manías, son cosas de vivir sola...

—Sí que son manías, caprichos tontos, y no nacen sólo de vivir sola. Me tomo a mí misma y a todo lo mío demasiado en serio. Y los olores son una manía, claro que sí. Porque hay olores muy agradables para todo el mundo que a mí no tendrían que disgustarme tanto y, sin embargo, hago bandera del hecho de que no me gusten... como ese que te digo de las bolsitas de trozos vegetales, que además están teñidos para que sean todos de una gama de fucsias, o de una gama de verdes... O el olor a violetas, que a mucha gente le gusta y a mí nada, pero nada de nada, o el olor a incienso... a mí el incienso me huele a pies, fíjate, o sea, a sitio cerrado, a las tardes de invierno con brasero de carbonilla, a los viejos fumándose un cigarro en la mesa camilla, con pelos muy largos en la nariz y con mucha mala leche en lo poco que dicen, me huele, el incienso, a gente que se lava poco y habla bufando...

—¡Qué gracia!

—Pero al personal le gusta; o sea, ya ves, pura manía, subjetividad pura. Y la soledad también huele. La soledad, la mía, si es agradable, si es la que una busca, la que disfrutas como un descanso, la que te repone fuerzas, esa soledad, la buena, me huele a Badedas, a esa marca concreta de gel, ¿lo conoces? —ella asintió con la cabeza— al Badedas clásico, el de color verde. Sin embargo, la otra soledad, la mala, la que pesa, la que pinza el corazón, la que noto como incompreensión, como imposibilidad de cercanía, de compañía real, ésa, me huele a lo peor, a marrón oscuro, a perfume barato, a almizcle... Me da asco el olor a almizcle.

—¡A almizcle! —exclamó ella, sinceramente sorprendida.

—A almizcle, sí, claramente. ¿Conoces el olor, no? Ya sé que se considera un perfume —me disculpé yo, por si, además de conocerlo, a ella sí le gustaba—, pero a mí es un olor que me resulta... reconcentrado, viejo, recalcitrante, como sucio: no me gusta.

—Pero tú sabes lo que es el almizcle, ¿no?, de dónde se saca... —me preguntó, y parecía a punto de soltar una carcajada.

—No, no lo sé... ¿de dónde?

—¡No me digas que no lo sabes! —tuvo que contenerla porque se le escapaba ya—. ¡No me digas que lo has dicho por casualidad!

—No, por casualidad no. No sabré de dónde se saca, pero es un olor que conozco perfectamente, y sé que no me gusta, me repugna casi. Eso sí lo sé.

Cada nueva cosa que decía yo, le hacía más difícil la tarea contener la risa, hasta que dejó de reprimirse.

—¡Casi te repugna! —coreó entonces, riéndose abiertamente.

—Pero, bueno, ¿qué?, qué he dicho?

A mí también se me había contagiando su risa, aunque no sabía de dónde le venía.

—No me extraña que no te guste —concluyó ella—, pero ten cuidado con esas confesiones íntimas que haces sin darte cuenta... son peligrosas.

—¿Qué confesiones? Venga, explícate...

—«No es que no me guste», dice ella tan tranquila, «es que me repugna»... ¡Tela!

—¿Me lo cuentas o tengo que ir a buscar en el diccionario?

—Del prepucio se saca —y le costaba hilar la frase—, se saca de los cojuncillos... de los cojones de los almizcleros, precisamente, una especie de machos cabríos sin cuernos... pero también de los camellos machos y de otros machos mamíferos... sí, hija mía, el almizcle es, como si dijéramos, semen reconcentrado...

—¿Sí?

—Lo que yo te diga. Esencia de varón, aroma puro de virilidad...

—¡Joder!... Pues a mí siempre me ha dado un poco de asco ese olor... ¡Y es verdad que yo nunca me habría atrevido a decirlo tan claramente!

—Es que buscas el chiste a propósito y no sale, vamos. ¿Y desde cuándo dices que sabes que no te gusta el almizcle? —me preguntaba ella con toda su guasa.

—Pues... desde la primera vez que lo olí —ahora me reía yo de mí misma, haciendo memoria de manchas y sábanas—. Así es, tal cual: desde la primera vez.

—Entonces va a ser verdad lo que dicen de los olores, lo que dicen los científicos, que es lo más primitivo que nos queda; que las sensaciones que nos provocan son anteriores a nuestra conciencia de las cosas... Vaya, vaya, ¿así que a mi niña —fue la segunda vez que me llamó así y la última porque no he vuelto a verla después—, le huele su soledad a... semen viejo, a almizcle? Y a ella, claro, no le gusta el almizcle.

—Peor. Es un olor que no soporto. Que conste que queda dicho.

Pero pronto se me acabaron las ganas de seguir riendo porque me di cuenta de que mi encantadora vendedora de tornillos tuvo que mirar al techo urgentemente. Para no derramar sus lágrimas.

Mi encantadora y dulcísima vendedora de tornillos tuvo que guardar silencio un momento, rota, para recuperar su ánimo. Y tuvo que hacerlo sola, yo no pude ayudarla. O no quise. Sí, sí, ella, tan poderosa, tuvo que contener las lágrimas levantando la cabeza. Miró a ese lugar del techo, un limbo de escayola, en el que se pierden todos los llantos sinceros que no llegan a nacer. Puede que lo que yo quisiera en ese momento fuera disfrutar de su espontáneo asomo de dolor, como si me gustase. Pero como si me ennobleciera. En ese momento sí estuve a punto de abrazarla. Y, de haberlo hecho, tal vez estaríamos juntas desde entonces. Tal vez, incluso, ahora estaría yo queriéndola a ella más que ella a mí. Quién sabe. A veces las fronteras se nos quedan a un solo abrazo. A veces parece como si el corazón también se jugara a cara cruz sus lindes. Lo parece.

\* \* \*

La echo de menos. Pero no puedo llamarla. Dice que lo sabe, que sabe que la echo de menos, pero ¿sabe de verdad las consecuencias que está teniendo su ausencia en todos los rincones de mi entorpecido cerebro?

Por otro lado, o por el mismo, no lo sé, me deprime darme cuenta de cómo he estado desperdiciando y sigo desperdiciando mi tiempo de paro, los días enteros, las semanas, los meses. Veinte meses. Sólo me quedan cuatro y no hago nada de provecho. Ya se acabó la película de la tarde, ya no hay ni siquiera ese consuelo argumental. Un argumento es un consuelo. Ahora la programación vaga a la deriva, entre anuncios infantiles y carátulas de discos... ya no habrá nada hasta los telediarios. El estómago tampoco tiene nada claro qué pedir después de las palomitas de hoy o las pipas de ayer. Estoy engordando. Agua, quizá. El café sienta mal a estas horas. Un té. Adónde ir. Salir de casa es menos que una idea, no llega a sugerencia.

Me desperdicio. Me paso las mañanas colgada de... dicen que si los juegos de ordenador... pero yo me paso la mañana colgada del más estúpido de todos, seguramente, uno que radicalmente no desarrolla nada –la pura adicción a sí mismo, como mucho–, el solitario ese de las cartas que viene gratis y se instala solo, lo quieras o no, con el paquete del Windows. Colgarse de un juego como ése, me da a mí, debe de ser equivalente, en el grado de decadencia y precariedad, a colgarse, en el mundo de las drogas, del pegamento. Me paso las horas muertas, sí, viendo columnas de cartas como soldaditos en fila. Dos ejércitos, el negro y el rojo. Y una misma jerarquía, primero el rey, siempre, después la dama. Llega un momento en que las columnas compactas, que no

he logrado jerarquizar como es debido, avanzan hacia mí anárquicas, saltando la frontera de la pantalla. Es entonces cuando cierro los ojos durante un parpadeo más largo que los demás, para lubricar mejor las pupilas y contener el avance. A veces, cuando vuelvo a abrirlos, parece que hubiera llegado a una dimensión distinta, de tiempo inmóvil y espacio detenido, y mi visión abarca, con una lente de ojo de pez, la habitación entera, tal y como estaba a primera hora de la mañana, antes de sentarme... y vuelvo a ver la taza, que ahora tiene un julajob de café seco en el fondo –últimamente ya ni desayuno en la cocina, llego al ordenador antes de terminar de darle vueltas a la cucharilla–, y veo la cucharilla apoyada en el borde, como el cuerpo que se cansó de impedir, con sus giros, que el aro marrón le bajara hasta los pies. También miro el reloj y me doy cuenta de que va a empezar el telediario y dudo sobre si abrir o no otra partida, pero es una duda que no debería serlo ya porque siempre se resuelve en contra de la hora que me tengo fijada para apagar el maldito ordenador; la apuro tanto, que hasta llego tarde al sumario...

Mientras escucho el telediario, me frío cualquier cosa y me la como sentada, en el apartado de deportes. El postre me lo tomo viendo, no uno de esos culebrones estúpidos a los que dicen que se apuntan fervientemente –yo no lo tengo tan claro, que sea con fervor y no con resignación– las amas de casa, sino un documental sobre los muy desconocidos y jamás filmados leones africanos o sobre insectos con una voracidad tan amplificada, que tienen tenazas como palas excavadoras y unos ánimos deforestadores más eficaces y frenéticos que los de las multinacionales en el Amazonas.

Asustan engullendo hojas a esa velocidad, ¡con lo inofensivos que parecen vistos a ojo humano en su pequeñez y lentitud! Esa media hora antes de que empiece la película (una película especialmente creada para la sobremesa de televisión, en la que una madre consigue que su cada vez más parálítico hijo no termine de olvidar cómo se anda, primero; y, luego, gracias a mil valentísimos enfrentamientos con los médicos y con su propio marido, que también la deja en la estacada –en inglés se dice «que tira la toalla»–, consigue por fin que su hijo sea admitido a tratamiento en la clínica de un incomprendido y futurible Premio Nobel de Medicina, joven apuesto y mucho más soltero que ella, porque él jamás se casó... ¿Y por qué no se casaría un hombre tan magnífico? ¿Es un pederasta, un pervertido de las prótesis, un fetichista del rechinar de huesos sin lubricación? «No, bueno, ya sabes» –explica él de sí mismo–, «primero estudias tanto que no tienes tiempo para otra cosa... y, luego, el trabajo te absorbe tanto, que acabas viviendo exclusivamente para él, pero ahora estoy empezando a descubrir lo mucho que me he perdido...» La madre del niño, que sigue amenazando con convertirse en un discapacitado, se lleva la mano al pelo y baja la cabeza, humildemente, fingiendo con todo su corazón que no ha entendido del todo los puntos suspensivos de la frase del médico. Hasta un día en que, tras varios roces fortuitos de pecho-viril-pezones-de-punta por los pasillos del hospital, él ha dejado a sus pacientes solos a la hora de comer, hecho extraordinario, para confesarle a ella, en el marco de una manta extendida en el césped de un parque con rascacielos al fondo, dos cosas a la vez: una, que está enamorado de ella y, la otra, que el niño está curado.

Para celebrarlo y poner los títulos de crédito, deciden ir los tres juntos de la mano al desfile patriótico del 4 de Julio)... bien, pues digo que esa media hora antes de que empiece la película es terrible para mí. Porque, por mucho que intenten darle argumento a los documentales sobre la naturaleza, como la naturaleza no tiene argumento, ni sus reglas, de ser un juego, son tan entendibles como las de un juego de verdad, pues se me suele ir la cabeza a mis asuntos y es entonces cuando no puedo evitar caer en la cuenta del destrozo que me estoy haciendo... Me doy cuenta, cómo no voy a darme cuenta, claro que sí, perfectamente, y por eso me deprimó. Me da un vértigo en el estómago y se me sube a la boca una acidez metálica y me gustaría, en ese instante, volver a ser, incluso con eso me conformaría, la misma que fui, la que era hace sólo un año y medio. Todos los días, contemplando las mondas de naranja sobre el trozo de hueso (inclasificable fuera de contexto, de una chuleta de aguja de cerdo), me hago la misma pregunta envenenada: ¿Para esto lo he dejado todo? Y no tengo antídoto. Aprovecho los anuncios para levantarme y quitar la bandeja y, de la bandeja, las migas de pan con la misma servilleta de papel que he usado, y coloco la bandeja en su sitio, y los platos en el lavavajillas y... todas las tardes lo mismo, me pregunto si me hago café o no, si me lo hago ahora o mejor luego. E incluso con el armarito abierto para coger la cafetera, antes de levantar el brazo, sigo preguntándome si me hago café o no; abierto de par en par, y debatiendo aún delante de él, como si contuviera una droga de la que me estuviera quitando: sí, no, sí me lo hago, no me lo hago... Por un lado, me da pereza (coge la cafetera, saca la cazoletilla, llena de agua la parte de abajo, vuelve a poner

la cazoletilla, saca el bote del café... y, si en ese momento me viene a la cabeza el recuerdo de que, al ponerlo por la mañana, ya casi no quedaba café en el bote y ahora tendría que abrir un paquete nuevo –abre el otro armario y cógelo, saca las tijeras y córtale una esquina, viértelo, que siempre se cae algo, y quieres limpiar el polvillo marrón con la bayeta amarilla húmeda y es peor y luego tienes que aclarar también la bayeta–, entonces, con tal de no tener que hacer todo eso, la decisión está clara ya: no me hago café, que me siente mal); pero, por otro lado, sé que debería tomar café para no dormirme casi nada más empezar la película y despertarme luego, diez minutos antes de que termine, porque, en ese caso, verme allí sentada en el sofá, incapaz de levantarme a pesar de que lo que estoy viendo no me interesa, con el día acabándose ya por ahí fuera, en la calle, me da mucha tristeza, mucha pena de mí misma. Y se repite el vértigo del final del documental, sólo que mucho más fuerte ahora que está a punto de oscurecer y en la tele, por muchos botones que apriete, ya no hay más esperanza de nada que no sea una explicación técnica de la pesca con cucharilla o una selección de señoras sentadas a lo ancho, y abandonadas completamente por su vergüenza, que cuentan todas las tardes, en una diversidad de temas aún más parca que la de los telefilmes, una de estas tres historias: mi marido me dejó para irse con otra; mi hijo murió y desde entonces, por arte de magia (por hache o por be, dicen ellas), tengo el poder de hablar con los espíritus; o mi familia llegó a pasar hambre por culpa de las tragaperras... «¿Cómo fue eso, Purificación, Puri? ¿De verdad tus hijos llegaron a pasar hambre, hambre física, por culpa de tu afición al juego, de tu ludopatía?». «Pues sí,

Mariló, es muy duro para una madre reconocerlo, pero sí, tengo que decir que llegué a lo más bajo que se puede llegar... no se puede llegar... ar... más abaj...o en la vid... perdona, Mariló, pero estoy muy nerviosa... no se puede imaginar nadie lo... que una madr...» «Bueno, Purificación, tranquila; tranquila, mujer, tómatelo con calma, tómate tu tiempo, sabes que estamos aquí para ayudarte, para escuchar tu historia y que nos dem...» «Yo he llegado a salir de casa con el dinero contado, que lo había apartado en un cajón precisamente para no gastármelo porque ya no me quedaba más dinero que ése, con el dinero contado para comprar en la farmacia la leche de crecimiento de mi *bebé*, porque yo entonces tenía un *bebé* de catorce meses –antes de las películas americanas de sobremesa, nadie decía en este país *mi bebé*, *nuestrobebé*, *esperamosunbebé*...–, y pasar por delante de la puerta del bar y entrar a jugármelo en las máquinas...»

\* \* \*

Un cangrejo tiene pinzas, eso sí es verdad, pero, por mucho que se empeñen los documentales de la segunda en disfrazar la verdad persiguiendo audiencia, corre demasiado lentamente. Para empezar, es lento. Y por muy comparador y relativista que quiera ser el biólogo contratado por la BBC, su caparazón no suena tampoco a lo que él dice que es –y poco menos que de acero–, a coraza, sino a un *cronch* (y se acabó) de simple huevo cuando lo pisas. Con un añadido de grima en este caso que pisar un huevo, cualquiera que sea el aborto de pollo que lleve dentro, ya hace milenios que no nos produce. El *cronch* del cangrejo produce grima, si bien

es una grima sin el repelús de miedo que le impediría a la planta de nuestro pie, ni protegida por una suela de bota de astronauta, plantarse encima de una araña... Así, pues, a mí me parecen muy vulnerables los cangrejos: ni acorazados ni rápidos. ¿Y qué pasa con las serpientes, me pregunto yo, esos animalitos tan simbolizados, que, sin pinzas ni caparazones (y sin que lleguen tampoco a ser guepardos, no nos engañemos) corren, sin embargo, bastante más que los cangrejos y producen un antídoto al pisotón muchísimo más potente que el de las arañas? ¿Qué pasa con ellas, no se nombran, no existen, silenciamos sus ciclos vitales sólo porque no podemos con ellas, ni física ni bíblicamente? ¿No es falsear la realidad que ocultemos su existencia sólo porque son diferentes, porque silban en un idioma que no entendemos, porque tienen otra religión, otras costumbres, otra manera de ver el mundo? Se supone que TVE no debería hacer distinción por razones de especie, religión o credo... ¿Ah, no? ¿Y entonces qué pasa con las serpientes? Salen mucho menos que los mamíferos africanos y son tan africanas o más que ellos. ¿Acaso hay que esperar al reportaje siguiente para saber por qué nos producen tanto miedo y tanto asco? Ése sería ya un reportaje americano. Si es un reportaje sobre serpientes, seguro que no es un reportaje español. Y si es americano, seguro que no tiene a las serpientes como protagonistas, sino otra vez al ser humano. Será un reportaje americano de los de cámara al hombro, moviéndose, moderna; al hombro no, a la altura subjetiva del reptil, con planos sinuosos y enfocando la apetecible desprotección de nuestros tobillos; con entrevista-testimonio a un Bob cualquiera que, dejando el manillar de la cortacésped como si de

verdad lo hubiéramos sorprendido en plena faena de domingo, le señalará a la cámara-nosotros el lugar del sótano de su casa por el que presume él que entró la bicha y, sin corte de plano, entraremos con Bob en los bajos de la casa de Bob para ver, siguiendo las explicaciones de Bob, dónde anidó la pareja, porque eran dos, y de macho y hembra, además, para vaticanamente reproducirse... Pero, antes de enseñarnos el sitio exacto que eligieron los letales reptiles, con sus docenas y docenas de anillos, para pasar la luna de miel, Bob levantará, al menos, un par de cajas y apartará alguna mecedora vieja con tal de dar pie a un comentario informal del narrador del tipo de:

—Vaya, Bob, parece que tu sótano hace tiempo que no recibe visitas...

—Oh, sí, Jim, te aseguro que esas serpientes han sabido encontrar el sitio más tranquilo de la casa...

¿Y qué hago yo perdiendo el tiempo de esta manera? ¿Para pasarme la tarde viendo la tele he dejado yo mi trabajo? Otro día más desperdiciado.

\* \* \*

Desde que mi entrañable vendedora de tornillos ya no está conmigo, siento como si mis vísceras más íntimas hubieran estado macerándose por dentro, como un adobo que requiere su tiempo para coger sabor. Me gustaría decir que como un vino, que necesita carne animal para ganar cuerpo propio.

No ha sido como pensé; pensé que el miedo a que encontrara a alguien y se enrollara y se le pasaran las ganas de mí, se haría, con el tiempo, un monstruo cada vez más ensa-



ñado conmigo, y que la incertidumbre y la ansiedad me llevarían a romper el trato y a salir corriendo a buscarla. Pero no. Con el tiempo, noto que he ganado en tranquilidad; y en confianza en un no sé qué que me garantiza que ella estará deseando igual que yo que termine el castigo que nos puso. Pedagogía de la pérdida.

Ahora sé, casi con certeza, que el abismo que se me abre a mí en el vientre cuando pienso en ella, es el mismo insondable vértigo que debe de estar padeciendo ella cada vez que se acuerda de mí. Estas cosas se saben. Yo creo que sí.

Sin embargo, traidora mente que no controlamos, tampoco dejo de pensar en mis fantasmas del deseo, en mi modista de Atenas y en mi profesora de filosofía de la acera de enfrente. No son mujeres reales, como ella, ni siento la tentación de que lo sean: son pensamientos y sensaciones; son corriente eléctrica fluyendo por sus superconductores, los que tienen tendidos dentro de mí; y se activan cuando quieren.

\* \* \*

Ayer llamé a Amparo, la secretaria del jefe, estuve hablando un rato con ella por teléfono. La conversación me ha trastornado un poco. Un poco no, bastante. Supongo que todavía no me doy cuenta de cuántas cosas me ha soliviantado, ni de sus consecuencias.

—Te noto triste —me dijo. Es muy femenina vistiendo, pero aún lo es más observando el estado de ánimo ajeno.

No le di ninguna explicación. Le pregunté por el trabajo, por la gente de la agencia, por el jefe... Y el miedo me llevó enseguida a preguntarle otra cosa:

—¿Tú crees de verdad que podría volver a la agencia si me hiciera falta?

—Ya decía yo que te notaba... ¿Qué pasa, te rindes?

—Me quedan tres meses de paro. Y, bueno, es verdad que luego podría vivir otro año más con el dinero que me queda en el banco. Pero no puedo hacer esos cálculos. Tres meses es el tiempo que me doy.

—En tres meses no colocas tú un guión que ni siquiera tienes escrito...

—Y hay quien no lo coloca nunca. Ya lo sé. No tengo nada hecho que merezca la pena, así que, lo más probable es que dentro de tres meses tenga que ponerme otra vez a trabajar. O sea, te lo pregunto otra vez, ¿tú crees que podría volver a la agencia?

—¿Por qué no se lo preguntas al jefe?

—Porque te lo pregunto a ti. —Me di cuenta de que me había salido una entonación demasiado tajante—. No, bueno, te explico: no se lo pregunto porque no quiero que me ponga cara de triunfador, de ya lo sabía yo, sabía que volverías, te lo advertí... Y te lo pregunto a ti sobre todo porque no sólo me preocupa el jefe...

—Ahí está, tú lo has dicho: el problema es tu querido Pepe Arcarón. Desde que mandaste su historia por ahí, ya no es que te odie, es que yo creo que si te ve, te mata con sus propias manos. Y la verdad, no se me ocurre cómo podría ser eso de que tú volvieras estando él aquí en medio...

—Yo sé que el jefe, si yo le planteo volver y Pepe le plantea que o él o yo, lo elige a él sin dudarle.

—Pues sí, es triste, pero es así. Además, es que no tiene más remedio que elegirlo a él.

—Ya lo sé. Y sabía que, con mandar esos papeles, me cerraba la puerta.

—El jefe también los ha leído, aunque no se los mandaste.

—Bueno, pero sabía que le llegarían.

—Y no le hizo ninguna gracia, como comprenderás. Aunque fuera una historia de hace tiempo, aparecía él yendo de putas con Pepe, y aparecía la agencia, con otro nombre, pero...

—Pues el jefe precisamente, mira por dónde, debería agradecerme que no aclarara que no todas las putas eran mujeres... Sólo las de Pepe.

—Sí, vaya, que no me digas más, ¡te va a agradecer que, en lugar de siete puñaladas, le dieras sólo cinco...!

—Él no aparece más que de refilón, no es para tanto.

—Sí, eso le decía yo, que no era para tanto en su caso. Y que, además, esos folios eran casi privados, que se los habías mandado a muy poca gente. Pero, claro, él sabe, igual que tú y que yo, que se iban a fotocopiar, que correrían como la pólvora, y que era cuestión de tiempo que los tuviera todo el mundillo de la publicidad...

—Pepe no es tan famoso...

—¡Bueno que no! ¡Eso es lo que tú crees! Él era conocidísimo desde antes, pero ahora ya sois famosos los dos: tú y él.

—Pero ¿cómo saben que los he escrito yo?

—¡Pórfavor! Verde y con asas. Una cosa es que no lo firmes y otra que...

Ella no terminó la frase y yo me quedé un momento entretenida con la tontería de caer en la cuenta de que no sabía lo que era «verde y con asas»; yo también lo usaba, pero no

lo sabía, de qué color era el caballo blanco de Santiago sí, pero verde y con asas, no.

Amparo siguió contándome escenas de la oficina:

—Cuando llega un sobre a nombre de Pepe, sin remite, así, grande y grueso, como con pinta de tener dentro un taco de veinte o treinta folios, Mayte viene corriendo a cotilleármelo, «otro, ha llegado otro», dice. Y es que le han estado mandando tu historia por correo últimamente... yo qué sé cuántas veces. Le han mandado diez o doce por lo menos, no te exagero. ¡Y nosotros, en la agencia, al principio!, que fuimos tan tontos que le dejamos una copia encima de la mesa y todo, para que se enterara; ya ves tú, como si no se fuera a enterar... Y estoy segura de que le seguirán llegando copias. Anónimas todas. Gente que no quiere ahorrarle el disgusto, que disfruta más bien asegurándose de que lo va a leer y se lo va a llevar. A veces le ponen notas y todo que hemos pillado de su papelera, como una que decía: «sí por la boca muere el pez, ¿por dónde mueren los cabrones como tú?»

—Por la polla, claro —completé yo, divertidísima.

—«Lee esto y lo sabrás», le pusieron.

—Ésa es buenísima... —dije.

Pero yo quería volver a lo que me interesaba, por eso seguí tirándole de la lengua sobre cómo estaba la situación conmigo. En un momento dado, me dijo:

—Es que no es sólo por la historia de Pepe. Es que tú eres muy problemática, chica, lo has sido siempre, y eso está bien; está bien, pero tiene sus costes... —el tono de Amparo había adquirido de pronto una nota oscura, sentenciosa, casi diabólica, difícil de oír interpretada por ella, pero allí estaba. Y me sobrecogió.

Hubiera jurado que no le faltó tampoco un atisbo de aprobación del castigo, de ratificación de la condena.

Sin embargo, esto último ya me pareció imposible entre ella y yo, así que deseché la idea y procuré ver a la Amparo que me apreciaba y a la que apreciaba yo.

—No puede ser que te pille de sorpresa —siguió ella—. Tú eres como eres, y bueno, vale, eres así y es lo que hay, pero que eso tiene sus consecuencias, y que tú tendrías que saberlo. Lo de poner por escrito la historia de Pepe no es más que una parte. Pero está la otra. Fíjate, para que te hagas una idea: el otro día comentó el jefe, a cuento de Carlos Gutiérrez, que es más o menos el que ocupa tu puesto ahora, pues comentó, «hay que ver este chico lo mañoso que es; también sabe hacer buenas campañas» (y con el «también» se refería a ti porque señaló el original del Humo de Habanos que tanto nos gusta a todos, y se fue a la pared, incluso, y se plantó de frente a él y lo miró); «bueno, a lo mejor hemos perdido algo en eso, hay que reconocerlo», dice, «pero ahora por lo menos las reuniones con los clientes no son un padecimiento». Y es que tienes que reconocer que eras un poco... Tienes que pisar tierra, sobre todo, y darte cuenta de que hay mucha gente que sabe hacer bien tu trabajo, no vamos a decir que mejor, pero sí bien, y si, además, no crean problemas, pues ya me dirás...

—Ya lo sé. Y no me lo expliques porque no me pilla de sorpresa. Además, en cualquier empresa, especialmente en una como la nuestra, los amores duran justo lo que duran las necesidades, ¿te crees que no lo sé? Lo sabía antes de irme —dije, y mentí un poco al decirlo.

Mentí por orgullo, por dignidad, y noté que me sentaba bien hacerlo, que me ayudaba a reprimir las ganas de llorar

que hubieran podido acometerme si les dejo un solo hueco, autocompasión no sólo por mi trabajo, sino, en aquel instante, también porque me vino su ausencia a la cabeza, también por mi entrañable vendedora de tornillos a la que me parecía estar perdiendo de la misma tonta manera. Y como me sentaba bien, seguí:

—... fíjate si lo sabía, que estuve valorando seriamente si mandar por ahí lo de Pepe o no, porque sabía que sería la guerra a muerte conmigo si lo hacía. ¿Y sabes por qué lo mandé al final? Pues porque me di cuenta de eso, precisamente, me di cuenta de que, una vez que me había ido, cuando mi hueco se rellenase, ya no habría luego una forma decente de volver... Que me iba a dar igual, vamos, que no podría volver de todas formas. Con la historia de Pepe o sin ella.

—Es que... por muy buena creata que seas, tú mejor que nadie sabes que eso, en Lobster, no es lo que vende la campaña. «Con la creatividad no se come».

—Y tanto que lo sé. Ya has visto que hasta lo he escrito.

—Sí, y gracias a eso, si alguien de la publicidad no te conocía, ya te conoce medio Madrid... ¿has pensado también en esa parte?

—¿Qué quieres decir, que si he pensado en que al mandar esos escritos me estaba cerrando las puertas de otras agencias también, no sólo de la nuestra?

—Ya veo que sí lo has pensado. ¿Y qué, no te asusta?

—¿No volver a trabajar en una agencia? Pues la verdad es que no —dije, y volvía a ser mentira, o no del todo cierto; sin embargo, esa base me ayudó a encadenar varias verdades seguidas:— Tú sabes que a mí, en el fondo, nunca me ha gusta-

do lo que hacía. Cada vez tenía más problemas de conciencia en lugar de menos. Me asusta el dinero, eso sí me asusta, tenerlo o no tenerlo. Pero si hay una cosa que no me da miedo a mí en esta vida, te juro que no, es cambiar de trabajo. Y como también he aprendido últimamente, y sin ningún trauma, que se puede vivir con mucho menos dinero, pues ya ni siquiera necesito un trabajo en el que se gane tanto y cuanto. Con que me guste y se gane lo normal, me vale.

—A lo mejor podrías trabajar en Espirit... Ya sabes que Damián Sánchez odia al jefe.

—¡Lo dirás en broma! ¿Salgo de Guatemala para...? No, no. ¿Sabes lo que me apetece? Tengo una amiga que es vendedora, pero vendedora de tornillos, nada menos. Vive viajando. Y sé, porque me lo ha dicho ella, que en su empresa podría trabajar. Y no te creas que no me seduce la idea de ser viajante...

—¿Qué? ¡Ay, por favor, viajante! ¡Viajante de tornillos, no digas tonterías! ¿Tú? ¡Venga ya! —recibió la sorpresa con un asco espontáneo. Y es que tiene Amparo una vena de señora acomodada y comodona que le hace exclamar horrorizada ante el feísmo de ciertos encuadres de la vida. O será que salta ahora ante ellos, ante algunos, con una sinceridad en el rechazo, que antaño, por motivos ideológicos, no podía permitirse.

—¿Y por qué no? —me salió del alma revolverme. Sentí una punzada de dolor en el corazón, de dolor verdadero por la ofensa a mi amada vendedora de tornillos. Y quién sabe si no fue en aquel exacto momento cuando decidí considerar que mi idea de hacerme viajante era buenísima, por principio, igual que ella consideraba, por principio, que era horrible.

—No, si yo no digo nada; yo lo que digo es que ya eres muy mayor para escaparte de la realidad fantaseando... ¡Vendedora de tornillos, dice! Te parecerá exótica la idea. Pero la realidad es la realidad. Cuanto antes desembarques en ella, mejor para ti. Y no te enfades, te lo digo por tu bien.

—Tampoco te enfades tú si te digo que hay gente que sólo puede hacer en la vida un par de cosas o tres, y hay gente que puede hacer muchas más... y la diferencia entre unos y otros no son tanto, como creemos, las capacidades, sino la amplitud de miras... ¿Te acuerdas cuando se decía que había que tener «amplitud de miras»? A la gente a la que de verdad le gusta la vida, se le ocurren mil cosas que hacer... Y mil calles por las que tirar, no sólo por la calle de en medio. Es más, incluso después de haber elegido una calle, esta clase de gente todavía se pregunta si de verdad le apetece ir por la acera que va o si no le apetecería más cambiarse a la acera de enfrente...

Así le hablé, pero hay veces, como ésta, en que argumentamos con éxito en contra de una idea, hacemos un mejor análisis, sacamos conclusiones más acertadas, convencemos y hasta ganamos sin duda la discusión, sí, y sin embargo, sentimos que no tenemos nada que celebrar, que nuestra victoria dialéctica nos deja, incluso, un regusto amargo, como si la razón siguiera teniéndola quien la ha perdido.

Luego tuvo que colgar apresuradamente porque la llamaba el jefe y me dijo que después me llamaría, cuando se despejase la agencia, a medio día, aprovechando que ahora ella no bajaba a comer, estaba de régimen, se tomaba una papilla churretosa con sabor a fresa y un yogur empeorado con un puñado de granos a los que llaman fibra. Siempre se

dice «te llamo luego» cuando una tiene que colgar, así que di por hecho que no lo haría. Tampoco hacía falta.

Sin embargo, me llamó, a eso de las tres y media de la tarde, y, después de explicarme con todo detalle en qué consistía su dieta, me comentó:

–Pues sí, el jefe sí me pregunta de vez en cuando si sé qué haces o qué vas a hacer; si habías pensado en volver a la agencia...

–O sea, que tiene miedo de que le pida volver...

–¡Exactamente! Pero ¿y qué? ¿Es que te extraña? Pues no te extraña. No es para menos. Tú piénsalo. Si se lo pidieras, tendría que decirte que no. Ya sabes: con todo el dolor de su corazón y etcétera, pero no. Y yo creo que no tiene nada clara cuál podría ser tu reacción ante eso. Está deseando saber si te enfadarías o no y de qué clase sería tu enfado. Sobre todo sabiendo, como sabemos todos, que quien está detrás del no es Pepe.

–Vaya, vaya... ahora resulta que soy peligrosa.

–Es que lo eres, reconócelo. Cabreada, sí. Sabes un montón de cosas.

–¡No me digas eso! ¡Tú no, por favor! –me quejé dolida porque me dolió sinceramente–Tú sabes que yo no soy capaz de traicionar a nadie; no voy con el cuento por ahí; por mucho que sepa. Yo no soy capaz de denunciar a mi empresa, por muy bien que me sepa los manejos, yo no hago guardadas de ese tipo...

–¡No, perdona, no me refería a eso, perdona! –me interrumpió ella lo antes que pudo.

–... ésos son los chantajes de Pepe, que es el contable. Y un gusano. Pero yo no soy así.

–¡Ay, no, pequeña, de verdad que no! –puso su voz más cariñosa para consolarme por teléfono a falta de poder hacer lo que hubiera hecho de estar frente a frente, cogirme al menos una de las manos–. ¡De verdad que no me refería a eso! Eso no lo piensa nadie, no. Ni yo ni el jefe ni nadie. Al contrario, el jefe lo que dice siempre es: «Menos mal que la creata es de confianza...». No, no. Él sabe que tú no le vas a ir con el cuento al dueño de P(...), por ejemplo, por muy mal que te caiga su director de publicidad. Ni vas a ir a Hacienda a señalar dónde tienen que venir a mirar...

–¡Por supuesto que no!

–No, no, eso está claro. De verdad. No es eso. Nadie duda de ti en ese aspecto y el jefe menos que nadie, no. El jefe, a lo que le teme, es a tu lengua, a tu pluma, mejor dicho. Hija, por dios, ¿no te das cuenta?: le teme a tus escritos.

–¿A mis escritos? ¡Ésta sí que es buena!

–Él piensa que si no te deja volver y tú crees que lo hace porque opta por Pepe y te cabreas con él por eso (bueno, por eso y por no cumplir su palabra, porque te dijo que podrías volver si querías), pues que... si te enfadas mucho, te puede dar por hacer un retrato suyo como el que hemos leído de Pepe y mandarlo por ahí... con ciertas intimidades también... Y eso le haría bastante más daño que una multa de Hacienda o perder una cuenta.

–¿Y me tiene miedo por eso? Yo no tendría razón para enfadarme, porque me fui porque quise. Y el que se fue a Sevilla...

–Ya. Pero... Será que tiene mala conciencia, digo yo, como te dijo que podrías volver...

—Pues dile de mi parte que se quede tranquilo, que yo no traiciono a la gente que me cae bien, aunque sean unos prendas como él... ¡Será posible!

—Pero él no es el único de la agencia que está acojonado desde lo de Pepe, eh... que lo sepas. ¿A que no adivinas quién es otro que me pregunta a mí si sé algo de ti, de lo que haces y de lo que no haces, si piensas escribir más historias...

—Pues...

—¡Y no veas qué cara desencajada se le pone cuando le digo que sí, que me parece que estás trabajando en otros capítulos sobre nuestra gran familia...! ¿No caes? Francisco Javier Mañes.

—¡El Mañes!

—Sabía que te íbas a reír.

—¡El delineante!

—Es arquitecto, no seas mala.

—Sí, ya ves tú, arquitecto de *estanes* de feria de muestras... ¡Y cada vez que me acuerdo del *están* que hizo para Alimentaria!

—Pues sí, acojonadito lo tienes.

—Pero si ése es un... un... un mierdecilla. ¿Qué tiempo se cree que voy a perder yo en...? Ese tío está enfermo. Y te lo digo en serio. De ego.

—Pues sí, hija, sí, lo tienes que no duerme. Como sabe que él no te caía bien...

—¡Pero si es un baboso! Ni bien ni mal. Me ofende que crea que pienso en él.

—Ya, seguramente. Pero es que eso de poner por escrito lo de Pepe está trayendo mucha cola. El jefe dijo enseguida: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...»

—Pues no, dile al Mañes que puede seguir robando los cartuchos de tóner de la impresora porque no le voy a ded...

—¡Ay!, ahora se lleva también del almacén paquetes de quinientos folios. Hay que ser cutre, ¿para qué querrá todo eso?

—A saber. A lo mejor tiene un primo que tiene una empresa de fotocopias y van a medias.

—No sé, pero que hay varios en la agencia nerviositos, te lo aseguro, preguntándose contra quién irá la siguiente entrega.

—Desde luego... Esto que me cuentas sí que no me lo esperaba yo. Pero te digo una cosa: me encanta saber que me temen. Me encanta. Aunque son miedos tontos, porque yo no me he vengado de Pepe por mí. Lo de Pepe es excepcional. Pero excepcional de verdad, en muchos sentidos. Porque una cosa es que yo tenga razones personales para vengarme de él, y otra que lo haya hecho por esas razones. Si lo he hecho, en el fondo, aunque no me creas, ha sido más bien por eso que sabemos tú y yo: por lo de su mujer.

—Sí, sí. Yo sí me creo que lo hayas hecho por eso. Claro que me lo creo. Y me parece muy bien, además. Yo te digo lo que dicen por aquí, no lo que pienso yo. Lo que yo pienso ya te lo dije en su día: que ole tus narices y que, a ese cabrón, todo lo que se le haga es poco. Y por cierto, hablando de lo de su mujer... yo creí, al ver que aparecía ella en la historia, que íbas a decir algo sobre los malos tratos; me imaginaba que lo íbas a sacar, pero no lo sacas.

—Es que lo dudé mucho. Por eso está y no está. Pero al final decidí que no. Por ella. Porque las mujeres maltratadas se avergüenzan de serlo y me pareció que no debía ir por delante de ella. Si ella no lo denuncia...

—Cada vez que oigo en el telediario un caso y otro caso... ¡es que es un goteo!... pienso, más de una vez lo pienso, si no tendremos que lamentarnos tú y yo un día de éstos de no haber hecho nada. Los maltratadores no dejan de serlo nunca, al contrario, dicen que van a más.

—No creas que hemos hecho poco... Y, sobre todo, es que no podemos hacer más. Ya le mandamos en su día aquellos folletos, ¿te acuerdas? Por muy anónimo que fuera el envío, ella ya sabe que hay más gente que lo sabe... A estas alturas, ya tiene que haber entendido que, si quisiera pedir-la, encontraría ayuda.

—No sé. La pena es que no se electrocutara, desde luego. Según tu versión, ya que te ponías, si resulta que su cuñado le preparó la trampa a propósito, que no fue un accidente, pues ya que te ponías, digo, podías haber puesto que se quedaba frito... Y todo arreglado.

—Pues sí, muerto el perro...

—Si es lo que yo digo: con tanto grupo terrorista como hay, ¡y que no salga uno que se ocupe de estos *gentuzos*! Yo daría dinero gustosa; te lo digo en serio... Porque, claro, al final es siempre lo mismo, es lo que tú dices, que no podemos ir por delante de ella, ¡y eso es una impotencia que...!

—¡Un grupo terrorista, sí! —me quedé con su idea, la más salvaje— ¡Eso es lo que nos hace falta! —una idea a la que merecía la pena dar forma, en todo caso, antes de desecharla—. A ver, Amparo, a trabajar, vamos a desarrollarla: un grupo armado, más bien que terrorista, seamos propias, un grupo armado de palos, nada de armas de fuego, y sólo de mujeres, que devolvieran los palos, no todos, claro, porque no se podría devolver todos los palos a todos los agresores, habría

que elegir bien los objetivos más simbólicos, porque se trataría de una labor política de concienciación, no de venganza, no propugnamos el ojo por ojo, sólo llamar la atención sobre esta violencia, verdaderamente terrorista, contra las mujeres, así que habría que elegir a maltratadores muy significados, los más brutales, los reincidentes, y no sólo a maltratadores directos, habría que poner también a ciertos jueces como objetivo, a aquel juez gallego de la minifalda el primero... Y nada de matarlos, hay que insistir en esto, romperles las piernas nada más, o sea, «sufre cariño, pero no dejes de lavarme la ropa», la misma filosofía que tienen ellos; y te digo más —a mí me entusiasmaba la perspectiva a medida que se ensanchaba, y a Amparo también—, serían sólo mujeres las que formarían el grupo, sí, pero yo me permitiría el lujo de contratar a hombres, a matones, para que den la paliza, y no paliza, sólo cuatro golpes bien ensayados y exclusivamente localizados en la parte baja del cuerpo, cuidado, cojeras para toda la vida sí, o sillas de ruedas, pero ni el más mínimo riesgo de matar a nadie, no sería bueno para el grupo que hubiera una muerte, ni siquiera accidental; y lo que digo es que, por si acaso los pillan, a los ejecutores, es mejor que los ejecutores sean sólo hombres, ¿por qué no? ¿No se permiten ellos el lujo de alquilarse putas?, pues nosotras también nos alquilaríamos matones. ¿No dicen ellos que todas las mujeres somos putas?, pues nosotras tenemos derecho a pensar que la mayoría de ellos son unos matones, que es cuestión de precio y de ponerse a buscar en donde ellos se ponen a ofrecerse. Nosotras sólo tendríamos que encargarnos del dinero, de conseguirlo, y de la dirección política. Y nada de comandos establecidos, no, tampoco, demasiado

peligroso, matones nuevos para cada acción, así no habrá nunca infiltrados ni confidentes, dos, siempre dos matones solamente, una pareja, y desconocidos entre sí, con una sola entrevista para contratarlos, encapuchada la contratante cuando se hace el encargo y ninguna otra cita más, por si los pillan mientras están actuando, para no dejar nada al después y que venga la policía, así que el modo de pago tiene que estar muy claro para que no haya más que un contacto directo entre los contratados y el grupo que el del momento del encargo, y yo tengo una forma de pago que no falla, que no necesita dos entregas y que evita todos los recelos de los que no saben si van a cobrar o no, la tenía pensada para uno de mis guiones, nada de mitad ahora y mitad cuando lo hayáis hecho, por lo de la policía y porque nos podrían estafar la primera mitad, no, lo mejor es coger el fajo de billetes y partirlos por la mitad delante de ellos, en la primera y única entrevista, con una guillotina de imprenta, darles una mitad y quedarnos con la otra, para que vean que nosotras no pretendemos ahorrarnos nada, para nosotras, tanto si sale bien como si sale mal, el dinero estará ya gastado, de antemano... De ese modo, ellos se irán a hacer su trabajo completamente seguros de que no les vamos a engañar, ni nosotras a ellos ni ellos entre sí porque cada uno de los dos se llevaría su fajo de mitades de billetes... y finalmente, si sale todo bien, una llamada desde una cabina y se les dice dónde están las mitades que les faltan. ¿Que se han pasado y oímos que las lesiones han ido más arriba de la cintura o que son más graves que las simples quebracías en las piernas?, simples, pero múltiples, que les cueste soldar tanto hueso, ¿que la cosa no sale bien, digo?, pues no hay mitades de billetes. O hay me-

nos mitades. Y como ellos saben que las mitades que se pierden no le aprovechan a nadie, pues estará claro que no habrá habido mala intención por nuestra parte, sino malos resultados por la parte de ellos... y cada acción debe ir acompañada de un *dossier* para la prensa con la historia del objetivo que hemos elegido y las razones por las que lo hemos elegido; en este caso, el aparato propagandístico es más importante que la acción misma, porque ése es nuestro objetivo, la propaganda, y no la venganza concreta; y estaríamos siempre en Internet, bendita internet, para que cualquier mujer pueda darse el gustazo de leernos... –Amparo estaba contenta y yo también, idear cosas así es liberador; estábamos siguiendo nuestro propio método de trabajo, aquello era una tormenta creativa, pero la única tormenta creativa genuinamente creativa, y quizá nuestro único consuelo ante la penosa realidad de no poder actuar– Importante el nombre del grupo, fundamental, y yo, como creata, creo que uno no del todo malo sería... «Las Quebrantahuesos»... ¿qué te parece? Las Quebrantahuesos... y nunca seríamos muchas, una minoría muy minoritaria, pocas, no conviene que seamos muchas, desde luego que sí, una especie a proteger, siempre en vías de extinción, las Quebrantahuesos... ¿a que estaría bien?

–Estaría genial, ¿dónde hay que firmar?

–Más despacio, un momento, un momento: hay un capítulo tonto que no hemos resuelto... las pelus.

–No harían falta muchas para dar cinco o seis escarmientos al año, seis, uno cada dos meses, seis sería un buen número de impactos para ese tipo de campaña, con una buena planificación de medios... –seguía ella el desarrollo– Yo no



estoy en el mercado de matones, pero me da que no son ni caros y tendríamos miles de mujeres queriendo contribuir, darían besado ese dinero...

—Sí, eso seguro. El problema es cómo lo recaudamos. Yo tampoco creo que nos faltara dinero, pero nuestro punto débil es el cómo.

Después, al cabo de varios intentos, todos fallidos, de resolver ése, nuestro verdadero problema, ella dijo:

—Bueno, y qué, ¿y lo que nos reímos?... Hija, si no fuera por estos ratos... Te echamos de menos, ¿sabes? Mayte y yo y más gente, no te creas... ¡Las Quebrantahuesos, dice! Es buenísimo.

Seguimos todavía un poco más, y llegamos, incluso, a desarrollar el logotipo: el trazo esquematizado de un hueso de jamón, famosa y ya probada arma letal para maridos... y cuando el asunto se apagó del todo, yo dije:

—De todas formas, volviendo a lo de Pepe, hay que reconocer que ya va bien servido, la verdad. Primero, lo de ponerle la polla al horno, que eso sí que fue bueno, aunque seguimos sin saber si se le estropeó del todo o le funciona todavía...

—Vete tú a saber... —me dice.

—¿Yo? ¡Qué asco! ¡Vete tú! —le dije, y nos reímos—. Primero eso, el accidente. Luego lo mío, verse en los papeles. Y, ya, para remate, lo de la coca. Porque tú piensa que, a estas alturas, el resto de su castigo se lo está dando ya, por nosotras, la coca. Son muchos años de adicción...

—Sí, ya lo sé. Y el jefe también lo sabe y está muy preocupado con él, precisamente por eso. Así que a lo mejor Pepe no dura mucho más por aquí, fíjate... No puedo irme de la

lengua. Pero te digo algo, sólo una pista, por si te sirve de consuelo: el que Pepe te haya puesto el veto y al jefe no le interese en este momento enfrentarse con él, no significa que Pepe esté pisando terreno firme. Más bien al contrario. Pudiera ser que le pusieran un puente de plata para que se vaya...

—¿Síííí?

—Sí. No puedo contarte más, pero sí. Un cebo primero y un puente de plata después. Tú sabes lo que les pasa a los que se enganchan tanto con una cosa tan cara, ¿no?, que nunca tienen bastante con lo que ganan, que tarde o temprano acaban metiendo la mano donde no deben, ¿a que sí? Sobre todo si alguien se deja un billete por ahí, por descuido, como el que no se da cuenta... Un billete suelto o cuatro millones y medio de pesetas.

—¡Joder! ¿Sí?

—Sí, sí. Pero, si lo piensas, no tiene nada de raro, es lógico. Porque el jefe sabe que, con un tipo así, está vendido siempre. Él, hasta ahora, ha sido su jefe de verdad, el que le manda y el que lo controla, pero la coca puede estar empujando a hacerlo incontrolable, y no es cómodo tener siempre esa espada de Damocles sobre la cabeza. Bueno, y que tampoco creas que le compensa tanto ya tener a Pepe. Cada vez hay menos dinero negro. Por un lado, la empresa es cada vez más grande y, por otro, cada vez más... «transparente». Además, Pepe está tensando mucho la cuerda; no sólo en tu caso, tu caso no es tan, no te ofendas, pero no es tan importante como otros. La está tensando de más. Peligrosamente. Empieza a no medir bien sus posibilidades. Exige y exige sin medir bien sus posibilidades. Exige de tal

manera que empieza a parecerse mucho a un chantaje su manera de pedir.

–La coca tiene eso también. Se vuelven agresivos. Y temerarios.

–Por ahí van las cosas. Pero el jefe es un tipo muy astuto, tú lo sabes... Y, de todas formas, lo que no se le ocurre a él se nos puede ocurrir a los demás.

–¡Eso te iba a preguntar ahora mismo! Si lo del cebo se le había ocurrido a él o a ti.

–A él. Cómo es que lo dudas –me contestó con mucha guasa–. Todas las buenas ideas son tuyas, parece mentira que no lo sepas... Bueno, no, a decir verdad, todavía no sabemos a quién se le va a haber ocurrido ésta. Eso se sabrá después, según salga el asunto. Pero yo creo que sí, que acabará siendo suya, una buenísima idea que tuvo, tan buena, que le costó cuatro millones un despido que ahora mismo está ya por los treinta, y, además, con la tranquilidad de saber que el individuo no va a abrir la boca nunca más. Pero bueno, ya está, ya te he dicho mucho más de lo que debía.

–¡Me encanta, me encanta, me encanta! Es una genialidad. Sí, señora.

–¡Pero no se te ocurra contárselo a nadie o la cagamos! Aunque, bueno, para decirte la verdad-verdad, tampoco te habría dicho yo nada, ni siquiera a ti, de no ser porque... bueno, pues porque puede que ya esté clavado el anzuelo.

–... es genial...

–Todo se andará. Pero sí. Por lo pronto, el cebo ya ha desaparecido. Ahora hay que esperar a que llegue el momento en que podamos darnos cuenta oficialmente. El año que viene tendrá que ser, claro, cuando se cierre el ejercicio

de este año. Paciencia, pues. Y mucha prudencia, sobre todo, porque todavía podría devolverlo.

–Prudencia, toda; al menos por mi parte, porque no le tenéis vosotros más ganas que yo. Pero que no creo que ése pueda devolver nada. Al contrario, a saber si no arrambla, ya puestos, con algo más.

–Sí, yo tampoco lo creo. Pero, vale, vamos a dejar de hablar de esto, que ya te he contado mucho más de lo que debía.

Sin embargo, luego, por la noche, dándole vueltas a esta conversación, y conociendo a Amparo y su complicidad perfecta con el jefe, he llegado a dudar de que se hubiera ido de la lengua. Me parece más creíble que ella y el jefe hubieran decidido contarme lo que se traían con Pepe para que yo me quedara tranquila sabiendo que iría a la calle, para que me sintiera vengada y no me enfadase con él en el hipotético caso de que le planteara volver y él tuviera que decirme que no.

\* \* \*

Hace mucho que no escribo y no estoy segura de saber explicar bien lo que me ha sucedido. Abundante precipitación interna. Riadas de sentido. Y algún que otro derrumbe.

De pronto, una de estas mañanas, como si mi sueño de la noche anterior, imposible de recordar, hubiera sido más importante para mí que toda la realidad de estos dos años, desde que dejé la agencia, una de estas mañanas atrás, me levanté con las ideas tan claras que me parecieron nuevas. Ideas sobre mí. Verdades sobre mí. Hoy sé que no eran nuevas, pero estrenaba para ellas, eso sí, con el día luminoso y el

café, una credibilidad que les había estado negando. Me levanté sintiendo la tentación de reconocer que había fracasado en mi intento de escribir guiones porque no sirvo, sencillamente, porque no valgo para esa clase de creatividad. Me repasé rompiendo la mayoría de las cosas que había escrito, no por exceso de exigencia conmigo misma, como me auto-complacía creer, no por tensión artística y angustia creadora trascendente, sino por la mera constatación de que me encontraba ante materiales mediocres. No tenía nada hecho porque nada de lo que había hecho tenía calidad, ni siquiera una calidad mínima que me empujase a mantener la esperanza y a su secuela, iniciar el aprendizaje. Me vi normal, no como una artista desperdiciándose, sino como una mujer despistada. Al principio, me entraron ganas de llorar, pero hice como los niños, que esbozan el primer puchero con toda sinceridad, pero, un segundo antes de lanzarse al llanto definitivo, miran rápidamente a su alrededor y, si ven que están solos y que nadie va a interesarse por saber si su llanto es justo o no, abortan el intento, bajan la cabeza de tenerla oteando y se guardan esa baza lastimera para mejor ocasión.

Y, como si de un problema matemático se tratase, una vez encontrada la relación, todos sus términos la avalan. Es decir, ahora veo que tal vez dejé la agencia, no tanto porque me degradara el trabajo, sino más bien porque me creía destinada a mayores glorias. Tal vez me parecía poco y mal lustre el que me daba inventar anuncios y quise hacerme creativa de obras mayores... Pero la pregunta es: ¿Sobre qué base? ¿En qué me había basado para pretender tal hazaña, si lo único cierto es que yo veo un mirlo blanco y se me escapa, si trato a todo el mundo a tajo parejo, con mis igualado-

res recelos por delante y mis inquinas, con mis tópicos sin desbatar como toda fuente de conocimiento? ¿Qué clase de personaje es el Pepe Arcarón que yo retrato, sin un gramo de humanidad, todo polla, cocaína y malaleche? Ni siquiera lo conozco después de haber trabajado con él diez años. ¿Qué clase de personajes saldrían de una observación tan rasa del género humano, tan maniquea, tan uniforme y superficial? Sólo personajes anodinos, incluso en su maldad, y eso que la maldad es el caldo más lucido y el que mejor esconde la falta de talento para el retrato de los otros caracteres, los más normalitos, los menos asequibles... Personajes sin ninguna profundidad ¿Y mi jefe, y el jefe de publicidad de Leche Picual que podrían haber sido los personajes de mi siguiente boceto? ¿Acaso tengo yo la capacidad que hace falta para retratarlos de modo que cobren vida? En mis manos, todo el mundo la pierde.

Hasta mi amada vendedora de tornillos ha ido perdiendo su vitalidad, la vitalidad con que la conocí, en mis vericuetos de dudas y dilaciones sin que ni siquiera ella, ella con todas sus fuerzas empeñada, haya podido evitarlo. Tengo la rara virtud de dejarlo todo plano y mortecino a mis pies.

Me levanté sabiendo que había cometido un error por exceso de miras que me había costado casi dos años y perder mi buen trabajo. He conocido a compañeros y compañeras cuyo exceso de ambición, como a mí, les ha llevado a estrellarse contra su propia mediocridad, como a mí. Antes podía burlarme de ellos o tenerles lástima. Ahora ya no podré. Ahora lo que me pregunto es: ¿Detrás de qué se me ha ocultado a mis propios ojos que mi abandono de la agencia podía deberse a la narcisista expectativa de logros más im-

portantes, y que ésta era una expectativa sin fundamento? ¿Por qué no he visto que mis cargos de conciencia por lo que hacía podían ser más bien –o al menos también– una forma sofisticada de resentimiento contra la tarea que me quitaba el tiempo de forjarme el destino de artista que había inventado para mí a partir de la nada?

Me levanté más humana, más real y más sola que nunca. Como aquel que se levantó insecto de la noche a la mañana (con su inútil alma de hombre a costas sin embargo). Completamente desamparada frente a esas feroces verdades que llamamos «como puños» por lo mucho y bien que se cierran sobre sí mismas para hacerse aún más sólidas y golpearnos aún más fuerte. Y como no cabía llorar, pensé que tenía que empezar a vivir por donde otros ya me llevan una enorme ventaja: por el suelo. He vivido a una altura cómoda, pero estéril, desde la que ni yo misma me divisaba.

\* \* \*

Sigo echándola de menos. Muchísimo. Me gustaría poder contarle a ella lo que acabo de hacer. Me gustaría que supiera que he fracasado en lo de mis guiones, pero que, a cambio, me he encontrado terminado uno al que no hubiera sabido ponerle yo sola el punto final: la publicidad. Me gustaría que supiera que acabo de firmar un contrato de trabajo para empezar a primeros del mes que viene como comercial, vendedora, jodía viajante, sí, de vinos. Trabajaré como compañera de los que fueron sus compañeros de curso cuando la conocí. Lo mío va a ser los restaurantes de lujo de toda España. El sueldo base no es del todo malo y es un trabajo

que estoy casi segura de saber hacer. ¿A quién, que me conozca, le cuento yo, a quién que no sea ella, que me hace ilusión... como cuando era una cría, trabajar en eso? Voy a vender, pero no a seguir vendiendo como lo hacía antes. Voy a vender un producto honesto con métodos honestos de convicción. Voy a vender vino y no un potingue químico como esos zumos en brik que yo misma no he bebido nunca. No vendas a los demás lo que no comprarías tú. Sencilla máxima ética, y expuesta sin complicaciones verbales, sin metáforas, sin calenturientos ensayos. Y si me entero de que este buen vino de la Ribera del Duero es adulterado más allá de lo que socarronamente, desde los tiempos de Quevedo y sus buscones, es aceptable, pongo a dios por testigo que dejaré de venderlo. Aunque ya no necesito a nadie que testifique por mí que lo haré..., porque ya no sería la primera vez que lo hiciese.

Me gustaría que ella conociera, porque los disfrutaría igual que yo, los entresijos de la negociación con mi jefe para conseguir este trabajo. A saber qué pinzas tendrá Lobster en esta bodega de vinos de Aranda de Duero. (A saber, digo: que voy a tener mucho tiempo por delante para averiguarlo.) Pero las tiene. Y eso, saber que las tenía, ha sido lo único necesario para hablar con mi jefe.

Primero decidí que sería viajante. De repente me apeteció, hasta con entusiasmo, la idea que le había soltado de lado y sin darme cuenta a Amparo. Yo creo que hasta me ayudaron las calidades ocultas que adiviné debajo de su espantarse tanto cuando se lo dije. Entreví las vivificantes gestas de quijote que podrían estarme esperando a la revuelta de cualquier curva; se me aireó el espíritu aceptando la her-

mosa locura de padecer la dureza de los caminos por mi propia causa. Y me apeteció imaginarme, suponerme, presuponerme, sabía al cabo, como subproducto de mi locura, al cabo de los años, de vieja, de cincuentona por lo menos. Una cincuentona sabía por haber recorrido, loca, una estepa que a todos les asustaba... Por algún recoveco de mi cabeza se me apareció finalmente más noble la apetencia, y más verdadera la posibilidad, de ser, ya nunca más el Cervantes que sabe y puede dar la vida, sino el Quijote que resultó de su empeño. Ahora podía por fin admitir la idea de ser actriz con gusto en lugar de autora sin talento. Y lo más tranquilizador es que empezaba a no parecerme del todo un fracaso el asunto. Dar largos paseos iguales al fluir del universo, como un Tanner trasmutado en ser su propio autor, un Walser que pasea y recuerda a Cervantes, un loco que idolatra la vida sin saber, ni atreverse a saber, si él mismo podría engendrarla; un disfrutador, no un padre. Una viajante, no una creadora. Como quien decide ser lo contrario exacto de una madre, su antidestino natural; por primera vez en mi vida empezaba a saber lo que quería, y yo quería *vagabundear, como Simon Tanner, nadando en la felicidad, para no producir nada...* Sí, sí. Eso mismo.

Después me puse a repasar todas las empresas a las que les hemos dado, por razones contables, los extraños cursillos en los que he participado, para elegir la que más me apetecía. Todas tenían vendedores, todas vendían por el viejo método, en todas tenía mano mi jefe para colocarme, todas eran candidatas para mí. Todas, menos una: Tornisa de Navalcarnero. (Al final, más que la empresa, me he permitido el lujo de elegir el producto; comeré gratis, por cuenta de la

bodega, en todos los magníficos restaurantes en los que vaya a vender.) Y lo tercero fue llamar a mi jefe para quedar y explicarle la situación.

Lo de comer bien en restaurantes buenos: eso se me había olvidado meterlo en la lista de mis renunciaciones a tener en cuenta cuando dejé la agencia y, con ella, mi suculento sueldo. Y sí que lo he estado echando de menos este tiempo atrás en que no he podido permitirme ciertos lujos... Curioso, ¿no? ¿Quién, que no sea ella, me creería si le dijera que, en el elegir una empresa de vino, ha contado también, y no poco, la idea de poder resarcirme de aquel placer perdido de las buenas viandas y los caldos bien cuidados? Falta de previsión, no me imaginé que pasar al paro trajera consigo esta pérdida de la buena mesa, ni que fuera una pérdida tan notable para mí.

\* \* \*

Con la información que me había dado Amparo sobre los miedos del jefe y con mi decisión de ser viajante tomada, lo llamé para hablar con él. Elegí yo el restaurante y no pude evitar fijarme en la carta para ver si tenían o no el vino que sólo yo en el mundo entero sabía ya en ese momento que iba a vender.

Lo primero que hice fue tranquilizarlo diciéndole que no pensaba pedirle volver a la agencia. Pero me extendí en los párrafos para cobrarme la deuda de un secreto dolorcillo, o por lo menos pena, que me producía saber lo poco que duran los amores entre los amos y el cuerpo de casa.

—No te preocupes —le decía—, no voy a ponerte en el brete de tener que elegir entre mantener tu palabra o sucumbir

como un cobarde ante las amenazas de un impresentable como Pepe. El dinero es conservador, ya se sabe; aunque tú no, qué va, claro que no, sus poseedores no, por supuesto que no, vosotros podéis seguir siendo reputados humanistas y gente de la izquierda nominal esta que tenemos. No, no, el problema es el dinero por sí mismo, porque tiene pensamiento propio y tiene sus propias reglas y diablos internos que rigen sus memorias y sus olvidos... –se lo decía sonriendo, para que supiera que me animaba a ello la ironía y no la rabia, y, sobre todo, para poder decírselo, eso y todo lo que tenía pensado decirle.

–Te veo muy filósofa...

–Ya ves tú qué hondura supone saber eso...

–Vale, reconozco que me quitas un peso de encima. Pero que sepas que yo no sucumbo a las amenazas de Pepe.

–¿Ah, no? ¡Entonces es peor! Entonces es que ese peso que te quitas de encima soy yo misma. Qué grosero.

–¡Me encanta! –exclamó, y me di cuenta de que yo también decía «me encanta» demasiado a menudo y me propuse allí mismo desprenderme para siempre de esa muletilla—. ¡Me lo paso en grande contigo! No te lo vas a creer, pero te he echado de menos.

–Tampoco hace falta que me dores la píldora, porque te voy a quitar otro peso de encima... Pensaba que no sería necesario, pero... Fue Amparo la que me dijo que te notaba preocupado por cuál pudiera ser mi reacción... Pero parece mentira que no sepas que yo no le hago putadas a la gente. No. Lo de Pepe es tan punto y a parte como lo es él mismo. Y no hay reacción mala mía porque no me enfado por lo del trabajo. Y no me enfado por dos razones. Primera, porque

no quiero volver. Y segunda, pero más importante, porque no tendría razón enfadándome... ¿Te parezco yo una persona injusta o arbitraria o...?

–No.

–¿Entonces? Conozco las reglas del juego. Me fui yo voluntariamente y tú me pagaste el despido, estamos en paz: cuarenta y cinco días por año trabajado. A ti te parecería generosidad por tu parte, pero a mí no, a mí me pareció lo justo. Y si no discutimos entonces, y tú no te enfadaste porque yo pretendiera la indemnización, fue porque tú también conoces las reglas del juego. En paz. Eso es todo. No te preocupes por mí, preocúpate por Pepe y por dos o tres más que tienes por ahí que no son buena gente.

–Sí, ya me preocupo, ya.

–Además, es que no quiero seguir en la publicidad. La publicidad se acabó para mí. Por lo menos como trabajo. Se acabó. Ahora quiero estar una temporada sola, trabajar sola, a mi aire, sin Pepes, sin Gutiérrez, sin Mañes...

–¿Vas a poner tu propio negocio?

–No. Para nada. La mierda es la misma te pongas arriba o te quedes debajo, no. Ahora quiero ser viajante. Vendedora. Pero de carretera y manta. Comercial. Visitadora de clientes. Viajante de vinos, concretamente.

–¡Coooño!

Nos reímos los dos. Me quedó claro que no sabía nada, que no se lo esperaba, que Amparo no se lo había comentado, seguramente porque no se le dio ningún crédito a lo que dije, ni como una idea loca que una vez se me hubiera pasado por la cabeza. Volví a repetírselo. Volvió a sorprenderse. Y volví a decirle:

—Lo que has oído. Me apetece viajar, pero ya no tengo edad de coger la mochila para irme a dedo. Necesito ganarme la vida, además de vivir. Y ya prefiero los hoteles a las tiendas de campaña. Pero sigue gustándome viajar, me encanta. (Me... gusta mucho, quiero decir.) Así que voy a ser viajante, comercial, vendedora directa... ¿qué te parece?

—Me dejas... de piedra. —Y fue verdad que guardó silencio un momento.

Después tuve que explicarle en qué consistía el trabajo de viajante, como si él no lo supiera. Más bien era como si necesitase la explicación para hacerse mejor a la idea. Y por fin me miró muy fijamente y me preguntó:

—Pero, si de verdad quieres que te diga lo que me parece, te lo digo.

—Adelante.

—Yo te lo digo si quieres oírlo. Pero luego no te enfades, ¿eh?

—Venga.

—Pues... no sé, pero me parece que... —se lo tomaba con calma, lo de hablar— ...que lo del viaje no es una metáfora; que estás huyendo de verdad. De algo. Yo no sé de qué, tú sabrás de qué —hizo una pausa para ver mi reacción.

—Sigue, venga, sigue.

—Tengo la sensación de que... —elegía las palabras con mucho cuidado— tienes alguna angustia vital dentro que no te deja... —pero las elegía como si temiera sinceramente hacerme daño con ellas, no que se las arrojara yo de punta y lo hiriese a él de rebote— ...que no te deja disfrutar de lo que tienes... Y no es de ahora... ¡Viajante, dice! Qué cosas. Sí, a lo mejor tendría gracia si de verdad fuera para ti una opción de vida,

pero no me lo parece. Es una intuición... Es una sensación, como cuando notas que a alguien no le sienta bien una ropa...

—Vaya.

—No, bueno, no sé, a lo mejor no, no me hagas caso, a lo mejor es que me ha pillado muy de sorpresa —y aquí cambió de tono, para aligerar carga:— Eres una caja de sorpresas. Desde luego es una manera muy creativa de resolver el brifin de tu vida. ¿Ves tú?, a Carlos no se le hubiera ocurrido, en eso tiene razón Amparo: él, de no trabajar en publicidad, trabajaría en publicidad. Ha nacido para eso, como suele decirse. Mientras que tú siempre has dado la sensación de no estar en lo que estabas.

—Deja, deja, no te pongas ahora a... Sigue con lo que estabas diciendo, anda, que me interesa: cómo es eso de que no me sienta bien el traje de viajante.

—No puedo decirte mucho más. Es una intuición. Si te conociera mejor..., pero no sé. Da la sensación de que te escapas de algo... Tú sabrás de qué. ¿No será porque no te ha salido bien lo de los guiones, no? No, no creo. Seguramente es una angustia vital anterior... y más profunda. Aunque, por un lado, también parece como si te quisieras castigar por eso, como si hubieras decidido autodegradarte por no haber cumplido ese destino de guionista que te propusiste... No sé, pero, en general, desde que te conozco, para ti es como si siempre te faltara una peseta para el duro y tuvieras que buscarla... El problema es que, y no te cabrees, pero es que ya no tienes edad de andar floreado por ahí en busca de no sé qué o huyendo de no sé cuántos...

—No me cabreo. Y la que está sorprendida soy yo —le dije. Y era muy cierto—. No me lo esperaba. No de ti...

—cambié el tono de voz para añadir:— No me esperaba que llegara un día en mi vida en que pudiera interesarme algo que dijeras de mí.

—Muy graciosa. Pero es justo lo contrario: tú lo que tendrías que reconocer es que es a mí a quien le debes el poco seso que hayas echado en estos años.

Yo, por mi cuenta, supe que iba a necesitar mucho tiempo para ordenar la habitación oscura, que se adivinaba llena de trastos, detrás de la puerta que acababa de abrirse.

No la había abierto él, no, desde luego que no, no tenía fuerza para eso. Pero la señaló con el dedo, con ese dedo tonto de señalar que tiene mucha gente que podría dedicarse a echar las cartas a los demás, con las vaguedades tan *ponibles* que usan, con sus generalidades tan socorridas, con sus comodines: huyendo de algo..., buscando algo..., hay algo en tu vida que no te deja disfrutar..., algo dentro de ti misma... y toda esa secuencia efectista de puntos suspensivos.

—Yo tampoco creo que sea por los guiones —le dije—. Si fuera sólo por eso, creo que lo sabría, que me habría dado cuenta. ¿Una angustia vital? Eso sí puede ser —le concedí, porque su intención había sido buena y porque tal vez había acertado, aunque fuera sólo gracias a que es imposible fallar con semejante amplitud de método adivinatorio—. Y hasta puede que haya sido la angustia vital que dices, de la que no me libro, la que no me haya dejado hacer nada en condiciones a lo largo de mi vida. Y tengo que despabilar, desde luego que sí, porque voy para vieja, tienes razón. No creo que me queden muchos intentos más.

Pero el resto de mi pensamiento se quedó para mí sola: «¿Mi dolor? ¿Mi desasosiego? Siempre me ha estado faltan-

do algo, eso es verdad. Impreciso, pero cierto. Desde hace mucho, años, desde siempre, quizá. Pero últimamente, cuando perdía miserablemente el tiempo con el jueguito del ordenador o viendo la tele, había una punzada en mi estómago que me resultaba conocida, la situación era nueva, pero la angustia no. ¡Búscala entonces!», empecé a exigirme a mí misma, «busca esa angustia, tú ya la conocías. Acuérdate de cuándo la sentías tan parecida... ¿cuando era eso?, recuérdalo... Cierra los ojos y ponte a recordar... No seas perezosa, haz un esfuerzo, busca en tu memoria». Sí, ya recuerdo algo, recuerdo que había, también entonces, junto a la angustia, un cierto letargo en el aire, una amortiguación de los sonidos, cierta espesura en la respiración... «Haz memoria, encuentra aquel viejo desasosiego tan igual al de hoy... tú lo conocías de antes... esfuérzate... ¿a qué olía aquel aire tan denso?». ¡A metal!, sí, a metal cuando se limpia con líquidos especiales... A eso olía, sí... «Pero no era metal aquello, ¿qué era?». Olía igual que cuando se limpian los metales, pero sin metales... ¡a macetas regándose!, ¡eso es!... olía a cuando se riegan las macetas, a cuando hay que regarlas todas como una tarea, como una obligación, yendo y viniendo al grifo muchas veces... olía a las macetas del patio de mi madre cuando las regaba yo... «O sea, que era verano...» Exacto: ¡Verano sin clases! ¡Acabo de recordarla! ¡Aquella angustia! Sí, la sentía en los veranos, después de terminar las clases en el instituto y hasta que no se reanudaban... La sentía cuando estaba ociosa porque sí y durante un período largo... las vacaciones, el hastío en los pezones al roce de las camisetas de algodón... sí... el vacío, la soledad... el aburrimiento... la falta de alguien, de cualquier ser humano, de cualquier persona...



pero de una sola... la falta de una sola persona única para mí... que no la hubiera... que yo no hubiera tenido nunca una persona única a la que echar de menos... El Rojo y el Negro... no tener más que los libros... y que no hubiera una sola persona única para mí... que todo en el mundo, todo, hasta mi cuerpo, me hablase de amor, y sólo de amor, sin que yo lo hubiera conocido... padecer el horrible augurio de que no lo conocería nunca encarnado en mí... que no hubiera una sola persona en el mundo que a mí me resultara única... ninguna de las que se me ofrecían para serlo... aquel, efectivamente, era el dolor y ésa su angustia, la estrechura que me producía en la boca del estómago... Y debería haberlo recordado antes, por deducción, incluso, porque yo sé, yo sí lo sé, que no hay ninguna forma de dolor humano conocido que no tenga su razón de ser en alguna forma conocida de la soledad...

—¿Quieres que te diga una cosa? —Era yo la que hablaba y era mi jefe el que seguía sentado frente a mí, y mi cuchari-lla la que no dejaba nunca de remover el café. Y yo era la misma que unos minutos antes había estado razonando con él el cómo y el cuándo tenía que «imponer» que me contrataran en esa bodega de Aranda de Duero, yo era la misma, pero ahora era verano y yo era una niña dejando de serlo y no estaba allí, había muchos geranios y clavellinas que regar a mi alrededor, mi madre vendría pronto del mercado, y yo no había empezado todavía; trataba de recitar en latín una parte de la *Eneida* con la misma precisión que Julián Sorel un texto sagrado, pensaba en la reina Dido, en las cuevas, en las tormentas, *illi indignantes magnum cum murmure montis circum claustra fremunt*, en que yo no me hubiera suicidado,

desde luego que no, olía al ajo de las tostadas y a su quemado que se raspa con un cuchillo sobre el seno del fregadero... mi hermano pequeño entró de pronto corriendo en la casa y mirando a su espalda, sin dejar de mirar a su espalda, como si temiera que entrase también quien lo perseguía, y chocó conmigo... y yo echaba de menos las clases y a mis profesores y me sentía profundamente desgraciada allí en medio del pasillo, con la mitad del agua de mi cubo derramada—. Pues que creo que no me he enamorado nunca, que tengo treinta y cinco años y que no me he enamorado nunca. He sentido el deseo, eso sí, y con una fuerza cósmica, incluso. Y también el amor profundo... sí, el amor también, últimamente..., el verdadero, digo, el que intuyes que podría sobrevivirte. Pero nunca las dos cosas juntas. Creo que no. ¿Y no te parece esto lo más triste que puede pasarle a nadie? Me he comido bollos buenísimos, esponjosos, jugosos, buenísimos, pero rellenos de fresa, por ejemplo, que no me gusta; o he tenido delante unas caseras, exquisitas, maravillosas natillas de vainilla, pero he sentido pereza de meter la cuchara porque no me hacen gracia las natillas... la vainilla sí, pero necesito algo muy apetitoso que la contenga. Antes pensaba que esos desajustes eran sólo mala suerte y que no me quedaba otra que seguir esperando. Pero desde que dejé la agencia he tenido mucho tiempo para pensar y para darme cuenta de que la culpa puede haber sido sólo mía... simplemente por no haberme atrevido a ir a buscar adonde sabía que podía encontrar exactamente lo que quería, lo que podría querer... simplemente por no haberme atrevido nunca a cruzar la calle y a entrar en la panadería de la acera de enfrente a pedir un bollo de vainilla.

Sonreí para mis adentros repitiéndome esta alegoría del bollo que acababa de usar; pensando en que había sido yo, ¡yo!, la que había usado una imagen tan de la calle, tan poco original, tan tópica... tan rancia ya, casi pasada de moda, y tan zafia... tan indigna de mi talento creativo... Claro que, ¿qué clase de metáfora se puede esperar que use una *jodía* viajante?

\* \* \*

La soledad no es un sentimiento, es la consecuencia de otro. Es el efecto de sentirnos únicas y predestinadas siempre a algo mejor de lo que somos en cada momento. Últimamente, se me agolpan descubrimientos en la cabeza por valor de varios trienios de aprendizaje. No sólo he estado equivocada estos dos años atrás esperando de mí más de lo que puedo dar, es que lo he estado toda mi vida: al relumbrón de sacar las mejores notas del instituto, me perdía, vaciándome en un aburrimiento engraido, todos los placeres del verano. Esperando que algún profesor de los que admiraba, o profesora, más bien, me amase, me perdí los amores espontáneos y furtivos, los incompletos y *borboteantes* de la gente de mi edad, gente que a mi lado sí que se entretenía en financiar con el entusiasmo debido sus arrebatos. Así, ellos vivían el verano, siempre con más hambre de él y más sed, mientras que a mí su sabor metálico se me atragantaba en el estómago hasta que el otoño y las mesas de los pupitres volvían a hacerme digerible el tiempo.

Ahora sé por qué no pude antes decirle que sí, simplemente sí, sanamente sí, modestamente sí, amablemente sí,

esperanzadoramente sí o aventureramente sí a mi querida vendedora de tornillos. Incluso podía haberle dicho sí advirtiéndole que era *sólo mientras tanto*, advirtiéndole por honestidad (bueno, una honestidad exhibicionista y siempre cruel), que era un sí sólo mientras tanto no apareciera vaya usted a saber quién que yo ya no estoy esperando tampoco. Pero sí. Un sí de la naturaleza que fuera, con todas las salvedades imaginables, en perpetua revisión, pero un sí. Sí, porque la quiero muchísimo. Y eso es lo único real que me queda. Y es más de lo que he encontrado nunca yendo por el camino de mi corazón.

Con mis nuevos pensamientos a cuestas, cuando faltaba sólo una semana para que se cumpliera el plazo y dos para incorporarme a mi nuevo trabajo, decidí llamarla.

Después de fregar mi plato y mi taza de café de medio día, después de secarme las manos, vi sobre la encimera de la cocina el móvil casi sin batería y quise ponerlo a cargar y me di cuenta de que el cable cargador no funcionaba. Ya me dio problemas la última vez que lo puse. Recordé que tenía el del coche y bajé al garaje y lo enchufé en el mechero y fue en ese momento, sentada al volante, cuando decidí llamarla. No hay cobertura en el garaje. Arranqué y salí por la rampa a la calle. Me pareció una idea bonita no cumplir su plazo tan a rajatabla. En realidad, la que me pareció bonita fue la frase que podía pronunciar si la llamaba ahora mismo: «He hecho lo imposible para cumplir el trato, pero ya no podía más».

\* \* \*

—Hola. Soy yo. Gracias por contestar. He hecho lo imposible para cumplir el trato, pero ya no podía más... Tengo que abrazarte.

—Estoy en Reus... Y no es broma. Pero salgo para allá ahora mismo.

—No, no puedo esperar tanto, de verdad que no. Además, ya estoy en el coche. Nos vemos a mitad de camino, en Zaragoza. ¿Te encargas tú del hotel?

## EPÍLOGO

Hace tres años que no escribo en estos cuadernos. Al volver a trabajar, dejé de tener tiempo, y, con el tiempo, se me fueron también las ganas de escribir. O la necesidad, más bien. Y seguramente habrían seguido dentro del cajón de no ser porque hace cuatro meses, un miércoles por la tarde, noté que mi vida iba a cambiar, había cambiado, de manera tan repentina, a tal velocidad, que ni la luz ha llegado todavía a iluminar las transformaciones de mi interior: tanto me ahondé en un segundo, que todavía viene viajando hacia mis adentros. Para cuando llegue, ella, con toda su claridad, no mostrará nada que no haya visto yo ya con mi corazón ciego.

Sin embargo, voy a ir por partes, porque, si algo he notado al releer estos apuntes, es que no les hubiera venido nada mal un poco más de orden. Aunque es lo que pasa cuando se va contando cada cosa casi al mismo tiempo que sucede, que se contagian los renglones del desorden general de la existencia. Calma. Primero los asuntos laborales; precisamente los que menos me preocupan ya, los que han pasado a ser, en mi vida, por fin, los menos importantes.

Desde hace tres años, soy viajante de vinos. Vendo bien y me pagan cada vez mejor. Me pagan extraños pluses porque, además de viajante, soy una especie de jefa de márque-

tin y publicidad con oficina volante. De resultas de las tonterías, imprudencias que cometí al principio opinando de esto y de aquello, como si me incumbiera. El jefe, mi actual jefe, el dueño de la bodega, sigue empeñado en «ascenderme» y entiende mal que yo no quiera un despacho. Una vez me dijo, con su media gramática, que yo le parecía un personaje de película. Le pregunté qué quería decir eso. Me dijo que era un personaje de esos que prefieren la libertad, aunque ganen menos dinero, y que renuncian a los puestos de responsabilidad con tal de no dejar su modo de vida. Yo me repito el involuntario halago de vez en cuando con la esperanza de creérmelo.

Él me ve de película de media tarde con moraleja. Yo me veo de película inglesa producida por la BBC: principios del XX, un jardín frondoso con hermosas flores fragantes y una dama de blanco que lo recorre parsimoniosa y pensativa... dulce, descuidadamente, alarga su brazo de piel de marfil para acariciar la blanca flor, tal vez la primera, de un magnolio joven de carnosas hojas verde tornasol; la dama (que soy yo, claro, muy bien maquillada para un primer plano) suspira... Válgame el cine. Pero en fin, qué le vamos a hacer, también es una manera de hablar, popular ya a estas alturas, un almacén de referentes a los que acudir.

Hace tres años que vendo vinos, sí. Vivo viajando. Pero hasta hace poco no sabía si tenía más alegría de vivir que antes, ni si se me habían agotado o no los suspiros de atardecer entre los dedos. La diferencia era, y eso lo noté desde el principio, que vivir empezó a ocuparme mucho más tiempo, me duraba muchas más horas. Ya se sabe que el espacio y el tiempo están relacionados y, con tanto cambio de espacio, el

tiempo, pobre, se despista mucho y no lo sigue tan en paralelo como está obligado. (Me suenan estos razonamientos... ¿será que ser viajeros nos convierte a todas en alumnas de la misma retórica?).

Le instalé a mi coche un equipo de música maravilloso. Y no paso de 120 para que los ruidos de fricción con el aire no me estropeen tanto esta sonata de Beethoven, o esas partes donde las gargantas bajan a sus acuíferos en las Vísperas de Ravmaninov. Veo menos la tele, y ya no tengo por qué ver anuncios: estoy volviéndome menos icónica y más sonora. Y he ido notando mejoría de trimestre en trimestre. Leer, leo más o menos lo mismo, de modo que la transformación habrá que atribuirle, efectivamente, más bien a la música y a la reducción del rancho de imágenes gestionadas, que a las palabras. También ha ido contribuyendo a mi notable mejoría de carácter la necesaria abstracción que aprendemos del paisaje vivido desde el coche. En continuo movimiento, el paisaje, más que existir, se encuentra siempre en vías de desarrollo, como un boceto anterior a sí mismo.

Para concluir este apartado lo antes posible, debo añadir la última de mi jefe. El señor bodeguero vino a mí un día muy contento diciéndome que ya podría yo por fin, dentro de muy poco, aceptar el despacho y el cambio de actividad, de vendedora a jefa de márquetin, de publicidad y *de esas cosas*, además de consejera suya. Qué honor para una sirvienta del cuerpo de casa. Sí, porque él se había dado cuenta de que yo tal vez no había aceptado hasta ahora porque eso supondría trasladarme a vivir a Aranda de Duero, un pueblo a fin de cuentas; pero ahora, en menos de un año, tendrían abiertas oficinas en Madrid-Capital y en ellas esta-

ba previsto mi despacho. Volví a decirle que no. Y él, entonces, meneó de mala manera la cabeza. Porque las jefaturas, cuando no entienden algo, se mosquean. Y no es que yo sea ni tan lista ni tan valiosa, es que una como yo, en cuanto abre la boca de más, destaca mucho en este tipo de empresas medianas que no están acostumbradas, porque no pueden pagárselos, a especialistas en esos campos. Me ofreció un sueldo desorbitante para él: el segundo después del que cobraba su administrador y mano derecha, es decir, la mitad exacta de lo que yo ganaba en la agencia. Qué maravilla de empresa moderna que ofrece cargos de mando a una mujer, y sueldos casi buenos, qué honor para esa fémina. Pero volví a decirle que no, esta vez dándole las gracias de la manera más melosa y adoratriz que se me ocurrió. Le recordé que dejé la agencia por no hacer ese tipo de trabajos precisamente, y para poder vivir viajando, que era lo que de verdad me gustaba. Movié la cabeza otra vez, pero ahora menos recelosamente. No obstante, la meneó todavía. Entonces le expliqué que un sueldo así, no teniendo una hijos ni familiares a su cargo, como yo, no servía más que para aumentar los ahorros de cada mes. A esto dicho, él se molestó por mi desprecio a los ahorros y me preguntó si no pensaba en la vejez. ¡En la vejez! ¡Se atrevió a hablarme de mi vejez como un asunto cercano! Se ve que debo de tener ya una cara que hace pertinente el tema.

En ese momento fue cuando decidí acortar las conversaciones actuales y futuras sobre mí con un argumento de esos tan inesperado como contundente: soy la hija mayor de un hombre bastante rico que ya está repartiéndonos en vida, a los hijos, gran parte del capital de nuestra herencia. De he-

cho, ya tengo ahora dinero suficiente en el banco y propiedades para no tener que preocuparme ni de trabajar si no quisiera. Viviendo con cierta contención, podría no trabajar. Pero quiero. Me gusta viajar, señor mío, ya se lo he dicho, me gusta.

Ante esto, el bodeguero cambió por fin la orientación de su balanceo de cabeza y, afirmando, afirmando, dijo:

—Claro, claro, no sabía yo esto, pero claro, ya veo: ahora se entienden mejor muchas cosas...

Y es lo que tiene dar explicaciones coherentes, que tranquilizan por sí mismas, ni siquiera hace falta que sean ciertas.

Pero si he decidido que era necesaria una actualización de lo expuesto en tantas páginas anteriores no ha sido para renovar la información en lo que se refiere a mi trabajo, efectivamente, sino a mis amores. Supongo yo que un epílogo es adecuado sólo si expone finales o consecuencias que no sean las esperables a partir del propio texto. Y, de lo que escribí en mis cuadernos durante los dos años de paro, hasta que empecé a viajar y dejé de hacerlo, me parece que sí que podía pronosticarse que mi decisión de ser viajante estuvo bien tomada: porque era de recio entronque personal, se adivinaba que me permitiría estar mejor conmigo misma y que no echaría de menos ni la agencia ni la publicidad. Y así ha sido. Quizá deba añadir que tampoco echo de menos el desarrollo de ninguna faceta artística, como aquella de escribir guiones. A la luz de mi experiencia personal, me da que muchas vocaciones artísticas no son más que ansiedades diversas y malestares generales.

Sin embargo, y a esto quería llegar, no creo que de esas páginas pueda deducirse con facilidad cuál ha sido el deve-

nir de la historia de amor entre mi maravillosa vendedora de tornillos y yo.

Iré rápida, a pesar de que la historia por sí misma daría para otro puñado de cuadernos que ahora sé que no escribiré nunca. Me quedé, hace tres años, como las películas de Doris Day, justo a las puertas del primer encuentro de cama. Nos acostamos juntas por primera vez en Zaragoza, aquella noche. Y yo me desperté queriéndola con todo mi corazón. Mucho más y más hondamente que la había querido hasta ese momento.

Empezó allí una vida en común extraña, pero feliz, de encuentros en hoteles de las poblaciones más raras, de fines de semana en Madrid, casi siempre en mi casa, y de algún que otro viaje juntas al extranjero, ella sin su Montse y su Nuri y yo sin mi juego de maletas de actriz de cine y mis joles de hoteles de lo mismo. Feliz, rejuvenecida y entusiasmada ella. Contenta, disfrutadora y tranquila yo.

Me encontraba tan a gusto con ella y conmigo misma, que llegué a decirle que alquilara su piso y se viniera a vivir conmigo, que, para lo que parábamos en Madrid, era un desperdicio tener dos casas (luz, agua, calefacción, señora de la limpieza, comunidad...). Nunca se lo había pedido a nadie. Me dijo que no muchas veces. Le pregunté por qué todas las veces. Y cada vez me contestó con tantas razones, y tan distintas, que fue como si nunca me contestara.

Pasó el primer años de estos tres. En un parpadeo. Y luego el segundo, algo más lentamente. Y gran parte del tercero. Hasta que hace cuatro meses, conocí a una mujer, la dueña de un restaurante de Pamplona...

Llegué a su restaurante sobre las tres de la tarde y me senté a comer como una cliente más. Habíamos quedado en

vernios entre cuatro y media y cinco, cuando estuvieran cerrando, en su oficina, en la parte de atrás del restaurante. No nos conocíamos y a mí ella, por teléfono, me pareció una empresaria de ésas que podrían salir en la televisión autonómica recibiendo cualquier medalla de reconocimiento a su labor, es decir: una mujer seria, expeditiva, sin tiempo que perder y sin tonillos raros en la frase, pero algo... un poco... un poco «tajante» de más, la verdad. Como si tuviera que ser ella siempre la que pusiera el punto final de una conversación; puedo afinar más: como si el punto final de una conversación con ella quedara siempre en sus manos al dar por hecho que a la otra parte le resultaría siempre indeseable ponerlo. Pensé que una de dos: o era deformación profesional lo de haber aprendido a finiquitar a tiempo, por el propio bien de los comensales, una parrafada delante de una mesa... o era muy guapa y atractiva y la deformación de atribuirse siempre la puesta de límites a su dedicación a los demás la había aprendido desde jovencita. También podía ser hija de rico y entonces la habría aprendido desde la cuna.

Ya estaba yo tomando el café, sentada sola en mi mesa, pasadas las cuatro y cuarto, cuando una señora entró en el restaurante por la puerta principal con una carpeta debajo del brazo y con aire de tener prisa. No miró si había mesas libres y no le preguntó a nadie si todavía le darían de comer. De hecho, cruzó el local a pasos tan seguros, largos y medidos, que sólo quien lo tuviera sobradamente recorrido como suyo podría hacerlo igual. No paró hasta llegar a la puerta del fondo, la que comunica con las cocinas; la abrió como lo hacen los camareros, empujándola con el cuerpo, y desapareció. Tendría unos cuarenta y cinco años, quizá menos, yo

la había imaginado mayor, por la reciedumbre de la voz; llevaba medias y falda estrecha negra, una blusa de fondo claro y manchas de color muy pequeñas, zapatos de tacón no muy alto y una chaqueta arrugada (por el costado izquierdo, la chaqueta estaba arrugada por culpa de la carpeta cogida debajo del brazo y, por el derecho, por culpa del bolso mal colgado); seguro que acababa de bajarse del coche y no se había tirado bien de los faldones para colocarse la facha como es debido. Vi que desde una mesa le habían lanzado un gesto de saludo, un amago de llamada, que ella pareció no ver, y así entendí por qué había hecho aquella aparición y mutis tan rápidos, sin detenerse siquiera a mirar dónde pisaba. Tenía prisa, efectivamente, y me apeteció pensar que quizá fuera porque no quería llegar tarde a su cita con la vendedora de vinos. Me apeteció porque tenía también, y eso no era casual, un aspecto impresionante, como el de una mujer acostumbrada desde muy jovencita a atribuirse siempre la puesta de límites a su dedicación a los demás. Morena y guapa, sí. Pero guapa de verdad, sin ningún rasgo de belleza anodina: boca grande, ojos grandes, nariz grande y una melena envidiable. No muy delgada, se le veían proporciones de mujer antigua, con un cuerpo que todavía requiere ser dibujado con sus correspondientes cambios de volúmenes: valles y colinas, mesetas y depresiones, montículos iluminados y hondonadas en penumbra... Otra mujer habría dicho de ella que tenía una talla 44 bien aprovechada, pero que esa talla le sentaba divinamente porque rara vez a lo largo de su vida habría tenido que subirle el bajo a los pantalones.

Puede que no quisiera ver a nadie porque no quería que la parasen, pero a mí sí que me vio. Estoy segura, porque

nuestras miradas se cruzaron. Me vio y la vi. A mí me fue fácil suponer que era a ella a quien yo había venido a ver y ella no tuvo nada que suponer porque seguramente vio de refilón, al pasar a mi lado, la carpeta con el logotipo de la bodega que yo tenía sobre la mesa.

Cuando pedí la cuenta, después de dos cafés para hacer tiempo, y de haber repasado el periódico entero, pasadas las cuatro y media, el *mêtre* se me acercó para preguntarme si yo era quien era. Le dije que sí. Entonces él me dijo, de parte de la señora, de la dueña, que estaba invitada y que la perdonase porque sabía que habíamos quedado esta tarde, pero que, lamentablemente, no podía recibirme porque le había surgido un asunto muy urgente. Como una mona me cabreeé. Es lo que peor llevo de mi trabajo, que haya gente que no tenga en cuenta que una se ha hecho un montón de kilómetros para estar en punto en un sitio al que a ellos no les costaría nada acudir puntuales.

—Dígale a la señora que no se preocupe, que ya nos veremos otro día, pero que no acepto su invitación. Y tráigame la cuenta.

El encargado, un señor mayor, me dijo que él no podía hacer eso, que él cumplía lo que le había dicho su jefa y que no podía cobrarme la comida. Yo insistía. Él se negaba. Yo insistía. Él se disculpaba.

—Mire, no me iré de aquí sin haber pagado mi cuenta, de modo que haga usted el favor de traérmela.

—Pero usted tiene que entender q...

—No, es usted el que tiene que entender que una clienta tiene derecho a decidir si acepta una invitación o la rechaza, y yo la rechazo, simplemente... —en mi voz había, junto a la

seriedad, toda la amabilidad que fui capaz de reunir; y parece que fue mucha, porque el señor sonrió, admitió que yo tenía razón y se dio media vuelta.

Sabía que ahora desaparecería por la puerta del fondo. Por allí se fue y, cuando volvió a aparecer, al cabo de muy poco, se dirigió al ordenador de la caja, tecleó, esperó a la impresora y me trajo en un plato la factura.

Pagué con la tarjeta de la empresa y no había terminado de firmar, cuando ella, la rápida surcadora de locales públicos, apareció en mi mesa, de frente, casi no la había visto venir:

—¿Puedo sentarme? —dijo; yo asentí y se sentó, pero miró primero a su alrededor, como si tuviera que hablarme en secreto: apenas quedaba otra mesa ocupada, lejos de la mía. —Martín, por favor —se dirigió al señor con el que yo había hablado—, mira a ver de qué forma discreta podemos cerrar ya aquella mesa; y luego os vais, no os preocupéis de echar el cerrojo grande de la parte de atrás, que yo me quedo toda la tarde. ¡Ah!, y pásate por mi mesa al salir, por favor, y coge el sobre grande que pone Paco y dáselo a Paco esta noche, cuando entre de turno, que yo no voy a estar y tiene que dejarme firmados los papeles para mañana...

Se dijeron dos o tres cosas más que no recuerdo y después, sólo después, me tendió la mano:

—Hola, soy Yolanda.

Yo le tendí la mía y nos presentamos.

—Verás... perdona —empezó a explicarme, hablándome de tú desde el principio, lo que no estuvo nada mal, porque en esta profesión he aprendido que hay un viejo uso del usted, yo lo creía perdido, que viene a poner a cada uno en su

sitio—. No tengo por costumbre dejar plantada a la gente, de verdad que no. Pero no llevo un buen día. Y me espera una noche todavía peor. Por algún sitio tengo que cortar, ¿sabes? Me van a dar las cinco antes de poder sentarme. Tengo que hacer un montón de llamadas y preparar papeles que tengo que entregar mañana sin falta y que me van a tener pillada, yo lo sé, hasta más de las nueve. Pero a las nueve, como muy tarde, quiero estar en el hospital para relevar a mi hermana, que lleva toda la noche de ayer y todo el día de hoy sin despegarse de la cama de mi madre...

—Lo siento, no sabía...

—Claro que no. Es que no he podido avisarte ni llamar a tu empresa. La verdad es que no tenía la cabeza como para acordarme, pero ahora, al entrar, te he visto aquí sola y me he acordado al mismo tiempo que me imaginaba que podías ser tú.

—Lo de tu madre es...

—No, lo de mi madre no es grave. Bueno, no muy grave. Se rompió la cadera anteanoche. Pero parece que no es una rotura complicada, que va a quedar bien, o eso dicen. El problema es que se me ha juntado todo en esta semana. Todo. Montones de cosas. Ni te imaginas. No tengo tiempo, es la pura verdad. Por eso he creído que lo mejor sería que dejáramos lo nuestro para otro momento.

—Claro que sí. No faltaba más. Lo mío no tiene nada de urgente. Y me voy, además, no quiero entretenerte. Ahora me siento mal por no haber aceptado tu invitación. Perdona.

—No, perdona tú. Y gracias...

Me levanté, cogí mi carpeta y el bolso y me disponía a irme, pero ella me cogió del brazo para que volviera a sentarme. Me quedé tan sorprendida de que me cogiera física-



mente, con suavidad, pero con determinación, que no dije nada.

—Espera... —me había pedido bajito.

Me senté y la miré. Se echó el pelo a la espalda y aprovechó para dejarse la mano en la nuca un segundo y hacer un pequeño estiramiento hacia atrás. Qué bonito pelo tan poderoso y qué mano blanca tan frágil entre aquella selva. Parecía preocupada, además de cansada. Y enseguida dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Pues que necesito un descanso. Y que me apetece perder un rato en no hacer nada... ¿Quieres una copa de algo? —Se levantó antes de que le contestara y se fue hacia el mostrador de la esquina— Te voy a poner un licor seco italiano que tenemos por aquí, no es exactamente *grappa*, pero se parece, se parece en mejor, ¿te apetece? —le dije que sí. Lo preparó todo en una bandeja. Tardó más de lo debido, me pareció, pero creo recordar que, para cuando volvió a la mesa, ya estábamos solas en el restaurante.

Luego, en estos cuatro meses, al observarla a ella más veces y más de cerca, me he ido dando cuenta de lo medidos que tienen los tiempos y los espacios la gente que se dedica a la atender a la gente. Un detalle de esta habilidad, que allí en el momento se me pasó, me vino luego solo a la cabeza, como si el cerebro no pudiera descansar de repasar por su cuenta las escenas importantes hasta no tener entendidas todas las palabras y todos los gestos: cuando ella se levantó para preparar el aguardiente, se estaban levantando de la última mesa los comensales; cuando los comensales pasaron al lado de nuestra mesa, ella ya no estaba, estaba en la esquina y de espaldas; cuando uno de los comensales se detuvo un poco para ver si podía decirle adiós, ella siguió de espaldas; final-

mente, el comensal desistió, Martín abrió la puerta para que el grupo saliera, volvió a cerrarla y empezó él mismo a irse. Y, efectivamente, en una coordinación perfecta, cuando ella volvió con la bandeja a la mesa, ya nos habíamos quedado solas.

—Está bueno, a ver si te gusta. Yo no suelo beber, pero ahora estoy en ese momento en que... como suele decirse, no sé si tirarme al metro o tirarme a la taquillera...

—Vaya.

—... no, bueno, son cosas mías. Perdona. Tú has venido a ofrecermé tus vinos, hablemos de tus vinos.

—Tengo dos cajas en el coche —empecé a decir deprisa y con soniquete, para que se notara, como recitando de carretera una plana de colegio—, un crianza y un reserva. Te los dejaré para que los pruebes y te dejaré una hoja con las condiciones. Tú me llamas cuando tengas tiempo y le hayas echado un vistazo, y ya está —aquí respiré—. Ya está, digo, eso es todo: se acabó mi parte. Ahora podemos hablar de lo de tirarte al metro, si quieres...

Sonrió de una forma que a mí se me ha quedado grabada para siempre. Luego respiró hondo, apoyó los dos brazos sobre la mesa y dijo:

—También podemos hablar de tirarme a la taquillera. Lo prefiero.

—¿Pero existe eso como posibilidad real... o es un decir?

—¿El qué?

—Lo de tirarte a la taquillera.

—Pues sí, es una posibilidad... ¡Pero bueno, tú, que no te conozco de nada!, ¡qué clase de conversación es ésta! —Lo decía divertida, sin enfadarse con ella misma, claro que no, y sin sorprenderse tampoco tanto como ella misma decía.

—Pues entonces es la mejor solución. Ni lo dudes. Lo de tirarte al metro lo veo yo muy... radical.

—¿Y si la taquillera tiene dos hijos y está divorciado y no te gusta demasiado como para enrollarte tan en serio como quisiera él?

—¡Ah!, ¿pero la taquillera es un hombre?

Entonces me miró de una forma que tampoco he podido olvidar, pero que soy incapaz de describir. Sería fácil decir que me miró sorprendida, pero no era sorpresa lo que predominaba en su expresión. O, si lo era, entonces es que hay una forma rapidísima de pasar de la sorpresa objetiva al interés personal y ferviente en lo que está pasando.

—¡Pero bueno, tú... tú es que...! —O algo así, porque no supo qué decir.

Lo importante es que no dijo: «Pues claro que es un hombre, ¿qué te creías?».

Y siguió mirándome mientras pensaba qué decir, sin bajar los ojos, entretenida y expectante. Luego, bebió un sorbo de su dedal de vidrio y sólo después, unos salvadores segundos más tarde, pudo ya hilar un pensamiento:

—Así que te ha parecido que mi taquillera podía ser una mujer...

—Sí.

—¿Y por qué?—me preguntó con sincera curiosidad.—¿En qué te basas?

—Uy, eso sería muy largo de explicar. En nada y en todo. En nada concreto y en todo lo demás.

—«¡En nada concreto... y en todo lo demás!» —pensó un instante más en la frase y su conclusión fue:— Oye, oye, me parece que a ti se te da muy bien hablar, ¿no? —pero tal

como lo dijo, no lo consideraba una virtud, sino algo rayano en la falta de fiabilidad—. Me dejas... no sé qué decir.

—No me hagas caso. Es verdad que me divierte hacer frases. Y es porque me da envidia de lo inteligentes y rápidos y agudos que son los diálogos en las películas y no me resigno a que los de la realidad sean siempre tan... predecibles.

—Tienes razón. Que son demasiado predecibles siempre. Pero es que hace falta mucha cabeza para ir tan rápido... y no todo el mundo la tiene.

—También hace falta algo de suerte —reconocí—: el hilo de la taquillera y el metro ha sido suerte.

—Lo malo es que no creo que yo, tal como estoy ahora, te sirva de buena... ¿replicante, se dice?, ¿la que te da los pies?

—Antagonista, mejor.

—No, no, yo no quiero ser tu antagonista. Prefiero que nos llevemos bien. Porque me estás cayendo muy bien —dijo, pero distraídamente, mientras giraba hacia atrás todo el cuerpo y desparramaba la vista en redondo por todo el restaurante comprobando a saber qué. Quizá las luces.

—Gracias. Igualmente —le contesté. Pero me dio tiempo a pensar, aprovechando que no tenía sus ojos de frente para vigilar mis pensamientos, que no, que seguramente no era igual su gusto por mí que el mío por ella. De segundo en segundo me iba pareciendo cada vez más interesante. Y no tuve más remedio que reconocer, yo, que hago militancia para que eso no me importe, que, efectivamente, era una mujer guapa, las cosas como son.

—Pero, oye, volviendo a lo de la taquillera —y así volvió ella misma a sentarse derecha, con la espalda en su sitio—, cuando tú dices...

—Que no le des importancia —la interrumpí—. Que no es más que una salida chistosa; me lo has puesto fácil y se me ha venido a la boca automáticamente. No tiene más.

—Sí se la doy. Es que me hace mucha gracia. Y yo no creo que sea tan automático como dices. Hay que estar muy dentro de algo para que te salga algo así de rápidamente. Bueno, no sé explicarme bien, pera ya me entiendes. Lo que digo es que a mí, por ejemplo, no se me hubiera ocurrido... ni como chiste.

Su expresión era un poco desafiante, así que le respondí, a mi vez, con todo el descaro que pude:

—Y, entonces, ¿tú por qué crees que se me ha ocurrido a mí? —sólo que, en mi caso, el descaro nunca llega a mucho. No le doy miedo a nadie.

—Pues... no sé, supongo que porque a ti sí te cabe en la cabeza que la taquillera pueda ser también una mujer.

—«También» no. Es que no puede ser otra cosa. Si es taquillera, es mujer. Lo sorprendente, te la tires o no, es que la taquillera sea un hombre.

—Por favor, no me líes... —me lo pidió casi con ternura—. De verdad que no tengo hoy la cabeza para estos líos. Ayer apenas dormí. Me conoces en mal momento.

—Perdona...

—No, qué va, si estoy encantada; divertida y encantada. Al revés, me da rabia no estar fresca para poder seguirte el juego.

—Tranquila. Yo no creo que pudieras seguirme el juego de verdad ni aunque estuvieras como una rosa. Porque no es un juego de palabras en el fondo.

—¡Ah, no! ¿Y de qué es?

Me pilló. No esperaba que se atreviera a preguntarlo. Creí que la piedra que yo había tirado se quedaría tirada y ya está, que no se atrevería a devolvérmela. No le contesté. Y quién sabe si no me puse colorada y todo. Aquello empezaba a necesitar con urgencia un *ralentí* (qué palabra... ésta parece la pieza tonta capaz de fastidiar, sin embargo, todo el motor).

—De todas formas, sea lo que sea de lo que vaya esto, ¿tú qué sabes —concluyó ella por su cuenta— hasta dónde puedo llegar yo y hasta dónde no?

—Eso es verdad, mira por donde. Tienes razón. —Y me encantó tener que reconocerlo.

—Claro que la tengo. Y tal como me siento últimamente, te aseguro que la mala suerte es que mi taquillera sea un hombre.

—¿Preferirías que fuera una mujer?

—No lo sé —dijo—. Pero desde luego sería distinto. Por una vez. Distinto como poco. Que ya es bastante. Sería menos... «predecible», la película, en general. Me parece. Pero no lo sé... —Y me dio la impresión, por todas las pausas de suspense que hizo, todas dirigidas a mí directamente, de que lo decía casi con coquetería. Desde luego se sabía atractiva y dio por hecho, lo supuso por la osadía de mis frases, que a mí me estaba gustando estar allí con ella.

—Buenooo... esto se pone interesante. Por lo pronto, ahora ya tenemos tres alternativas —y me dispuse a sacar de uno en uno los dedos para no perder la cuenta—: tirarte al metro, tirarte a la taquillera que tienes en tu estación y que resulta que es un hombre, o buscar a una taquillera que sea una mujer... una taquillera-taquillera.

—No te rías porque yo lo digo en serio. No sé cómo será con una mujer, pero con los hombres me tengo el guión más que sabido. Luego dicen que son tópicos, pero es que hay tantos rasgos que tienen todos en común, que... Un hombre nunca te deja en paz. Si le dices que sí una vez, tienes que seguir diciéndole que sí tantas veces más como quiera él. No aceptan el no. Insisten, insisten. Mientras a ellos les queden ganas, no abandonan. Porque si eres tú quien dice que no, que hasta aquí hemos llegado, ¿sabes cómo lo interpretan ellos?... Pues como no entienden el no, así, como palabra suelta, lo que hacen es que lo reinterpretan a su modo y se toman tu no como una treta, como tu arma para forzarlos a cambiar de circunstancias, y entienden que lo que quieres tú es cambiar de circunstancias, casarte o algo así, y entonces se lo piensan y deciden que están dispuestos a comprometerse seriamente contigo... y vuelven a la carga...

—Pues vuelves a decir que no y ya está.

—Es que no es tan fácil. Porque tú, por un lado, todavía estás que no sabes si quieres cortar o no, y, por otro, él te viene ahora con otra clase de cortejo muy distinto al que se traía contigo, ahora viene en plan comprensivo, compañero, compartidor, amigo, en plan de hacer la relación más profunda y entonces te desarma un poco otra vez porque justamente esa faceta es la que más falta te hace a ti. No la de casarte, entiéndeme, que yo eso es que ni me lo planteo, me refiero a lo de tener a un verdadero compañero de vida a tu lado y no al amante ese de follamos hoy y qué tal si nos vemos el lunes... ya sabes, ¿no?

—Sí, pero, tal como lo cuentas, ellos tienen razón en insistir porque tú misma dices que sigues dudando. No hay nada

peor que dudar. Hace que la otra persona sufra y que no pueda evitar seguir empeñándose, sea hombre o mujer.

—No, pues entonces es que me he explicado mal. Porque esas dudas de las que te hablo son anteriores a decir definitivamente que no. Y yo lo que digo es que los hombres no entienden un no. Si es un no desde el principio, puede que sí lleguen a entenderlo, porque ése no es un no que les afecte todavía personalmente. Pero un no, después de un sí, no les cabe en la cabeza. Hay muchas razones para insistir, no digo que no, pero ellos tienen una más que nosotras, y es ésta: que no admiten un no.

—Sí, te entiendo.

Pero a ella le había gustado ver que podía explicarse mejor y continuó:

—Actúan como si nosotras no supiéramos del todo bien lo que queremos; actúan como si el no fuera un despiste, un capricho momentáneo, un pequeño error que ellos pueden corregir. Otra cosa distinta es que yo ahora mismo esté en la fase de decir que no y mi... este «taquillero» en concreto de ahora, esté en la fase de insistir con métodos distintos, de cariño, de intento de verdadera compañía, que a mí me hacen dudar... Pero es una fase nada más. Lo que yo ya sé de antemano, lo sé perfectamente, es que, cuando deje de dudar y termine por decirle que no, tampoco lo va a admitir así como así. O coincide que a él se le acaban las ganas al mismo tiempo que a mí, o no lo va a admitir. ¡Y me da una pereza saber que el final es siempre tan largo!... A veces me ha dado más pereza encarar un final (por ese erre que erre que se traen, qué *pesaos*), que seguir follando con ellos, te hablo claro. Es mejor seguir follando con ellos, procurando que

sea cada vez más de tarde en tarde, hasta que finalmente son ellos los que se aburren y se van, que cortar. Es mejor. Dura menos y es menos lioso.

—Y, además, me imagino que, en tu caso, con el trabajo que tienes, con el restaurante, será aún peor, porque pueden venir a verte cuando les dé la gana y te encuentran siempre y no puedes darles esquinazo...

—... y tienes que poner siempre buena cara delante de la gente y tienes que concederles, te guste o no, esos dos minutos para hablar aparte que te piden siempre, un día sí y otro también... ¡sí, exactamente! Es así exactamente. Y me alegro de que te des cuenta.

A ella le agradó mucho que yo hubiera reparado en el detalle y volvió a mirarme por eso de aquella forma que en mí había empezado ya a desenjaular gatos que huían derrapando con las uñas abiertas por las paredes de mi estómago.

—De lo que me doy cuenta de que sabes *mucho* de lo que hablas —dije, con ironía.

—Bueno, no es que sea un putón verbenero, pero sí, sí, sé de lo que hablo, la verdad. Por eso te decía que yo sí hablaba en serio con lo de estar harta de tantos líos por todas partes... Y no sé, no sé si seguir tirándome al taquillero o no, sinceramente.

—Pero ¿porque no sabes si someterlo a lo de la muerte lenta o porque no sabes si lo quieres o no? Porque la pregunta que yo me haría en esta historia que me cuentas es muy simple, es tan simple y tan vieja, que no sé si te servirá a ti o no...

—¿Cuál?

—Pues yo me preguntaría si estoy enamorada de él o no, así de sencillo. Porque, para medias tintas, ya tenemos el tra-

bajo, la familia, los amigos... el resto de la vida, vamos, que se mueve siempre en ese medio pelo.

—Vaya... pues... no se me había ocurrido enfocarlo así. Pero la verdad es que todo lo demás de mi vida se mueve en esas medias tintas que dices, sí... El trabajo, que ni me gusta ni me deja de gustar, me da dinero, eso sí, pero poco más. La familia, con la que no me llevo ni bien ni mal, está bien saber que la tienes, pero también joden a menudo. Las amigas, que nunca sabes si son amigas de verdad y, para un par de ellas o tres que sí te quieren de verdad, resulta que te aburren un poco, porque son las más aburridas de todas, las que más te quieren, pero las más aburridas. Y a éste, al taquillero, lo tengo que poner también a la lista, claro que sí, porque ni me emociona del todo ni me disgusta tampoco, me vale para lo que me vale, sí, pero también empieza a crearme problemas con lo de... —no terminó la frase—. O sea que, si no he entendido mal, según tú, ¿de no ser un amor-amor, mejor no tener ninguno?

—Bueno, no te creas que yo soy muy experta en hacer lo mejor en cada momento... Pero ya llevas tiempo con él, por lo que parece, y ya debes de saber perfectamente cuánto da de sí lo que tenéis. Si estuvieras todavía muy al principio, no lo sabrías, pero seguro que a estas alturas...

—Sí, a estas alturas ya sé que es un espejismo creer que puedo dejar de sentirme sola con él porque nos entendemos sólo a medias... —luego habló como para sí misma—. A medias solamente... medias tintas. Me guardo esto que has dicho.

—Lo que yo he dicho es que no nos queda más que el amor para evitar que se cierre el círculo completo de las me-

diocridades. Si admitimos también historias de amor medio-  
cres... ¿qué nos queda?

Me miró. Aquellos ojos expresaron entonces un caudal de río subterráneo muy frío, muy oscuro, pero extremadamente limpio. No dijo nada. Y ahora me intimidó su silencio. Por eso añadí:

—Y no es que te lo diga a ti. También me lo estoy diciendo a mí misma.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó de pronto.

—Treinta y ocho. ¿Y tú?

—Cuarenta y siete.

—Yo te hacía más joven —le dije.

—Gracias. Pues yo te hacía a ti más de mi edad, fíjate.

—Los caminos, que estropean mucho la cara.

—¡Anda ya! No me refiero a tu aspecto físico. Estás espléndida. Y tú no tienes hijos, ¿verdad? —siguió preguntando.

—No.

—No, claro, o no tendrías este trabajo de ir de acá para allá.

—No, pero el trabajo no tiene nada que ver. Nunca he querido tenerlos.

—Yo tampoco. A lo mejor por eso no me he casado. Últimamente sólo se casan los que quieren tener hijos. Pero lo curioso es que nunca he tenido ni la tentación siquiera. Pero ni de adolescente, vamos, ni cuando pensábamos en abstracto en estas cosas.

Me puso un poco más de licor a mí, pero ella no se sirvió más. Llevábamos dos chupitos. Aquel sería el tercero. Confieso ahora que me agradó ver que no seguía bebiendo. Por muchas y pequeñas razones, y no todas correctas. Porque una tiene el prejuicio, aunque no le guste, de creer que los

hosteleros beben de más. Porque me gustaba ella, me estaba gustando muchísimo, y una tiene el prejuicio, aunque no le haya pasado directamente, de creer que la bebida será la excusa que pondrá luego cualquiera que no quiera levantarse por la mañana teniendo que admitir que ha cometido el más terrible pecado contra natura. Yo sí que me fui bebiendo poco a poco aquel tercer vasito, sin ningún miedo. No continuaría viaje hasta el día siguiente. Tenía hotel.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —me dijo después—. Pero contéstame sin trucos de ingeniosa y sin... Es una pregunta sana, que conste, con la mejor intención, no me malinterpretes y, además, si no quieres, no me contest...

—Sí, me gustan las mujeres —dije.

Y ella movió la cabeza de arriba abajo...

—Eres...

...como quien afirma así algo que ya sabía de antemano.

—... una tía muy inteligente.

—¡Qué va! Es que con esa introducción, la pregunta no podía ser otra. Me gustan, pero muy pocas. Me han gustado muy pocas hasta ahora. Seguramente porque soy muy maniática con todo el género humano en general. Pero sí. La respuesta es sí. Y por eso antes has acertado al pensar que no es casual que a alguien se le ocurran espontáneamente esa clase de salidas.

—Pues no lo hubiera pensado de ti. Eres tan... tan mona, tan femenina. Además, tienes una cara muy dulce.

—Bueno, es que esa idea de que...

—Sí, ya sé que todo eso son prejuicios —se adelantó ella—, pero no puedo evitar pensar que no te pega. Tengo un par de amigas, conocidas más bien, que son lesbianas y a ellas se

les ve a la legua. Una es enfermera en el hospital donde está mi madre –comentó, y yo me reí secretamente por lo de las enfermeras y la pluma–; esta noche le toca turno, precisamente, y querría verla, para que me diga cómo está de verdad mi madre. Es que ha sido con mi hermana con quien han hablado los médicos esta mañana, y mi hermana es medio lela, no se entera de nada, sobre todo si de lo que se tiene que enterar es malo. ¿Sabes ese tipo de persona que se las arregla para contarse cualquier milonga con tal de no darse por enterada de lo que no quiere? Pues ésa es mi hermana. Y es así para todo. Menos para estudiar. Para eso sí que ha valido. Pero, bueno, vale ya... qué hago yo contándote cosas que seguro que no te interesan.

–Sí me interesan.

–No, seguro que no, eres un encanto, pero... ¡Y fíjate qué hora es, dios mío! Me vas a perdonar, pero de verdad que tengo que dejarte, se me ha pasado el tiempo volando...

¡Otra vez aquella forma tajante suya de ser ella la que pusiera el cerrojo! Y tan de repente y tan a destiempo. Y lo de decir de mí que yo era *un encanto*, lo mismo que quien dice «comprendo que no puedas evitar ser amable conmigo a cualquier precio», me molestó casi. En aquel segundo me convencí de que estaba ante una mujer mucho más acelerada de natural que por las circunstancias, y me advertí a mí misma de que estas personas veloces suelen tener poca fijez, que son superficiales en el trato de amistad y frívolas en las distancias más cortas.

Empecé a cargármela, como quien dice, sí, pero no tanto para convencerme a toda velocidad de que las uvas estaban verdes, porque yo no había concebido ninguna esperanza con

respecto ella, sino simplemente para contrarrestar lo muy cándidamente que había dejado que me afectase su brusquedad.

Y, no obstante, lo trascendental para mí y lo que resultó determinante para la continuación de esta historia fue precisamente que ella se diera cuanta de mi desagrado:

–No, perdona tú –le fui diciendo mientras me levantaba y recogía mis cosas–; tenía que haberme ido hace rato. Bastante amable has sido ya saliendo a darme explicaciones a pesar de... Y no te preocupes por el vino, vamos a dejar pasar un par de semanas o tres y luego te llamo y volvemos a quedar, ¿vale? cuando estés más tranquila.

–Sí, sí, vale –dijo, pero siguió sentada, sorprendida por la rapidez de mi reacción–. Vale, sí –se repitió para sí misma, como el empujón para tomar por fin la decisión de levantarse porque yo ya estaba tres pasos por delante de ella, esperándola, en dirección a la puerta del fondo por la que imaginé que íbamos a salir.

Llegamos juntas a esa puerta batiente, pendular, que te deja pasar sólo si te echas encima de ella como si no creyeras que existe y la traspasas con el mismo ánimo decidido que los fantasmas atraviesan las paredes. Y la pasamos juntas, necesariamente rozándonos. Ella me miró en ese encuentro y yo le sostuve la mirada exactamente igual que si no me perturbara su cuerpo. Atravesamos la cocina y ella dijo:

–Ésta es la cocina... –se me dirá que es imposible notar-lo en una frase tan tonta, tan innecesaria y tan breve, pero yo sé que había tristeza en su modo de decirlo.

Luego, anduvimos por un pasillo muy ancho que, por ser tan ancho, había sido aprovechado para poner estanterías a ambos lados. Y ella dijo:

—Hemos aprovechado el pasillo, que era muy ancho, para hacerlo despensa... —otra frase innecesaria, pero aquí ya no cabía dudar de que su voz era triste, como si le doliera la sospecha de haber metido la pata sin saber cómo ni por qué, pero conmigo.

Al fondo del pasillo había una puerta metálica y detrás de ella se adivinaba la calle, así que yo seguí andando derecha. Pero ella se paró y se quedó unos pasos detrás de mí y la oí decir a mi espalda:

—Éste es mi despacho, ¿quieres verlo?

Entonces me volví y le dije que no, que ya le había quitado demasiado tiempo. Reanudé la marcha, pero, un paso después, volví a oírla decir:

—... y por ahí se baja a la bodega, ¿no quieres ver la bodega?

—Ya la veré en otra ocasión.

—Sí, claro. Bueno, espera que te abro. Hay un pestillo que va sólo con llave... Tengo las llaves en el bolso, espera.

Entró en lo que había dicho que era su despacho y la oí salir y acercarse con el tintineo metálico de un increíble manajo de llaves. Cuando me tuvo de frente, antes de abrirme, dijo, estábamos muy cerca la una de la otra:

—¿Sabes una cosa? No debería dejar que te fueras así.

—¿Así, cómo? Me voy bien. Estoy encantada de haberte conocido y comprendo de verdad, perfectamente, que no puedas entretenerme más... Es más que normal.

—Yo también estoy encantada de haberte conocido. Y sí, es verdad que no puedo entretenerme más: mañana es el último día para entregar los papeles. Pero eso no quita que me dé cuenta de que no debería dejar que te fueras así.

—Pero por qué... Así cómo... no te entiendo.

—Porque sé que no será igual la próxima vez que nos veamos. Tú estarás más distante y yo estaré más tensa. No me preguntes por qué, pero lo sé y sé que será así. Y sin embargo, no puedo evitarlo. Me pasaría toda la tarde hablando contigo, qué más quisiera yo, hace mucho que no me lo pasaba tan bien, pero no puedo.

—Ni yo te lo he pedido tampoco. Pero ¿por qué crees que no será igual la próxima vez que nos veamos? Yo creo que nos hemos caído bien las dos.

—¿Lo ves? Ya sólo el tono en el que dices eso es distinto del que hemos estado usando antes... Pues porque no será igual. La próxima vez que nos veamos estaremos muy educadas las dos, y hasta simpáticas la una con la otra, pero no será como esta tarde. Esta tarde hemos estado muy a gusto. Porque la magia llega una vez y, cuando cala, consigue que dos personas que ni siquiera se conocen hablen sinceramente durante un rato, pero, si se corta de golpe ese rato y la magia se va, luego esas dos personas llegan incluso a arrepentirse de lo que se han dicho. Al principio de tener el restaurante, me pasó tener que ver cómo clientes habituales con los que un buen día había llegado casualmente a tener una conversación muy intensa, luego ya no volvían. O volvían al cabo de muchísimo tiempo y con una actitud de distancia total conmigo. Y yo con ellos. Es así. No sé por qué, pero no se puede pasar de rosca la intensidad de una conversación con una persona desconocida porque las secuelas son de reacción contraria...

La escuché y supe perfectamente lo que quería decir y que tenía razón. Pero no quise dársela. Fue como si esa reac-



ción contraria de la que ella me hablaba, hubiera empezado ya a actuar.

–No creo que sea así en nuestro caso –fue lo más que llegué a concederle.

–Bueno, ya veremos –terminó por decir, sin ninguna fe. Y metió la llave en la cerradura y abrió la puerta.

Yo salí con extrañas ideas en la cabeza, pero conseguí rellenar mi salida, mientras me alejaba de la puerta unos metros, con unas cuantas palabras de esas del protocolo de quedar y llamarnos en otro momento mejor y muchas gracias por atenderme y ha sido un placer conocerte y espero que lo de tu madre salga bien y etcétera que podrían haberle borrado a cualquiera sus malos augurios, pero no a ella, porque si yo me repetía en los parabienes ella también se repitió en sus pronósticos, así:

–Pero ¿no te das cuenta de que ya te has ido sin darme la mano siquiera, ni un par de besos que hubiera sido lo mínimo y lo normal después de haber tenido una entrevista de trabajo normal? Nada. Te vas sin más. Ésta es la tirantez que trato de explicarte, aunque no sepa explicarme bien.

Efectivamente, ella se había quedado en la puerta, sosteniéndola con el pie y yo ya estaba demasiado lejos de ella como para volverme y arreglar la despedida con esos dos besos que en este país no se le niegan a nadie.

–Procuraré que no tengas razón la próxima vez que nos veamos... –dije, calle abajo, casi en voz alta ya.

–Procura mejor perdonarme por tener la peor semana que recuerdo y por ser tan borde contigo. –después de esto, entró y cerró la puerta.

Durante un buen rato, no supe qué pensar. Estaba tan impresionada por la fuerza de mis propias impresiones como encogida de miedo ante ellas. Más bien no me atrevía a pensar nada. Tenía miedo de aventurarme a investigar lo que sentía y tenía miedo de dejar de hacerlo y permitir así, por defecto, que el ejército más incontenible y salvaje, arrasador inmisericorde, el más ciegamente invasor, el de las emociones a la carga y sin gobierno, me doblegara. Su pelo de aromas de río y lumbres de madrugada; sus ojos como espuelas para el brío ajeno que ella desataba a su antojo; su boca esponjosa y abundante como un cojín de plumas que se adaptara a todos los huecos de todas las expresiones... y en el centro de toda ella, su sonrisa como una promesa de lujos interminables...

Pero yo quería tanto, y tan de verdad, a mi dulcísima vendedora de tornillos, que hubiera hecho cualquier cosa por evitar que el desastre que se cernía sobre mi corazón se desencadenara. Lo intenté. Intenté pararlo y decidí que, para eso, era mejor pensar.

Y pensé que si aquella mujer me había gustado tanto y tan de repente no podía ser más que por su belleza. Que apenas había otro motivo para que me gustase que el hecho de que fuera guapa. Pensé que no había tenido tiempo de saber si el resto de sus virtudes eran de fiar. Pensé que cualquiera que no sea un energúmeno integrista está ya hoy perfectamente capacitado para ser encantador con quien se muestra diferente con naturalidad. Pensé que su simpatía era profesional. Pensé que su facilidad para resultar atractiva y seducir era más bien un perfecto estado de forma que se alcanza sólo después de muchos años de entrenamiento.

Luego pensé que la forma en que yo le había gustado podía diluirse perfectamente en el caudal general del resto de la gente que ella considerase agradable. Pero entonces me corregí de inmediato, porque este de tratar de averiguar de qué manera y hasta dónde le había gustado yo a ella no era buen camino; era mejor volver al de seguir averiguando hasta dónde era creíble que ella me hubiera gustado a mí.

Y lo intenté. Pensé que no era lógico creer que me había gustado tanto como ahora mismo, en caliente, me parecía. Pensé que mañana o pasado, todo lo más tardar, me daría cuenta de que me gustaba mucho menos. Pensé que todas las formas de atracción son relativas y que todas tienen una fase de comienzo en la que, si estamos pendientes de no inflamar falsamente sus poderes, éstos se atienen a la realidad de los atractivos de modo que ninguno resulta verdaderamente irresistible. Pensé que está más en nuestra mano de lo que creemos el desear o no a otra persona.

Toda la tarde estuve intentando quitármela de la cabeza o dominar con ella lo que mi cuerpo estaba queriendo inventar a su antojo. Yo nunca había sentido, así de fuerte y tan de repente, tal atracción por nadie. Entré en un bar de una de las calles por las que andaba sin dirección fija y pedí una manzanilla en lugar de un café. Luego pedí una botella de agua, pero la cerré sin echar ni una gota en el vaso y me la llevé para no seguir sentada allí, para tomármela en el banco de algún parque que encontrara. Me apeteció ver árboles a mi alrededor. Y algo tenía que ver esa apetencia con su morena mata de pelo.

Me dio la hora de cenar, pero no tenía hambre. Mejor dicho, se me hacía insufrible la idea de entrar ahora en cual-

quier restaurante que no fuera el suyo. Recordé que tenía el coche aparcado enfrente y que aún llevaba en el maletero las cajas que tenía que haberle dejado. Me convencí de que no era sólo por volver por lo que quería volver a dejar las cajas ahora y cumplir así mi tarea. Y para demostrarme a mí misma que no era por volver y por rondar la casualidad de volver a verla, me impuse esperar hasta mucho después de las nueve para ir a buscar mi coche y entrar en el local a entregarle las cajas a... pues al tal Martín, por ejemplo. Ni a las nueve ni a las diez iría, por si ella se había retrasado con sus papeles y había decidido llegar al hospital más tarde. Ni siquiera a las once; a las once tampoco porque estarían en el restaurante en plena faena. No antes de las once y media o doce, me propuse. Y así lo hice. Entré a hablar con Martín por la puerta principal a las doce menos cuarto y le dije que tenía en el coche dos cajas quería dejarle y que las llevaría por la parte de atrás. Él mandó enseguida a un pinche de cocina para que yo no cargara con ellas.

Pero no conseguí evitar la tentación de preguntarle a aquel hombre tan amable dónde estaba ingresada la madre de Yolanda, con la excusa de poder enviarle al día siguiente un ramo de flores. No se sabía el número de la habitación. Pero sí la clínica privada donde estaba. Tampoco sabía cómo se llamaba la madre de nombre de pila. Pero me dijo el segundo apellido de Yolanda, y con eso tenía bastante.

Me pareció un hombre agradable, honestamente sensible, casi tierno. Rondaba los sesenta y daba la impresión de haber acumulado muy poca maldad en tantos años y casi ningún resabio de esos que enturbian los ojos. Pero sé que me cayó aún mejor porque me dijo algo precioso de ella:

—Le gustará que le mande usted flores a su madre... Es un detallazo por su parte. Y me va usted a perdonar si le copiamos la idea y hacemos lo mismo nosotros. Los compañeros y yo. ¡Es que tenía que habérsenos ocurrido a nosotros, caramba! Ella está siempre pendiente de todo el mundo, es buenísima persona, y no creo que le paguen a ella con la misma moneda. No lo creo. La pobre tira de todo, de lo suyo y de lo ajeno. Y no se queja.

Yo esperé que me contase algo más, pero no lo hizo, claro que no.

—Perdone usted, Martín, lo del medio día... cuando me he puesto tan terca con lo de la invitación, ha sido un desprecio, pero es que...

—No se preocupe. Al contrario. Cuando he entrado a decirle a Yolanda que usted se empeñaba en pagar, ella me ha dicho: «pues entonces tendré que atenderla», dice, «no es justo que una persona así se vaya enfadada». Y ya lo ve usted cómo es. Ha salido enseguida. A pesar de que ni le cuento lo que esta criatura tiene de frente estos días. Pero ha salido a atenderla a usted. Y es lo que le digo, que está pendiente de todo el mundo. No es ya sólo el restaurante, que sería más que bastante, tiene a su cargo a toda su familia... Y ahora esto de la madre...

—Algo me ha contado por encima... Y por eso, porque me ha atendido a pesar de que no tenía tiempo, he pensado agradecersele de esa manera, con lo de las flores... pero no sé sí...

—Sí, sí, le gustará, ya le digo, seguro que sí.

Así me habló de ella: con mucho cariño, con admiración también. Me pregunté si la querría como un padre, como un

compañero de trabajo o como un enamorado secreto. Y que hoy ya tenga clara la respuesta a esa pregunta, no es más que una curiosidad sin importancia; lo importante fue lo mucho que me emocionó aquella noche ver que ese hombre la describía a ella como a una buena persona.

Al final, la idea de las flores, que para mí no era más que la excusa para saber al pie de qué cama iba a estar ella toda la noche, era la mejor que había tenido. La otra, la primera, ir a verla sabiendo que estaría sola, ir a estar con ella, hacerle un poco de compañía en la larga noche de hospital, la más larga que existe, seguir nuestra conversación, pedirle perdón, oír su voz... era una temeridad por la que tendría que pagar, lo sabía antes de ir, el precio más alto que puede pagar una persona: el dolor ajeno.

Porque, si iba a verla, me quedaría prendida en su pelo y pendiente de su alma y colgada de su cuerpo. Y era lo de menos para mí en ese momento que ella sintiera o no lo mismo; porque eso entraría en todo caso en las cuentas de mi dolor, y mi dolor es mío y me lo administro yo. Lo insostenible era saber lo que sufriría mi amada vendedora de tornillos cuando se diera cuenta de mi estado. Y eso sabía yo que ocurriría en cuanto estuviéramos juntas, sin poder evitarlo, nada más verme perder la mirada en los infinitos de la ausencia...

Tumbada en mi cama del hotel, me zumbaban avispa alrededor de los ojos y de las orejas, a punto estuve de liar-me a manotazos con ellas como si fueran reales. Y hasta debieron de picarme porque me entraron unas ganas ácidas de llorar y se me hinchaba el corazón de rabia conmigo misma. No me cabía en su sitio de rabia y de dolor por lo que me estaba sucediendo. Veinticuatro horas antes, mi vida era tran-

quía y feliz y mis piernas se enroscaban en al cintura de una mujer que me hablaba de su amor y del mío como una bendición. Mi amada vendedora de tornillos y yo nos queríamos de verdad. Pero el deseo es el veneno más rápido que existe. Su escozor es insoportable; porque no es superficial, como dicen, no hay nada en nosotras que se inflame por fuera; antes al contrario, actúa por dentro abultando las vísceras hasta que no nos caben... y yo notaba por eso, se dice así, que se me abrían las carnes pensando en ella, en qué ella, pues en los dos ellas, y en mí.

Una sabe cuándo le está pasando algo de consecuencias trascendentales, cuándo se está enamorando, y lo sabe no sólo antes de alcanzar el amor que ha empezado a anhelar, sino hasta con independencia de que lo alcance o no. Lo sabemos porque no podemos evitar vestimos y salir a la calle a las dos de la mañana a buscar un taxi.

—¿Es usted familiar? —preguntó la recepcionista de la clínica mientras tomaba nota de mi carné.

—Sí, soy su sobrina. Acabo de llegar de viaje. Mi prima está con ella, creo. Vengo a ver si quiere que la releve un rato.

—Suba usted: tercera planta, habitación tres-dos-cuatro.

Suspiraba con la esperanza de que la puerta estuviera entreabierta, para permitirme ver si Yolanda estaba sola con su madre o no. Pero, a esas horas, todas las puertas estaban cerradas a medida que avanzaba por el pasillo, y la trescientos veinticuatro también. ¿Qué diría yo si había alguien más con ella? O peor, ¿qué diría si estaba ella sola? Si había alguien más, diría que me perdonasen, que me había confundido de habitación; tiempo suficiente para que ella viese que estaba allí, que había ido, y decidiera si quería salir o no a

hablar conmigo. Que estaba nerviosa es poco decir. Había mucho silencio. Llamé muy despacito a la puerta. Nadie contestó. Llamé más fuerte y me atreví a abrir una rendija... La habitación estaba en penumbra, pero no la veía entera, no veía más que la cabecera de la cama y a una señora plácidamente dormida. Entonces, una fuerza, que no era la mía, terminó de abrir la puerta desde el otro lado.

Era ella, estaba sola con su madre, no había nadie más, y se quedó muy en silencio mirándome. Yo creo que sólo miramos así a alguien a quien queremos abrazar de todo corazón, a alguien muy querido que viene de muy lejos. Yo tampoco sabía qué decir. Me cogió del brazo y me hizo entrar. Cerró la puerta apoyando la espalda en ella y ahí se quedó, parapetada, tal vez a cubierto, cerca de la salida, sujetando su salida con las dos manos en el pomo, a dos pasos de mí. Y muy bajito, susurrando, dijo:

—No me puedo creer que hayas venido...

La puerta tan blanca le hacía de marco, y le daba luz y aire a su cuerpo en sombras. Bonita foto. Estaba guapa de verdad.

—Yo tampoco.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, pero no era una pregunta—. No he dejado de pensar en ti en toda la tarde. Y ahora mismo estaba pensando en ti. No me puedo creer que estés aquí. No puedo creerlo...

—Yo tampoco.

—Y no sé qué está pasando. No te conozco. No sé nada de ti. Y no es normal que me hayas intrigado de esta manera... de una manera... que yo no tenía prevista.

—Yo tampoco.

—Tengo la cabeza a mil revoluciones.

—Yo también.

—No, no digas lo que digo yo —me pidió—. Eso es muy fácil. Dame explicaciones.

—No sé si puedo.

—O dime una cosa, por lo menos, sólo una cosa: ¿Has intentado tú, aunque sea de una forma inconsciente o tonta o como sin querer casi... a lo mejor sólo por entretenerte, pero, has intentado tú ligar conmigo? ¿O es que yo me estoy volviendo loca y me imagino cosas sólo porque me apetece imaginarlas? Porque no me explico esto que me pasa. Siento como si estuviera respondiendo a algo, y no puede ser que sea algo que haya salido de la nada... que me haya inventado yo.

—Lo mismo me pasa a mí, así que podría hacerte la misma pregunta...

—Que no, que eso es no decir nada; háblame claro, por favor. Dímelo más claro. Necesito que me lo digas más claro: ¿Te gusto?

—Muchísimo —Le contesté.

—«Muchísimo» qué significa para ti.

—Más de lo que sería sensato reconocer... Más de lo creíble para lo poco que... Y tanto como para no haber podido evitar venir. Sobre todo eso.

—Pues a mí me has dejado... fuera de foco. A lo mejor para ti es normal, pero para mí no es normal sentirme así con una mujer.

—No hay nada de normal en lo que siento ahora mismo.

—Ni con una mujer ni con hombre... La verdad es que ni me acuerdo de cuánto hace que no me sentía así. Llevo toda

la tarde y toda la noche... nerviosa. Estoy nerviosa. Como una cría. Pero contenta, por otro lado. Feliz de sentirme tan... tan arrasada por dentro. ¡Y alucinada de que hayas venido! Te veo y no me creo que estés aquí.

—He venido a... —empecé a decir, pero miré a su madre dormida...

—No te preocupes. Ha estado aquí esa enfermera amiga y me ha dicho que le han puesto un calmante de caballo... que no se va a despertar en toda la noche... Dímelo, ¿a qué has venido?

—Pues... A darte los dos besos que te debo. Aunque... bueno... yo... te cambiaría los dos por uno solo.

—... dios... eres tan... Ven.

Me cogió de la mano, abrió la puerta del cuarto de baño, entramos y la cerró.

Había una luz de emergencia allí dentro, que nos iluminó para que no nos perdiéramos en el espacio que se abría infinito delante de mis ojos. Ese espacio alrededor de la nada, generador de la nada a su alrededor, eran los suyos. Mirándome. De pocas palabras fue el estallido, quizá algún murmullo que trataba de expresar al mismo tiempo la novedad de las fuerzas desatadas y el asombro. Sin verbos. Sin apenas génesis. Una semántica sin preparación previa de sujetos, pero esta vez, por primera vez, también sin matización de adverbios. El pelo no hace ruido cuando una mano ajena lo retira de la cara. La respiración puede agitarse hasta los límites de la ansiedad sin ningún estruendo. El abrazo es mudo porque no acepta distracciones. Me besó como si quisiera convencerme de que llevaba horas besándome a escondidas en un apartado de su cabeza. La besé como si no pu-

diera evitar que supiera que la deseaba por delante de toda mi realidad y por encima de todos mis recuerdos. Me estreché contra su cuerpo en una verticalidad tan perfecta, que mi vientre se hizo mejilla del suyo, mis pechos y los suyos: dos diábolos encajados por la cintura; mi boca y la suya: la misma sima, el mismo ensimismamiento... Mi pierna buscó sus centros y mis centros buscaron su pierna... pedernal, frote, fricción y fuego...

Ese momento... es lo mejor que me ha pasado hasta ahora en toda mi vida. Así es. La llegada de mi viaje a mí misma. La culminación del largo proceso que me había conducido hasta allí. El porqué y el para qué de casi todo lo transcurrido. Y el placer más intenso que he sentido nunca porque vino del cuerpo de una mujer capaz de prometerle, al mismo tiempo, el mismo cielo a mi corazón.

\* \* \*

Cuando se lo conté, y fue casi enseguida, mi única vendedora de tornillos, con lágrimas en los ojos, pero sin llantina, me dijo:

–Bueno, tranquila... Yo sabía que tenía que pasar. Incluso ha pasado más tarde de lo que esperaba...

–¡Pero yo a ti te quiero mucho, te querré siempre!

–Ya lo sé. Pero qué más eso. El amor solo no hace milagros. Somos almas impuras... ¿no dices tú eso siempre?

–Ni siquiera sé si a ella llegaré a quererla tanto.

–Seguro que sí. Ésta vez sí. Se te nota en la cara. Yo no te la había visto antes, esa expresión que tienes últimamente...

Tranquila, no llores... No llores tú, ése es mi papel... Venga,

tranquila, no pasa nada... Mira, el dolor no es más que dolor. Y cuando es sólo dolor, sin rabia, se pasa. Tarde o temprano se pasa... No llores, pequeña. Sobre todo, no llores por mí; ya lloraré yo sola, seguro que me basto... Venga... ven, siéntate aquí... Yolanda se llama, ¿no?, ¡pero, no, no llores, de verdad!... por favor... Verás tú, para que veas, te voy a decir lo que no te dije en su día: ¿Sabes por qué llegué yo más tarde que tú a Zaragoza? Me llamaste en plena siesta, ¿te acuerdas? Tú salías de Madrid, de mucho más lejos, y yo llegué, sin embargo, dos horas más tarde que tú. Pues porque me quedé en un área de servicio ni sé el tiempo. Llorando. Luchando contra lo que sabía que tenía que hacer: no acudir. No acudir por mi bien. No es que tuviera dudas; yo lo tenía y lo tengo claro: eres el gran amor de mi vida, salvo que ocurra un milagro en adelante. Pero sabía que no estabas enamorada de mí, y que no lo estarías nunca, ni aunque viviéramos juntas toda la vida. Si acudía, me aprovecharía de este tiempo que hemos estado juntas y sabía que yo sería feliz. Y que no sería un tiempo breve, además, porque eres mucho mejor persona, y mucho más sólida, de lo que imaginas... Pero si acudía, sabía también que el precio no podía ser más alto, el precio era tener que pasar por este momento, por este momento de ahora mismo, yo sola, a pelo, y que sería uno de los peores de mi vida... No, por favor, no llores, no llores... A lo que voy: que lo sabía y que acudí. Pensándomelo un montón, valorando seriamente el dar la vuelta... Y si acudí fue porque decidí que merecía la pena. O sea que no me haces nada que no tuviera yo ya asumido. Nada malo me estás haciendo. De verdad, no te tortures. La vida es así. Y puede que tú en algún momento de este tiempo hayas po-

dido llegar a creer que estabas enamorada de mí, pero yo nunca. Tú puede que llegaras a creerlo porque no tenías con qué comparar un amor tan sincero como el que sé que me tienes, pero yo no me he despistado en ningún momento. Porque yo sí que tenía dónde comparar. Yo quiero a Marcela como tú me quieres a mí... y yo te quiero a ti como tú quieres a esa tal Yolanda...

Almas impuras, sí, templos del deseo, torres de lascivia, arcas de voluptuosidad, telas sin costura, hechuras de la piel, grietas en el sentido, abanicos para el sudor obsceno, la sal y el metal de la lengua, la onda que tumba el poder, los prados de la fantasía, las piedras en las que tropezar por gusto, la mies libre que cayó en ellas y no germinó para su señor, las túnicas del mármol, la lava de los labios inferiores y oscuros que sólo pueden ser sinceros, el rompiente de los muslos contra las consejas, la verdad de los jadeos, la cruz de la gestación, el reverso de los poetas sacros, la esterilidad de las culpas...

A nadie he querido tanto como a mi querida vendedora de tornillos, pero no la deseo.

Ha sido un grito escribir esa frase de más arriba. Y no quiero hablar más de eso, porque me duele.

Seremos amigas siempre, sin embargo, eso lo sabemos las dos. Como lo son ella y Marcela, efectivamente. Marcela me cae bien. Mañana, martes, por cierto, vamos al funeral de su madre. Me da pena no haber llegado a conocer a esta señora. Hace una semana que la enterramos.

Pero Yolanda, mi amada empresaria de hostelería, no sabe nada de Marcela, ni de la bondad de la que fue su madre; está en Pamplona, ajena a las pequeñas muertes de un

pueblo al que un día, gajes de este oficio nuestro de la caba-  
llería mecánica, puedes tener que llegar a refugiarte de una nevada con las bragas en la cabeza.

No sabe nada y me reclama ir sabiendo quién es quién. El fin de semana que viene le llevaré a Pamplona estos cuadernos, por eso quería ponerles un final. Quizá así deje de fruncir el ceño cuando le hablo de mi querida vendedora de tornillos y quizá así deje también de preguntarme una y otra vez por qué dejé un trabajo tan bueno por uno tan... tan... ¿tan qué? ¿Qué le pasa a mi trabajo?

—Pues que no nos permite vivir juntas.

—El otro tampoco nos lo hubiera permitido. Tú aquí y yo en Madrid.

—A saber... Porque yo podría abrir otro restaurante en Madrid, una sucursal.

—¿Y después otro en Reus, cuando te enamores de una de Reus, por ejemplo? Así empiezan las cadenas, las franquicias, los imperios... Ahora que lo pienso, con lo mala comida que es, vete a saber si no fue también por amor por lo que empezó a extenderse MacDonals.

—Te quiero.

—Yo también. Te quiero, me gustas y te deseo. Le sé porque he tardado media vida en poder decir esto con todas sus letras.





